P. G. Wodehouse

De acuerdo, Jeeves



Gussie Fink-Nottle se siente mucho más cómodo con las salamandras que con los hombres. El tímido joven las colecciona, se deleita contemplándolas, las estudia y hasta elabora complejas teorías sobre ellas. Se podría decir que sus conocimientos sobre los animalitos son tan vastos como su ignorancia sobre las mujeres. Y precisamente las mujeres o mejor dicho una, Madeline Basset son el origen de todos los problemas de Gussie. El joven se enamora de ella y, claro está, intenta decírselo, pero de sus labios sólo sale una complicada disertación sobre las salamandras. Que, como es de esperar, no interesan en absoluto a Madeline. Gussie es amigo de Bertie Wooster, y a él acude en busca de consejo. Afortunadamente para el lector, los consejos de Bertie siempre acaban complicándolo todo hasta el infinito. Y es entonces cuando el incomparable Jeeves debe acudir a desentrañar y solventar el lío en que se meten Gussie y Bertie. Solventarlo a la manera de Jeeves, claro está.

P. G. Wodehouse

De acuerdo, Jeeves

ePUB v1.0

Arthur Paendragon 14.05.12

Título original: *Right Ho, Jeeves*
Fecha de publicación: 05/10/1934
Traducción: Emilia Bertel (Revisión: Julio Rodríguez)

Editor original: Arthur Paendragon (v1.0)
ePub base v2.0

A Raymond Needham, K. C.,
con afecto y admiración.

I

—*Jeeves* —dije—. *¿Puedo hablarle con franqueza?*

—*Desde luego, señor*.

—*Lo que he de decirle puede ofenderle*.

—*En absoluto, señor*.

—*Bien, en tal caso…*

No, esperen…, el diálogo queda interrumpido.

No sé si a ustedes les sucede lo mismo que a mí. Cuando quiero contar una historia, choco, infaliblemente, contra el obstáculo de no saber cómo comenzar. Un paso en falso basta para echarlo todo a perder. Me explicaré: si al principio contemporizan demasiado, intentando crear lo que suele llamarse atmósfera, y se entretienen en excesivas sutilezas, corren el riesgo de no producir el efecto deseado, fatigando la atención de los oyentes.

Si, por otra parte, superan el límite impuesto con un salto digno de un gato escaldado, el auditorio se desconcierta.

Por ejemplo, al empezar, con el breve diálogo anterior, la narración de las complicadas aventuras de Gussie Fink-Nottle, de Madeline Bassett, de mi prima Angela, de mi tía Dahlia, de mi tío Thomas, del joven Tuppy Glossop y del cocinero, Anatole, comprendo que he cometido el segundo de estos errores.

Es necesario, por tanto, dar un paso atrás. Y, después de observar todos los detalles y de pesar el pro y el contra, me parece poder asegurar que este asunto tuvo su comienzo —ésta es la palabra justa— con mi excursión a Cannes.

Si no hubiese ido yo a Cannes, no habría encontrado a los Bassett, ni adquirido aquella famosa americana blanca. Angela no habría visto el tiburón, ni tía Dahlia jugado al bacarrá.

No cabe duda de que Cannes fue el *point d'appui*.

Y establecido esto, déjenme reconstruir los hechos.

Me fui a Cannes a primeros de junio, dejando en casa a Jeeves, que no quería perderse las carreras de Ascot, según había confesado. Conmigo partieron: mi tía Dahlia y su hija Angela. El novio de Angela, Tuppy Glossop, debía ser de la partida, pero, en el último momento, no pudo venir. Tío Tom, el marido de tía Dahlia, no nos acompañó porque detestaba la Riviera francesa.

He aquí, pues, puntualizada la situación: tía Dahlia, la prima Angela y yo en viaje para Cannes a primeros de junio.

Por ahora todo está muy claro, ¿verdad?

Nos quedamos en Cannes un par de meses y, aunque tía Dahlia perdió hasta la

camisa jugando al bacarrá y Angela estuvo a punto de ser tragada por un tiburón mientras practicaba en patín acuático, todos lo pasamos la mar de bien.

El 25 de julio, bronceado y radiante de salud, emprendí el viaje de regreso hacia Londres con mi tía y su hija. A las siete de la tarde del día 26 de julio llegábamos a la estación Victoria. A las siete y veinte poco más o menos, nos despedíamos cordialmente. Mi tía y mi prima se fueron en su coche a Brinkley Court, su residencia en el Worcestershire, adonde Tuppy debía llegar al día siguiente, y yo me dirigí a mi piso para dejar las maletas, asearme un poco y prepararme para ir a cenar al «Club de los Zánganos».

Y hallábame precisamente en casa, ocupado en frotarme con vigor la espalda después de un baño realmente necesario, cuando Jeeves, que para reintegrarme con mayor facilidad al ambiente me estaba contando todos los chismes de la vecindad, introdujo en la conversación el nombre de Gussie Fink-Nottle.

El diálogo se desarrolló así:

Yo: —Bien, Jeeves, heme aquí.

Jeeves: —Sí, señor.

Yo: —Quiero decir: heme otra vez en casa.

Jeeves: —Eso es, señor.

Yo: —Me hace el efecto de que ha pasado muchísimo tiempo desde que me fui.

Jeeves: —Sí, señor.

Yo: —¿Se ha divertido en Ascot?

Jeeves: —Mucho, señor.

Yo: —¿Ganó usted?

Jeeves: —Una suma bastante satisfactoria, gracias, señor.

Yo: —Bien, Jeeves. Y ¿qué hay de nuevo en Rialto? ¿Vino o telefoneó alguien durante mi ausencia?

Jeeves: —Ha venido a menudo míster Fink-Nottle.

Abriendo mucho los ojos, casi puedo decir que quedé boquiabierto.

—¿Míster Fink-Nottle?

—Sí, señor.

—Pero ¿está en Londres míster Fink-Nottle?

—Sí, señor.

—Bueno, realmente me extraña.

Y ahora explicaré por qué me extrañaba. Me resistía a creer en la afirmación de Jeeves. Fink-Nottle, ¿saben?, es uno de esos extraños ejemplares que encontramos de cuando en cuando y que no pueden sufrir Londres.

Desde hacía años, habitaba en una remota aldea del Lincolnshire, dejándose enmohecer. Jamás se movía de allí, sin que le decidieran a venir a la ciudad ni siquiera los encuentros de Eton y Harrow. Una vez le pregunté si los días no se le

antojaban un poco largos y me contestó que no, porque en el estanque del jardín estudiaba las costumbres de las salamandras acuáticas. Por consiguiente, no podía imaginar qué habría inducido a aquel individuo a visitar la capital. Hubiera apostado a que, mientras existieran salamandras, nada le haría salir de su aldea.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

—¿Recuerda bien el nombre? ¿Se trata realmente de Fink-Nottle?

—Sí, señor.

—Pero ¿sabe que es increíble? No ha venido a Londres desde hace cinco años. Afirma que la ciudad le pone los nervios de punta. Hasta ahora permanecía pegado al campo, con la única distracción de las salamandras.

—¿Cómo, señor?

—Salamandras, Jeeves. Míster Fink-Nottle tiene una gran colección de salamandras. Debe de haber oído usted hablar de las salamandras, una especie de lagartijas que chapotean en los estanques.

—¡Oh, sí, señor! Los miembros acuáticos de la familia de los salamándridos, que forman el género Molge.

—Eso es. Ahora bien, ha de saber que Gussie siempre fue su esclavo; ya en la escuela las llevaba consigo.

—Creo que muchos colegiales hacen lo mismo, señor.

—Las guardaba en su estudio, en una especie de acuario. Recuerdo que era bastante desagradable. Supongo que, desde entonces, se pudo prever lo que le depararía el porvenir. Pero ya sabe usted cómo son los muchachos: descuidados, indiferentes; nosotros, ocupados sólo en lo que nos atañía, apenas notábamos aquella extravagancia del carácter de Gussie. A lo sumo, habíamos observado que en el mundo hay tipos de las más diversas especies. Pero, desde luego, no fuimos más lejos… Ya puede figurarse lo demás. El mal aumentó…

—¿De veras, señor?

—Sí, Jeeves. Aquella manía se apoderó de él. Llegado a la edad viril, se retiró a un recóndito rincón del campo, dedicando su existencia a esos mudos compañeros. Me figuro que al principio creyó que podría tomarlo o dejarlo a su antojo. Y después hubo de convencerse de que, desgraciadamente, no era así.

—Es un hecho que sucede a menudo, señor.

—Desdichadamente es cierto, Jeeves. Sea como fuere, ha vivido durante estos últimos cinco años en sus tierras de Lincolnshire como un ermitaño, absolutamente aislado de todos, cambiando el agua del estanque de las salamandras cada dos días y absteniéndose de acercarse a ningún ser humano. Por eso me extrañó tanto cuando me anunció usted que, repentinamente, había vuelto a flote. Me cuesta creerlo. Más me inclino a pensar que en este asunto ha habido una equivocación y que el ser que

usted vio aquí era otro muy parecido a Fink-Nottle. El individuo que conozco lleva gafas de concha, y tiene cara de pescado. ¿Cree, Jeeves, que estos detalles coinciden?

—El señor que vino aquí llevaba gafas de concha, señor.

—¿Y parecía un pescado?

—Es posible que hiciera pensar un poco en el estanque de los peces, señor.

—En tal caso ha de ser Gussie. Pero ¿qué diablos puede haberle traído a Londres?

—Estoy en condiciones de podérselo explicar, señor. Míster Fink-Nottle me ha confiado la razón de su visita a la metrópoli. Ha venido por la señorita.

—¿La señorita?

—Sí, señor.

—No querrá decir que está enamorado, ¿verdad?

—Lo está, señor.

—Pues bien, ¡estoy desconcertado, realmente desconcertado, absolutamente desconcertado, Jeeves!

Y lo estaba de veras. Me parecía que las bromas deben tener un límite.

Luego, mi mente comenzó a considerar otro aspecto de aquel asombroso asunto. Admitido que Gussie Fink-Nottle, en contra de todas las reglas, se hubiera enamorado, ¿por qué había venido a rondar de aquel modo mi morada? Era evidente que el caso debía de ser de los que requieren la asistencia de un amigo, sin embargo, no lograba comprender por qué me había elegido precisamente a mí. Nunca habíamos sido amigos íntimos. En otros tiempos nos habíamos visto bastante a menudo, pero hacía por lo menos un par de años que no recibía ni siquiera una postal suya. Se lo dije a Jeeves.

—Es raro que haya venido a verme precisamente a mí. Pero, en fin, si ha venido, ha venido y no cabe discusión posible. El pobrecillo se llevaría un disgusto al no encontrarme.

—A decir verdad, señor, míster Fink-Nottle no vino precisamente por usted.

—¡Pero Jeeves, si acaba de decirme que ha venido a mi casa con mucha insistencia!

—En realidad, era conmigo con quien deseaba ponerse en contacto, señor.

—¿Con usted? No sabía que le conociera.

—En efecto, señor, no tuve ese gusto hasta el momento en que vino aquí. Me parece que míster Sipperley, un compañero de universidad de míster Fink-Nottle, le aconsejó que pusiera el asunto en mis manos.

¡El misterio había sido revelado! Todo ahora manifestábase claramente ante mis ojos. Me atrevo a creer que conocen ustedes la reputación de Jeeves entre mis amigos como consejero. La primera decisión de cualquier conocido mío en una situación embarazosa era procurar explicarle el asunto a él. Y si él habla logrado ayudar a A en un percance difícil, A le enviaba a B. Y si había hecho salir del paso a B, B le enviaba

a C. Y así sucesivamente, hasta el infinito.

De tal manera, iba aumentando el número de las personas que consultaban a Jeeves. Sabía yo que el viejo Sippy había quedado sobremanera impresionado por los esfuerzos hechos por Jeeves cuando él intentaba prometerse con Elizabeth Moon. No era de extrañar, pues, el consejo dado a Gussie de que se dirigiera a él.

Puede decirse que se trataba, ni más ni menos, de pura *routine*.

—¡Ah! Entonces, ¿trabaja usted para él?

—Sí, señor.

—¡Ahora lo comprendo! ¡Ahora me lo explico! Pero ¿en qué tipo de embrollo se halla metido Gussie?

—Aunque parezca extraño, señor, se encuentra en idéntico caso que míster Sipperley cuando se me presentó la ocasión de ayudarle. Profundamente enamorado de miss Moon, estaba aquejado de una innata timidez que le impedía expresar sus propios sentimientos.

Asentí.

—Recuerdo perfectamente los apuros de míster Sipperley. No lograba salvar el obstáculo. Recuerdo que decía usted que él dejaba… ¿qué? Dejaba que algo hiciese algo. Los gatos tenían también que ver, si no me equivoco.

—Dejaba que la indecisión prevaleciese sobre la voluntad.

—Perfectamente…, pero ¿qué tenían que ver los gatos?

—Como el pobre gatito del refrán, señor.

—¡En efecto!… ¿Y dice que Gussie se encuentra en las mismas condiciones?

—Sí, señor. Cada vez que intenta formular una petición de matrimonio le falta el valor para hacerlo.

—Sin embargo, si quiere que esa mujer sea su esposa, tendrá que decírselo, ¿no? Quiero decir que es un caso de educación el hacérselo saber.

—Exactamente, señor.

Reflexioné un momento.

—Bien, supongo que era inevitable, Jeeves. Admitiendo que Gussie haya sido víctima del divino infante, lo cual jamás hubiera creído posible, debe de hallarse en una posición difícil.

—Sí, señor.

—No creo que haya hablado con una muchacha desde hace años. Eso nos enseña, Jeeves, a no encerrarnos en el campo contemplando acuarios; si uno obra así, debe renunciar a ser, cuando la ocasión se presenta, el macho dominador. En esta vida es menester elegir entre dos caminos: o encerrarse en el campo estudiando acuarios, o ser hombres de mundo. No se pueden hacer las dos cosas a un tiempo.

—No, señor.

Reflexioné un rato más. Gussie y yo, como he dicho, nos habíamos perdido de

vista; sin embargo, no podía dejar de interesarme por aquel pobre, inerme pececillo, como también me habría interesado por cualquiera de mis compañeros de escuela si le hubiera visto caminar sobre un pavimento salpicado de pieles de plátano.

Pensé en la última vez que le vi, aproximadamente dos años antes. Durante un viaje en automóvil pasé por su casa, y me detuve para hacerle una visita. Mientras almorzábamos, me había literalmente trastornado al poner sobre la mesa un par de objetos verdes dotados de patas, que él contemplaba con la mirada de una madre joven para su recién nacido. Además, hubo un momento en que se perdió uno en la ensalada.

Este cuadro, que mi memoria reproducía, no era el más adecuado para inspirarme una excesiva confianza en las capacidades de aquel desgraciado muchacho como luchador y dominador; y más si la mujer de sus anhelos era una de esas mujercitas modernas de rojos labios encendidos y de fríos ojos sarcásticos y duros.

—Dígame, Jeeves —dije, dispuesto a oír lo peor—. ¿A qué tipo pertenece la novia de Gussie?

—No la he visto nunca. Míster Fink-Nottle habla con mucho entusiasmo de sus atractivos.

—¿Tiene el aspecto de estar enamorado de veras?

—Sí, señor.

—¿Ha dicho cómo se llama? Puede que yo la conozca.

—Es una tal miss Bassett, señor: miss Madeline Bassett.

—¿Cómo?

—Sí, señor.

Quedé completamente pasmado.

—¡Por vida mía, Jeeves! ¡Qué pequeño es el mundo!

—¿Conoce usted a la señorita, señor?

—La conozco muchísimo. Su información me ha aliviado bastante, Jeeves. Siendo así, el asunto toma un cariz más práctico.

—¿De veras, señor?

—Desde luego. Confieso que, antes de que pronunciara ese nombre, tenía muchas dudas acerca de las posibilidades que podían ofrecérsele al pobre Gussie para convencer a cualquier soltera, de cualquier parroquia, de que le acompañara al altar. Reconocerá, Jeeves, que no todas le aceptarían como moneda buena.

—Hay algo de verdad en lo que dice, señor.

—Por ejemplo, a Cleopatra no le habría gustado.

—Probablemente no, señor.

—Y tengo mis dudas de que pudiese tener alguna probabilidad de ponerse de acuerdo con Tallulah Bankhead.

—También yo, señor.

—Pero como usted dice que el objeto de su cariño es miss Bassett, siento renacer en mí tímidamente la esperanza. En realidad, es el tipo a quien una muchacha como Madeline Bassett puede confiarse con tranquilidad.

Debo explicar aquí que Madeline Bassett había pasado una temporada en Cannes con nosotros, y que, como entre ella y Angela surgió una de esas amistades efervescentes que a menudo nacen entre muchachas, yo la vi con frecuencia. Además, cuando estaba irritado, tenía la impresión de que no podía dar un paso sin toparme con ella.

Y era más lamentable y embarazoso el hecho de que, cuanto más a menudo me la encontraba, menos se me ocurría qué podía decirle.

Ya saben ustedes lo que sucede con algunas muchachas. En un santiamén consiguen reducirnos a un estado lastimoso. Hay algo en su personalidad que obra sobre nuestras cuerdas vocales, paralizándolas, y sobre nuestro cerebro, transformando su contenido en una coliflor.

Esto sucedíame a mí en presencia de Madeline Bassett. Sí, Bertram Wooster, delante de ella, se tocaba nerviosamente la corbata varios minutos seguidos, arrastraba los pies por el suelo, se portaba en todo y por todo como un necio y un tonto. Por esta razón, cuando ella partió, dos semanas antes que nosotros, pueden tener la seguridad de que, según la opinión de Bertram Wooster, no se marchaba demasiado pronto.

Y adviertan que no hacía enmudecer por su belleza. Era una muchacha bastante bonita, de tipo lánguido y rubio y de grandes ojos, pero no era de esas que quitan el hipo.

No; la disposición mental era lo que causaba este fenómeno en un individuo por lo general locuaz con el sexo opuesto. No quiero cometer una injusticia con nadie y, por lo tanto, no llegaré a aseverar que escribiese poesías, pero su conversación era de tal índole que, a mi modo de ver, podía infundir las peores sospechas.

Por ejemplo: si una muchacha nos pregunta a bocajarro, bajo un cielo azul, si tenemos alguna vez la sensación de que las estrellas son guirnaldas de diminutas margaritas del Señor, nos proporciona sobrados motivos para olernos algo.

Por lo que atañe, pues, a un acuerdo entre nuestras almas, no había nada que hacer. ¡Mas para Gussie la cosa era muy diferente! Lo que a mí tanto me molestaba, es decir, que la muchacha diese la impresión de estar henchida de ideales, de sentimentalismo y de otras fantasías semejantes era, en cambio, un atractivo para él. Gussie siempre había pertenecido a la categoría de los soñadores, de los entusiastas del alma. Si no, hubiera sido imposible aislarse en el campo y vivir en la compañía única de las salamandras. Y no lograba ver ninguna razón que les impidiese a ambos llegar a un acuerdo, en cuanto él hubiese sabido sacar del pecho y murmurar unas palabras apasionadas. Miss Bassett y Fink-Nottle se completaban como el jamón a los

huevos.

—Ella es el tipo hecho a medida para él.

—Me alegro mucho, señor.

—Y él es el tipo hecho a medida para ella. Bien, veo que el asunto merece ser defendido y estimulado con la máxima energía. Esfuércese cuanto pueda, Jeeves.

—Perfectamente, señor —replicó aquel hombre honrado—. Me ocuparé en seguida de ello.

Hasta aquel momento, como han podido observar también ustedes, había existido entre Jeeves y yo un admirable buen acuerdo. Entre amo y criado habíase desarrollado una amistosa conversación en la mayor armonía. Pero, al llegar a este punto, lo anoto con pesar, manifestóse en nuestras recíprocas relaciones un cambio repentino. La atmósfera cambió súbitamente, nubarrones amenazadores comenzaron a condensarse en el horizonte y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, la nota discordante había sonado sobre la escena. Esto había acaecido otras veces en casa de Wooster.

El primer indicio de que las cosas no marchaban bien me lo dio una tosecilla que subía desde el suelo y que revelaba no sólo cierta preocupación, sino también cierto disentimiento.

Mientras yo, después de haberme secado, me estaba vistiendo tranquilamente, embutiéndome en calcetines y zapatos, poniéndome camisa y cuello, Jeeves, doblado ante mí, vaciaba mis maletas.

En aquel momento se enderezó con una prenda blanca en la mano. Al verla comprendí que habíamos llegado a una de nuestras múltiples crisis domésticas, a una de esas desgraciadas colisiones en las que Bertram tenía que acordarse de sus belicosos antepasados y afirmar sus derechos, si no quería correr el riesgo de salir con la peor parte.

No sé si ustedes han estado este verano en Cannes.

Los que hayan estado sabrán que para tener la más mínima pretensión de representar a la buena sociedad y la elegancia, era obligatorio ir al Casino por la noche, con los habituales pantalones del traje de etiqueta y con una chaqueta blanca de botones dorados.

Desde el momento en que, al dejar Cannes, subí al tren azul, comencé a preocuparme por la acogida que Jeeves dispensaría a mi chaqueta. En cuestión de trajes de etiqueta, Jeeves es intratable y reaccionario; ya había tenido que sostener con él duras luchas por las camisas de pechera floja.

Y mientras aquella chaqueta había representado en la Costa Azul la más alta nota de elegancia, *tout ce qu'il a de chic*, jamás intenté ocultarme a mí mismo, ni siquiera cuando, después de haberme apresurado a comprarla, me la ponía para ir al Palm Beach Casino, que la chaqueta habría de provocar, a mi regreso a casa, una especie de

erupción volcánica.

Me dispuse a mostrarme firme.

—¿Qué pasa, Jeeves? —dije.

Si mi voz era suave, un atento observador, sin embargo, habría visto brillar en mis ojos un relámpago de acero.

Nadie respeta más que yo la inteligencia de Jeeves, pero, a mi modo de ver, su disposición a dirigir la mano que le alimenta ha de ser refrenada. Aquella chaqueta érame muy cara y yo estaba decidido a luchar por ella con toda la energía del gran Viejo Señor de Wooster, en la batalla de Agincourt.

—Bueno, Jeeves, ¿qué está pensando?

—Temo, señor, que se haya marchado de Cannes llevando consigo, por inadvertencia, una prenda perteneciente a otra persona.

El relámpago de acero se acentuó.

—No, Jeeves —dije en tono indiferente—, la prenda es mía. La compré allí.

—¿Y se la puso el señor?

—Todas las noches.

—Pero, a buen seguro, no pensará usted llevarla en Inglaterra.

Vi que habíamos llegado al meollo de la cuestión.

—Eso pienso hacer, Jeeves.

—Pero, señor…

—¿Qué decía, Jeeves?

—Que no es, en absoluto, conveniente.

—No soy de su opinión, Jeeves. Preveo, en cambio, para esta chaqueta un gran éxito popular. Albergo la intención de ponérmela mañana para la fiesta de Pongo Twistleton, y estoy convencido de que provocará un unánime grito de admiración. No replique, Jeeves. Nada de discusiones. Cualquiera que sea la fantástica objeción que quiera hacer acerca de esta chaqueta, le prevengo que me la pondré.

—Muy bien, señor.

Continuó deshaciendo el equipaje; no añadí siquiera una palabra sobre la cuestión. Había logrado una victoria y nosotros, los Wooster, no nos ensañamos con el enemigo vencido. Terminado mi aseo, saludé magnánimamente a Jeeves y le sugerí que pasara la velada en algún cine que pudiese interesarle o donde mejor le pluguiese, porque yo no pensaba cenar en casa.

En suma, le ofrecí una especie de ramito de olivo.

Pero él no pareció percatarse de ello.

—Gracias, señor, pero no saldré.

Le escruté atentamente.

—¿Está resentido, Jeeves?

—No, señor. He de quedarme en casa porque míster Fink-Nottle me ha anunciado

que vendrá a verme esta noche.

—¡Oh! ¿Vendrá Gussie? Bien, déle recuerdos de mi parte.

—Perfectamente, señor.

—De acuerdo, Jeeves.

Y me fui al «Club de los Zánganos».

Allí encontré a Pongo Twistleton, y charló tanto acerca de la próxima fiesta, que prometía ser extraordinariamente alegre y de la que, por lo demás, yo ya había recibido noticias, aunque lejanas, de mis corresponsales, que cuando regresé a casa eran aproximadamente las once.

Acababa de abrir la puerta de la entrada, cuando oí unas voces que llegaban del salón, y apenas hube transpuesto el umbral de dicha habitación, cuando descubrí que aquellos sonidos procedían de Jeeves y de un ser que, de momento, confundí con el diablo.

Un examen más atento me informó que se trataba de Gussie Fink-Nottle, vestido de Mefistófeles.

II

—¿Qué tal, Gussie? —dije.

Nadie hubiera dicho, por mi modo de obrar, que yo estaba bastante desconcertado. Por otra parte, el espectáculo que se presentaba a mis ojos habría desconcertado a cualquiera. Mi memoria evocaba a un Fink-Nottle tímido, cobarde, que hubiera temblado como una hoja al ser invitado a algo tan anodino como una reunión en casa del pastor un domingo por la tarde.

Y ahora, si debía dar crédito a mis ojos, me parecía dispuesto a tomar parte en un baile de máscaras, que es una de las formas de diversión más notoriamente audaces.

Y eso no era todo. Para ir a tal baile, no estaba disfrazado de Pierrot como cualquier inglés de buena familia; no…, llevaba un disfraz de Mefistófeles y, por lo tanto —es inútil que lo diga—, unos ropajes encarnados y una espantosa barba postiza.

¡Muy extraño! Sin embargo, no se deben revelar las propias impresiones. No demostré, pues, ningún asombro vulgar y, como he dicho, le saludé con amable desenfado.

Él, a través de un espeso boscaje, sonrió de un modo, a mi parecer, bastante tonto.

—¡Ah, hola, Bertie!

—Hace mucho que no nos veíamos. ¿Puedo ofrecerte algo?

—No, gracias. He de irme en seguida. Vine un momento para pedirle a Jeeves su parecer sobre mi traje. ¿Qué te parece, Bertie?

Habría tenido que contestar «horroroso»; pero nosotros, los Wooster, tenemos mucho tacto y un evidente sentido de la hospitalidad. Nosotros no podemos decirle nunca a un amigo, bajo nuestro techo, que constituye una ofensa para la vista.

Evité contestar.

—He oído que estabas en Londres.

—¡Oh, sí!

—Creo que no venías desde hace años.

—Así es.

—Y ahora te dispones a divertirte.

—¿A divertirme?

—¿Acaso no te preparas alegremente para un baile de máscaras?

—¡Oh, espero que todo saldrá bien! —contestó con una extraña voz sin timbre—. De todos modos, tengo que marcharme. El asunto empieza hacia las once. He dado orden al taxista de que me esperase. Jeeves, ¿quiere mirar si sigue ahí?

—Perfectamente, señor.

En cuanto nos hallamos a solas, hubo una pausa y cierta sensación de desasosiego. Me escancié un poco de whisky, mientras Gussie se contemplaba en el

espejo. Finalmente me pareció lo mejor hacerle saber que estaba al corriente de sus asuntos. A lo mejor le agradarla confiarse a un buen amigo, de conocida experiencia y bien dispuesto hacia él.

He observado que generalmente los que están sufriendo el influjo del amor necesitan de modo especial oídos complacientes.

—Bueno, Gussie, viejo amigo —dije—, me he enterado de tu asunto.

—¿Eh?

—Sí, de tu pequeño contratiempo. Jeeves me lo ha contado todo.

Observé que le intranquilizaba un poco este preámbulo. A mí me pareció, aunque es muy difícil juzgar a un individuo con el rostro hundido en unas barbas mefistofélicas, que se había sonrojado ligeramente.

—Hubiera preferido que Jeeves no hubiese aireado a los cuatro vientos los asuntos que me atañen. Creí que quedarían entre nosotros.

No podía admitir yo un tono semejante.

—Contar unas frivolidades a un joven amo no significa airear los asuntos a los cuatro vientos —dije en tono de reproche—. Sea como fuere, lo cierto es que lo sé todo. Y comenzaré por decirte —añadí, callándome mi opinión personal de que la mujer en cuestión era una verdadera peste, a fin de mostrarme amable y alentador— que Madeline Bassett es una muchacha graciosa, atractiva y que te conviene en todos los aspectos.

—¿La conoces?

—Desde luego. Pero no adivino cómo has llegado a conocerla. ¿Dónde ocurrió?

—Hace dos semanas vivía en el Lincolnshire, en una finca cerca de la mía.

—Sigo sin comprender. No sabía que tuvieses la costumbre de visitar a tus vecinos.

—No la tengo. Encontré a la señorita mientras se paseaba con su perro. Al animal se le había clavado una espina en una pata. Cuando intentó quitársela, el animal se revolvió contra ella. Yo acudí.

—¿Sacaste la espina?

—Sí.

—¿Y te enamoraste de repente?

—Sí.

—Bueno, ¡que Dios te bendiga! Con una base tan sólida como ésa, ¿por qué no seguiste adelante?

—No tuve valor.

—¿Qué hiciste, pues?

—Charlamos durante un ratito.

—¿De qué?

—¡Oh, de los pájaros!

—¿Pájaros? ¿Qué pájaros?

—De los que volaban a nuestro alrededor. Y del panorama… y de otras cosas por el estilo. Me dijo que venía a Londres y me invitó a que fuese a visitarla cuando viniera también yo.

—Y después de eso, ¿ni siquiera le apretaste un poco fuerte la mano?

—¡Oh, no, naturalmente!

Bien. Tenía la sensación de que no había nada más que decir. Cuando un individuo es tímido hasta el punto de ser incapaz de comer, aunque le pongan delante la sopa ya servida, su caso es realmente desesperado. Sin embargo, recordé que aquel medroso había sido compañero mío de escuela. Es necesario hacer algún esfuerzo por un antiguo compañero de escuela.

—¡Perfectamente! —dije—. Veremos lo que se puede hacer. Creo, de todos modos, que te alegrará contar con mi apoyo absoluto en esta empresa. Tienes a Bertram Wooster a tu lado, Gussie.

—Gracias, amigo. Y también a Jeeves, lo cual es más importante.

No les niego que me sobresalté. Él, claro está, no quería ofenderme, pero confieso que aquella frase, tan falta de tacto, me hirió un poco. Todos parecen inclinados a hacerme comprender que, según su opinión, Bertram Wooster es un fantoche sin importancia y que el verdadero amo, el hombre de inteligencia y de recursos, es Jeeves. Esta es una cosa que siempre me ofende y me ataca los nervios; aquella noche, sin embargo, me irritó más porque Jeeves ya me había molestado ligeramente con la historia de la americana. No cabe duda de que yo le había obligado a ceder, dominándole con la tranquila fuerza de mi personalidad, pero, en fin, el solo hecho de haber suscitado aquella cuestión ya me desagradaba. Pensé que Jeeves iba a necesitar una mano de hierro.

—Y ¿qué te aconseja hacer? —pregunté algo despechado.

—Está estudiando la cuestión. El asunto le hace pensar.

—¿Ah, sí?

—Me aconsejó que fuera al baile.

—¿Por qué?

—Ella estará allí… Me envió la invitación. Y Jeeves piensa…

—Y ¿por qué no te has disfrazado de Pierrot? —pregunté, manifestando por fin el asombro que había experimentado desde el primer momento—. ¿Por qué has faltado a la gran tradición antigua?

—Insistió en que me vistiera de Mefistófeles.

Di un respingo.

—¿Cómo? ¿De veras te ha aconsejado ese disfraz?

—Sí.

—¡Ah!

—¿Eh?

—Nada. Sólo he dicho: ¡Ah!

Y explicaré por qué dije «¡Ah!». Jeeves armaba un belén porque quería ponerme una sencilla chaqueta blanca, una prenda que era no sólo *tout ce qu'il y a de chic*, sino también absolutamente *de rigueur*, y al mismo tiempo alentaba a Gussie Fink-Nottle para que, en el escenario de Londres, hiciera una desconcertante aparición en ropajes rojos. ¿No era una ironía? Convendrán conmigo en que son cosas que molestan.

—Y ¿qué podía objetar contra el traje de Pierrot?

—No creo que tuviese objeciones contra Pierrot, como tal Pierrot, pero pensaba que en mi caso no era un disfraz adecuado.

—No te comprendo.

—Dice que el traje de Pierrot, aunque es agradable a la vista, no da el tono autoritario, como el de Mefistófeles.

—Sigo sin comprenderlo.

—Bueno, dice que es cuestión de psicología.

Hubo un tiempo en que esta observación me habría desconcertado, pero una larga convivencia con Jeeves ha enriquecido bastante el vocabulario de los Wooster. Jeeves siempre fue un as de la psicología del individuo, y ahora le sigo como un perro de caza, cuando sale de su boca esta palabra.

—¡Oh! ¿Psicología?

—Sí, Jeeves tiene mucha confianza en el efecto moral del atuendo. Es del parecer de que me sentiré más atrevido con un disfraz impresionante como éste. Según él, también el de jefe de piratas habría estado bien, pero le hice unas objeciones a propósito de las botas.

Capté su idea. Hay bastantes tristezas en la vida y más vale no añadir la de que un pobre diablo como Fink-Nottle tenga que ir por ahí llevando botas.

—Y ¿te sientes más audaz?

—Hablando francamente, Bertie, amigo mío, no.

Me sacudió una ola de compasión. Al fin y al cabo, aunque hacía años que no nos veíamos, aquel hombre y yo, en un tiempo lejano, nos habíamos disparado mutuamente unas flechas de papel embebidas en tinta.

—Gussie —dije—, escucha el consejo de un viejo amigo: no te alejes de aquí.

—Pero entonces pierdo la última esperanza de verla. Mañana parte para el campo con unos amigos. Además, tú no puedes saber…

—¿Qué?

—Si esta idea de Jeeves es buena. Reconozco que en este momento debo hacer un efecto espantoso. Pero todo cambiará cuando me encuentre entre una muchedumbre de personas disfrazadas. Experimenté lo mismo, cuando niño, durante las fiestas de Navidad. Me habían disfrazado de conejo y yo experimentaba una vergüenza

indescriptible. Sin embargo, cuando fui a la fiesta y me hallé rodeado de otros niños en trajes aún más horribles que el mío, me sentí en seguida aliviado. Me junté alegremente con los demás y comí tan a gusto durante la cena que en el coche, al volver a casa, me encontré mal. En suma: no se puede juzgar nada fríamente.

Evalué dentro de mí sus argumentaciones; era innegable que contenían algunas verdades.

—No puedo afirmar que, al fin, y al cabo, el consejo de Jeeves no sea justo. Así, ataviado de Mefistófeles, me acudirán fácilmente a los labios palabras impresionantes. El color es un factor importante. Piensa en las salamandras. Durante la época del celo, la salamandra macho tiene unos colores muy brillantes. Y eso le ayuda mucho.

—Pero tú no eres una salamandra macho.

—Quisiera serlo. ¿Sabes cómo hace la corte la salamandra, Bertie? Se detiene ante la hembra meneando la cola y doblando el cuerpo en semicírculo. Sabría hacerlo magníficamente. ¡Oh, si fuera una salamandra no hubiera titubeado!

—Pero si tú fueras una salamandra, Madeline Bassett no te miraría… o, por lo menos, evidentemente, no lo haría con ojos enamorados.

—Sí, si ella fuese una salamandra hembra…

—Pero no lo es.

—No, pero suponte que lo sea.

—Está bien; pero, si lo fuese, tú no te habrías enamorado de ella.

—Si yo fuera una salamandra macho, sí me habría enamorado.

Una ligera palpitación en las sienes me advirtió que la disputa había alcanzado el punto de saturación.

—De todos modos —dije—, volviendo a los hechos concretos, y dejando a un lado todos esos devaneos de colas vibrantes y zarandajas parecidas, el punto culminante de la cuestión es que tú estás preparado para ir a un baile de máscaras. Y te anticipo, con la seguridad de mi larga experiencia en este género de diversiones, que no te divertirás.

—La diversión no tiene importancia.

—En tu caso, yo no irla.

—Tengo que ir. ¡Te repito que se marcha mañana!

Me rendí.

—Haz lo que quieras… ¿Qué hay, Jeeves?

—El coche del señor Fink-Nottle, señor.

—Ah, el coche, ¿eh?… Tu coche, Gussie.

—¡Ah! ¿El coche? ¡Oh! ¡Ya! ¡Sí, sí!… Gracias, Jeeves… Adiós, Bertie.

Y, dirigiéndome una pálida sonrisa semejante a la que los gladiadores romanos dedicaban al emperador al entrar en la arena, Gussie se fue. Entonces me volví hacia

Jeeves. Había llegado el momento de colocarle en su sitio. Y yo estaba preparado para hacerlo.

Naturalmente, era un poco difícil comenzar. Quiero decir que, aunque estaba decidido a colocarle en su sitio, no quería herir demasiado profundamente su susceptibilidad. Obligados a veces a usar el puño de hierro, nosotros, los Wooster, queremos hacerlo siempre con discreción.

—Jeeves —dije—. ¿Puedo hablarle con franqueza?

—Desde luego, señor.

—Lo que he de decirle puede ofenderle.

—En absoluto, señor.

—Bueno, en tal caso… Se trata de lo siguiente: he hablado con míster Fink-Nottle, y me ha dicho que usted le ha aconsejado el disfraz de Mefistófeles.

—Sí, señor.

—Aguarde…, yo sigo, ahora, estrictamente, el hilo de su razonamiento. Se imagina que, estimulado por ese tono escarlata, Fink-Nottle, al encontrar el objeto de su adoración, hará vibrar la cola y lanzará un grito.

—Y perderá mucho de su timidez habitual, señor.

—No estoy de acuerdo con usted, Jeeves.

—¿No, señor?

—No. Y, para concluir, le diré que, de todas sus ideas necias y absurdas, ésta me parece la más extraordinaria y la más fútil. No tendrá éxito; no tiene posibilidad alguna de tenerlo. Y sólo habrá conseguido someter a Fink-Nottle a los indecibles horrores de un baile de máscaras. Y es menester que agregue, Jeeves, que esto no me ha extrañado; con franqueza le diré que he notado, antes de ahora, cierta predisposición por su parte a volverse…, ¿cómo se dice?

—No lo adivino, señor.

—¿Elocuente?… No, no es elocuente. ¿Elucubrado?… No, no es elucubrado. Tengo la palabra aquí, en la punta de la lengua. Comienza por «a» y quiere decir inteligente, con exceso.

—¿Alambicado, señor?

—Eso es, ésa es la palabra. ¡Excesivamente alambicado, Jeeves! Tiene usted tendencia a volverse así. Sus métodos no son sencillos, no son directos. Oculta el fin bajo un montón de fantásticos detalles que no son necesarios. A Gussie le hace falta el fraternal apoyo de un hombre de mundo. Por tanto, le aconsejo que en adelante me lo deje a mí.

—Perfectamente, señor.

—Debe usted despreocuparse de todo y dedicarse al cuidado de la casa.

—Perfectamente, señor.

—Encontraré algo que sea sencillo, claro y, al mismo tiempo, eficaz. Mañana

haré todo lo posible por ver a Gussie.

—Perfectamente, señor.

—De acuerdo, Jeeves.

En realidad, al día siguiente comenzó a lloverme encima un verdadero diluvio de telegramas y confieso que, durante veinticuatro horas, no pensé en absoluto en aquel pobrecillo, porque tenía que resolver unos problemas demasiado graves.

III

El primer telegrama me llegó inmediatamente después de mediodía y Jeeves me lo trajo con el combinado de antes del almuerzo. Era de mi tía Dahlia y venía de Market Snodsbury, un pueblo situado a dos o tres kilómetros de la carretera que conduce a su casa de campo.

Decía:

Ven en seguida. Travers.

Si les digo que me asombró sobremanera, les diré mucho menos de la verdad. La juzgué como la más misteriosa comunicación confiada jamás a los hilos telegráficos. Lo estudié con profunda atención durante dos dry Martinis. Lo examiné por el interior, lo examiné por el exterior, y me parece recordar que incluso lo olí. No me reponía de la sorpresa.

Examinen los hechos conmigo. Hacía pocas horas que nos habíamos separado, mi tía y yo, después de dos meses de estar continuamente juntos. Y he aquí que ella, todavía bajo la impresión de mi beso de despedida en la mejilla, invocaba un nuevo encuentro. Bertram Wooster no está acostumbrado a ese deseo exagerado de su presencia. Pregunten a todos los que me conocen y ellos les dirán que, después de dos meses en mi compañía, la gente normal comprende que les basta y les sobra por el momento. Incluso he conocido personas que han tenido bastante con algunos días.

Antes de sentarme a la mesa para mi suculento almuerzo, envié el siguiente telegrama:

Perplejo. Explica. Bertram.

Y la respuesta llegó durante la hora de la siesta.

¿Por qué perplejo, burro? Ven inmediatamente. Travers.

Tres cigarrillos, un par de vueltas por la habitación y he aquí mi réplica:

¿Qué entiendes tú por venir inmediatamente? Recuerdos. Bertram.

Les transmito la contestación:

Entiendo: ven inmediatamente, insoportable criatura. ¿Qué quieres que

entienda? Ven inmediatamente o espera la maldición de tu tía con el primer correo de mañana. Besos. Travers.

Entonces envié el siguiente mensaje, deseando aclararlo todo lo más posible.

Cuando escribes «Ven», ¿entiendes «Ven a Brinkley Court»? Y cuando escribes «inmediatamente», ¿entiendes «inmediatamente»? Confuso. Perdido. Cariñosos recuerdos. Bertram.

Envié este mensaje mientras transcurría una tarde tranquila en el Club de los Zánganos, echando las cartas en un sombrero de copa con los mejores elementos de la sociedad del lugar. Volviendo a casa, en el crepúsculo vespertino, hallé que la respuesta me esperaba:

Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. No importa que comprendas o no. Ven inmediatamente como te digo y, por el amor de Dios, acaba ya con tanta pregunta. ¿Crees que me sobra el dinero para enviarte un telegrama cada diez minutos? Deja de hacer el tonto y ven en seguida. Besos. Travers.

Entonces sentí necesidad de la opinión ajena. Toqué el timbre.

—Jeeves —dije—, sucede un caso embarazoso por los parajes de Worcestershire. ¡Lea! —Y le tendí los papeles.

Los examinó.

—¿Qué piensa de eso, Jeeves?

—Pienso que mistress Travers desea que el señor vaya en seguida.

—¿También usted llega, pues, a esa conclusión?

—Sí, señor.

—Es la misma a que he llegado yo. Pero ¿por qué, Jeeves? ¡Que Dios la bendiga! ¡Si acaba de pasar dos meses conmigo!

—Sí, señor.

—Y mucha gente juzga que ha tenido una abundante dosis de mi compañía después de cuarenta y ocho horas.

—Sí, señor. Comprendo perfectamente su punto de vista. Sin embargo, me parece que mistress Travers se muestra muy insistente. Creo que debería acatar su deseo.

—¿Ir allá abajo?

—Sí, señor.

—Bien. De todos modos no puedo ir en seguida. Tengo un compromiso importante para esta noche. Se celebra en el Club de los Zánganos el cumpleaños de Pongo Twistleton, como debe recordar.

—Sí, señor.

Hubo una breve pausa. Ambos pensábamos en la desavenencia insignificante que había surgido entre nosotros, y me sentí obligado a hacer una alusión.

—Por lo que atañe a la americana blanca, no tiene usted razón.

—Es cuestión de opiniones, señor.

—Cuando la llevaba en el Casino de Cannes, todas las mujeres hermosas se hacían signos entre sí y se preguntaban: «¿Quién es?».

—Es sabida la relajación de las costumbres en los casinos continentales, señor.

—Y cuando la describí anoche Pongo quedó entusiasmado.

—¿De veras, señor?

—Y todos los presentes admitieron que habla tenido la suerte de hacer una adquisición extraordinaria. No ha habido ni una sola persona de parecer contrario.

—¿De veras, señor?

—Estoy convencido de que acabará por apreciar esa chaqueta, Jeeves.

—Temo que no, señor.

Renuncié. En estos casos es perfectamente inútil platicar con Jeeves. «¡Mula terca!» es lo único que se le podría decir. Es menester suspirar y prescindir de él.

—Bueno, volviendo a lo de antes, queda absolutamente decidido que en este momento no puedo ir a Brinkley Court, ni a otro sitio cualquiera. Le expondré mi idea, Jeeves. Déme hoja de papel y un lápiz y redactaré un telegrama, diciéndole que iré a verla la semana próxima o la siguiente. ¡Qué diantre! Que prescinda de mí algún tiempo. Basta con tener un poco de fuerza de voluntad.

—Sí, señor.

—De acuerdo, pues. Telegrafiaré: «Espérame dentro de quince días», o algo semejante. Creo que estará bien. Luego llevará inmediatamente el telegrama a la estafeta más próxima. Y así sea.

—Perfectamente, señor.

Pongo me había asegurado, la noche anterior mientras charlábamos, que su fiesta de cumpleaños adquiriría unas proporciones sorprendentes, y, en realidad, debo decir que he tomado parte en fiestas de mucha menor importancia. Pasaba bastante de las cuatro de la madrugada cuando regresé a casa, y me parecía que ya era hora de irse a descansar. Recuerdo que llegué a tientas hasta la cama y trepé a ella con dificultad, y tenía la sensación de que mi pobre cabeza acababa de apoyarse en la almohada, cuando me despertó el ruido de la puerta que se abría. Aunque estaba muy adormecido, logré levantar un párpado.

—¿El té, Jeeves?

—No, señor. Es mistress Travers.

Y un momento después me pareció que entraba una ráfaga de huracán. Era mi querida pariente que, a las cinco de la mañana, trasponía a todo vapor el umbral de mi

habitación.

IV

Se ha dicho con justicia de Bertram Wooster que, aunque considerase con ojos muy agudos y críticos incluso a los de su misma carne y sangre, sabía atribuir a cada uno su justo valor. Y si han seguido ustedes atentamente estas memorias mías, recordarán que a menudo se me ha presentado la ocasión de afirmar enérgicamente que tía Dahlia es, en realidad, una buena persona.

Recordarán que se casó con el viejo Tom Travers *en secondes noces* (me parece que se dice así) el año en que Bluebottle ganó el Cambridgeshire, y que me indujo a escribir en el periódico que ella dirige, *Milady's Boudoir*, un artículo sobre «Lo que lleva el hombre bien vestido». Es una persona genial, de espíritu amplio, con quien se charla de buena gana. En su conformación espiritual no hay huella alguna de la violencia que hace, por ejemplo, temible a tía Agatha, la cual constituye una pesadilla para las casas de campo y una amenaza para toda la humanidad. Experimento la máxima estimación hacia tía Dahlia, y jamás ha vacilado mi cordial aprecio por su bondad, por su carácter, por su amabilidad en general.

Establecido esto, pueden ustedes imaginarse cuan atónito me quedé al verla a mi cabecera en aquella hora desacostumbrada, tanto más cuanto que, habiendo sido huésped suyo varias veces en su quinta, sospechaba que debía de conocer perfectamente mis costumbres y saber, entre otras cosas, que no recibo a nadie antes de tomar mi taza de té por la mañana. Esta irrupción en mi alcoba, precisamente cuando se sabe que descanso y soledad son necesarios, convendrán conmigo en que no es una acción propia de una persona educada.

Además, ¿qué había venido a hacer a Londres? Yo me lo preguntaba. Nadie puede esperar que una mujer concienzuda, de regreso bajo el techo conyugal después de una ausencia de siete semanas, lo abandone en seguida, a toda prisa, al día siguiente de su llegada. Todos han de imaginársela atareada en su casa, atenta con el marido, ocupada en hablar con el cocinero, en darle de comer al gato y en cepillar a su Pomerania…, en suma, en ponerlo de nuevo todo en orden. Aunque tenía los ojos muy turbios, logré, hasta el límite que me lo permitían mis párpados pegados entre sí, lanzarle una mirada severa y desaprobatoria.

No pareció darse cuenta.

—¡Despierta, Bertie, bobalicón! —gritó con una voz que me traspasó de la frente a la nuca.

Tía Dahlia tiene el defecto de dirigirse a la persona que tiene enfrente como si estuviese a un kilómetro de distancia galopando en pos de los galgos. Naturalmente, es un resabio de los tiempos en que consideraban perdidas las jornadas que no hubiesen transcurrido persiguiendo algún desventurado zorro en campo abierto.

Le lancé otra mirada llena de reproche y severidad, y esta vez la notó. Mas

produjo el efecto de iniciar una discusión de índole personal.

—No me guiñes los ojos de ese modo indecente, Bertie —dijo—. No sé si tienes la más mínima idea de tu aspecto; verdaderamente despreciable. Haces pensar en algo entre una orgía cinematográfica y una ínfima criatura de charca. ¡Quién sabe dónde te habrás metido esta noche!

—He ido a una recepción oficial —contesté fríamente—. A la fiesta de Pongo Twistleton. No podía faltar. *Noblesse oblige*.

—Está bien. ¡Levántate y vístete!

Creí no haber oído bien.

—¿Que me levante y me vista?

—Sí.

Di media vuelta sobre la almohada con un leve gemido y en esta contingencia entró Jeeves con la bebida vivificadora. La agarré como un hombre que se está ahogando agarra un sombrero de paja. Bebí un sorbo largo… y me sentí, no diré aliviado (porque no es un sorbo de té lo que puede entonar a un individuo que ha ido a una fiesta como la del cumpleaños de Pongo Twistleton), pero, por lo menos, bastante semejante al Bertram habitual, para poder tomar en consideración la bomba que se me caía encima.

Y cuanto más cavilaba, menos descubría la clave de la cuestión.

—Pero ¿qué es esto, tía Dahlia? —pregunté.

—Me parece té —fue la respuesta—. Pero tú puedes saberlo mejor que yo. Lo estás bebiendo.

Si no hubiese temido derramar la saludable bebida, habría hecho, sin duda, un ademán de impaciencia. Lo notaba.

—No hablo del contenido de esta taza —dije—. Hablo de todo esto, es decir, de tu irrupción, de tu orden de levantarme y de vestirme, y de todo lo demás.

—He hecho irrupción, como tú dices, porque mis telegramas no han surtido, según parece, efecto ninguno. Te he dicho que te levantes y te vistas, porque quiero que te levantes y te vistas. He venido a buscarte. ¡Vaya cara dura, decirme en un telegrama que vendrías el año próximo o algo semejante! Vendrás en seguida. He encontrado un trabajo para ti.

—Pero ¡si no lo quiero!

—Lo que tú quieres y lo que vas a tener, mi querido muchacho, son dos cosas muy diferentes. Hay en Brinkley Court un trabajo para el que hace falta un hombre. Estáte preparado, hasta el último botón, dentro de veinte minutos.

—Pero no es posible que esté listo dentro de veinte minutos. No me encuentro bien.

Pareció reflexionar.

—Sí —dijo—, creo conveniente concederte un día o dos para que te repongas. Te

espero el día treinta, lo más tardar.

—Pero ¡que Dios te ampare! ¿De qué se trata? ¿Qué entiendes por trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

—Te lo diré si te callas un minuto. Se trata de un trabajo fácil y agradable que seguramente te gustará. ¿Nunca oíste hablar de la Market Snodsbury Grammar School?

—Nunca.

—Es una escuela primaria en Market Snodsbury.

Le hice observar fríamente que ya lo había adivinado.

—¿Y cómo podía imaginar que un hombre de tu mentalidad lo comprendería tan rápidamente? —protestó ella—. Está bien, pues la Market Snodsbury Grammar School es la escuela primaria de Market Snodsbury, como has adivinado. Yo soy uno de los directores.

—Querrás decir una de las directoras.

—No, no me gusta decir una de las directoras. Escúchame bien, so zopenco. Había un consejo de directores en Eton, ¿verdad? Pues bien, también lo hay en la escuela primaria de Market Snodsbury, y yo soy uno de sus miembros. Me han sido confiados los preparativos para el reparto de premios de fin de curso. Este reparto se verificará el último día de clase, es decir, el treinta y uno de este mes. ¿Está claro?

Bebí un sorbo de mi vivificador elixir y bajé la cabeza en señal de asentimiento. Incluso después de la fiesta de Pongo Twistleton me hallaba en condiciones de captar una cosa sencilla como ésa.

—Te comprendo perfectamente. Veo con claridad de qué se trata. Market… Snodsbury… Escuela primaria… Consejo de directores… Reparto de premios… Está bien. Pero ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

—Tú tendrás que repartir los premios.

Me quedé bizco. Aquellas palabras me parecían desprovistas de sentido. Me parecían el inconexo, delirante discurso de una persona que hubiese permanecido demasiado tiempo bajo el sol sin llevar sombrero.

—¿Yo?

—Tú.

De nuevo bizqueé.

—Pero ¿hablas de mí?

—De ti en persona.

Por tercera vez bizqueé.

—Tienes ganas de bromear.

—No bromeo en lo más mínimo. Debía encargarse de ello el pastor, pero al regresar de mi viaje encontré una carta en que me comunicaba que se había dislocado un tobillo y entonces tuve que renunciar a él. Puedes suponer lo desconcertada que

me quedé. Telefoneé a todo el mundo, pero nadie quiso aceptar. Y repentinamente me acordé de ti.

Decidí cortar por lo sano. Nadie está más dispuesto que Bertram Wooster a hacer favores a tías dignas de estimación, pero todo tiene un límite.

—¿Así pues, imaginas que debería repartir unos premios en tu viejo Dotheboys Hall?

—Exacto.

—¿Y echar un discurso?

—Eso es.

Reí irónicamente.

—¡Por el amor de Dios! No empieces a hacer gargarismos ahora. Se trata de una cosa seria.

—Me reía.

—¡Oh! ¿De veras? Me encanta ver que tomas las cosas alegremente.

Rectifiqué en el acto.

—Irónicamente. No lo haré. Decididamente, no quiero hacerlo.

—Lo harás, joven Bertie, o no volverás a cruzar el umbral de mi casa. Y ¿sabes qué significa eso? Se acabaron para ti las comidas de Anatole.

Un gran escalofrío me caló los huesos. Ella aludía a su *chef*, un artista. Un rey en su profesión, insuperable, tendría que decir inigualable, especialista en elaborar los víveres de un modo que se deshacían en la boca del consumidor. Siempre había ejercido sobre mí el efecto de un imán, haciéndome correr a Brinkley Court con la lengua colgando. Muchos de los momentos más felices de mi vida habían transcurrido degustando los asados y los picadillos de aquel hombre, y la perspectiva de verme privado de ellos para siempre era realmente aterradora.

—¡Oh, no!

—Ya me imaginaba que eso te sacudiría, cerdito glotón.

—No comprendo qué relación pueden tener los cerditos glotones con el modo de apreciar los guisos de un genio.

—Confieso que me gusta también a mí —admitió mi parienta—. Pero si rehúsas hacer un sencillo, fácil y agradable trabajo, no volverás a probar ni un solo bocado de sus guisos. No volverás a sentir siquiera su olor.

Me veía convertido en una fiera apresada en la trampa.

—Pero ¿por qué me quieres precisamente a mí? ¿Qué soy yo? Pregúntatelo un momento.

—Me lo he preguntado a menudo.

—En fin, no soy el tipo adecuado. Para repartir premios hace falta una persona de aspecto imponente. Me parece recordar que cuando yo estaba en la escuela lo hacía, por lo general, un primer ministro o algo por el estilo.

—¡Ah, pero se trataba de Eton! En Market Snodsbury no somos tan exigentes. Basta llevar botines para impresionar a la gente.

—¿Por qué no se lo dices a tío Tom?

—¡Tío Tom!

—¿Por qué no? Lleva botines.

—Bertie —dijo ella—, te explicaré por qué no puedo decírselo a tío Tom. ¿Recuerdas que perdí todo aquel dinero jugando al bacarrá, en Cannes? Pues bien: es necesario que le haga un poco la corte a tu tío Tom, antes de darle la noticia. Si inmediatamente después le pido que se ponga los guantes color lavanda, la chistera y que venga a repartir los premios a la escuela primaria de Market Snodsbury, habrá un divorcio en la familia. Huirá como un conejo, dejándome una carta clavada con un alfiler sobre la almohada. No, querido, te toca a ti. Vale más que te resignes.

—Pero, tía Dahlia, escucha la voz de la razón. No has escogido al hombre conveniente. En estos casos soy completamente incapaz de nada. Que Jeeves te explique lo que pasó cuando me arrastraron a pronunciar un discurso en una escuela de muchachas. Hice un papel colosal de asno.

—Y estoy convencida de que lo harás también el treinta y uno de este mes. Por eso te he elegido. Creo que como el acto será un chasco, más vale que el chasco haga reír. Me divertiré viéndote repartir los premios, Bertie. Bien, basta por ahora: supongo que querrás hacer tu gimnasia sueca. Te espero dentro de un día o dos.

Y con estas despiadadas palabras, se eclipsó dejándome presa de las más tristes emociones. Era la natural reacción a la fiesta de Pongo. No exagero si digo que tenía el alma completamente deshecha.

Y estaba sumido en la más negra desesperación, cuando se abrió la puerta y compareció Jeeves.

—Míster Fink-Nottle desea verle, señor —anunció.

V

Acogí esta comunicación con una de mis famosas miradas.

—Jeeves —dije—. ¡No esperaba esto de usted! Sabe que esta noche me he acostado tarde y que acabo de tomar el té, conoce perfectamente el efecto que puede producir la sonora voz de tía Dahlia en un individuo que tiene dolor de cabeza y ¡viene usted a anunciarme a Fink-Nottle! ¿Le parece momento a propósito para un Fink-Nottle?

—El señor me dijo que quería ver a míster Fink-Nottle para aconsejarle sobre sus asuntos.

He de admitir que esta observación dio nuevo rumbo a mis pensamientos. En la intensidad de mis sensaciones me había olvidado totalmente de que la suerte de Gussie estaba en mis manos, lo cual cambiaba por completo el aspecto del asunto. ¿Cómo es posible condenar al ostracismo a un cliente? ¿Se imaginan a Sherlock Holmes rehusando conceder audiencia por haber participado la noche anterior en una fiesta con ocasión del cumpleaños del doctor Watson? Habría preferido que aquel individuo hubiera elegido otra hora para venir a consultarme, pero ya que él, como los pájaros, abandonaba el nido de madrugada, decidí recibirle.

—Está bien —dije—. Hágale pasar.

—Perfectamente, señor.

—Pero, antes, tráigame una de sus bebidas especiales.

—Perfectamente, señor. —Y volvió con la saludable bebida.

Creo haber tenido ocasión, antes de ahora, de hablar de esas composiciones especiales de Jeeves y del efecto que producen, a la mañana siguiente de una juerga, sobre quien se siente colgado de la vida por un hilo. No puedo decir en qué consisten. El dice que contienen una salsa determinada, una yema de huevo cruda y pimentón, pero yo estoy convencido de que tiene que estar mezclada también alguna otra sustancia más misteriosa. De todos modos, el efecto que producen, apenas trasegadas, resulta extraordinario.

Durante un segundo te quedas en suspenso reteniendo el aliento, como si toda la creación dependiese de ti. Luego, súbitamente, te sobresaltas como si hubiese sonado la Ultima Trompeta, y el Juicio Final hubiese tenido principio con extrema severidad. Todas las partes del cuerpo parecen pasto de las llamas. El abdomen te pesa como si estuviese repleto de lava fundida. Te quedas aturdido como si un viento huracanado soplase sobre la tierra y un martillo candente te golpeara la nuca. Durante esta fase, los oídos retumban con violencia, los globos oculares giran, y la frente experimenta una sensación de hormigueo.

Y entonces, cuando uno se cree obligado a llamar al notario para arreglar los asuntos antes de que sea demasiado tarde, la situación comienza a esclarecerse. El

viento amaina, los oídos dejan de silbar, los pajaritos gorjean. Suena una banda. Se percibe el sonido de los instrumentos de viento. El sol aparece, de golpe, en el horizonte.

Y sobreviene una gran paz.

Mientras acababa de vaciar el vaso, la vida volvía a florecer en mí. Recuerdo que Jeeves, quien tiene un modo de hablar muy exacto, aunque a veces se salga de tono en cuestión de trajes y de consejos a los enamorados, lo comparó una vez a alguien que, librándose de las losas sepulcrales, accediese a altas esferas. Eso era lo que me sucedía a mí en aquel momento. Sentía que el Bertram Wooster que yacía sobre las almohadas habíase vuelto otro Bertram Wooster, más fuerte y más hermoso.

—Gracias, Jeeves —dije.

—No hay de qué, señor.

—El resultado ha sido espléndido. Ahora me siento en condiciones de enfrentarme con los problemas de la vida.

—Me alegro mucho, señor.

—¡Lástima que no bebiera una dosis antes de hablar con tía Dahlia! Pero de nada sirve deplorarlo. Hábleme de Gussie. ¿Qué tal le fue en el baile de máscaras?

—No llegó a ir, señor.

Le miré severamente.

—Jeeves —dije—. Admito que después de su brebaje me encuentro mucho mejor. Pero ¡no se fíe demasiado! No está bien que se quede usted cerca de mi lecho de dolor, contándome cuentos. Metimos a Gussie en un taxi y partió en dirección al baile de máscaras. Debió haber llegado.

—No, señor. Según supe por boca de míster Fink-Nottle, entró en el taxi convencido de que la fiesta a que estaba invitado debía celebrarse en el número 17 de Suffolk Square, y en cambio, lo fue en el número 71 de Norfolk Terrace. Estas aberraciones de la memoria no son raras en individuos que, como míster Fink-Nottle, pertenecen esencialmente al llamado tipo «soñador».

—Podría llamársele también el tipo que siempre piensa en las musarañas.

—Sí, señor.

—¿Y qué más?

—Al llegar al número 17 de Suffolk Square, míster Fink-Nottle intentó en vano pagar la carrera.

—¿Y qué se lo impidió?

—El hecho de no tener dinero, señor. Descubrió que lo había dejado, junto con la tarjeta de invitación, sobre la repisa de la chimenea de su dormitorio, en casa de un tío suyo, donde se hospeda. Ordenó al conductor que aguardase, tocó el timbre, y al criado que fue a abrirle le dijo que pagara el recorrido, añadiendo que era uno de los invitados a la fiesta. El criado negó la existencia de bailes por aquellos parajes.

—¿Y le dejó en la calle?

—Sí, señor.

—¿Y después?

—Míster Fink-Nottle volvió a subir al coche y dio las señas de la casa de su tío.

—Era una justa inspiración. No tenía más que tomar dinero y tarjeta y estaría al cabo de la calle, como suele decirse.

—Debí decirle, señor, que míster Fink-Nottle había olvidado también la llave de la casa sobre la repisa de la chimenea de su habitación.

—Le bastaba con tocar el timbre.

—Lo tocó, señor, durante un cuarto de hora largo. Luego recordó que, además de que la casa está oficialmente cerrada y el servicio de vacaciones, él había concedido también permiso al portero para que fuese a visitar a su hijo marinero, a Portsmouth.

—Un desastre, Jeeves.

—Sí, señor.

—Esos tipos soñadores existen, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Míster Fink-Nottle comenzó a percatarse de que su posición con respecto al conductor se volvía equívoca. Las cifras del taxímetro habían alcanzado una suma notable y él se encontraba en la imposibilidad de saldar su deuda.

—Tenía que explicar lo que le había sucedido.

—No es posible dar explicaciones a los conductores, señor. Si se intenta hacerlo, se tropieza con un extraordinario escepticismo respecto a la buena fe.

—Yo hubiera puesto pies en polvorosa.

—La misma idea debió de ocurrírsele a míster Fink-Nottle. Procuró alejarse corriendo y el conductor, al intentar retenerle, le asió por el sobretodo. Míster Fink-Nottle logró librarse del sobretodo y parece ser que su aspecto, con el traje que llevaba, produjo un gran efecto sobre el conductor. Míster Fink-Nottle me informó haber oído una especie de silbido y haber visto, al volverse, al hombre doblado sobre sí mismo con las manos en el rostro. Míster Fink-Nottle cree que estaba rezando. Sin duda era un hombre ignorante, señor, un supersticioso o un borracho.

—Si no lo era ya, se habrá vuelto así poco después. Esperaría con impaciencia a que abriesen las tabernas.

—Es muy probable que en esas circunstancias sintiese necesidad de un reconstituyente, señor.

—También Gussie debía de hallarse en circunstancias análogas. ¿Qué diablos hizo? Londres, en las horas nocturnas (y tampoco de día al fin y al cabo), no es un lugar acogedor para un nombre en ropaje colorado.

—No, señor.

—Suscita comentarios.

—Sí, señor.

—Me imagino a ese desgraciado vagando por callejuelas ocultas, por desiertas avenidas, tropezando en los cubos de basura.

—Por lo que he podido comprender, según el relato de míster Fink-Nottle, debió de suceder algo semejante. Después de una noche agotadora pudo encontrar la casa de míster Sipperley, donde, por la mañana, consiguió asegurarse una residencia y una muda de traje.

Me apoyé en la almohada, frunciendo el entrecejo. Es muy hermoso pretender ayudar a los antiguos compañeros de escuela pero, empeñándome en sostener la causa de Gussie, que había sido capaz de embrollar el asunto de aquella manera, me imaginé haber adquirido un compromiso superior, quizá, a toda fuerza humana. Tenía la impresión de que Gussie necesitaba, más que el consejo de un nombre de mundo, una celda bien acolchada en Colney Hatch y un par de buenos enfermeros que le impidiesen, por si acaso, pegar fuego al edificio. Por un momento sentí la tentación de renunciar a aquel asunto y volverlo a poner en manos de Jeeves. Pero el orgullo de los Wooster me retuvo: cuando uno de nosotros emprende algo no envaina fácilmente su espada. Además, después del asunto de la chaqueta blanca, el acto más insignificante que pudiera aparecer como una debilidad podría ser fatal.

—Supongo que se dará claramente cuenta, Jeeves (aunque le sepa mal, ciertas cosas hay que decirlas), de que todo esto ha sucedido por culpa de usted.

—¿Señor?

—Es inútil decir «¿Señor?». Bien sabe cómo han sucedido los hechos. Si usted no hubiera insistido en que Gussie fuera a esa fiesta, lo que a mí en seguida me pareció una locura, no habría sucedido nada de todo esto.

—Sí, señor, pero confieso que no preveía…

—Es necesario preverlo siempre todo, Jeeves —dije en un tono lleno de severidad —. Créame, no hay otro medio para lograr un buen fin. Si le hubiera permitido llevar un traje de Pierrot, el asunto habría tomado otro cariz. Un traje de Pierrot tiene bolsillo. Sea como fuere —continué más amablemente—, es demasiado tarde para discutirlo. Y menos mal si lo sucedido sirve para demostrarle a usted lo que acarrea ir por ahí con ropaje escarlata. ¿Ha dicho que Gussie aguarda ahí fuera?

—Sí, señor.

—Pues bien, que pase y veré qué se puede hacer por él.

VI

El aspecto de Gussie revelaba, bien a las claras, su reciente y triste experiencia. Tenía la faz pálida, los ojos hinchados, las orejas gachas; en conjunto, parecía un hombre que, habiendo entrado en un horno, ha sido cogido por la maquinaria. Me incorporé sobre las almohadas y le miré atentamente. Me pareció que en aquel momento era indispensable una rápida ayuda y me preparé para estar a la altura de la situación.

—¿Qué hay, Gussie?

—Hola, Bertie.

—Hola.

—Hola.

Realizados los saludos, creí llegado el momento de tratar delicadamente lo sucedido.

—Me han informado que te ha ocurrido un incidente.

—Sí.

—Por culpa de Jeeves.

—No fue culpa de Jeeves.

—Sí; todo fue por culpa de Jeeves.

—No lo creo. Yo me olvidé el dinero y la llave.

—Y ahora convendría que olvidaras también a Jeeves —le dije, pensando que sería preferible informarle en seguida del estado de la cuestión—. Te interesará saber, Gussie, que ha dejado de ocuparse de tu problema.

Pareció quedar anonadado. Con la barbilla más caída y las orejas más gachas, si antes se asemejaba a un pescado, ahora recordaba a esos animales que, muertos un año antes y abandonados en una playa desierta, han quedado expuestos a los vientos y las mareas.

—¿Cómo?

—Sí.

—No pretenderás decir que Jeeves no…

—Eso es.

—¡Por Júpiter!

Fui amable, pero resuelto.

—Todo marchará mejor sin él. La terrible experiencia que has sufrido debe haberte convencido de que Jeeves necesita un descanso. El más inteligente de los pensadores puede a veces salirse de madre. Eso es lo que le ha sucedido a Jeeves; lo estoy notando hace algún tiempo. Ya no está en forma: necesita lubricar sus engranajes. Comprendo que es un gran golpe para ti. De todos modos, supongo que esta mañana habrás venido aquí para pedirle consejo.

—Naturalmente.

—¿Y respecto a qué?

—Madeline Bassett se ha ido a pasar unos días al campo, a casa de unos amigos. Quería saber su opinión sobre lo que debo hacer.

—Bueno. Como te he dicho, Jeeves queda descartado.

—¡No fastidies, Bertie!

—En suma —dije con cierta aspereza—, Jeeves no volverá a intervenir. Yo seré quien se ocupe de ti.

—Pero ¿qué diablos puedes hacer tú?

Oculté mi resentimiento. Nosotros, los Wooster, tenemos un espíritu muy amplio. Sabemos ser indulgentes con individuos que han vagabundeado por Londres durante una noche con ropaje escarlata.

—Eso ya lo veremos —dije con calma—. Siéntate y discutamos. Me siento obligado a decirte que el asunto me parece muy sencillo. ¿Dices que la muchacha se ha ido al campo, a casa de unos amigos? Me parece obvio que vayas allí también tú y que ic pegues a ella como una cataplasma. Eso es elemental.

—¡Pero no puedo plantar mi tienda en casa de unos desconocidos!

—¿No conoces a esa gente?

—No, naturalmente. No conozco a nadie.

Apreté los labios. Aquello complicaba un poco el asunto.

—Lo único que sé es que se llaman Travers y que viven en Brinkley Court, en el Worcestershire.

Entreabrí los labios.

—Gussie —dije en tono paternal—, fue un día afortunado para ti aquel en que Bertie Wooster se interesó por tus asuntos. Como preví desde el principio, puedo arreglarlo todo. Hoy mismo, por la tarde, podrás ir a Brinkley Court como huésped de honor.

Pareció temblar como la gelatina. Siempre me han parecido mis actuaciones una perturbadora experiencia para un novato.

—Pero, Bertie, ¿quieres decir que conoces a los Travers?

—Travers es mi tía Dahlia.

—¡Válgame Dios!

—¿Comprendes ahora —insistí—, la fortuna que has tenido al contar con mi ayuda? Te diriges a Jeeves y ¿qué hace? Te viste de ropajes rojos y te cubre la cara con las más absurdas barbas que jamás pude ver en mi vida, para enviarte a un baile de máscaras. Resultado: agonía del espíritu y ningún progreso. Tomo yo la dirección, y al instante te dirijo por el buen camino. Tía Dahlia no es tía suya. ¡Te debe bastar con eso!…

—¡Por vida mía, Bertie, no sé cómo agradecértelo!

—No te preocupes, querido.

—Pero digo yo…

—¿Qué hay?

—¿Qué deberé hacer una vez allí?

—Si conocieras Brinkley Court no me harías esa pregunta. En aquellos románticos parajes no puedes fracasar. Los más fogosos amantes, a través de los tiempos, han cimentado sus aventuras en Brinkley Court. El lugar está, sencillamente, saturado de amor. Te pasearás con la muchacha por las sombreadas avenidas, bajarás con ella por los prados umbrosos, remarás con ella en el lago. Y, poquito a poco, llegarás al punto en que…

—¡Por Júpiter! ¡Me parece que tienes razón!

—¡Claro que tengo razón! Me he prometido tres veces en Brinkley Court y, aunque el hecho no haya tenido ulteriores consecuencias, no por eso deja de subsistir. Y siempre había ido sin la más mínima intención de prometerme. Sin embargo, al poner el pie en el suelo de aquel romántico lugar, he aquí que doy caza a la primera muchacha que encuentro y que pongo mi corazón a sus pies. Hay algo en el aire, allá abajo.

—Comprendo perfectamente qué quieres decir. Precisamente es lo que necesito. He de llegar a ese punto en que… Y en Londres (que el diablo se lleve esta ciudad) no es posible porque todos tienen mucha prisa.

—¡Claro que no! Aquí, si ves a la muchacha a solas cinco minutos al día, ya es mucho. Y si quieres pedirla en matrimonio has de emplear tu astucia, como para apoderarte de la sortija en un alegre juego de sociedad.

—¡Exacto! Londres aturde. Siento que en el campo seré un hombre completamente distinto. ¡Qué suerte que esta Travers haya resultado ser tía tuya!

—No sé qué pretendes decir con ese «haya resultado ser tía tuya». Lo ha sido siempre.

—Quiero decir lo extraordinario que resulta el que haya sido justamente tu tía quien invitase a Madeline.

—En absoluto. La Bassett es amiga íntima de Angela. En Cannes se pasaba la vida con nosotros.

—¡Oh! ¿Conociste a Madeline en Cannes? Caramba, Bertie —dijo la pobre salamandra con devoción—, hubiese querido verla en Cannes. ¡Qué hermosa debía de estar en pijama de playa! ¡Oh, Bertie!

—Hermosísima —dije algo fríamente. Ni con una bebida de Jeeves se pueden soportar historias de este tipo después de una noche tan difícil. Toqué el timbre y cuando compareció Jeeves le dije que me trajera papel y lápiz y redacté un telegrama dirigido a mi tía Dahlia para informarle que aquel mismo día enviaba a mi amigo Fink-Nottle a gozar de su hospitalidad. Le di la hoja a Gussie.

—Depósitalo en la primera oficina de correos que encuentres —dije—. Mi tía lo

encontrará a su regreso. Gussie se marchó agitando en el aire el telegrama, con una expresión en la cara que recordaba a Joan Crawford, y yo, volviéndome hacia Jeeves, le hice una exacta relación de mi actividad.

—Muy sencillo, como puede darse cuenta, Jeeves. Nada alambicado.

—No, señor.

—Nada estudiado, retorcido, estrafalario; un remedio puramente natural.

—Sí, señor.

—Este será el punto de partida para las palabras liberadoras. ¿Cómo define usted la situación de dos personas de sexo opuesto que están en continuo contacto en un lugar remoto encontrándose todos los días y viéndose a cada instante?

—¿Es asiduidad la palabra que usted busca, señor?

—Exactamente. Yo, en este juego, apuesto por la asiduidad, Jeeves. La asiduidad llevará a Gussie a la victoria. Por el momento, como sabe, Gussie tiembla como una gelatina en presencia de la muchacha. Pero pregúntese qué ocurrirá dentro de una semana o dos, después de que Madeline y él hayan saboreado, para desayunar, las mismas salchichas, en la misma mesa, durante días y días consecutivos. Y hayan cortado el mismo jamón, se hayan servido de los mismos riñones, del mismo…

Me interrumpí bruscamente a causa de una de mis repentinas ideas.

—¡Diantre, Jeeves!

—¿Señor?

—Este es un caso en el que se debe pensar en todo. Me ha oído mencionar las salchichas, los riñones, el jamón…

—Sí, señor.

—Pues bien, nada de todo eso. Sería fatal. Un error tremendo. Déme aquella hoja y un lápiz. Es necesario que advierta inmediatamente a Gussie. Tiene que crear en la mente de la muchacha la impresión de que languidece de amor por ella. Y esto no se puede hacer tragando salchichas.

—No, señor.

—¡De acuerdo!

Cogí papel y lápiz y escribí:

Fink-Nottle
Brinkley Court
Market Snodsbury
Worcestershire
Suprime salchichas. Evita jamón.
Bertram

—Hay que enviarlo inmediatamente, Jeeves.

—Muy bien, señor.

Volví a caer sobre las almohadas.

—¿Ve, Jeeves —dije—, cómo trato todo este asunto? Observe cómo lo he cogido entre mis manos. ¿Se da cuenta de que haría santamente estudiando mis métodos?

—No cabe duda, señor.

—¡Y todavía no conoce usted toda la profundidad de la astucia que he sabido poner en obra en esta ocasión! ¿Sabe por qué ha llovido aquí tía Dahlia esta mañana? Ha venido para decirme que he de repartir los premios en una determinada estúpida escuela de la cual es directora, allá abajo, en Market Snodsbury.

—¿De veras, señor? Temo que ese encargo no le resulte muy agradable al señor.

—Oh, pero se lo pasaré a Gussie.

—¿Señor?

—Me parece, Jeeves, que debo telegrafiar a tía Dahlia comunicándole que no puedo acudir y sugiriéndole que puede lanzarle a él, en mi lugar, en medio de esos jóvenes aplicados.

—Pero ¿y si míster Fink-Nottle rehúsa el encargo, señor?

—¿Rehusar el encargo? ¿Se lo imagina negándose? Procure reproducir el cuadro mentalmente, Jeeves. Escena: la salita de Brinkley; Gussie, arrinconado en un ángulo; tía Dahlia que se precipita encima emitiendo gritos de caza. Y ahora le pregunto, Jeeves: ¿puede imaginar que él rehúse?

—No es fácil, desde luego, señor. Mistress Travers es una personalidad llena de fuerza.

—No hay remedio posible; no podrá negarse. Podría encontrar en la fuga la única salvación, pero no puede, porque querrá permanecer cerca de miss Bassett. No, Gussie tendrá que aguantar a pie firme y yo me veré a salvo de un encargo cuyo solo pensamiento me hace estremecer. ¡Subir a un estrado y soltar un breve pero enérgico discurso a un grupo de necios escolares! Ya me ocurrió algo semejante tiempo atrás. ¿Se acuerda, Jeeves, de aquella vez en la escuela femenina?

—Oh, sí. Perfectamente, señor.

—¡Qué papel de asno hice entonces!

—Desde luego le he visto en condiciones más ventajosas, señor.

—Me parece conveniente, Jeeves, que me traiga otra dosis de dinamita. Me siento extraordinariamente débil, sólo por haber vislumbrado un peligro parecido.

Supongo que tía Dahlia debió de tardar por lo menos tres horas en llegar a Brinkley Court, porque su telegrama se recibió bastante después del almuerzo. Estaba redactado en un momento de gran indignación, a raíz de recibir el mío. Decía:

> *Consulto abogado para saber si estrangular sobrino idiota constituye delito. En caso negativo, ¡ay de ti! Tu proceder pasa de la raya. ¿Qué*

intentas echándome sobre los hombros a tus odiosos amigos? ¿Imaginas Brinkley Court colonia leprosos, o similar? ¿Quién es ese Spink-Bottle? Recuerdos. Travers.

Semejante reacción inicial era de prever. Repliqué de forma moderada:

No Bottle. Nottle. Respetos. Bertram.

Casi inmediatamente después del grito desesperado de tía Dahlia debió de llegar Gussie, porque a los veinte minutos escasos me trajeron el siguiente telegrama:

Recibido tu telegrama cifrado. Dice: «Suprime salchichas, evita jamón». Telegrafía inmediatamente clave. Gussie.

Repliqué:

También riñones. Adiós. Bertram.

Lo había apostado todo a que Gussie produciría una favorable impresión en la dueña de la casa. Lo esperaba así porque era un ser tímido, servicial, que pasa las tazas de té, ofrece las tostadas con mantequilla, siempre dice que sí; en suma, un individuo de la especie que las mujeres corno tía Dahlia aprecian en seguida. Y que di prueba de mi agudeza lo demostró el siguiente mensaje, en el que iba aumentando la dosis de amabilidad.

Helo aquí:

Bien; ese amigo tuyo ha llegado y debo decir que, a pesar de ser amigo tuyo, es menos intratable de lo que esperaba. Tiene algo del tipo cordero degollado; pero, en conjunto, decente y educado y muy instruido acerca de las salamandras. Pienso organizar una serie de conferencias con él por el vecindario. No obstante, sorpréndeme tu desfachatez. Tráete botines. Cariños. Travers.

A lo que contesté:

Consultada agenda, imposible ir Brinkley Court. Lamento profundamente. Saludos. Bertram.

La respuesta fue catastrófica:

> *¡Ah! ¿Así estamos? ¿Conque la agenda? ¡Lamentas, un rábano! He de anunciarte, mi querido muchacho, que lo lamentarás más si no vienes. Si por un momento piensas zafarte así y no repartir los premios, andas equivocado. Siento enormemente Brinkley Court diste Londres ciento cincuenta millas y no poderte alcanzar de una pedrada. Cariños. Travers.*

Entonces empleé un capital para la contestación. Vencer o perder. No era el momento de pensar en economías y me abandoné a mi inspiración sin cuidarme del gasto.

> *¡No, qué diantre! Escucha. Honradamente, no necesitas de mí. Haga Fink-Nottle el reparto: ha nacido ex profeso. Hará un papel magnífico. Estoy seguro de que Augustus Fink-Nottle como maestro de ceremonias el treinta y uno del corriente producirá sensación. No pierdas esta ocasión que acaso no vuelva nunca más. Respetos. Bertram.*

Al cabo de una hora de espera impaciente, llegó la buena nueva.

> *Está bien. Hay algo de cierto en lo que dices. Te considero un gusano traidor y despreciable, cobarde y bellaco, pero he acaparado a Fink-Nottle. Quédate donde estás y espero te atropelle un autobús. Cariños. Travers.*

Como pueden suponer, me sentí inmensamente aliviado. Un peso enorme se me quitó de encima, y me sentía excitado como si hubiese ingerido una de las bebidas de Jeeves. Mientras me vestía para la cena, canté; en Los Zánganos estuve tan jaranero y alegre que provoqué algunas quejas, y cuando, al regresar a casa, me metí en la antigua cama, quedé dormido cinco minutos después de haber tocado las sábanas, como un niño. Juzgaba concluido aquel fastidioso episodio.

Grande fue, pues, mi asombro cuando, al despertarme a la mañana siguiente y sentarme en el lecho para beber el té, vi encima de la bandeja otro telegrama.

El corazón me falló. ¿Era posible que tía Dahlia, durante la noche, hubiese cambiado de parecer? ¿Era posible que Gussie, incapaz de enfrentarse con una tarea semejante, hubiese huido en las horas nocturnas, descendiendo por las cañerías del agua? Con estos pensamientos, que formaban un torbellino en mi mente, abrí el despacho y, al leer su contenido, emití un grito ahogado.

—¿Señor? —dijo Jeeves, deteniéndose en el umbral de la habitación.

Volví a leer. Sí, lo había comprendido a la perfección. No, no me había engañado

sobre su significado.

—Jeeves, ¿lo sabe ya?

—No, señor.

—¿Conoce a mi prima Angela?

—Sí, señor.

—¿Conoce al joven Tuppy Glossop?

—Sí, señor.

—Acaban de romper su compromiso de matrimonio.

—Lo siento señor.

—Este telegrama de tía Dahlia me lo comunica. Me pregunto qué habrá pasado.

—No sabría explicárselo, señor.

—Es natural. No haga el burro, Jeeves.

—No, señor.

Permanecí pensativo. Estaba realmente impresionado.

—Bien, esto significa que tendremos que ir a Brinkley Court hoy mismo. Tía Dahlia, naturalmente, está trastornada y mi deber es estar a su lado. Conviene que prepare usted el equipaje esta mañana y que salga en el tren de las 12.45 llevándose las maletas. Yo estoy invitado a un almuerzo e iré más tarde, en coche.

—Perfectamente, señor.

Otra leve reflexión.

—He de confesar que es un gran golpe para mí, Jeeves.

—No lo dudo, señor.

—¡Un grandísimo golpe! Angela y Tuppy… parecían tan unidos como el papel al muro. ¡Vaya! La vida está llena de amargura, Jeeves.

—Sí, señor.

—Sin embargo, así están las cosas.

—Sin duda, señor.

—De acuerdo, Jeeves. Y ahora prepáreme el baño.

—Perfectamente, señor.

VII

Medité profundamente, aquella tarde, mientras viajaba hacia Brinkley Court en mi viejo dos plazas. La noticia de la ruptura entre Angela y Tuppy me había conmovido grandemente.

Su proyectado enlace siempre tuvo mi incondicional aprobación. Demasiado a menudo sucede que, cuando un joven amigo nuestro piensa unirse a una muchacha que conocemos, nos quedamos perplejos, frunciendo el entrecejo y mordiéndonos el labio inferior con expresión de duda, reflexionando si debemos poner en guardia al uno o a la otra, o a los dos a la vez, cuando aún están a tiempo para cambiar de opinión.

Nada igual habíame jamás sucedido respecto a Angela y Tuppy. Tuppy, cuando no hace el tonto, es un tipo excelente. Y su amor hubiera podido definirlo como dos corazones que laten al unísono.

Naturalmente, también ellos tuvieron disgustos. Por ejemplo, cuando Tuppy, con lo que él llamaba impávida franqueza, le dijo a Angela que con el sombrero nuevo se parecía a un pequinés. Pero en el balance de las novelas de amor es menester dejar un amplio margen para las inevitables vulgaridades, y supuse que Tuppy, después del incidente, habría aprendido también la lección, y pronosticaba el futuro de los dos novios como un prolongado canto armonioso.

Y, repentinamente, sobreviene la ruptura de las relaciones amatorias.

Empleé toda la ingeniosidad del cerebro de un Wooster para procurar explicarme lo acaecido, pero me atormentaba la duda de lo que hubiera podido provocar la explosión y pisaba continuamente el acelerador para llegar lo más pronto posible al lado de tía Dahlia y saber, por boca de la misma protagonista, la historia completa. Puesto que mi seis cilindros funcionaba perfectamente, me hallé en la intimidad de la familia antes de la hora del aperitivo de la noche.

Me pareció que tía Dahlia se alegraba de verme, más aún, incluso lo dijo. Declaración que ninguna otra tía hubiera hecho, puesto que la habitual reacción de esas queridas parientes ante la llegada de Bertram es una mezcla de malestar y espanto.

—Has sido muy amable al venir, Bertie.

—Mi puesto está a tu lado, tía Dahlia —contesté.

Su rostro, frecuentemente risueño, aparecía nublado y brillaba por su ausencia la acostumbrada sonrisa genial. Estreché su mano con simpatía para hacerle comprender que mi corazón sangraba con el suyo.

—Mal asunto éste, mi querida consanguínea —dije—. Temo que hayas vivido unos malos momentos. ¡Esta historia debe de haberte deprimido!

—Deprimido, ésa es la palabra. No he tenido un momento de tranquilidad desde

que regresé de Cannes y volví a pisar este maldito umbral —dijo tía Dahlia, recobrando el enérgico lenguaje de las partidas de caza—. Todo ha ido de cabeza. Primero, hubo la historia del reparto de premios.

Se detuvo y me miró.

—Pensaba haberte hablado francamente de tu proceder en este asunto, Bertie —dijo—, y tenía preparada una excelente colección de frases para decirte. Pero, ya que has acudido así, espontáneamente, debo dejarte en paz. Y mucho más si pienso que quizá haya sido mejor que te eclipsaras de esa manera tan condenadamente cobarde en el momento en que debías cumplir una obligación, porque me parece que el tal Spink-Bottle lo hará muy bien. Siempre que pueda prescindir de las salamandras.

—¿Por qué? ¿Ha hablado de las salamandras?

—Ha hablado. Mirándome con ojos resplandecientes y fulgurantes de marinero de los tiempos antiguos. Sin embargo, si sólo hubiera de soportar eso, ¡paciencia! Me atormenta lo que dirá Tom en el momento en que se crea obligado a mostrarse locuaz.

—¿Tío Tom?

—Me gustaría que te acostumbraras a llamarle con cualquier otro nombre, pero no tío Tom —dijo tía Dahlia, algo despechada—. Cada vez que le llamas así me parece que veo a un negro dispuesto a tocar el banjo. ¡Sí, tío Tom, si así lo prefieres! Pronto tendré que informarle de la pérdida del dinero al bacarrá y temo que salte como un cohete.

—Bueno, ya sabes que el tiempo todo lo cura…

—¡Al diablo el tiempo que todo lo cura! He de sacarle un cheque de quinientas libras, lo más tarde el 3 de agosto, para *Milady's Boudoir*.

Me sentí preocupado. Aparte del natural interés del sobrino hacia un elegante periódico de su tía, mi corazón albergaba un punto sensible para este *Milady's Boudoir* desde que publicara mi artículo «Lo que lleva el hombre bien vestido». Acaso fuera sentimentalismo, pero nosotros, los periodistas, tenemos esas debilidades.

—¿Se ha encallado el *Boudoir*?

—Lo estará si Tom no afloja los cordones de su bolsa. Es menester ayudarlo hasta que supere la curva.

—Pero ¿no tenía que superarla hace dos años?

—Sí, pero aún sigue en el mismo punto. Hasta que no hayas dirigido un periódico para señoras, no sabrás cuántas son las curvas.

—¿Y crees que hay pocas esperanzas de conmover a tío Tom con mimos conyugales?

—Te diré, Bertie. Hasta ahora, cuando necesitaba algún subsidio, siempre lo obtuve acercándome a Tom con la actitud alegre y confiada del hijito único que pide al indulgente padre un bombón de chocolate. Pero precisamente ahora ha recibido de

la Oficina de Impuestos una notificación de aumento de impuestos de cincuenta y ocho libras, un chelín y tres peniques, y desde que he regresado sólo habla de ruina, de la siniestra tendencia de la legislación socialista y de lo que nos sucederá a todos.

Comprendía perfectamente. Tío Tom tiene una peculiaridad que he observado en otras personas: si se le impone un tributo, aunque sea muy insignificante la suma, lanzará unos gritos que se oirán al otro lado del mundo. Tiene el dinero a montones, pero no quiere oír hablar de desprenderse de nada.

—De no ser por el arte culinario de Anatole, no creo que fuese posible seguir adelante. Gracias al cielo, está Anatole.

Incliné la cabeza reverentemente.

—¡Dios guarde a Anatole!

—Amén —contestó tía Dahlia.

Muy pronto, sin embargo, desapareció de su rostro la expresión de felicidad extática que siempre produce dejar que la mente divague, aunque sea por breve tiempo, sobre el arte culinario de Anatole.

—Pero no me distraigas del objeto —agregó ella—. Te estaba diciendo que los cimientos han comenzado a temblar desde mi regreso. Primero, el reparto de premios; luego, Tom, y ahora, para colmo, la maldita pelea entre Angela y el joven Glossop.

Asentí gravemente.

—Lo he sentido muchísimo al saberlo. Un golpe muy grave. Y ¿cuál ha sido la causa?

—Los tiburones.

—¿Eh?

—Los tiburones… O, mejor dicho, el tiburón. Aquella bestia que acometió a Angela mientras estaba ejercitándose con el patín acuático.

Desde luego, lo recordaba. Un hombre sensible no olvida que su prima ha corrido el riesgo de ser devorada por un monstruo de las profundidades marinas. El episodio estaba siempre vivo en mi memoria.

Lo explicaré brevemente. Ustedes saben en qué consiste el patín acuático. Una lancha de motor corre hacia adelante arrastrando una cuerda. Tú estás sobre una tabla, sujetando la cuerda, y la lancha te arrastra a ti también. A veces, pierdes el contacto con la cuerda y te precipitas en el agua, y entonces tienes que nadar para volver a colocarte sobre la tabla.

Un ejercicio muy necio, a mi modo de ver, pero hay quien lo encuentra divertido. Pues bien, en la ocasión referida, Angela acababa de volverse a subir sobre la tabla, después de una zambullida, cuando el tiburón, acercándose, le dio un violento coletazo que la hizo caer de nuevo al agua salada. Necesitó algún tiempo para hacerle comprender al tipo de la lancha lo que había sucedido y decidirle a que corriese en su ayuda. Durante ese intervalo, pueden figurarse su temor.

Según Angela, aquel aletudo ejemplar continuó amenazando sus piernas, sin descanso, hasta el punto de que, cuando finalmente llegó el socorro, ella más parecía una almendra salada que un ser humano. La pobre muchacha había quedado muy trastornada y, durante varias semanas, no sabía hablar de otra cosa.

—Recuerdo muy bien el incidente —dije—. Pero ¿qué tiene que ver con esta ruptura?

—Anoche Angela estaba contándole lo sucedido a su novio.

—¿Y qué?

—Tenía los ojos brillantes y las manitas estrechamente enlazadas con una excitación muy juvenil.

—Naturalmente.

—Y en vez de demostrarle la simpatía y la comprensión a que tenía derecho, ¿qué te figuras que hizo el maldito Glossop? Permaneció escuchando como un zoquete, y cuando hubo terminado, separó la boquilla de los labios y dijo: «Me parece que debió de tratarse sólo de un pedazo de madera flotante».

—¡No!

—Así es. Y cuando Angela le describió de qué modo el animal se había abalanzado sobre ella, intentando morderla, separó nuevamente la boquilla de los labios y dijo: «¡Ah! Acaso fuera un rodaballo inofensivo que tenia ganas de jugar». Y ahora, ¡dime tú! ¿Qué hubieras hecho en lugar de Angela? Ella tiene orgullo, sensibilidad y todas las reacciones naturales en una verdadera mujer. Le dijo que era un asno, un estúpido, un idiota y que no sabía lo que andaba diciendo.

Confieso que le daba la razón a la muchacha. Sólo una vez en la vida sucede un hecho sensacional, y cuando sucede no es agradable que alguien intente quitarle el sabor de emoción. Recuerdo haber tenido que leer en la escuela algo en que se hablaba de un tal Otelo que le cuenta a una muchacha todas las peripecias que ha pasado con los caníbales o algo semejante. Imaginen ahora sus sentimientos si, después de haber relatado un emocionante encuentro con un jefe caníbal, y mientras espera un asombrado y temeroso: «¡Oh! ¿De veras?», la muchacha le hubiese dicho que sin duda había exagerado y que aquel jefe, según todas las probabilidades, era sólo alguna prominente vegetación local.

Sí, sí. Comprendía perfectamente a Angela.

—Pero supongo que él daría marcha atrás, al darse cuenta de que la ofendía.

—En absoluto. Continuó discutiendo. Y, gradualmente, subieron al punto en que ella le dijo que, para no volverse gordo como un cerdo, tenía que renunciar a las comidas pesadas, y hacer mucho ejercicio por las mañanas, y en que él criticó la costumbre, sumamente deplorable, que tienen las muchachas modernas de maquillarse la cara. Así continuaron durante un rato; luego, con una explosión, la sala se llenó con los diminutos fragmentos de su compromiso. Estoy fuera de mí. Gracias

a Dios, has venido tú, Bertie.

—Nada hubiera podido retenerme lejos —repliqué—, sentía que necesitabas de mí.

—Sí.

—¡Claro está!

—O, mejor —dijo ella—, no de ti, naturalmente, sino de Jeeves. En cuanto sucedió el cataclismo, pensé en él. La situación reclama a Jeeves a voz en grito. Si en la historia de los humanos acontecimientos hubo un instante en que fue necesario un cerebro superior, es precisamente éste.

Me parece que si llego a estar de pie, me hubiera tambaleado, es decir, estoy seguro de ello. Pero no es tan fácil que suceda cuando uno está sentado en un sillón de brazos. Sólo mi cara pudo expresar la ofensa que estas palabras habíanme ocasionado.

Antes de que ella las pronunciara, era todo yo azúcar y miel, me había portado como un sobrino compasivo dispuesto a cualquier cosa para ser útil. Ahora me volví de hielo y puse una cara resuelta y dura.

—¡Jeeves! —musité entre dientes.

—¡Jesús! —exclamó tía Dahlia.

Me percaté de que no había comprendido.

—No he estornudado. He dicho: ¡Jeeves!

—¡Ah, sí, Jeeves! ¡Qué hombre! Voy en seguida a contárselo todo. No hay nadie que pueda compararsele.

Mi frialdad se acentuó.

—Quisiera llegar a un acuerdo contigo, tía Dahlia.

—¿A qué quieres llegar?

—A un acuerdo.

—¿De veras?

—Sí. Jeeves es un hombre acabado.

—¿Qué?

—Completamente. Ha perdido por completo su vivacidad de mente. Hace menos de una semana que hube de quitarle la iniciativa de un asunto, porque lo trataba de un modo perfectamente absurdo. De todos modos me ofende el presupuesto, si presupuesto es la palabra, de que Jeeves sea la única persona que posea cerebro. Me ofende el hecho de que todos le expongan sus cuitas sin consultarme y sin permitir que, de antemano, pueda formarme una idea de ello.

Y como tía Dahlia quisiese hablar, la detuve con un ademán.

—Es cierto que, en el pasado, también yo juzgué útil dirigirme a Jeeves para que me aconsejara. Pero reclamo el derecho de echar también yo un vistazo a esos problemas, cuando se presentan, sin que todos consideren a Jeeves como la única

cebolla del huerto. A veces creo que Jeeves, quien evidentemente tiene en activo algunos éxitos, ha sido más afortunado que capaz.

—¿Te has peleado con Jeeves?

—Nada de eso.

—Me parece que sientes cierto resquemor hacia él.

—Te aseguro que no.

Sin embargo, tenía que admitir que era verdad en parte lo que ella afirmaba. Todo el día había estado juzgando a Jeeves con mucha severidad, y he aquí por qué.

Recordarán ustedes que él había tomado el tren de las 12.45, llevando consigo mi equipaje, mientras yo me quedaba en Londres para el almuerzo. Pues bien, antes de marcharme, mientras vagaba arriba y abajo por la casa, relampagueó en mi mente una extraña sospecha —provocada quizá por algo fraudulento observado en el hombre— y me pareció que alguien me murmuraba al oído que echara un vistazo al guardarropa.

Mis sospechas se habían confirmado. La chaqueta blanca estaba allí, colgada de su percha. Aquel perro no la había puesto en la maleta. Como les podrán decir en Los Zánganos, no es sencillo llevarle la contraria a Bertram Wooster. Empaqueté la prenda con papel de estraza y la puse en el interior de mi coche, y ahora se hallaba en una silla del vestíbulo. Pero aquello no desvirtuaba el hecho de que Jeeves hubiese intentado hacerme una jugarreta, y seguramente mis palabras traicionaban cierto resentimiento.

—Nada violento —dije—, sólo lo que puede definirse como una frialdad pasajera. No hemos estado de acuerdo a propósito de mi chaqueta blanca con botones dorados y necesité afirmar mi personalidad. Pero…

—De todos modos, nada tiene que ver una cosa con la otra. Lo cierto es que estás diciendo muchas tonterías, pobrecito mío. ¿Que Jeeves ha perdido su viveza de ingenio? ¡Absurdo! ¿Cómo? ¡Si le he visto sólo un momento, a su llegada, y me han impresionado sus ojos, que brillaban con inteligencia! Me he dicho: «Confía en Jeeves». Y lo haré.

—Mejor sería que me dejases ver qué puedo hacer yo, tía Dahlia.

—¡Dios me libre! Si empiezas a ocuparte del asunto, lo vas a echar todo a perder.

—Todo lo contrario. Has de saber que, mientras venía hacia acá, he reflexionado y archirreflexionado sobre el agobiante asunto de Angela y he conseguido urdir un plan basado en la psicología del individuo, que albergo la intención de poner en práctica lo más rápidamente posible.

—¡Oh, Dios mío!

—Mi experiencia de la humana naturaleza me dice que lo llevaré a buen fin.

—Bertie —exclamó tía Dahlia en un tono que yo habría juzgado febril—, ¡déjalo correr, déjalo correr! ¡Por el amor de Dios, déjalo correr! Conozco de sobra tus

planes. Supongo que se te ocurrirá la idea de tirar a Angela al lago y enviar al joven Glossop a salvarle la vida, o algo parecido.

—Nada de ese tipo.

—Sin embargo, es propio de ti.

—Mi esquema es mucho más sutil. Déjame explicártelo.

—No, gracias.

—Me he dicho a mí mismo…

—Pero no me lo vas a decir a mí.

—Escucha un momento.

—No quiero.

—Muy bien, pues. Estoy mudo.

—Lo has estado desde niño.

Me di cuenta de que la discusión acabaría mal. ¡Era inútil continuarla! Hice un ademán y me encogí de hombros.

—Está bien, tía Dahlia —dije con frialdad—. Si no quieres que yo entre en escena, es asunto tuyo. Pero te pierdes un consejo intelectual. Y poco importa si te pareces a aquella serpiente sorda de las Escrituras que, como sin duda sabrás, cuanto más tocaban, menos bailaba. Yo maniobraré como lo he decidido. Quiero entrañablemente a Angela y no ahorraré esfuerzo alguno para llevar un rayo de sol a su corazón.

—¡Bertie, eres un testarudo y nada más! Te lo repito: ¿quieres hacerme el favor de dejarlo correr? Sólo conseguirás poner el asunto cien veces peor de lo que está.

Recuerdo haber leído en una novela histórica sobre un tipo, no sé exactamente si italiano o indio o de qué pueblo, que cuando oía decir algo equivocado lanzaba una mirada sonriente por debajo de los párpados entornados, y daba un papirotazo a una motita de polvo sobre el irreprochable encaje de Malines que adornaba sus muñecas. Aproximadamente hice lo mismo. Me arreglé la corbata y sonreí con una inescrutable sonrisa de las mías. Luego me retiré y fui a dar un vuelta por el jardín.

La primera persona que encontré fue el joven Tuppy. Tenía la frente arrugada y lanzaba, sombríamente, unas piedras contra un tiesto de flores.

VIII

Creo haberles hablado ya del joven Tuppy Glossop. Era el fulano —¿recuerdan?— que, fingiendo ignorar nuestra amistad de la infancia, apostó una noche en Los Zánganos a que yo no podría atravesar la piscina colgándome de las anillas. Aquello era un juego de niños para un hombre de mi agilidad. Puesto que yo, naturalmente, lo estaba logrando a la perfección, él retiró hacia atrás la última anilla y me hizo caer en el agua vestido de etiqueta.

Si digo que no me ofendí por esa mala acción merecedora de calificarse de «delito del siglo», ocultaría la verdad. Quedé profundamente ofendido y mi humor estuvo alterado durante varias semanas.

No les oculto que, en caso de presentárseme la oportunidad, habría dejado caer de buena gana una esponja mojada sobre la cabeza de Tuppy desde cualquier punto elevado, le habría metido una anguila en la cama o hecho algo parecido. Pero no le guardaba rencor. Quiero decir que, aunque gravemente ofendido, no me causaba placer alguno que la vida de ese tonto hubiese de quedar estropeada por la pérdida de una muchacha a la cual, estaba convencido de ello, seguía amando con locura.

Al contrario; estaba dispuesto, en cuerpo y alma, a intentar que se cerrase la brecha abierta en su amor, y allanar nuevamente la vida a aquellos dos desesperados sin ilusión. Me parecía que aquel estado de ánimo debía traslucirse en las palabras que dije a tía Dahlia; pero si hubieran visto la mirada llena de bondad y de conmiseración que le dirigí a Tuppy, mi generosidad les habría resultado aún más evidente.

Era una mirada suave, indagadora, y fue acompañada por el apretón de una mano mientras la otra se posaba amablemente sobre su hombro.

—Bien, Tuppy, viejo, ¿qué tal estás?

Mi piedad aumentó mientras pronunciaba estas palabras porque ninguna luz había brillado en sus ojos, ningún apretón había respondido a la presión del mío, en fin, no había aparecido en él ningún signo indicador de que quisiera lanzarse a una alegre danza primaveral a la vista del viejo amigo. Habíase quedado allí, como un saco de arena. Recordando una frase que Jeeves dijo a propósito de Pongo Twistleton cuando intentó prescindir del tabaco, diré que la melancolía habíase amparado de él. Naturalmente, eso no me extrañaba. Dadas las circunstancias, un poco de tristeza era muy comprensible.

Dejando su mano, cesé de darle golpecitos en el hombro y le ofrecí un cigarrillo. Lo cogió lentamente.

—¿Estás aquí, Bertie?

—Sí, estoy aquí.

—¿De paso o para quedarte?

Reflexioné un instante. Quizá, durante la mitad del tiempo necesario para encender una cerilla, pensé decirle que había llegado a Brinkley Court con la expresa intención de congraciarle nuevamente con Angela, de atar varios cabos, etcétera. Pero pensé en el acto que, en resumidas cuentas, más valía no echar a los cuatro vientos mi intención de considerarles, a él y a Angela, como dos instrumentos de cuerda sobre los cuales se podía improvisar una tocata. Mi sentido común me advertía que aquello pudiera desagradarles a las personas afectadas.

—Depende —contesté—. Puede que continúe. Mis planes aún no están bien definidos.

Hizo un signo de asentimiento, como una persona por completo indiferente a lo que pueda ocurrir, y continuó mirando vagamente hacia el jardín iluminado por la luz del sol poniente. En conjunto, Tuppy se ha asemejado siempre un poco a un bulldog, y en aquel momento se asemejaba extraordinariamente a uno de esos bellos animales, en el instante en que le niegan un trozo de tarta. No era difícil para un hombre de mi discernimiento adivinar en qué estaba pensando, y sus siguientes palabras acerca del fúnebre asunto no provocaron en mí extrañeza alguna.

—Supongo que estarás enterado de lo sucedido entre Angela y yo.

—Sí, viejo amigo.

—Nos hemos peleado.

—Lo sé; una leve disonancia en el tema «en re» *Tiburón y Angela*.

—Sí; supuse que debió de ser un inocuo rodaballo.

—Eso, en efecto, me dijo mi informador.

—¿Es decir?

—Tía Dahlia.

—¿Te habló mal de mí?

—¡Oh no! Prescindiendo de que en un determinado momento te llamó «el maldito Glossop», estuvo, a mi modo de ver, muy moderada en sus expresiones; sobre todo si se considera que en otros tiempos practicaba la caza con indómita energía. A pesar de todo, me ha dado a entender, si no te molesta que lo repita, que hubieras podido portarte con más tacto.

—¿Tacto?

—Y he de añadir que estoy perfectamente de acuerdo con ella. Por tu parte, Tuppy, no fue gallardo ni amable quitar de esa manera todo el perfume a la aventura del tiburón de Angela. Debiste comprender que el tiburón le era indispensable. ¿No comprendes qué conmoción debió de sufrir la pobre muchacha al oír que el hombre amado lo definía como un rodaballo?

Vi que estaba luchando con una poderosa emoción.

—Y ¿qué hay de mi versión del asunto? —preguntó con voz apagada.

—¿De tu versión?

—No supondrás —dijo Tuppy con vehemencia creciente— que yo habría calificado aquel maldito tiburón de rodaballo (y en realidad debía serlo) sin tener sólidas razones. Me indujo a afirmarlo el hecho de que Angela, esa insolente, estuvo realmente ofensiva. Y quise vengarme un poco.

—¿Ofensiva?

—Enormemente ofensiva; por el mero hecho de haber preguntado, sólo para mantener viva la conversación, qué nos daría Anatole para el almuerzo, contestó que yo era demasiado prosaico y que no debía estar pensando siempre en la comida. ¡Prosaico, un rábano! ¡Yo soy muy espiritual!

—De acuerdo.

—¿Te parece un agravio preguntar qué nos serviría Anatole para almorzar?

—¡Claro que no! Era justo y habitual tributo de respeto hacia el gran artista.

—Perfectamente.

—No obstante…

—¿Qué?

—Me parece lastimoso que el frágil barquito del amor haya de encallarse de esta manera, cuando con pocas y sentidas palabras…

Me miró abriendo mucho los ojos.

—¿No irás a aconsejarme que me arrodille a sus pies?

—Sin embargo, sería conveniente, amigo mío.

—Ni soñarlo.

—Pero, Tuppy…

—No, no lo haré.

—Pero tú la amas, ¿verdad?

Había tocado el punto sensible; se tambaleó visiblemente y su boca se contrajo… ¿Era realmente un alma torturada?

—No voy a decir ahora que no amo a esa tontuela —dijo conmovido—. Al contrario, la amo apasionadamente. Pero eso no me impide creer que necesita una zurra.

¡Era demasiado para un Wooster!

—¡Tuppy, viejo!

—Es inútil que digas: «¡Tuppy, viejo!».

—Bueno; pues yo te digo, Tuppy, viejo, que tu tono me ofende. Hace poner la piel de gallina. ¿Dónde está el noble, el viejo espíritu caballeroso de los Glossop?

—Deja en paz el «noble, viejo espíritu caballeroso de los Glossop». ¿Dónde está el suave, femenino espíritu de las Angelas? ¡Decirle a un individuo que le está saliendo una papada doble!

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¡Oh, bueno! ¡Las muchachas son muchachas! Olvida, Tuppy, ve a verla y haced las paces.

Meneó la cabeza.

—No, es demasiado tarde. Se han hecho unas observaciones sobre mi físico que no es posible olvidar.

—Pero Tuppy… sé justo. También tú una vez le dijiste que su sombrero nuevo la hacía parecerse a un pequinés.

—La hacía realmente parecerse a un pequinés. No era una vulgar mentira. Era una crítica que tenía una finalidad lógica y profunda: la de que no hiciera un mal papel en público. En cambio, acusar falsamente a un hombre de que jadea cuando sube las escaleras es una cosa muy diferente.

Comenzaba a darme cuenta de que la situación requería todo mi tacto y toda mi ingeniosidad. Para que un día las campanas pudiesen repicar en una boda en la iglesia de Market Snodsbury, Bertram tenía que obrar muy avisadamente. Por la conversación con tía Dahlia comprendí que había habido un intercambio de verdades entre las partes contrarias, pero no creí que las cosas hubiesen podido llegar a un extremo tan avanzado.

El pathos del asunto me electrizó. Tuppy había admitido claramente que el amor continuaba viviendo en su corazón, y yo estaba convencido de que, aun después de lo pasado, Angela le amaba todavía. En aquel momento, probablemente, puede que ella deseara romperle una botella en la cabeza, pero yo habría apostado a que en la intimidad de su ser subsistían el antiguo cariño y la antigua ternura. El orgullo herido mantenía alejado aún a los dos novios, y me parecía conveniente que Tuppy diera el primer paso.

Hice otra tentativa.

—Angela está muy afectada por todo lo sucedido, Tuppy.

—¿Cómo lo sabes? ¿La has visto?

—No, pero estoy seguro de que lo está.

—Viéndola, nadie lo diría.

—Lleva una máscara, sin duda. Eso hace siempre Jeeves cuando le impongo mi autoridad.

—Cuando me ve, frunce la nariz como si yo fuese algo repugnante.

—Pura máscara. Estoy convencido de que todavía te quiere y que sólo falta una palabra amable por tu parte.

Me convencí de que le había conmovido. Comprendíase claramente que estaba luchando con diversos sentimientos. Pegó un puntapié a la hierba y, al hablar, se percibía en su voz un ligero temblor.

—¿Lo crees de veras?

—Absolutamente.

—¡Hum!

—Si fueras a verla…

Meneó la cabeza.

—No, sería fatal. Sería la ruina de mi prestigio. Conozco a las muchachas. Si te arrastras a sus pies, la mejor te clava el tacón en el cuello —observó—. El único medio sería hacerle comprender indirectamente que estoy dispuesto a iniciar las negociaciones. Quizá sería conveniente que suspirara un poco cuando la viera. ¿Qué te parece?

—Podría pensar que resoplas.

—Es verdad.

Encendí otro cigarrillo y reflexioné sobre el asunto. Y, de golpe y porrazo, corno nos sucede a nosotros, los Wooster, tuve una idea. Recordé el consejo que le había dado a Gussie, a propósito de las salchichas y el jamón.

—¡Ya lo tengo! Un medio infalible para demostrarle el amor a una mujer, un medio para hacer las paces después de una pelea. Esta noche no comas nada durante la cena. Verás qué impresión le produce. Ella conoce perfectamente tu debilidad por la comida.

El se disparó.

—¡Yo no siento ninguna debilidad por la comida!

—No, no.

—¡Absolutamente ninguna!

—De acuerdo. Quería decir que…

—Esa historia de mi glotonería tiene que acabar —dijo Tuppy calurosamente—. Soy joven, sano y de buen apetito, pero eso no quiere decir que sienta debilidad por la comida. He de admirar a Anatole como un maestro en su profesión y encuentro de mi gusto todo lo que sirven en la mesa. Pero que tú digas que siento debilidad por la comida…

—Está bien. Está bien. Quiero decir que cuando Angela vea que dejas la cena intacta, comprenderá que tu corazón sufre y será la primera, quizá, en ir a tu encuentro.

Tuppy tenía una expresión tétrica y pensativa.

—¿Dices dejar intacta la cena?

—Sí.

—¿Dejar un plato de Anatole?

—Sí.

—Oye, entendámonos bien. Cuando esta noche, durante la cena, el criado me ofrezca un *ris de veau à la financière* o cualquier otro manjar recién salido de las manos de Anatole, ¿he de rehusarlo, sin probarlo?

—Sí.

Se mordió un labio. Podíase ver la lucha que se desarrollaba en su interior. Luego una luz iluminó su rostro. Igual debía de sucederles a los antiguos mártires.

—Está bien.

—¿Lo harás?

—Sí.

—Será, naturalmente, un sufrimiento horrendo.

—Procuraré ver el reverso agradable.

—Durará sólo un momento. Por la noche podrás correr abajo y meter mano en la despensa.

—Perfectamente. ¿Crees que podré hacerlo, eh?

—Estoy seguro de que encontrarás algún plato frío.

—Habrá algún plato frío —dijo Tuppy con alegría siempre creciente—. Un pastel de carne y riñones. Nos lo han servido hoy durante el almuerzo. Uno de los mejores hallazgos de Anatole. Lo que más admiro en ese hombre —dijo Tuppy con reverencia —, y lo admiro de un modo realmente superlativo, es que, aun siendo francés, no se limita, como muchos otros *chefs*, exclusivamente a los platos franceses, sino que siempre está dispuesto a preparar algún sabroso y sencillo plato inglés, como el pastel del que te he hablado. Un pastel verdaderamente de maestro, y si ha sobrado más de la mitad, vamos bien.

—Pero, durante la cena, ayunarás como hemos convenido, ¿verdad?

—Haré exactamente lo que hemos dicho.

—Entonces, quedamos de acuerdo.

—Es una idea excelente. Una de las mejores de Jeeves. Dile, cuando le veas, que le estoy muy agradecido.

El cigarrillo se me cayó de los dedos. Fue como si alguien hubiese golpeado el rostro de Bertram Wooster con una bayeta mojada.

—¡No vayas a creer que este proyecto ha sido inspirado por Jeeves!

—¡Naturalmente que sí! Es inútil que intentes engañarme, Bertie. Una estratagema como ésa no se te hubiera ocurrido ni en un millón de años.

Hubo una pausa. Me erguí en toda mi estatura. Luego, viendo que Tuppy no me miraba, me encogí de nuevo.

—Vamos, Glossop —dije fríamente—. Es hora de irse a vestir para la cena.

IX

La terquedad de Tuppy seguía exacerbando mi ánimo, mientras subía a mi habitación. Y continuó su obra mientras me desnudaba e igualmente cuando, envuelto en mi viejo balín, me dirigía, por el pasillo, hacia la *salle de bain*.

No es una exageración decir que estaba herido hasta lo más profundo de mis entrañas.

No era que yo desease alabanzas. Hay individuos para los cuales la adulación de las masas tiene un valor muy relativo. A pesar de todo, cuando nos tomamos la molestia de organizar un astuto plan a beneficio de un amigo que se halla en una situación apurada, es realmente odioso descubrir que todo el mérito se atribuye a un ayuda de cámara; y mucho más si el ayuda de cámara es una persona capaz de viajar sin poner en las maletas las americanas blancas.

Pero, después de haber chapoteado un rato en la blanca bañera de porcelana, comencé a encontrar la calma. Sé por experiencia que en los momentos de depresión nada calma tanto el espíritu herido como una buena cantidad de agua y jabón. No digo que canté en el baño, pero hubo algún momento en que estuve a punto de hacerlo. Se calmó bastante la congoja espiritual, consecuencia de aquel discurso carente de tacto.

El descubrimiento de un pato de goma en la jabonera, presunta propiedad de algún joven visitador precedente, contribuyó bastante a esta nueva y más feliz disposición del espíritu. Absorto por mil asuntos, hacía años que no jugaba en la bañera con un pato de goma, y quedé muy satisfecho al repetir la experiencia. Para quien tenga interés en saberlo, diré que si se mantiene el objeto con la esponja bajo la superficie del agua y luego se le suelta, salta fuera de un modo perfectamente estudiado para divertir a la más preocupada de las personas. Después de diez minutos de este pasatiempo, el que regresaba a su habitación había vuelto a ser el antiguo, el alegre Bertram Wooster.

Jeeves estaba allí y preparaba el traje para la cena. Saludó a su joven señor con la habitual suavidad.

—Buenas noches, señor.

Contesté en el mismo tono amable.

—Buenas noches, Jeeves.

—Espero que haya hecho usted un buen viaje.

—Muy bueno, Jeeves, gracias. ¿Quiere darme los calcetines?

Me los dio y comencé a ponérmelos.

—Bien, Jeeves —dije cogiendo la ropa interior más íntima—, ya estamos de nuevo en Brinkley Court, en el condado de Worcestershire.

—Sí, señor.

—Parece que ha sucedido un embrollo endiablado en estos rústicos lugares.

—Sí, señor.

—La escisión suscitada entre mi prima Angela y Tuppy Glossop parece muy grave.

—Sí, señor. En el ambiente del servicio están propensos a juzgarla una situación grave.

—Y, sin duda, su mente alberga la idea de que yo debo de estar preocupado sobre el modo de arreglar este asunto…

—Sí, señor.

—No tiene razón, Jeeves. Yo soy el amo de la situación.

—Eso no me sorprende, señor.

—Lo creo. Sí, Jeeves, he reflexionado sobre el asunto durante todo el camino, con los más felices resultados. He tenido hace poco una conferencia con míster Glossop, y todo está arreglado.

—¿De veras, señor? Podría permitirme preguntarle…

—Conoce usted mis métodos, Jeeves. Aplíquelos. —Y comenzando a ponerme los pantalones, dije—: ¿Ha reflexionado también usted un poco sobre el asunto?

—¡Oh! Sí, señor. Siempre he sido muy devoto de miss Angela y me consideraría feliz si se me presentara la ocasión de poderle ser útil.

—Un loable sentimiento. Supongo, empero, que está *in albis* en cuanto a ideas.

—No, señor. Tengo una.

—¿Cuál?

—Se me ocurrió pensar que una reconciliación pudiera tener lugar entre miss Angela y míster Glossop, despertando ese instinto que empuja a los hombres, en un momento de peligro, a precipitarse hacia la persona amada.

Tuve que abandonar la corbata para levantar una mano. Estaba escandalizado.

—No querrá insinuar que cree conveniente organizar el salvamento de un náufrago, ¿verdad? Cuando, a mi llegada, discutí el asunto con tía Dahlia, ella me dijo con expresión irónica que me creía capaz de proponer que Angela se arrojase al lago para que Tuppy pudiese salvarla. Y le hice comprender en seguida que consideraba esa insinuación como una ofensa a mi inteligencia. Y ahora, si sus palabras tienen el sentido que ha de atribuírseles, ¡está usted sugiriendo precisamente ese proyecto, Jeeves!

—No, señor, no es exactamente ése. Mientras me paseaba por aquí fuera y pasaba ante la campana de alarma para los casos de incendio, se me ocurrió que una repentina alarma en la noche podría dar como resultado que míster Glossop corriese en ayuda de miss Angela.

Me estremecí.

—Espeluznante, Jeeves.

—Bien, señor.

—No sirve, no sirve.

—Supongo, señor, que…

—No, Jeeves, no hablemos más. Ya hemos hablado demasiado de ello. Dejémoslo correr.

Acabé de hacerme el nudo de la corbata en silencio. Mi emoción era demasiado violenta para que me permitiese hablar. Sabía naturalmente, desde bastante tiempo antes, que aquel hombre iba perdiendo sus facultades, pero jamás hubiese sospechado que la cosa sucediese de un modo tan absoluto. Recordando alguna de sus rápidas ocurrencias en el pasado, rehuí con horror el espectáculo de su presente ineptitud… como supongo debe decirse. Me refiero a aquella terrible disposición a hacer actos extraños y hablar sin sentido. Es la historia de siempre. Un cerebro humano brilla durante años superando los límites de la velocidad; luego, de repente, algo se estropea en el motor y resbala y se cae en la cuneta.

—Un poco alambicado —dije, intentando manifestar mis impresiones lo más suavemente posible—. Su habitual defecto. ¿No se da cuenta también usted de que es un poco alambicado?

—Acaso el proyecto por mí sugerido puede dar lugar a algunas críticas, señor. Pero, *faute de mieux*…

—No le comprendo, Jeeves.

—Es una frase francesa que significa: a falta de otro mejor.

Un minuto antes no había experimentado más que una gran piedad por la ruina de aquel gran pensador. Estas palabras despertaron en mí el orgullo de los Wooster, obligándome a ser rudo.

—Sé perfectamente lo que significa *faute de mieux*, Jeeves. No en vano he pasado recientemente dos meses entre nuestros vecinos, los galos. Además, recuerdo haberlo aprendido en la escuela. Lo que despierta mi asombro es que use esa expresión, *faute de mieux*, cuando realmente está fuera de lugar. ¿Por qué sale con ese *faute de mieux*? ¿No le he dicho que ya lo he arreglado todo?

—Sí, señor, pero…

—¿Qué quiere decir con «pero»?

—En fin, señor.

—Adelante, Jeeves; estoy dispuesto, es decir, ansioso de escuchar sus ideas.

—Bueno, señor. Si me es permitido recordárselo, los proyectos del señor no tuvieron mucho éxito en el pasado.

Siguió a estas palabras un silencio que pudo llamarse emocionante, aprovechando el cual me puse el chaleco con bastante energía. Y hasta que no hube abrochado la hebilla trasera, no hablé.

—Es cierto, Jeeves —dije en tono formal—, que una vez o dos, en el pasado, fallé

el blanco. No obstante, creo que debe atribuirse a la mala suerte.

—¿De veras, señor?

—En esta ocasión no fallaré. Y voy a decirle la razón: porque mi plan está basado en el conocimiento de la naturaleza humana.

—¿De veras, señor?

—Es sencillo, no es alambicado, y, sobre todo, se fundamenta en la psicología del individuo.

—¿De veras, señor?

—Jeeves —exclamé—, no continúe repitiendo: «¿De veras, señor?». No quiero suponer que tenga la intención de quitarle todo el interés al asunto, pero la manera de pronunciar ese «¿De veras, señor?» equivale a un irónico «¿Ah, sí?». Corríjase.

—Muy bien, señor.

—Le he dicho que lo he arreglado todo a la perfección. ¿Quiere saber qué he hecho?

—Me encantaría, señor.

—Escúcheme bien, pues. He recomendado a Tuppy que rehúse esta noche, durante la cena, todos los platos.

—¿Señor?

—¡Por Dios santo, Jeeves! ¡Supongo que podrá comprender una idea aunque no se le haya ocurrido a usted! ¿Se olvida del telegrama que le envié a Fink-Nottle para apartarle de las salchichas y el jamón? Pues es exactamente lo mismo. Dejar intacta la comida es un síntoma de amor, universalmente reconocido. El efecto es seguro. ¿Comprende?

—Bueno, señor.

Fruncí el ceño.

—No llevo intención de criticar continuamente sus tonos de voz, Jeeves. Sin embargo, he de informarle que su «Bueno, señor» carece de respeto y es tan poco simpático como el «¿De veras, señor?». Tanto uno como otro parecen inspirados por un ligero escepticismo. Producen la impresión de sugerir que yo no sé de qué estoy hablando y que sólo un feudal sentido del recato le impide decir en cambio: «Pero ¿qué dice, señor?».

—¡Oh, no, señor!

—Bueno, pero suena así. ¿Por qué piensa que el proyecto no conviene?

—Temo que miss Angela pueda atribuir la abstinencia de míster Glossop a una indigestión.

Yo no había pensado en eso y confieso que por un momento quedé aturdido. Luego me recobré. Tuve la intuición de que, en el fondo, debía ser bien diferente el móvil de sus palabras. Mortificado por la conciencia de su inexactitud —o ineptitud —, intentaba hacer obstruccionismo. Decidí impulsarle a hablar, sin ulteriores

preámbulos.

—¡Oh! —dije—. ¿Piensa eso? ¿Eso piensa? De todos modos, fíjese en que se ha equivocado preparándome el traje —le dije indicando la acostumbrada chaqueta para la cena o de esmoquin, como se llama en la Costa Azul—. Tenga la amabilidad de volver a colgar ésta y darme la americana blanca de botones dorados.

Me miró con actitud amenazadora. Y cuando digo «actitud amenazadora» quiero decir que en sus ojos había aparecido un resplandor respetuoso y al mismo tiempo altanero, y que su rostro se contrajo en un espasmo muscular que no era una sonrisa, sino algo más que una sonrisa tranquila. Se aclaró la garganta con un carraspeo.

—Siento mucho tener que decir, señor, que olvidé poner en la maleta la prenda indicada por el señor.

La visión del paquete en el vestíbulo brilló ante mis ojos y miré a Jeeves alegremente.

—Ya lo sabía, Jeeves —dije con una mirada sonriente bajo los párpados entornados, y dando un golpecito a una mota de polvo sobre el irreprochable encaje de Malines de mis muñecas—. Pero yo me he cuidado de ella. La encontrará abajo, en el vestíbulo, en un paquete de papel de estraza.

Debió de ser un rudo golpe para él enterarse de que sus bajas maniobras habían fracasado y que la prenda había llegado a su destino preciso; no obstante, las finas facciones de su rostro no se alteraron con ningún signo exterior. La emoción raramente se descubre en Jeeves. En los momentos difíciles, como le dije a Tuppy, se pone una máscara conservando, inalterable, la tranquila imperturbabilidad de un ratón embalsamado.

—¿Quiere ir a buscarla?

—Perfectamente, señor.

Y yo me presenté en la salita, luciendo elegantemente la chaqueta blanca.

Tía Dahlia estaba allí. Al entrar yo, me lanzó una terrible mirada.

—¡Eh! ¡Haces daño a la vista! —dijo—. ¿De qué crees que vas vestido?

Se me escapó el sentido de sus palabras.

—¿Lo dices por la chaqueta? —pregunté extrañado.

—Pareces un corista de Abernethy Towers, en el segundo acto de una comedia musical.

—¿No te gusta esta chaqueta?

—No.

—Pero en Cannes te agradaba.

—Aquí no estamos en Cannes.

—Pero caramba…

—¡Oh, déjalo correr! Eso no tiene importancia. Si quieres hacer reír al camarero, por mí… Comprenderás que no voy a preocuparme por una cosa así precisamente

ahora.

Había en su tono algo fúnebre que encontré realmente desagradable. No me sucede a menudo enfrentarme enérgicamente con Jeeves, y cuando lo hago deseo ver a mi alrededor caras alegres y sonrientes.

—¡Animo, tía Dahlia! —dije.

—¡Qué ánimo ni qué niño muerto! —fue la sombría contestación—. He hablado con Tom.

—¿Se lo has dicho todo?

—No, le he escuchado. Aún no he tenido el valor de hablar.

—¿Aún sigue fuera de sí por los impuestos?

—Fuera de sí es la expresión exacta. Dice que la civilización está en quiebra y que los hombres con una pizca de cerebro deben de verlo escrito en las paredes.

—¿En qué paredes?

—Es una alusión al Antiguo Testamento, zoquete. Al festín de Baltasar.

—¡Ah, claro! Siempre sospeché que se debía a un efecto de espejos.

—¡Querría poder emplear unos espejos para decirle a Tom el asunto del bacarrá!

Podía proporcionarle un consuelo. Había reflexionado y vuelto a reflexionar acerca de nuestra última charla y creía haber hallado el fundamento de su error en esta cuestión. Estribaba en su decisión de hablar con tío Tom. Era un asunto a propósito del cual hubiera sido mejor conservar cierta reserva tranquila.

—No comprendo por qué has de contarle que has perdido jugando al bacarrá.

—¿Y qué debo hacer? ¿Dejar que vayan a la ruina juntos la civilización y el *Milady's Boudoir*? Y eso sucederá infaliblemente si no recibo un cheque la semana que viene. Los tipógrafos se han puesto muy intransigentes durante estos últimos meses.

—No me has comprendido. Escúchame. Es una cosa convenida que tío Tom haga frente a los gastos de *Milady's Boudoir*. Y si ese bendito periódico se encuentra en tales condiciones desde hace dos años, me parece que a estas alturas debería estar acostumbrado a ello. Pues bien, pídele sencillamente el dinero para pagar a los tipógrafos.

—Se lo pedí precisamente momentos antes de marchar para Cannes.

—¿Y no te lo dio?

—Claro que me lo dio. Se portó caballerosamente. Es el dinero que he perdido jugando al bacarrá.

—¡Oh, no lo sabía!

—No es mucho lo que tú sabes.

El cariño de sobrino me ayudó a pasar por alto el insulto.

—¡Calla! —dije.

—¿Cómo?

—He dicho: «¡Calla!».

—Dilo otra vez y verás lo que sucede. Tengo bastante que sufrir para que haya de tolerar además que me impongan silencio.

Permanecí un rato pensativo. Mis entrañas se revolvían. Mi corazón, ustedes lo saben, ya había sangrado aquella noche una vez por tía Dahlia. Ahora sangraba de nuevo. Sabía lo encariñada que estaba con aquel periódico. Verle morir habría sido para ella como ver a un niño amado hundirse por tercera vez en un estanque o un lago.

Y la duda no era posible; si no lograba conmover a tío Tom, éste dejaría perecer *Milady's Boudoir* sin mover un dedo.

¡Pero en seguida vi cómo se podía arreglar todo! ¡La tía necesitaba ser incluida en la lista de mis clientes! Tuppy Glossop renunciaba a la cena para conmover a Angela; Fink-Nottle renunciaba a la cena para impresionar a Madeline Bassett; tía Dahlia tenía que renunciar a la cena para conmover a tío Tom. Ayuna tú y ayunaré yo… y la satisfacción general queda asegurada.

—Lo he encontrado. Hay un medio. Come menos.

Me miró con expresión suplicante. No puedo jurar que las lágrimas humedecieran sus ojos, pero sospecho que fue así. Desde luego, juntó las manos en muda apelación.

—¿Tienes que delirar a la fuerza, Bertie? ¿No puedes detenerte un momento? ¿Siquiera por esta noche? ¿Por amor de tía Dahlia?

—No estoy delirando.

—No me atrevo a pensar que un hombre de tu educación lo haga adrede, pero…

Comprendí que no me había explicado bien.

—Bueno —dije—. No tengas miedo. Hablo en serio. Cuando te digo «come menos» quiero decir que esta noche, durante la cena, has de rehusar la comida. Si tú permaneces allí, triste, rehusando los platos, con un gesto de resignación, ¡verás lo que pasa! Tío Tom observará tu falta de apetito y apuesto a que, una vez concluida la cena, acudirá a tu lado y te dirá: «Dahlia querida…», supongo que es así como te llama, «Dahlia querida, he notado que durante la cena no tenías apetito. ¿Qué te sucede, Dahlia querida?». «Mi querido Tom», contestarás tú, «eres muy amable preguntándomelo. La realidad es, querido, que estoy terriblemente preocupada». «Querida mía…», dirá él…

Tía Dahlia me interrumpió, en este punto, para decirme que, a juzgar por el diálogo, los cónyuges Travers debían de ser dos espléndidos ejemplares de cretino. Deseaba, además, saber cuándo llegaría a la conclusión.

La envolví en una de mis miradas.

—«Querida mía», dirá él, «¿puedo hacer algo por ti?». A lo que tú, naturalmente, contestarás: «Puedes ir a buscar el talonario de cheques y empezar a escribir».

Mientras hablaba la observé atentamente y me complació la luz respetuosa que

brilló en sus ojos.

—Pero, Bertie, ¡ésa es una idea brillantísima!

—Ya te había dicho que Jeeves no era el único hombre dotado de cerebro.

—Creo que tu consejo puede servir.

—¡Desde luego que servirá! Se lo he dado también a Tuppy.

—¿Al joven Glossop?

—Para que Angela se apiade de él.

—¡Espléndido!

—Y a Gussie Fink-Nottle, que desea conquistar a Madeline Bassett.

—¡Bien, bien, bien! ¡Qué infatigable cerebro!

—Trabaja siempre, tía Dahlia, trabaja siempre.

—No eres el zoquete que yo creía, Bertie.

—¿Y cuándo me juzgaste zoquete?

—¡Oh! Muy a menudo, el verano pasado. No puedo precisar por qué pude pensarlo. Sí, Bertie, el proyecto es bueno. Supongo, por lo demás, que lo habrá sugerido Jeeves. ¿No es verdad?

—Jeeves no ha sugerido nada. Esa insinuación me ofende. Jeeves nada tiene que ver con todo esto.

—Bien, bien. No hace falta agitarse por tan poco. Sí, tengo esperanzas. Tom me adora.

—¿Y quién no?

—Haré lo que dices.

En aquel momento entró en el salón el resto de los invitados y pasamos al comedor.

Dada la atmósfera espiritual de aquel día en Brinkley Court, no esperaba una cena brillante. Y, en efecto, no lo fue. Silenciosa y triste, asemejábase a una cena de Navidad en la Isla del Diablo.

Respiré aliviado cuando llegamos al final.

Preocupada, además de todo, por tener que rehusar cada plato, tía Dahlia era un verdadero desastre desde el punto de vista de la conversación brillante. El hecho de poseer cincuenta libras menos y de tener que esperar, de un momento a otro, el derrumbamiento de la civilización influían en que tío Tom, que siempre tuvo cierto parecido con un molusco atormentado por un secreto pesar, estuviese aún más triste que de costumbre. Madeline Bassett desmenuzaba silenciosamente el pan; Angela parecía excluida del número de los vivos; Tuppy parecía un condenado a muerte que rehúsa hacer la abundante colación acostumbrada antes de encaminarse hacia el patíbulo.

Gussie Fink-Nottle habría inducido a error, por su apariencia, a más de un sepulturero, que le hubiera enterrado sin demora.

Volvía a ver, de nuevo, por primera vez a Gussie y he de confesar que su proceder me molestó. Esperaba algo mucho más resplandeciente.

En mi domicilio, me había dado la impresión de necesitar un ambiente rural; en cambio, ahora, no hallaba en él signo alguno de mejoría. Más que nunca se asemejaba al gato del refrán, y comprendí en seguida que mi primera acción, en cuanto me fuese posible huir de aquella morgue, sería la de cogerle aparte y endilgarle un discurso algo fuerte.

Si alguien en el mundo necesitaba un toque de trompeta, ése era Fink-Nottle.

En el éxodo general de los luctuosos convidados le perdí de vista y, como tía Dahlia me llamó para una partida de bridge, no pude buscarle en seguida. Mas, después de haber jugado un rato, un camarero vino a comunicar a mi tía que Anatole suplicaba fuese a verle un momento, y yo aproveché para alejarme. Diez minutos de pesquisas pasaron sin que pudiera hallar a Gussie en toda la casa; me encaminé entonces hacia los alrededores, y le encontré en la rosaleda.

Estaba oliendo una rosa con expresión mortificada, pero volvió el pico hacia mí, cuando me acerqué.

—Hola, Gussie —dije.

Le habla sonreído amablemente como suelo hacer con los viejos amigos, pero él, en vez de contestar a mi sonrisa, me dirigió una mirada muy antipática. Parecía no alegrarse de ver a Bertram. Me miró así durante un momento, luego dijo:

—¡A paseo, tú y tu «Hola, Gussie»!

Estas palabras, pronunciadas entre dientes, no eran una acogida muy amistosa y me encontré más confuso que nunca.

—¿Qué significa eso?

—Me sorprende tu cara dura al venir a mi encuentro con ese «Hola, Gussie». ¿Te parece éste un momento oportuno para que me vengan con un «Hola, Gussie»? Eso es cuanto quiero decirte. Y es inútil que me mires así. Bien sabes en lo que pienso: ¡en ese maldito reparto de premios! Ha sido una verdadera cobardía por tu parte zafarte y echármelo encima. No mediré mis palabras. Ha sido propio de un perro y de un bellaco.

Ahora bien, aunque, como ya les he dicho, hubiera dedicado la mayor parte del viaje a discurrir sobre el caso Angela-Tuppy, no dejé de encaminar uno o dos pensamientos hacia mi actitud durante mi encuentro con Gussie. Tenía prevista alguna extemporánea salida desagradable en el primer momento y, cuando se trata de afrontar una entrevista difícil, Bertram Wooster suele tener preparado algún argumento.

No tardé, pues, en contestar con franqueza viril y desarmante. La brusquedad de la interrupción me había chocado un poco, es verdad, porque, en la confusión del primer momento, olvidé el asunto del reparto de premios, pero, recobrándome en

seguida, contesté con viril energía:

—Pero hijo mío —dije—. ¡Si formaba parte de mi plan! Creí que lo habrías comprendido.

Contestó algo a propósito de mis planes, que no comprendí.

—Claro. «Zafarse» es una definición completamente absurda. No supondrás que no tenía interés en repartir los premios, ¿verdad? Habría sido, para mí, una ocasión única. Pero lo único realmente bello y generoso que podía hacer por ti era ponerme a un lado para dejarte el sitio. Pensaba que la ocasión te resultaría más útil a ti que a mí. ¡Confiesa que aguardas ese día con impaciencia!

Me contestó con una vulgar exclamación que me extrañó conociese, lo cual demuestra cómo, aun sepultándonos en el campo, nos es dado enriquecer nuestro vocabulario. Es posible, naturalmente, cambiar unas palabras con los vecinos, con el pastor, con el médico, con el lechero, etcétera.

—¡Pero diantre! —dije—. ¿No comprendes de veras lo que puede significar para ti? Tus acciones tendrán una inmediata alza. ¡Estarás allá, sobre el estrado! ¡Una figura romántica e impresionante! ¡Serás la estrella de la representación! ¡La atracción principal, el blanco de todas las miradas! Madeline Bassett quedará entusiasmada. Te verá bajo un nuevo aspecto.

—¿Lo crees así?

—Naturalmente. Hasta ahora conoce a Augustus Fink-Nottle, el amigo de las salamandras. Ha encontrado también a Augustus Fink-Nottle, pedicuro de perros. ¡Pero Augustus Fink-Nottle, el orador!…, eso le llegará al corazón como un dardo o yo he dejado de conocer el ánimo femenino. Las muchachas van de cabeza por los hombres públicos. Si alguien en el mundo te ha hecho un gran favor, he sido yo al ofrecerte esta extraordinaria ocasión.

Pareció que mi elocuencia le causaba cierta impresión. No podía ser de otro modo. Tras sus gafas de concha apagóse el fuego de sus ojos, que volvieron a adquirir la expresión de los de un pescado pasado.

—¡Quién sabe! —dijo, meditando—. ¿Has hecho alguna vez un discurso, Bertie?

—¡Oh! Un par de docenas de veces. Es una tontería. Muy sencillo. Imagínate que una vez hablé en una escuela de muchachas.

—¿No estabas nervioso?

—En lo más mínimo.

—¿Y qué tal te fue?

—Pendían de mis labios. Las tenía a todas en la mano.

—¿No te tiraron huevos u otros objetos?

—¡Qué va!

Emitió un profundo suspiro y permaneció quieto, mirando silenciosamente a un caracol que atravesaba el camino.

—¡Bueno! —acabó concluyendo—. Puede que me haya preocupado excesivamente, que exagerase al creer que mi destino era peor que la muerte. Pero te diré que la perspectiva del reparto de premios para el día treinta y uno ha transformado mi vida en una continua pesadilla. No he podido dormir, ni comer… Y, por cierto, no me has explicado aquel telegrama cifrado sobre las salchichas y el jamón.

—No era cifrado. Quería que comieras poco para que ella comprendiese que estás enamorado.

Rió mefistofélicamente.

—Comprendo. Bien, lo he hecho de veras.

—Ya lo noté durante la cena. ¡Espléndido!

—No sé qué le encuentras de espléndido. No sirve de nada. Jamás tendré el valor de pedir su mano. No lo tendré, aunque tenga que vivir de bizcochos todo el resto de mi vida.

—Pero ¡qué diablos, Gussie! ¡En estos románticos parajes! Creí que el murmullo de los árboles…

—No me importa un comino lo que puedas haber pensado. Sé que no lo haré.

—¡Vamos!

—No puedo. ¡Parece tan lejana, tan remota!

—Pero no lo es.

—Sí lo es. Sobre todo si la miras de perfil. ¿La has mirado de perfil? Ese perfil frío, puro… ¡Te quita todos los ánimos!

—¡Pero no es cierto!

—Te digo que sí. La miro, y las palabras se me hielan en los labios.

Hablaba con una especie de desesperación y era tan evidente su falta de espíritu y de energía que, lo confieso, por un instante me sentí desanimado. Me pareció inútil intentar galvanizar a semejante molusco. Luego vislumbré la senda que debía seguir. Con mi extraordinaria prontitud comprendí lo que era necesario hacer para empujar a Fink-Nottle al otro lado de la meta.

—Hay que suavizarla —dije.

—¿Cómo?

—Hay que suavizarla. Convencerla. Decidirla. Hay que empezar por los preliminares golpes de pico. He aquí, Gussie, el procedimiento que propongo adoptar. Volveré a la casa e invitaré a Madeline a dar una vuelta. Le hablaré de corazones que se consumen y le haré comprender que hay uno de ellos aquí, muy cerca. Llevaré adelante el asunto con mucha energía. Tú, entretanto, te quedarás por los alrededores y después de un cuarto de hora podrás acercarte. Estará ya conmovida y vibrante y será fácil lo demás. Como subirse a un autobús en marcha.

Recuerdo que, siendo muchacho, en la escuela, me hicieron estudiar un poema

donde un tal Pig… no sé qué, un escultor seguramente, después de haber acabado la estatua de una joven, un buen día se dio cuenta de que ésta comenzaba a hablar. El hombre, naturalmente, debió de experimentar cierta impresión, pero lo importante es que, en el poema, había un par de versos que decían, si no recuerdo mal:

Ella se agita. Se mueve. Parece sentir
el espíritu de la vida en su arcilla.

Y repito estos versos porque nada podría describir mejor la transformación de Gussie ante mis alentadoras palabras. Su frente se despejó, sus ojos brillaron, y perdiendo su habitual mirada de pescado, contempló con cierta benignidad el caracol que continuaba su largo camino. ¡Una sensible mejoría!

—Comprendo. Quieres despejar la senda, como suele decirse.

—Eso es, despejártela.

—Es una magnífica idea, Bertie. La cosa cambia de aspecto.

—Desde luego. Pero no olvides que luego a ti te toca continuar. Has de intentar conmoverla, tienes que darle cuerda; de otro modo, todos mis esfuerzos resultarán inútiles.

Algo de la habitual incertidumbre de Gussie reapareció.

—Bueno, pero ¿qué diablos diré?

A duras penas dominé mi impaciencia. Aquel hombre había sido un compañero de escuela.

—¡Dios santo! ¡Hay miles de frases que decir! Habla de la puesta del sol.

—¿Qué?

—¡Claro! Jeeves halló, hace días, una hermosa frase a propósito. Le encontré una tarde mientras paseaba al perro por el parque, y me dijo: «Ahora el crepuscular paisaje desaparece de nuestra vista y una solemne paz cubre todo el mundo». Puedes usarla.

—¿Qué clase de paisaje?

—Crepuscular.

—¡Oh, crepuscular! Esta bien…, crepuscular paisaje…, solemne paz. ¡Sí, sí, muy bien!

—También puedes decirle que a menudo has pensado que las estrellas eran guirnaldas de lindas margaritas del Señor.

—¡Pero yo nunca he pensado eso!

—Te creo; pero lo ha pensado ella. Si logras hacer una presentación de este tipo, habrá de pensar que tú eres su alma gemela.

—¿Has dicho guirnaldas de lindas margaritas del Señor?

—Sí: guirnaldas de lindas margaritas del Señor. Luego continúa diciendo que el

crepúsculo siempre te pone triste. Me dirás que eso no es cierto, pero en esta ocasión es imprescindible.

—¿Por qué?

—Ella te preguntará por qué. Y tú, para secundarla, le contestarás que se debe a la soledad de tu vida. No sería una mala idea hacerle una descripción de una velada íntima, en tu casa del Lincolnshire, refiriéndole cómo caminas lentamente por la pradera, entre las sombras de la noche.

—Por lo general, me quedo en casa escuchando la radio.

—No, no. Te paseas lentamente en la oscuridad, deseando la compañía de alguien que te ame. Luego le hablarás del día en que ella entró en tu vida.

—Como una princesa fascinadora.

—Perfectamente —dije con aprobación. Nunca habría esperado que se le ocurriera algo así—. Princesa fascinadora… Muy bien, Gussie.

—¿Y luego?

—Bueno, el resto es fácil. Añadirás que has de decirle algo, y comienzas en seguida. No puedes fallar. Yo en tu lugar intentaría hablarle en la rosaleda. Todo el mundo sabe que lo mejor es arrastrar el objeto adorado a la rosaleda, durante el crepúsculo. Pero antes tendrías que tomarte un par, pero no un par cualquiera, sino de los fuertes.

—¿Fuertes? ¿Qué?

—Tragos.

—¿Tragos? ¡Pero si yo no bebo!

—¿Cómo?

—No he probado una gota de alcohol en mi vida.

Eso me hizo dudar. He de confesarlo. Es esencial, en ciertos casos, una moderada dosis de intemperancia. A pesar de todo, tal como estaban las cosas, no había nada que hacer.

—Bueno; haz lo que puedas.

—Siempre bebo zumo de naranja.

—¡Pues bebe eso! Pero, dime la verdad, ¿te gusta de veras ese brebaje?

—Muchísimo.

—Bueno, en tal caso… Y ahora, hagamos una prueba para ver si sabes bien el papel. Comienza con el crepuscular paisaje.

—Estrellas, guirnaldas de lindas margaritas del Señor.

—El crepúsculo te pone triste.

—Por causa de mi vida solitaria.

—Descripción de la vida.

—Hablar del encuentro con ella.

—Añadir «princesa fascinadora». Decir que tienes que comunicarle algo. Cogerle

la mano. Y continúas por ese terreno. Eso es todo.

Confiando en que sabía su papel de memoria y en que todo marcharía viento en popa, di media vuelta y regresé apresuradamente a la casa.

Sólo cuando llegué al salón y pude echarle una mirada intensa a miss Bassett, comencé a reparar en que vacilaba la alegre confianza que me había empeñado en aquel asunto. Observándola de cerca habla de admitir que causábame cierta depresión la idea de pasearme con aquel extraño ejemplar. Hube de recordar las frecuentes circunstancias en que, en Cannes, me había contentado con mirarla, mudo, deseando ardientemente que algún amable conductor, atropellándola con un coche de carreras, quisiera simplificar la situación. Como ya les he manifestado, aquella muchacha no gozaba de mis simpatías.

No obstante, un Wooster está encadenado por su propia palabra: un Wooster puede temblar, pero no ceder. Sólo un oído extraordinariamente ejercitado habría podido notar una ligera alteración en mi voz, cuando la invité a dar un paseo de media hora.

—Hermoso atardecer —dije.

—Sí, realmente hermoso.

—Hermoso. Me recuerda a Cannes.

—¡Cuán hermosos eran los atardeceres allá abajo!

—Hermosos —dije.

—Hermosos —dijo miss Bassett.

—Hermosos —asentí.

Y con esto quedó agotado el boletín meteorológico de la Riviera francesa. Un momento después estábamos al aire libre, ella gorjeando a propósito del paisaje, yo repitiendo siempre: «¡Oh, sí, realmente!» y reflexionando sobre la manera mejor de entrar en materia.

X

Qué distinto resultaría —pensaba— si aquella muchacha fuese de esas con las que se charla alegremente por teléfono y con las cuales se pueden dar agradables paseos en un dos plazas. En tal caso, habría dicho sencillamente: «Escuche». Y me habría contestado: «¿Qué?». «¿Conoce usted a Gussie Fink-Nottle?», y al contestarme: «Sí», le hubiera asegurado: «La ama a usted». Y me habría replicado: «¿Cómo, esa momia? Le agradezco que hoy me haya puesto usted de buen humor… o que haya cambiado mi estado de ánimo. ¡Loco! ¡Dígame algo más!».

Quiero decir que, en todo caso, el asunto quedaría solucionado en menos de un minuto.

Con miss Bassett era necesario algo menos veloz y más escurridizo. Entretanto, la luz del día se iba apagando, y llegamos al aire libre en el momento en que el crepúsculo daba paso a la noche. Eran los últimos, leves resplandores del ocaso. Las estrellas comenzaban a refulgir; los murciélagos a revolotear, y el jardín estaba saturado del perfume de esas flores blancas que empiezan a vivir al anochecer: en suma, el crepuscular paisaje languidecía cada vez más, el aire estaba dominado por una paz solemne, y se notaba que todo aquello le producía un efecto pésimo. Tenía los ojos dilatados y el conjunto de su persona daba la sensación de un alma que necesita consuelo.

Tenía el aspecto de una muchacha que esperaba de Bertram algo concreto.

En estas circunstancias, naturalmente, la conversación resultaba algo desanimada. Cuando las condiciones del momento requieren cierta afectuosidad, yo nunca me encuentro perfectamente a mis anchas, y he oído afirmar lo mismo a otros miembros de Los Zánganos. Recuerdo que Pongo Twistleton me contó una vez que, paseando en góndola al claro de luna con una muchacha, lo único que se le ocurrió fue explicarle la vieja historia de aquel tipo que fue nombrado jefe del tráfico de Venecia por ser un buen nadador. También añadió que hizo un mal papel y que la muchacha, al cabo de un ratito, declaró que sentía frío y que deseaba volver al hotel.

Ahora bien, la conversación resultaba algo decaída. Fue fácil decirle a Gussie que hablaría con aquella muchacha de los corazones doloridos, pero, para poderlo hacer, era necesario tener un punto de partida. Y cuando, paseando, llegamos al extremo del lago, y ella comenzó a hablar, ya pueden imaginarse mi desilusión al percatarme de que hablaba de las estrellas. Nada útil para mí.

—¡Oh! ¡Mire! —dijo.

Aquel exordio confirmaba mi opinión de que era una observadora extraordinaria. Me di cuenta en Cannes, donde me llamó la atención, en varias ocasiones, sobre objetos tan dispares como, por ejemplo, una actriz francesa, una concurrida estación provenzal, una puesta de sol en el Esterel, Michael Arlen, el hombre que vendía gafas

de colores, el profundo y aterciopelado azul del Mediterráneo, y el último alcalde de Nueva York en traje de baño a rayas.

—¡Oh! ¡Mire esa dulce estrellita apartada de las demás!

Comprendí que aludía a una estrella chiquitina, apartada, que brillaba encima de un matorral.

—Sí —dije.

—Me pregunto si se sentirá sola.

—Oh, no lo creo.

—Un hada debe haber llorado.

—¿Eh?

—¿No lo recuerda? «Cada vez que un hada derrama una lágrima, nace una estrella diminuta en la Vía Láctea». ¿Jamás pensó en ello, míster Wooster?

Debo confesar que jamás se me había ocurrido pensar en nada semejante. No me parecía probable, y creía que no concordaba en lo más mínimo con su aseveración sobre las guirnaldas de lindas margaritas del Señor. Quiero decir que las dos afirmaciones no estaban muy de acuerdo entre sí.

A pesar de todo, no era aquél el momento de analizar y discutir, y vi que me había equivocado al pensar que las estrellas no podían ser útiles para mis fines.

—Y a propósito de derramar lágrimas…

Pero ella, entonces, empezó a hablar de los conejos, que retozaban por el parque en torno nuestro.

—¡Oh, mire los conejitos!

—A propósito de derramar lágrimas…

—¿No le agrada este momento de la noche, míster Wooster, cuando el sol se ha puesto y los conejitos salen en busca de su cena? Siendo chiquilla, imaginaba que los conejitos eran gnomos y que si hubiese podido retener el aliento y quedarme inmóvil, hubiera hecho aparición el hada.

Indicando con un gesto equívoco que admitía perfectamente que, siendo niña, hubiese podido pensar semejante disparate, volví a lo que me interesaba.

—A propósito de derramar lágrimas —dije con firmeza—, debe saber que hay un corazón que sufre en Brinkley Court.

Aquello le causó impresión, tanto que abandonó el tema de los conejos. Su rostro, antes encendido por una graciosa animación, se nubló. Y emitió un suspiro semejante al silbido de una pelota al expulsar el aire que la hincha.

—¡Ah, sí! La vida es triste, ¿verdad?

—Para alguien sí. Para el corazón que sufre, por ejemplo.

—¡Con sus hermosos ojos! ¡Con aquel iris húmedo de llanto! Ya no danzan como alegres diablillos. Y todo por un estúpido desacuerdo a propósito de un tiburón. ¡Qué trágicos son los desacuerdos! Un amor así, truncado porque míster Glossop se obstina

en decir que era un rodaballo…

Comprendí que no me había entendido.

—No hablaba de Angela.

—Pero su corazón sufre.

—Lo sé, pero no es el único que sufre.

Me miró perpleja.

—¿Quiere aludir al del míster Glossop?

—No.

—¿Al de mistress Travers, pues?

El exquisito código de educación de los Wooster me impidió tirarle de una oreja; sin embargo, hubiera dado un chelín por poderlo hacer. Parecíame que se obstinaba en no querer comprenderme.

—Tampoco se trata del de tía Dahlia.

—Pues creo que está muy disgustada.

—Desde luego; pero el corazón a que me refiero no sufre por la ruptura entre Angela y Tuppy. Sufre por una razón muy diferente. En fin, ¡creo que usted ha de saber por qué sufren los corazones!

Su rostro pareció iluminarse. Su voz tornóse un murmullo.

—Quiere usted decir… ¿por amor?

—Naturalmente. Ha dado usted en el clavo: por amor.

—¡Oh, míster Wooster!

—¿Cree usted en el flechazo?

—¡Claro que sí!

—Bueno, eso le ha sucedido al corazón que sufre y que, desde ese mismo momento, se consume; me parece que ésa es la expresión exacta.

Hubo un silencio. Habíase vuelto hacia el lago para mirar un pato. El animalejo estaba hurgando entre las hierbas, ocupación que jamás he comprendido. Aunque, pensándolo bien, esas hierbas no son mucho peores que las espinacas… Luego bebió un poco, sumergió la cabeza y desapareció; aquello pareció romper el encantamiento.

—¡Oh, míster Wooster! —repitió, y por el tono de su voz comprendí que la había conmovido.

—¡Por usted! —continué, yendo directamente al fondo del asunto. Supongo que habrán observado que lo difícil en estas situaciones es exponer la idea principal, el esquema general que lo define todo. El resto es mero detalle. Acaso entonces no me volviera más locuaz, pero, más que antes sí, desde luego—. Está pasando unos días horribles. No puede dormir, no puede comer, todo por amor a usted. Y lo peor es que ese pobre corazón roto no sabe hacerse comprender y decirle a usted cómo están las cosas, porque su perfil le ha conmovido e intimidado. Precisamente cuando se decide a hablar, le echa una mirada y el discurso se desvanece. Es una estupidez, lo sé, pero

es así.

La oí tragar saliva ruidosamente, y vi que tenía los ojos húmedos, o los iris húmedos, si más les agrada.

—¿Quiere un pañuelo?

—No, gracias, me encuentro perfectamente.

Yo no podía decir lo mismo. Estaba debilitado por los esfuerzos hechos. No sé si a ustedes les sucederá lo mismo, pero a mí el hablar de cosas tiernas, como un puré de patatas, me ocasiona siempre cierta sensación de inquietud y un sentimiento como de vergüenza junto con un desagradable sudorcito.

Recuerdo haberme visto obligado una vez, en casa de tía Agatha, en el Hertfordshire, durante una fiesta en favor de las Desventuradas Hijas del Clero, a desempeñar el papel de rey Eduardo III cuando se despide de su chica, la bella Rosamunda. Aquello requería un diálogo apasionadamente medieval, apto para esos tiempos en que una espada llamaba a otra espada, y, en el momento en que se levantó el telón, no creo que ninguna Hija del Clero fuese tan desventurada como yo. No había en mi piel ni un pedacito que estuviese seco.

Ahora, mis condiciones eran aproximadamente las mismas, y fue un Bertram muy humedecido el que se dispuso a prestar atento oído a lo que la muchacha comenzó a decir después de un par de sollozos.

—¡Se lo ruego, ni una palabra más, míster Wooster!

Naturalmente, no tenía intención alguna de decirlas.

—Comprendo.

Fui muy feliz al oír aquello.

—Sí, comprendo, no soy tan necia como para fingir que no comprendo lo que quiere usted decir. Lo sospeché en Cannes, cuando estaba usted cerca de mí y me miraba sin pronunciar palabra, pero con volúmenes enteros escritos en los ojos.

Si el tiburón de Angela me hubiese mordido una pierna, no habría dado yo un respingo más convulsivo. Estaba tan identificado con los intereses de Gussie que ni siquiera me pasó por la mente que otra deducción desafortunada pudiera desprenderse de mis palabras. El sudor, que ya bañaba mi frente, convirtióse en un Niágara.

Mi destino dependía de las palabras de una mujer. Quiero decir que no podía echarme atrás. Si una muchacha cree que un hombre se le está declarando y le acepta, él no puede explicarle que se ha equivocado y que no tiene ninguna idea de esa índole. Es necesario aceptarlo así.

Francamente, me aterrorizaba la idea de estar prometido a una chica que hablaba sin reticencias de hadas nacidas de estrellas que se limpian las narices, o algo por el estilo.

Ella continuaba sus observaciones y, escuchándola, yo apretaba los puños hasta que las coyunturas se me volvieron blancas por el esfuerzo. Parecía que no hubiese

jamás de llegar al fin.

—Sí; durante todos aquellos días, en Cannes, me di perfecta cuenta de lo que usted intentaba decirme. Una muchacha lo comprende en seguida. Y luego me siguió hasta aquí, y siempre con aquella mirada muda e implorante. Luego ha insistido mucho para que saliera con usted en el crepúsculo, y ahora pronuncia esas palabras titubeantes. No, no es una sorpresa para mí. Sin embargo, lo siento…

Estas últimas palabras me produjeron el mismo efecto que una bebida reconfortante de Jeeves: un poco de salsa, pimentón y yema de huevo, todo esto mezclado sin duda con otros misteriosos ingredientes, y me reanimé como una flor que se abre a la luz del sol. Todo marchaba bien. Mi ángel de la guarda no se había quedado dormido.

—… pero me temo que sea imposible.

Hizo una pausa.

—Imposible —repitió.

Tan viva era mi sensación de haber escapado del patíbulo, que me di cuenta, al instante, de que convenía una rápida respuesta.

—¡Oh, bueno! —dije con precipitación.

—Lo siento…

—No, no, está muy bien.

—… más de cuanto pueda expresar.

—No piense más en ello.

—Podemos seguir siendo amigos.

—¡Claro que sí!

—No volveremos a hablar de ello, y consideraremos lo sucedido como un tierno secreto entre nosotros.

—¡Naturalmente!

—Muy bien, lo guardaremos como algo delicado y fragante envuelto en lavanda…

—En lavanda, naturalmente…

Hubo una larga pausa. Ella me miraba con una dulcísima piedad, como si yo fuese un caracol aplastado inadvertidamente por ella con su zapatito francés. Y hubiera dado cualquier cosa por decirle que todo marchaba a pedir de boca y que Bertram, en vez de ser víctima de la desesperación, nunca había estado tan alegre en toda su vida. Pero, desde luego, no podemos actuar de esa manera. Callé y permanecí allí, valientemente.

—Querría poder… —murmuró.

—¿Qué? —pregunté, porque mi atención habíase distraído.

—Sentir hacia usted lo que usted desea.

—¡Oh! ¡Ah!

—Pero no puedo, lo siento.

—La culpa es de ambos, por supuesto.

—Porque me agrada usted mucho, míster… No; le llamaré a usted Bertie, ¿me lo permite?

—¡Claro que sí!

—Porque somos verdaderos amigos.

—Indudablemente.

—Me agrada usted, Bertie, y si las cosas fueran diferentes, ¿quién sabe?…

—¿Eh?

—Después de todo somos buenos amigos… tenemos este recuerdo en común… tiene usted derecho a saber… no quisiera que creyese… ¡La vida es tan complicada!

A muchos hombres estas exclamaciones entrecortadas les hubieran parecido fútiles y la mayoría habrían hecho caso omiso de ellas. Pero los Wooster tienen la mente extraordinariamente vivaz y saben leer entre líneas. Adiviné lo que ella estaba intentado hacer salir de las profundidades de su pecho.

—¿Quiere usted decir que hay otro?

Asintió.

—¿Ama a otro?

Nuevamente asintió.

—¿Está comprometida?

Esta vez meneó la cabecita.

—No, no estoy comprometida.

Bien. Eso ya era algo. A pesar de todo, por su modo de hablar podíase deducir que el pobre Gussie habría de retirar su nombre de la lista, y no me gustaba la idea de tenerle que comunicar la triste nueva.

Había estudiado a mi hombre, y temía que aquello pudiese significar el fin para él.

Gussie, ¿comprenden?, no era como algunos de mis amigos, por ejemplo Bingo Little, quienes, rechazados por una muchacha, dicen: «¡Bueno, buenas noches!» y, tan contentos, se van a buscar otra. El era, se veía claramente, de esos seres que, si no tienen éxito en la primera tentativa, se amilanan, pasan el resto de su vida reflexionando sobre las salamandras y se dejan crecer luengas patillas grises, como algunos personajes de novela que viven en grandes casas blancas, escondidas entre los árboles, lejos del mundanal ruido y con unos rostros llenos de melancolía.

—Mucho temo que esa persona no piense en mí, en este sentido; por lo menos no me lo ha dicho. Comprenderá que sólo a usted se lo digo porque…

—¡Oh! Desde luego…

—Es extraño que me haya usted preguntado si creo en el flechazo. —Entornó los ojos—. «¿Quién, que haya amado alguna vez, no ha sentido el amor de repente?» —

dijo con una voz sombría que me recordó, sin saber por qué, a tía Agatha cuando, vestida de Boadicea, declamaba en aquella famosa función de que les he hablado—. Es una historia algo necia. Estaba yo en el campo, con unos amigos, y había ido a dar un paseo con mi perro, cuando al pobrecillo se le clavó una espina en la patita. Yo no sabía qué hacer y, repentinamente, se presentó aquel hombre…

Al hablarles de aquella famosa función y esbozarles rápidamente el esquema de mis emociones, sólo les he presentado el aspecto adverso de la situación. Ahora, en cambio, quiero hablarles del maravilloso episodio que siguió a la representación, cuando, desprendido de mi armadura, me dirigí al bar y pedí algo para beber. Me pusieron entre las manos inmediatamente un vaso de cerveza exquisita, y el éxtasis del primer sorbo aún perdura en mi memoria. La agonía sufrida anteriormente era lo que necesitaba para hacerme encontrar perfecta la bebida.

Experimenté, ahora, la misma sensación. Cuando comprendí, por sus palabras, que aludía a Gussie —evidentemente, no podía ser que aquel día un pelotón de hombres se hubiese dedicado a sacarle espinas a su perro, ¡ni que fuese un alfiletero! —, cuando tuve la certeza de que Gussie, que pocos minutos antes parecía haber perdido toda probabilidad de éxito, era el vencedor, un violento escalofrío me sacudió de pies a cabeza y de mis labios salió una exclamación tan violenta que miss Bassett dio un salto por lo menos de un palmo.

—¿Perdón? —dijo.

Hice un ademán.

—¡Oh, nada! —dije—. Me había olvidado de que esta noche tengo que escribir sin falta una larga carta. Si me disculpa, voy a dejarla. Ahí llega Gussie Fink-Nottle. El la acompañará a usted.

Mientras hablaba, Gussie se había presentado, saliendo de detrás de un árbol.

Me marché, dejándolos juntos. Bueno, el asunto de aquellos dos quedaba perfectamente arreglado. ¡Siempre que Gussie conservase la cabeza en su sitio y no apresurara demasiado las cosas! Pensaba, mientras me dirigía hacia casa, que aquellos seres felices ya debían de haber comenzado a funcionar. Quiero decir que, dejando a una muchacha con un hombre a la luz crepuscular, después de que los dos han declarado que están enamorados entre sí, me parece que no merece la pena seguir preocupándose por ellos.

Y, en cuanto a mí, después de lo realizado, creía tener derecho a un poco de reposo en la sala de fumar.

Continué, pues, mi camino.

XI

Todo lo que yo podía necesitar estaba elegantemente dispuesto sobre una mesita, y para mí resultó un asunto de un minuto escanciar en una copa un dedo o dos de alcohol y rociarlo con un poco de soda. Luego me repantigué en un sillón poniendo los pies encima de la mesita y paladeé la bebida con la misma satisfacción que debió de experimentar César al retirarse a su tienda después de la derrota de los Nerva.

Al pensar en lo que debía de estar sucediendo en el plácido jardín, me encontraba alegre y satisfecho. Aunque estaba seguro de que Augustus Fink-Nottle era uno de los ejemplares más típicos de la naturaleza en cuestión de bobaliconería, le apreciaba y me había visto tan profundamente complacido en el éxito de sus amores como si, en vez de ser él, fuese yo quien estaba bajo los efectos del éter amoroso.

Me alegraba en el alma pensar que en aquel momento habría probablemente llevado a buen término los *pourparlers* y que acaso ya estuviera haciendo planes para el viaje de novios.

Naturalmente, al considerar el tipo de muchacha que era Madeline Bassett —estrellas, conejos y similares— podrían ustedes afirmar que una sobria tristeza hubiera estado más indicada. Pero en estos asuntos, ya lo saben ustedes, sobre gustos no hay nada escrito. El impulso de un hombre con la cabeza en su sitio al encontrar a miss Bassett habría sido el de poner tierra de por medio. Mas, por alguna razón misteriosa, ella conmovía a Gussie. Así pues, nada había que objetar.

Me hallaba en este punto de mis meditaciones, cuando oí el rumor de una puerta que se abría. Alguien había entrado, y se acercaba a la mesita con movimientos felinos. Bajando los pies, vi que se trataba de Tuppy Glossop.

Al verle experimenté una punzada de remordimiento, por que me acordé de que, en mi excitación por ayudar a Gussie, me había olvidado totalmente del otro cliente. Es algo que suele suceder cuando se quieren hacer dos cosas a la vez.

Sin embargo, como lo de Gussie ya había sido solucionado, estaba dispuesto a dedicarme completamente al problema Glossop.

Había estado muy satisfecho de él durante la cena. ¡Y no fue fácil! Todos los manjares eran de la más excelsa calidad, y además habían servido un plato (me refiero a las *nonnettes de poulet Agnès Sorel*) que habría podido inducir a romper las más férreas disciplinas. Pero él habíase reprimido como un experto profesional, y me sentía orgulloso de él.

—¡Hola, Tuppy! —dije—. Deseaba verte.

Se volvió con un vaso en la mano y percibí claramente en su rostro las huellas de las privaciones sufridas. Parecía un lobo de las estepas que hubiese visto al campesino codiciado en lo alto de un árbol.

—¡Ah, sí! —dijo en tono casi rudo—. Bueno. Aquí me tienes.

—Bien.

—¿Qué quieres decir con «Bien»?

—Empieza tu relato.

—¿Qué relato?

—¿No tienes nada que decirme acerca de Angela?

—Sólo que es una criticona.

La frase me chocó.

—¿Aún no ha empezado a rondarte?

—No.

—¡Qué raro!

—¿Por qué es raro?

—Debió de observar tu falta de apetito.

Carraspeó ásperamente, como si tuviese enfermas las amígdalas del alma.

—¿Falta de apetito? Estoy vacío como un pozo sin fondo.

—Animo, Tuppy. Piensa en Gandhi.

—¿Qué tiene que ver Gandhi?

—No ha hecho una comida de veras desde hace años.

—Y tampoco yo. Podría jurarlo. ¡Gandhi me importa un bledo!

Comprendí que valía más dejar de lado el *motif* Gandhi y volví al punto de partida.

—Probablemente te está buscando.

—¿Quién? ¿Angela?

—Sí. Debe de haber observado tu supremo sacrificio.

—No creo que haya observado nada, esa tontuela atolondrada. Apuesto a que ni siquiera se ha percatado de ello.

—Vamos, Tuppy —objeté—, eso ya es ser morboso. No has de verlo todo tan negro. Debió de darse cuenta, aunque no fuese más que cuando rehusaste las *nonnettes de poulet Agnès Sorel*. Fue una renunciación sensacional, tan visible como un dedo enfermo. Y las *cèpes à la Rossini*…

Un grito salvaje salió de sus labios contraídos.

—¿Quieres acabar ya, Bertie? ¿Crees que soy de mármol? ¿No te parece bastante doloroso estar mirando cómo pasaban ante mis narices, plato tras plato, sin haber podido probar ni un bocado de una de las más extraordinarias cenas de Anatole? No me recuerdes aquellas *nonnettes*. No lo resisto.

Procuré consolarle e infundirle ánimos.

—Sé fuerte, Tuppy. Piensa en el pastel de carne y riñones que está en la despensa. Como rezan las Sagradas Escrituras: «Todo llega con la mañana».

—¡Sí, con la mañana! ¡Y ahora son las nueve y media de la noche! ¡Y tú me sales con el pastel, precisamente ahora, cuando intentaba olvidarlo!

Le comprendí. Tenían que pasar horas antes de que pudiese tocar el pastel. Dejé el tema y permanecimos un rato en silencio. Luego se levantó y comenzó a pasearse arriba y abajo por la habitación de un modo salvaje; parecía un león en el parque zoológico, que habiendo oído tocar el gong de la comida, espera que el guardián no le olvide. Con tacto, aparté la mirada de él, pero le sentía tropezar contra las sillas y otros objetos. Sin duda la mente de aquel hombre estaba atormentada y su presión era alta.

Luego volvió a sentarse y vi que me estudiaba atentamente, como si tuviese algo que comunicarme.

Había adivinado. Me dio un significativo golpecito en la rodilla y dijo:

—Bertie…

—¿Qué hay?

—He de decirte algo.

—Claro, viejo —dije con cordialidad—. Precisamente estaba pensando que le faltaba un poco de diálogo a la escena.

—Se trata del asunto entre Angela y yo, ¿sabes?

—Bien.

—He pensado muchísimo en ello.

—¡Oh!, ¿de veras?

—He analizado despiadadamente la situación y una cosa resulta límpida como el diamante. Ha habido una mala influencia por en medio.

—No te comprendo.

—Deja que haga un resumen de los hechos. Hasta el momento en que partió para Cannes, Angela me amaba. Estaba enteramente por mí. Yo era, por decirlo así, la niña de sus ojos. ¿Lo admites?

—Es indiscutible.

—Y en cuanto regresó, estalló la tempestad.

—De acuerdo.

—Y por una cosa sin importancia.

—¿Qué dices ahora? Estuviste falto de tacto en el asunto del tiburón.

—Fui franco y honrado por lo que al tiburón atañe. ¿Crees seriamente que un leve desacuerdo a propósito de los tiburones puede inducir a una muchacha a romper con un hombre, si realmente le quiere?

—¡Claro!

Me chocaba que él no se diese cuenta. Pero el pobre Tuppy jamás fue rápido en captar sutilezas. Era un tipo robusto, fuerte, como esos jugadores de fútbol que carecen de la más delicada sensibilidad, como dice Jeeves. Excelentes para marcar un tanto, para golpear el rostro del adversario con la bota, pero incapaces de comprender el temperamento femenino. Ni siquiera le pasaba por la cabeza que una muchacha

pudiese renunciar a la felicidad antes que al tiburón.

—En absoluto. Ha sido un pretexto.

—¿Qué?

—El asunto del tiburón. Quiere librarse de mí y ha aprovechado la primera ocasión que se le presentaba.

—¡No, hombre!

—¡Te digo que sí!

—Pero ¿por qué iba a desear librarse de ti?

—También yo me he hecho esa pregunta. Se ha enamorado de otro. Se le ve de un kilómetro lejos. No cabe otra explicación. Se marcha a Cannes, estando a partir un piñón conmigo, y regresa estando a matar. Desde luego, durante esos dos meses, allá abajo debe de haber transferido sus afectos a algún idiota.

—¡No, hombre!

—No continúes diciendo: «¡No, hombre!». Debe ser así. Bien. Voy a hacer una declaración y te ruego la consideres como oficial. Si encuentro entre la hierba a esa vil y sinuosa serpiente, más vale que reserve plaza en el hospital, porque no tendré piedad. Tengo el propósito de agarrarle por el cuello y de sacudirle hasta que se convierta en papilla y luego echarle con las patas al aire y hacerle que se trague a sí mismo.

Y, dichas estas palabras, se fue. Después de esperar unos momentos a que se alejara, me levanté y me dirigí hacia el salón. Conocía la tendencia de las mujeres a recrearse en el salón después de cenar. Esperaba encontrar a Angela. Y tenía la intención de hablarle.

La teoría de Tuppy parecíame el producto de una mente trastornada, y no hice caso de su aseveración de que alguien, en Cannes, hubiese robado el corazón de la muchacha. Naturalmente, fue el tiburón el que interrumpió el encanto de aquel juvenil sueño de amor. Estaba convencido de que unas pocas palabras, cambiadas con mi prima en aquella circunstancia, lo arreglarían todo.

Porque, francamente, parecíame imposible que una muchacha de su suavidad y ternura de corazón, no hubiese quedado conmovida por lo ocurrido durante la cena. Incluso Seppings, el mayordomo de tía Dahlia, un hombre muy frío, había retenido el aliento, tambaleándose visiblemente, al rehusar Tuppy las *nonnettes de poulet Agnès Sorel*, mientras que al camarero que le ofrecía las patatas se le habían desorbitado los ojos como si hubiese tenido una visión. No podía admitir, en absoluto, que el hecho no hubiera tenido ningún significado para Angela, una chica tan sensible. Esperaba hallarla en el salón con el corazón sangrante, pronta a una rápida reconciliación.

En el salón vi sólo a tía Dahlia. Me pareció que me lanzaba una mirada histérica cuando me interné en su campo visual; pero, después de mi experiencia con Tuppy, lo atribuí a que ella también había ayunado durante la cena. No se puede esperar de una

tía en ayunas la misma amabilidad que de una tía saciada.

—Oh, ¿eres tú?

Naturalmente, era yo.

—¿Dónde está Angela? —pregunté.

—Se ha ido a la cama.

—¿Tan temprano?

—Ha dicho que tenía dolor de cabeza.

—¡Hum!

El conjunto de los hechos no me agradaba mucho. Una muchacha que ha visto a su novio rechazado privarse tan sensacionalmente de todo alimento, no se va a la cama con dolor de cabeza si el amor ha resurgido en su pecho. Se queda levantada y le dirige, entre las pestañas, rápidas miradas que expresan remordimiento; en suma, hace lo posible para que comprenda que, si quiere comenzar las negociaciones, está dispuesta a salir a su encuentro. Sí, confieso que se me antojó algo intranquilizador el hecho de que se fuera a la cama.

—¡Ah! ¿Se ha ido a la cama?

—¿Por qué la buscabas?

—Quería pedirle que viniese a dar una vuelta conmigo y charlar un ratito.

—¡Ah! ¿Quieres ir a dar una vuelta? —dijo tía Dahlia con repentino interés—. ¿Y por dónde?

—Quisiera pasearme por ahí.

—En tal caso me gustaría pedirte un favor.

—Habla.

—No te llevará mucho tiempo. ¿Conoces el camino que pasa por el invernadero y lleva al huerto? Al final se encuentra el estanque.

—Lo sé.

—Bien. Coge un buen trozo de cuerda gruesa y recorre el camino hasta el estanque…

—Hasta el estanque, está bien.

—…y mira a tu alrededor hasta que encuentres una hermosa piedra muy pesada. Un ladrillo grande también puede servir.

—Comprendo —dije, a pesar de que no comprendía absolutamente nada—. Una piedra o un ladrillo. Sí, ¿y después?

—Entonces —dijo mi pariente— deseo que, como un buen muchacho, asegures la cuerda a la piedra y te la ates al cuello, luego te tires al agua y te ahogues. Dentro de unos días enviaré a alguien a sacarte de allí y te haré sepultar, porque quiero bailar sobre tu tumba.

Estaba más aturdido que nunca. Y no sólo aturdido sino además herido y lleno de resentimiento. Recuerdo haber leído en un libro algo acerca de una joven que

«súbitamente huyó de la estancia temiendo permanecer allí, temiendo que pudieran salir de sus labios horribles palabras. Y decidida a no quedarse un solo día más en aquella casa en donde era insultada e incomprendida». Me sentía en el mismísimo estado de ánimo.

Luego pensé que era menester ser indulgentes con una señora que tenía en el estómago solamente una cucharada de sopa y retuve la exclamación que ya me había subido a los labios.

—¿Qué quiere decir todo esto? —pregunté con gentileza—. Me pareces irritada con Bertram.

—¿Irritada?

—Notablemente irritada. ¿Por qué esa hostilidad?

Una llamarada repentina salió de sus ojos, quemándome los cabellos.

—¿Quién fue el asno, quién fue el idiota, quién fue el cretino que me aconsejó, en contra de mi parecer, que no comiera durante la cena? Debí figurarme que…

Vi que había adivinado la razón de su estado de ánimo.

—Está bien, tía Dahlia —dije—. Lo comprendo todo. Un poco de debilidad, ¿no es eso? Pero es un mal que pasa. No tienes más que ir abajo y saquear la despensa cuando todos estén acostados. Sé que hay un pastel de riñones que te compensaría la molestia. Ten fe, tía Dahlia —continué—. Pronto tío Tom llegará lleno de simpatía y de preguntas ansiosas.

—¿Ah, sí? ¿Sabes en dónde está ahora?

—No le he visto.

—Está en su gabinete con la cabeza entre las manos, blasfemando contra la civilización y contra todo lo que va hacia la ruina.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Porque he tenido que informarle de la despedida de Anatole.

—¿Cómo?

—Se ha despedido. Ese es el resultado de tu inteligentísima faena. ¿Qué podías esperar de un cocinero francés, de temperamento sensible, si convences a todos de que rehúsen la comida? Me han dicho que cuando los dos primeros platos volvieron a la cocina sin haber sido tocados, quedó tan deprimido que empezó a llorar como un niño. Y cuando el resto de la cena sufrió la misma suerte, dedujo que se trataba de un insulto decidido y calculado y resolvió irse.

—¡Atiza!

—Ya lo creo que puedes decir «¡Atiza!». Anatole, la delicia del estómago, se va, como el rocío de los pétalos de una rosa, por tu idiotez. Supongo que ahora comprenderás por qué deseaba que fueras a tirarte al estanque. Me debí figurar que algún horrible desastre caería como un rayo sobre esta casa, si se te ocurría venir aquí y dártelas de listo.

Palabras crueles, naturalmente, y más si las dice una tía a un sobrino. Pero yo no experimenté resentimiento alguno. Se darán ustedes cuenta de que Bertram, considerado desde cierto punto de vista, habíase tornado semejante a un flotador.

—Lo siento.

—¿Y de qué sirve?

—He aconsejado lo que juzgaba mejor.

—Otra vez aconseja lo que juzgues peor. Entonces, quizá logremos salir con una herida superficial.

—¿Está muy disgustado tío Tom?

—Da vueltas arriba y abajo por la habitación como un alma en pena. Y toda esperanza de sacarle dinero se ha esfumado para mí.

Me rasqué la barbilla, reflexionando. Nadie mejor que yo podía comprender la justicia de las cosas que decía y el golpe terrible que debió de ser para tío Tom la dimisión de Anatole. Ya les he dicho en estas memorias mías que el curioso ser al que tía Dahlia ha unido su destino, parece un pterodáctilo que haya sufrido mucho, y este aspecto es debido al hecho de que durante todos los años que permaneció en el Lejano Oeste acumulando millones, su digestión se echó a perder. Y el único cocinero capaz de introducirle algo en el estómago sin provocar una tempestad correspondiente a la altura del tercer botón del chaleco, resultó ser el gran Anatole. Al verse él privado de los servicios de Anatole, su fiel esposa no podía despedir de sí más que miradas feroces. Sí, el asunto había adquirido un cariz debidamente trágico y confieso que, en aquel momento, me hallaba absolutamente sin ninguna idea restauradora.

Confiando, empero, en que pronto se me ocurriera alguna, conservé cierta actitud de superioridad.

—Malo —admití—. Muy malo, desde luego. Una gran desgracia para todos. Pero no temas, tía Dahlia, yo lo arreglaré todo.

Ya he hablado acerca de la dificultad de tambalearse cuando se está sentado. Yo, por ejemplo, jamás logré hacerlo. Tía Dahlia, en cambio, lo logró sin esfuerzo aparente. Estaba bien hundida en un sillón de brazos, y sin embargo se tambaleó como un bolo. Su rostro se contrajo con un espasmo de horror y de aprensión.

—Si te atreves a salir con otro de tus estrafalarios proyectos…

Me di cuenta de que era inútil intentar razonar con ella. No estaba en sus cabales. No sabía si se le ocurriría arrojarme uno de los tomos de lord Alfred Tennyson. Lo había visto a su lado, sobre la mesita, y, mientras cerraba la puerta, recuerdo haber tenido la impresión de que algo pesado iba a chocar contra la madera, pero me hallaba excepcionalmente preocupado para observar y resolver.

Me reprochaba no haber previsto las posibles consecuencias de aquella abstinencia general en un ser de impulsivo temperamento provenzal como Anatole.

Hubiese debido recordar que los galos no pueden soportar los desaires de ese tipo. Su tendencia a resentirse por la más mínima provocación es harto conocida. No cabe duda de que un hombre que pone toda su alma en aquellas *nonnettes de poulet* y ve que se las devuelven todas intactas, debe de sentirse como herido por un puñal.

A pesar de todo, es inútil llorar sobre el cántaro de la lechera. Ahora esperaba a Bertram la misión de poner en orden las cosas, y recorría las avenidas del jardín, reflexionando, cuando oí un lamento tan doloroso que pensé en tío Tom, escapado de su prisión, y vagando por el parque, gimiendo.

No obstante, a mi alrededor no vi señal alguna de mi tío. Confuso, estaba a punto de seguir con mis cavilaciones, cuando oí otro gemido. Y, escudriñando en la oscuridad, percibí una sombra sentada en el rústico banco, y otra sombra, en pie al lado de la primera.

Nombrándolas por orden, dichas sombras eran: Gussie Fink-Nottle y Jeeves. Y me resultaba completamente inexplicable la razón que impulsaba a Gussie a gemir de aquella manera y en aquel lugar.

Porque no había posibilidad de error. No cantaba. Mientras yo me acercaba, emitió otro sonido que era, sin duda, un lamento. Y cuando pude verlo, comprobé que su aspecto era el de un ser completamente abatido.

—Buenas noches, señor —dijo Jeeves—. Míster Fink-Nottle no se encuentra bien.

Tampoco yo me encontraba muy bien.

Gussie había comenzado a producir un sonido grave, semejante a un gorgoteo, y me persuadí de que algo grave debía de haber sucedido. Sé que el matrimonio es un acto solemne y puede perturbar a un individuo conocer que está destinado a afrontarlo, pero jamás tuve ocasión de ver a un novio sufrir de esa manera.

Gussie levantó los ojos —eran tristes— y asió su sombrero.

—Adiós, Bertie —dijo, levantándose.

Pensé que había hablado erróneamente.

—Quieres decir «hola», ¿verdad?

—No, «adiós». Me voy.

—¿Adónde?

—Al estanque, a ahogarme.

—No seas burro.

—No soy burro… ¿Soy un burro, Jeeves?

—Puede que el señor no sea muy juicioso.

—¿Porque quiero ahogarme?

—Sí, señor.

—¿Piensa que, en resumidas cuentas, será mejor que no me ahogue?

—Así se lo aconsejaría, señor.

—Bien, Jeeves, acepto su consejo. Después de todo, sería una cosa desagradable para mistress Travers encontrar mañana un cadáver hinchado en el estanque.

—Sí, señor.

—Y ella ha sido muy amable conmigo.

—Sí, señor.

—También usted ha sido muy amable conmigo, Jeeves.

—Gracias, señor.

—Y también tú, Bertie. Muy amable. Todos han sido muy amables conmigo. Muy amables de veras. No puedo quejarme. Está bien. Entonces, iré a dar un paseo.

Le seguí con desorbitados ojos, mientras desaparecía en la oscuridad.

—Jeeves —dije, y he de admitir que, en mi emoción, balé como un corderito que se aproxima a sus padres—. ¿Qué diablos significa todo esto?

—Míster Fink-Nottle está algo fuera de sí. Ha pasado por una dura prueba.

Intenté ligar entre sí los precedentes sucesos.

—Le dejé aquí con miss Bassett.

—Sí, señor.

—Yo la había preparado.

—Sí, señor.

—El sabía exactamente lo que tenía que hacer; se lo aprendió al pie de la letra.

—Sí, señor. Míster Fink-Nottle me ha informado de ello.

—Bien, entonces…

—Siento decirle que sobrevino un leve accidente.

—¿Quiere decir que algo ha salido mal?

—Sí, señor.

No podía imaginar qué había sido; mi cerebro hervía en su reino.

—Pero ¿cómo podía salir mal? Ella le ama, Jeeves.

—¿De veras, señor?

—Me lo ha dicho clara y rotundamente. El no tenía más que exponer su petición.

—Sí, señor.

—Pues bien, ¿no lo ha hecho?

—No, señor.

—¿De que diablos ha hablado?

—De las salamandras, señor.

—¿Salamandras?

—Sí, señor.

—¿Salamandras?

—Sí, señor.

—Pero ¿qué necesidad tenía de hablar de las salamandras?

—No tenía necesidad alguna, señor. Por lo que he podido saber por míster Fink-

Nottle, nada distaba más de sus propósitos.

No lograba comprenderlo.

—Pero nada puede obligar a un hombre a hablar de salamandras.

—Míster Fink-Nottle fue víctima de un repentino y desgraciado ataque de nerviosismo, señor. Confiesa que perdió la cabeza al encontrarse a solas con miss Bassett. Son circunstancias en las que los caballeros suelen hablar desconsideradamente y decir lo primero que se les ocurre. En este caso, fueron las salamandras y su tratamiento, cuando están enfermas y cuando están sanas.

La venda se me cayó de los ojos. Lo comprendí todo. Lo mismo habíame sucedido a mí en algunos momentos de crisis. Recuerdo haber detenido a un dentista con el trépano preparado para horadar mi canino inferior, entreteniéndole durante unos diez minutos con la historia de un escocés, un irlandés y un judío. Algo completamente automático. No obstante, él intentaba continuar con su trabajo, pero yo barboteaba atropelladamente incomprensibles palabras. Cuando uno pierde el dominio de sus nervios, comienza a balbucear.

Me imaginaba estar en el lugar de Gussie. Podía reconstruir la escena. Miss Bassett y él se hallaban solos en la tranquilidad del anochecer. Sin duda, siguiendo mis consejos, él había iniciado el discurso con la puesta de sol y las princesas hechiceras y había llegado al punto en que debía exclamar «Tengo algo que decirle». Y veía que ella bajaba la vista, diciendo: «¡Oh! ¿De veras?».

Supongo que entonces él habría continuado, diciendo que era un asunto muy importante, y me imagino que ella habría contestado: «¿Realmente?», o bien: «¿Si?», o habría sencillamente retenido el aliento. Y en aquel momento sus ojos se habrían encontrado, exactamente como los míos encontraron los del dentista, y algo se habría repentinamente agarrado al estómago de él; todo se habría vuelto oscuro a su alrededor y habría oído su propia voz que hablaba de salamandras.

Sí: ésa es una psicología que yo puedo comprender perfectamente.

A pesar de todo, culpaba a Gussie. Al darse cuenta de que estaba divagando con las salamandras, debió callarse aun a costa de permanecer allí, mudo, como un palo. La agitación en que se hallaba no le excusaba. Ninguna muchacha que está esperando la declaración de un apasionado amor hacia ella, puede soportar que se le endilgue un discurso en honor de un lagarto acuático.

—Malo, Jeeves.

—Sí, señor.

—¿Y todo eso ha durado largo rato?

—Creo que un tiempo considerable, señor. Según míster Fink-Nottle, habló a miss Bassett no sólo de las salamandras vulgares, sino también de las crestudas y palmadas. Le describió cómo, durante la época de la reproducción, las salamandras viven en el agua, se alimentan de ranitas, de insectos en estado de larvas y de

crustáceos; cómo más tarde se encaminan a tierra y comen caracoles y gusanos; cómo la salamandra recién nacida tiene tres pares iguales de agallas externas parecidas a unas plumas. Y prácticamente cuando estaba observando que las salamandras difieren de los lagartos por la forma de la cola, que es aplastada, y que un marcado dimorfismo sexual prevalece en muchas especies, la señorita se levantó y dijo que deseaba volver a casa.

—¿Y entonces?

—Se fue, señor.

Permanecí pensativo. Comprendía cada vez más lo difícil que resultaba ayudar a un tipo como Gussie. Carecía de un modo absoluto de energía y espíritu. Con infinitas precauciones había logrado situarle en una posición desde la cual podría cómodamente atacar. Y he aquí que él, apartándose, fallaba completamente el objetivo.

—Difícil, Jeeves.

—Sí, señor.

En momentos más felices le habría preguntado, naturalmente, su parecer en la materia. Pero después del hecho de la chaqueta blanca, mis labios estaban sellados.

—Bueno, habrá que volver a comenzar.

—Sí, señor.

—Hacer trabajar al cerebro e intentar hallar un remedio.

—Sí, señor.

—Bueno, buenas noches, Jeeves.

—Buenas noches, señor.

Se alejó, dejando a un pensativo Bertram Wooster inmóvil en la oscuridad. Parecíame difícil decidir qué era lo que más convenía hacer.

XII

No sé si a ustedes les sucede lo que a mí. Cuando me encuentro ante un problema que me preocupa, a menudo un buen sueño me trae la solución por la mañana.

Eso me sucedió también en la presente ocasión.

Los que estudian estas materias dicen que es un hecho derivado del subconsciente. Y acaso tengan razón. No puedo asegurar que tenga un subconsciente, pero probablemente lo tengo, sin saberlo, y no hay duda de que debió de trabajar asiduamente mientras el cuerpo de Bertram Wooster dormía sus ocho horas, porque, en cuanto abrí los ojos por la mañana, vi la luz del sol. Y, fíjense bien, no me refiero a la luz verdadera del sol, porque lo natural es verla, no: vi que todo se aclaraba. Mi buen amigo, el subconsciente, me lo explicó todo y, a las claras, distinguí lo que era necesario hacer para incluir a Gussie Fink-Nottle en el número de los Romeos.

Si tienen algún tiempo disponible, quisiera que repasaran la conversación que sostuve con él la noche anterior, en el jardín. No en lo que respecta al paisaje crepuscular, sino en la conclusión de nuestro discurso. Recordarán que, al asegurarme no haber probado alcohol jamás, moví la cabeza, temiendo que pudiera faltarle gran parte de la fuerza necesaria para hacer su petición a la muchacha. Los acontecimientos, desgraciadamente me dieron la razón.

Al ponerse a prueba, únicamente con zumo de naranja en el estómago, se encontró completamente desarmado. En una situación que requería palabras apasionadas que traspasaran de parte a parte el corazón de la joven, como un hierro candente atraviesa medio kilo de mantequilla, no llegó a pronunciar ni una sílaba que pudiese ruborizar las mejillas de la recatada doncella, y, en cambio, dio una profunda, pero completamente inútil, conferencia sobre las salamandras.

Era imposible pensar que una romántica jovencita pudiese ser conquistada con esa táctica. Para poder llegar a una solución, era necesario que Augustus Fink-Nottle se viese impelido a desechar aquellas estúpidas reminiscencias del pasado, y debía ser un Fink-Nottle enérgico y confiado el que se encontrase con miss Bassett al iniciarse el segundo asalto.

Sólo así el *Morning Post* podría cobrar los diez chelines, o algo semejante, por la publicación del anuncio de la próxima boda.

Llegado a esta conclusión, el resto me pareció muy fácil. Y cuando Jeeves entró con el té, había perfeccionado mi plan en todos los detalles. Estaba a punto de hablarle de ello, es decir, ya había dicho: «Oiga, Jeeves», cuando me interrumpió la llegada de Tuppy.

Entró con expresión distraída y me dio pena comprobar que una noche de reposo no había mejorado el aspecto del infeliz.

Incluso parecía aún más corroído por los gusanos que la última vez que le vi. Para

formarse una idea de lo que parecía Hildebrand Glossop en aquel momento, imagínense ustedes a un bulldog que, después de ser tratado a puntapiés, ve su comida robada por un gato.

—Por el amor de Dios, Tuppy —exclamé, impresionado—. Pareces un cadáver.

Jeeves se deslizó fuera, con ese modo suave y particular suyo lleno de tacto, e invité al otro a que tomara asiento.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

Se agarró a la cama como a un ancla y comenzó a juguetear con la manta, en silencio. Luego dijo:

—He pasado a través del infierno, Bertie.

—¿A través de qué?

—¡Del infierno!

—¡Oh, el infierno! ¿Y por qué fuiste allá abajo?

Quedó callado, mirando fijamente hacia adelante con ojos sombríos. Vi que observaba una fotografía de tío Tom, en una especie de uniforme masónico, posada sobre la repisa de la chimenea. Durante varios años yo había intentado razonar con tía Dahlia a propósito de aquella fotografía, proponiéndole dos soluciones: a) Quemarla, b) Si realmente tenía mucho interés en conservarla, darme otra habitación cuando fuese a hospedarme en su casa. Pero siempre se había negado a complacerme. Decía que las cosas continuarían como estaban y que aquella fotografía encerraba una lección útil, enseñándome que no estamos en el mundo sólo para gozar y que la vida tiene también su lado triste.

—Si te molesta, vuélvela hacia la pared, Tuppy —dije amablemente.

—¿Eh?

—Esa fotografía de tío Tom ataviado de músico mayor.

—No he venido para hablar de fotografías: he venido en busca de consuelo.

—¡Y lo tendrás! Apuesto a que te atormentas por Angela. Pero no temas. Tengo otra idea para conmover a esa tonta. Te aseguro que te abrazará llorando antes de la puesta del sol.

Emitió una especie de ladrido.

—¡Muy probable!

—Vamos, Tuppy, verás como todo se arregla. Estaba precisamente empezando a exponerle mi proyecto a Jeeves cuando tú has entrado. ¿Quieres oírlo?

—No quiero oír nada de tus estúpidos proyectos. De nada sirven. ¡La he perdido! Se ha enamorado de otro y no puede verme ni en pintura.

—¡Idioteces!

—¡No son idioteces!

—Te aseguro, Tuppy, como conocedor que soy del corazón de las mujeres, que Angela todavía te ama.

—No es la impresión que me ha dado en la despensa esta noche.

—¡Oh! ¿Has ido a la despensa, esta noche?

—Sí.

—¿Y Angela estaba allí?

—Sí. Y también tu tía. ¡Y tu tío!

No cabía duda de que necesitaba una aclaración. Todo aquello era completamente nuevo para mí. Había estado muchas veces en Brinkley Court, pero jamás pude sospechar que la despensa fuese un centro de reuniones. Por lo visto se había trocado en un bar o en una pista de carreras.

—Cuéntame las cosas a tu manera —dije—. Sin omitir el más mínimo detalle, aunque te parezca superfluo. Uno nunca sabe la importancia que puede adquirir un detalle, por insignificante que sea.

Inspeccionó la fotografía con expresión lúgubre.

—Está bien —dijo—, he aquí lo sucedido. Ya conoces mi preferencia por ese pastel de riñones.

—¡Claro!

—Hacia la una de la madrugada pensé llegado el momento oportuno. Salí de puntillas de mi habitación y me encaminé hacia la despensa. Me parecía que el pastel me llamaba.

Asentí. Sé que los pasteles producen ese efecto.

—Llegado a la despensa, lo saqué. Lo puse sobre la mesa. Encontré cuchillo y tenedor. Cogí sal, mostaza y pimienta; también había unas patatas frías: las cogí y estaba empezando a comer, cuando oí un rumor. Era tu tía, en bata azul y amarilla.

—Embarazoso.

—En el grado máximo.

—Supongo que no sabrías hacia dónde mirar.

—Miraba a Angela.

—¿También estaba ella, con mi tía?

—No, compareció con tu tío un minuto o dos después. El llevaba un pijama violeta y una pistola. ¿Nunca has visto a tu tío en pijama y con pistola?

—Jamás.

—No te has perdido mucho.

—Dime lo de Angela, Tuppy —dije, ansioso de tranquilizarme—. ¿Se suavizaron un poco sus ojos, al mirarte?

—No me miró a mí. Miró al pastel.

—¿No dijo nada?

—En seguida no. Tu tío fue el primero en hablar; le dijo a tu tía: «Por el amor de Dios, Dahlia, ¿qué haces aquí?». Y ella contestó: «Puesto que en ello estamos, ¿qué haces tú, mi alegre sonámbulo?». Tu tío contestó que al oír unos ruidos pensó que

había ladrones en la casa.

Lo comprendía todo a la perfección. Desde que fuera hallada abierta la ventana de las caballerizas, el año en que fue descalificado *Shining Light* en el Cesarewitch, tío Tom sufría con respecto a los maleantes unas reacciones violentas. Todavía recuerdo la emoción experimentada durante una de mis visitas, cuando intenté sacar la cabeza para respirar un soplo de aire campestre a través de las rejas que había en todas las ventanas. Poco faltó para que me rompiera la crisma contra una especie de parrilla de hierro, como existen en las prisiones medievales.

—«¿Qué clase de ruidos?», preguntó tu tía Dahlia. «Ruidos extraños», dijo tu tío. Entonces Angela, esa tontuela, observó con voz dura y colérica: «Habrá sido míster Glossop que comía». Y me miró. Era la mirada de asombro y desagrado de una mujer toda espiritualidad dirigida a un hombre gordo que trasiega ruidosamente la sopa, en el restaurante. Era una de esas miradas que nos producen la sensación de medir un metro veinte de cintura y tener una papada con grandes rollos de grasa superflua. Y hablando siempre en el mismo tono impertinente, añadió: «Debí decirte, papá, que míster Glossop está acostumbrado a comer dos o tres veces durante la noche. Así puede llegar al desayuno por la mañana. Tiene un apetito formidable. ¿Ves? Ya casi ha acabado con un enorme pastel de riñones».

Al contarlo, una febril agitación habíase apoderado de Tuppy. Sus ojos brillaban con extraña luz y blandía violentamente el puño sobre la cama, amenazando mis piernas.

—Es algo que fastidia, Bertie, algo que hiere. No había siquiera comenzado a comer. Pero ahí queda retratada la mujer.

—El eterno femenino.

—Ella continuó con sus insinuaciones: «No puedes imaginarte el interés que tiene por la comida míster Glossop. Vive para eso. Come seis o siete veces durante el día; luego vuelve a empezar por la noche. Es algo maravilloso». Tu tía pareció interesarse, y dijo que eso le recordaba a una boa constrictor. Angela preguntó si no querría decir una pitón. Y comenzaron a discutir. Tu tío, entretanto, iba de arriba abajo con la maldita pistola, exponiendo la vida de todos. ¡Y el pastel estaba allí, sobre la mesa, sin que yo lo pudiese tocar! Ahora comprenderás por qué te he hablado del infierno.

—Claro. No debió de ser una situación agradable.

—Finalmente tu tío y Angela acabaron la discusión resolviendo que Angela tenía razón y que el reptil que yo recordaba era una pitón. Y después nos dirigimos hacia nuestras respectivas habitaciones, mientras Angela nos aconsejaba maternalmente que subiéramos despacio la escalera. Agregó que, después de siete u ocho sólidas comidas, un hombre de mi corpulencia había de ser prudente, por el peligro de los ataques apopléjicos. Añadió que lo mismo les sucedía a los perros. Cuando están muy gordos y sobrealimentados, hay que prohibirles los ejercicios violentos porque éstos

los hacen jadear y resoplar, lo cual es dañino para el corazón. Le preguntó a tu tía si se acordaba del fallecido perro de aguas, Ambrose, y tu tía dijo: «¡Pobrecillo Ambrose! No podía conseguir que se alejase del cubo de la basura». Y Angela: «¡Exacto! Ande, pues, con cuidado, míster Glossop». ¡Y aún dices que sigue queriéndome!

Hice lo que pude para animarle.

—Tonterías de muchachas —dije.

—¡Qué van a ser tonterías de muchachas! ¡Está a matar conmigo! En otro tiempo yo era su ideal; ahora me considera menos que el polvo de las ruedas de su coche. Se ha enamorado de un fulano, de no sé quién, en Cannes y ahora no puede sufrirme.

Fruncí el entrecejo.

—Mi querido Tuppy, no demuestras tu habitual sentido común con la historia del «fulano de Angela en Cannes». Si me lo permites, te diré que es una especie de *idée fixe*.

—¿Una qué?

—*Idée fixe*. Ya sabes. Una obsesión que se apodera de nosotros. Como la de tío Tom, por ejemplo, cuando cree que todos los perseguidos por la policía, por cualquier razón, deben de estar al acecho en su jardín para introducirse de noche en su casa. Continúas hablando de ese «fulano de Cannes», y en Cannes nunca hubo nadie. Te lo digo porque estoy seguro de ello. Durante los dos meses que permanecimos en la Riviera. Angela y yo estuvimos constantemente juntos. ¡Fíjate si habría advertido a cualquiera que hubiese rondado a su alrededor!

Respiró ampliamente. Comprendí que le había impresionado.

—¡Oh! ¿Estuvo siempre contigo en Cannes?

—No creo que cambiase dos palabras con nadie más, salvo con las personas asiduas durante las comidas y, por casualidad, con algún concurrente del Casino.

—Comprendo. Entonces eso significa que también se dio contigo los baños y los paseos al claro de luna.

—Y reímos y bromeamos en el hotel.

—¿Ah, sí?

—Exacto.

—Debes haberte divertido.

—¡Oh, sí! Siempre estuve muy encariñado con Angela.

—¿Ah, sí?

—Cuando niños, ella decía que era mi novia pequeñita.

—¿De veras?

—Así es.

—Ya comprendo.

Se sumió en sus reflexiones, mientras yo, satisfecho por haberle consolado, me

ocupaba de mi té. En aquel momento llegó hasta nosotros, desde el vestíbulo, el sonido del gong y él salió disparado como un caballo de guerra al son de la corneta.

—¡El desayuno! —dijo. Y se escapó como el viento, dejándome entregado a mis pensamientos y cavilaciones. Y cuanto más reflexionaba, más seguro me sentía del arreglo total. Tuppy, a pesar de la escena lamentable en la despensa, seguía amando a Angela con el antiguo fervor.

Podía, por tanto, proseguir tranquilamente mi plan. Como, además, también había hallado la manera de poner en orden el asunto Gussie-Bassett, creí llegado el momento de no seguir teniendo preocupaciones.

Así pues, con el corazón alegre, me dirigí a Jeeves, cuando vino a buscar la bandeja del té.

XIII

—Jeeves —dije.

—¿Señor?

—Acabo de hablar con el joven Tuppy. ¿No se ha fijado que esta mañana tenía muy mala cara?

—Sí, señor. El rostro de míster Glossop parecía velado por la pálida sombra de los sinsabores.

—Efectivamente. Ha encontrado a mi prima Angela esta noche, en la despensa, y se ha originado una escena penosa.

—Lo siento mucho, señor.

—Nunca tanto como él. Le encontró delante de un pastel de riñones y al parecer se refirió de un modo excesivamente cáustico a los hombres gordos que viven sólo para comer.

—Muy desagradable, señor.

—Mucho. Podría haber quien pensara que el asunto entre los dos ha llegado a un punto tal que es inútil intentar arreglarlo. Cuando una muchacha habla de pitones humanos que comen nueve o diez veces al día y que han de andar con cuidado al subir los escalones por el peligro de un ataque de apoplejía, esa muchacha hace pensar que el amor ha muerto en su corazón. ¿No le parece, Jeeves, que la mayor parte de la gente pensaría así?

—Desde luego, señor.

—Pues no tendrían razón.

—¿Lo cree usted, señor?

—Estoy convencido de ello. Conozco a las mujeres. No podemos juzgarlas por lo que dicen.

—¿Piensa usted que las palabras de miss Angela no han de ser tomadas demasiado *au pied de la lettre*, señor?

—¿Eh?

—*Literalmente* es la palabra que se usa con frecuencia, señor.

—¡Literalmente! En efecto, eso es lo que quiero decir. Ya sabe cómo son las chicas: el más mínimo incidente basta para hacer cambiar su modo de pensar. Pero, en el fondo, el antiguo amor continúa ardiendo. ¿Tengo razón?

—Absolutamente, señor. El poeta Scott…

—De acuerdo, Jeeves.

—Perfectamente, señor.

—Y para que el antiguo amor vuelva a la superficie, basta un tratamiento adecuado.

—Y por tratamiento adecuado usted entiende, señor…

—Saber llevar adelante las cosas como es debido, Jeeves. Un trabajo fino de astucia… Es lo que hace falta para que mi prima Angela retorne a la normalidad. ¿He de explicárselo?

—Si quiere ser tan amable, señor.

Encendí un cigarrillo y le miré fijamente, mientras fumaba. El aguardaba respetuosamente a que yo pronunciase las palabras de la sabiduría. Debo decir en favor de Jeeves que, aunque a veces ponga trabas y haga obstruccionismo, constituye, sin embargo, un excelente auditorio. No sé si en realidad presta atención, pero lo parece, y eso es lo más importante.

—Suponga que camina por una inmensa selva y que encuentra un cachorro de tigre.

—Las probabilidades son muy escasas, señor.

—No importa. Supongámoslo.

—Perfectamente, señor.

—Suponga que ha herido al cachorro y que la noticia ha llegado a oídos de la madre. ¿Qué actitud tomará ésta? ¿En qué estado de ánimo se le acercará el tigre hembra?

—Me parece que con cierta dosis de irritación, señor.

—Exacto. Debido a lo que se llama el instinto maternal.

—Sí, señor.

—Muy bien, Jeeves. Supongamos ahora que, precisamente en esa época, hubiese cierta frialdad entre el cachorro y su madre y que los dos, desde varios días antes, fingieran no conocerse. ¿Cree que eso iría en menoscabo del impulso con que la madre del tigre correría a auxiliar a su hijo?

—No, señor.

—Exacto. He aquí, en pocas palabras, mi plan, Jeeves. Quiero conducir a mi prima Angela a un lugar aislado, en donde pueda a mis anchas poner verde a Tuppy.

—¿Ponerle verde?

—Pegarle, abofetearle, golpearle, insultarle, de palabra, naturalmente. Seré muy duro: le diré que, según mi opinión, más parece un cerdo que un ex alumno de una distinguida y vieja escuela inglesa. ¿Qué sucederá? Viéndose así atacado, el corazón femenino de Angela se ablandará como la cera. La madre tigre se despertará en ella. Nada importa cuanto pudo haber sucedido anteriormente entre ellos; sólo recordará que se trata del hombre que ama y volará a defenderle. Y de eso, a caer en sus brazos, olvidando el pasado, el camino será corto. ¿Qué le parece?

—La idea es ingeniosa, señor.

—Nosotros, los Wooster, siempre somos ingeniosos, Jeeves. Muy ingeniosos.

—Sí, señor.

—Por lo demás, no hablo sin conocimiento de causa. Hice una experiencia a este

respecto.

—¿De veras, señor?

—Sí, en persona. Estaba sobre los escollos del Edén, en Antibes, mirando ociosamente a los bañistas que chapoteaban en el agua, cuando una muchacha conocida mía, señalándome a un joven que se estaba zambullendo, me preguntó si las piernas de él no eran las más cómicas que se pudiesen ver. Contesté que sí y por espacio de dos minutos critiqué e hice unos chistes sobre aquellas piernas. Al final me percaté de que mi interlocutora se había dejado arrastrar por el vórtice de un ciclón. Comenzó con una crítica de mis piernas, que, como observó justamente, no tenían nada de particular. Luego la muchacha continuó analizando mi conducta, mi carácter, mi inteligencia, mi físico en general y mi modo de comer los espárragos, con tanta acritud que, al final, Bertram parecía capaz de todo, aunque por el momento no hubiese asesinado a nadie ni prendido fuego a ningún orfelinato. Sucesivas investigaciones me informaron que ella estaba prometida al joven de las piernas y que, precisamente la noche anterior, había tenido con él una ligera discusión por si debía haber pedido el dos de picas, teniendo el siete, pero no el as.

»Aquella misma noche, poco después, les vi cenando juntos, contentos y de acuerdo, con una llama de alegría en los ojos. Eso demuestra la exactitud de mi teoría, Jeeves.

—Sí, señor.

—Espero semejante resultado de mi prima Angela, cuando comience a hablarle mal de Tuppy. Confío en que, a la hora del almuerzo, el noviazgo quede restablecido y que el anillo de platino y brillantes vuelva a brillar en el tercer dedo de la muchacha. ¿O es en el cuarto?

—Es difícil que sea para la hora del almuerzo, señor. La doncella de miss Angela me ha dicho que ha salido muy temprano esta mañana, en su coche, para pasar el día con unos amigos que viven por aquí cerca.

—Bueno, será media hora después de su regreso, Jeeves. Eso son meros detalles. No nos ocupemos de ello, Jeeves.

—No, señor.

—Lo esencial es que, por lo que atañe a Tuppy y a Angela, creo que todo estará arreglado muy pronto. Y eso me proporciona una profunda alegría, Jeeves.

—Claro está, señor.

—Lo que más me entristece es ver separados a dos corazones que se aman.

—Lo comprendo perfectamente, señor.

Dejé la colilla en el cenicero y encendí otro cigarrillo para indicar que la primera parte había terminado.

—De acuerdo, pues. Eso es todo, en el frente occidental. Ahora pasemos al oriental.

—¿Señor?

—Hablo metafóricamente, Jeeves. Quiero decir a la cuestión Gussie-Bassett.

—Sí, señor.

—Aquí, Jeeves, hace falta un método más enérgico. Es menester recordar que nos las habernos con un pedazo de corcho.

—Con una planta sensitiva sería una expresión más gentil, señor.

—No, Jeeves, un pedazo de corcho. Y con él hay que emplear los sistemas fuertes, enérgicos, violentos. La psicología de nada sirve. Usted, si puedo recordárselo sin ofenderle, cayó en el error de pensar en la psicología con respecto a ese Fink-Nottle, y el resultado fue desastroso. Le atavió de Mefistófeles para el baile de máscaras, pensando que el ropaje encarnado podría darle ánimos. Inútil.

—La cosa ni siquiera fue intentada, señor.

—No, porque ni llegó a ir al baile, y eso es una confirmación de mi tesis. Un hombre que sube en un vehículo para ir a un baile de máscaras y no llega allí, es realmente un cretino. No conozco a nadie tan necio como para no saber siquiera ir a un baile de máscaras. Y usted, ¿conoce a alguien, Jeeves?

—No, señor.

—Pero no se olvide de esto, porque es lo importante: aunque Gussie hubiese ido al baile, aunque aquel ropaje rojo, unido a las gafas de concha, hubieran hecho enfermar a la muchacha, aunque ella hubiese resistido el golpe y él hubiese podido bailar y charlar con ella, aun en ese caso sus esfuerzos habrían resultado inútiles porque, ataviado de Mefistófeles o no, Augustus Fink-Nottle jamás habría tenido el valor de pedirle a miss Bassett que se casara con él. El único resultado habría sido que ella hubiese escuchado la conferencia sobre las salamandras unos cuantos días antes. ¿Y todo esto por qué, Jeeves? ¿Quiere que se lo diga?

—Sí, señor.

—Porque intentaba llevar adelante el asunto con zumo de naranja.

—¿Señor?

—Gussie es un aficionado al zumo de naranja y no bebe nada más.

—No lo sabía, señor.

—Lo he sabido por su misma boca. Ya sea por alguna tara hereditaria, ya sea por habérselo prometido a su madre moribunda, o sencillamente porque no le agradara su sabor, Gussie Fink-Nottle jamás, en toda su vida, introdujo por su laringe la más vulgar ginebra u otro tónico por el estilo. Y él, el necio, el miedoso, el vacilante, el desconfiado conejo de apariencia humana, espera llegar a hacer en estas condiciones una declaración a la mujer amada. No se sabe si llorar o reír, ¿verdad?

—¿Considera usted que la abstinencia es un obstáculo para un caballero que quiera formular una petición matrimonial?

Me extrañó la pregunta.

—¡Pero, diablos! —exclamé asombrado—. Bien podría usted comprenderlo. Use su inteligencia, Jeeves. ¡Piense lo que significa una petición de matrimonio! Significa que un individuo decente debe escucharse a sí mismo mientras pronuncia unas palabras que, si las oyese en un escenario, le obligarían a correr a la taquilla, a pedir la devolución del dinero de la entrada. Si, además, intenta hacerlo con zumo de naranja, ¿qué sucede? La vergüenza le sella los labios o, cuando menos, le hace perder la seguridad y tartamudear. Gussie, por ejemplo, ha tartamudeado al hablar de salamandras sincopadas.

—Palmadas, señor.

—Palmadas o sincopadas, lo mismo da. La cuestión es que ha tartamudeado y volverá a tartamudear si lo intenta de nuevo. A menos que, y aquí es cuando necesito que me preste mucha atención, Jeeves, a menos que se adopten unas medidas oportunas. Medidas rápidas, enérgicas, que puedan darle a ese desgraciado pusilánime la energía necesaria. Y he aquí por qué, Jeeves, pretendo coger mañana una botella de ginebra y regar abundantemente su zumo de naranja.

—¿Señor?

Chasqueé la lengua.

—Ya tuve ocasión, Jeeves, de comentar su manera de decir «¡Bien, señor!» y «¿De veras, señor?». Aprovecho ahora la ocasión para informarle que tampoco apruebo su «¿Señor?» puro y sencillo. Esta palabra hace pensar que, según usted, he expresado algo tan extravagante que su cerebro lo rehuye. En las circunstancias actuales no hay absolutamente nada que justifique ese «¿Señor?». El plan que le he expuesto es por completo razonable y lógico, y no puede despertar crítica alguna. ¿No lo cree así?

—Bien, señor.

—Jeeves!

—Le pido mil perdones, señor. La expresión se me escapó sin advertirlo. Puesto que usted me lo pregunta, le diré que el proyecto me parece algo imprudente.

—¿Imprudente? No le comprendo, Jeeves.

—Hay algunos riesgos, según mi modo de ver, señor. No es fácil prever el efecto del alcohol sobre un sujeto que no está acostumbrado. He tenido ocasión de comprobar los desastrosos resultados de experimentos hechos en tal sentido sobre los loros.

—¿Loros?

—Pensaba en un incidente de mi vida, antes de entrar a su servicio, señor. Estaba entonces con el difunto lord Brancaster, un caballero que poseía un lorito y estaba muy encariñado con él. Una vez el pájaro pareció caer en letargo, y su señoría, con la loable intención de reanimarlo, le ofreció un pedazo de tarta embebida en oporto del 84. El ave aceptó con agradecimiento el pedazo de tarta y lo tragó con evidente

satisfacción. En seguida, no obstante, sus movimientos se tornaron febriles. Después de haber mordido el pulgar de su señoría y de haber cantado una canción marinera, cayó al fondo de la jaula y allí se quedó durante largo rato con las patas al aire, incapaz de moverse. He recordado esto, señor, sólo para…

Puse el dedo sobre el punto flaco. Lo había encontrado en seguida.

—¡Pero Gussie no es un loro!

—No, señor, pero…

—Me parece llegado el momento de decidir qué diablos es el dichoso Gussie: él opina que es una salamandra macho, y usted quiere insinuar que es un loro. En realidad es un sencillo y normalísimo tonto y necesita una buena sacudida. No más discusiones, Jeeves. Estoy decidido. Hay un solo medio para llevar a buen fin este asunto, y es el que le he dicho.

—Perfectamente, señor.

—De acuerdo, Jeeves. Esto queda liquidado. Ahora hay algo más: habrá reparado que he dicho «mañana» a propósito de mi proyecto, y sin duda le habrá extrañado. ¿Sabe por qué lo he dicho, Jeeves?

—Sin duda porque usted cree que lo que se debe hacer se debe hacer pronto.

—Esa es una razón, pero no la única. El principal motivo para fijar la fecha de mañana ha sido que precisamente mañana, quizá lo haya olvidado, es el día establecido para el reparto de premios de la escuela primaria de Market Snodsbury, ocasión en la cual Gussie habrá de ser la estrella y el maestro de ceremonias. De esta manera, regando ese famoso zumo, no sólo le alentaremos en su declaración a miss Bassett, sino que además le pondremos en condiciones tales que el auditorio de Market Snodsbury quedará entusiasmado.

—En suma, usted quiere cazar dos pájaros de un tiro, señor.

—Eso es; encuentro que ha expresado mi deseo con mucha gracia. Y ahora hay un detalle: pensándolo bien, me parece mejor que, en vez de ser yo, sea usted quien riegue el zumo.

—¿Señor?

—Jeeves!

—Le pido mil perdones, señor.

—Y yo le digo que será mucho mejor así, porque usted puede llegar mucho más fácilmente hasta esa bebida. Se la sirven a Gussie, lo he observado, en un recipiente especial. Este, naturalmente, estará en la cocina o por allí cerca, antes del desayuno, mañana por la mañana. Le resultará sumamente fácil echarle dentro dos o tres dedos de ginebra.

—Sin duda, señor, pero…

—¡No diga «pero», Jeeves!

—Temo, señor…

—«Temo» es igualmente feo.

—Lo que quiero decir, señor, es que lo lamento, pero temo entrar en un equívoco *nolle prosequi*.

—¿Qué?

—Es una expresión legal, señor, y significa la sentencia de «no ha lugar» en una demanda. En otras palabras, a pesar de que, por lo general, esté dispuesto a ejecutar sus órdenes, en este caso me veo obligado a negarle mi cooperación.

—¿No quiere hacerlo?

—Exactamente, señor.

Estaba aturdido. Comenzaba a comprender lo que debe de experimentar un general cuando ordena a un regimiento que cargue y le contestan que no les da la gana.

—Jeeves —dije—, nunca lo habría supuesto de usted.

—¿No, señor?

—No, de veras. Naturalmente, me doy perfecta cuenta de que regar el zumo de naranja no es una ocupación regular por la que usted cobra el salario mensual, y, si quiere atenerse estrictamente al contrato, nada puedo decir. Pero me permitirá hacerle observar la ausencia aquí de todo espíritu feudal.

—Lo siento, señor.

—Está bien, Jeeves, está bien. No estoy enojado. Sólo estoy un poco afligido.

—Bien, señor.

—De acuerdo, Jeeves.

XIV

Mis investigaciones me hicieron saber que los amigos visitados aquel día por mi prima Angela eran los Stretchley-Budd, que vivían en una propiedad llamada Kingham Manor, la cual distaba doce kilómetros en dirección de Pershore. No conocía a esa gente, pero debían de ser personas muy simpáticas, porque se separó de ellos con el tiempo indispensable para vestirse para la cena.

Sólo después del café pude comenzar mi actuación; la hallé en el salón y en seguida me puse a recitar mi papel. Mis sentimientos, mientras estaba a su lado, eran muy diferentes de los que había experimentado veinticuatro horas antes, al acercarme a la Bassett. Como es sabido, siempre estuve muy encariñado con Angela, y me agradaba mucho dar un paseíto con ella.

Vi con claridad en su rostro que necesitaba realmente mi ayuda y mi consuelo. Con franqueza, quedé impresionado por el aspecto de la pobre chica. En Cannes era una feliz y sonriente muchacha inglesa, llena de ingenio y de alegría; ahora su cara estaba tan pálida y estirada que habría, a buen seguro, provocado algunos comentarios si aquella noche en Brinkley Court el ambiente enrarecido no la hubiese hecho pasar inadvertida. De hecho, no me habría extrañado que a tío Tom, hundido en su rincón, esperando el fin del mundo, su aspecto le hubiese parecido indecorosamente alegre. Me acerqué con mi habitual benignidad.

—¡Hola, Angela, chiquilla!

—Hola, Bertie querido.

—Me alegro de que hayas vuelto. Te echaba de menos.

—¿De veras, querido?

—De veras. ¿Quieres venir a dar una vuelta?

—Encantada.

—Bien. He de decirte algo que no está escrito para el público.

Creo que, en aquel momento, Tuppy debió de experimentar un calambre repentino. Estaba rígidamente sentado mirando al techo, y de pronto dio un brinco como un salmón arponeado, echando al suelo la mesita con todo lo que se hallaba encima: un jarrón, una serie de objetos diminutos, dos perros de porcelana y un ejemplar de Omar Khayyam encuadernado en fino tafilete.

Tía Dahlia lanzó un grito de cacería. Tío Tom, juzgando por el ruido probablemente que al fin la civilización se estaba derrumbando, contribuyó a la catástrofe rompiendo una tacita de té.

Tuppy se excusó y tía Dahlia, con un suspiro de agonía, dijo que no importaba. Y Angela, después de haberle mirado fijamente un momento como la princesa de una época antigua que se hubiese hallado frente al notable acto de *gaucherie* de un ínfimo ejemplar del mundo inferior, me acompañó afuera. La deposité sobre un banco

rústico del jardín y me dispuse a afrontar los acontecimientos.

Sin embargo, me pareció oportuno antes preparar el ambiente con un poco de charla fútil. Jamás hay que precipitarse en los asuntos delicados. De modo que hablamos durante un ratito de cosas indiferentes: dijo que había permanecido tanto tiempo con los Stretchley-Budd porque Ilda Stretchley-Budd le rogó que la ayudara en los preparativos del baile de la servidumbre que había de celebrarse al día siguiente, petición que debía ser atendida, puesto que toda la servidumbre de Brinkley Court intervendría en aquella fiesta. Observé que precisamente hacía falta una fiesta para reanimar a Anatole y quitarle ciertas ideas de la cabeza. Me contestó que Anatole no iría; cuando tía Dahlia se lo dijo e insistió, meneó la cabeza, indicando su deseo de regresar a Provenza, en donde le apreciaban.

Y después del lúgubre silencio que siguió a esta declaración, Angela dijo que la hierba estaba húmeda y que prefería volver a entrar.

Eso, naturalmente, no convenía a mis planes.

—No, aguarda un poco. No he podido hablarte desde que has regresado.

—Me echaré a perder los zapatos.

—Pon los pies sobre mis rodillas.

—Muy bien, así me podrás hacer cosquillas en los tobillos.

—Como quieras.

Puestos de acuerdo, continuamos charlando a más y mejor. Después, la conversación languideció; hice alguna observación pintoresca sobre la sombra del crepúsculo, sobre las estrellas nacientes, y sobre el suave centelleo de las aguas del lago, y ella asintió.

Algo se agitó entre los matorrales, ante nosotros, y formulé la sospecha de que pudiese haber una comadreja; ella contestó que era de prever. Pero percatándome de que la muchacha estaba distraída, pensé que más valía no seguir demorando el asunto.

—Bueno, hija mía —dije—, me enteré de tu escaramuza. De modo que por ahora las campanas no tañerán anunciando tu boda, ¿eh?

—No.

—¿Todo ha terminado? ¿Definitivamente?

—Sí.

—Bien. Si te interesa mi opinión, creo que es mejor para ti, Angela querida. Es una suerte que te lo hayas quitado de encima. No comprendía el misterio de que hubieses podido aguantar tanto tiempo a ese Glossop. En cuanto a ingenio, vale realmente poco: algo desabrido. Le definiría como un trozo de madera maciza; me daría muchísima lástima una muchacha atada para toda la vida a un tipo como Glossop.

Ella emitió una risita sarcástica.

—Creía que erais muy amigos —dijo.

—¿Amigos? Te aseguro que no. Naturalmente, si le encuentro no puedo dejar de ser amable, pero es imposible que seamos amigos. Un conocido del club, y basta. Además, estuve en el colegio con él.

—¿En Eton?

—¡Dios santo, no! En Eton no habrían aceptado a un tipo como ése. Nos conocimos en una escuela infantil antes de que yo fuese allí. Era un brutito, siempre cubierto de tinta y de barro, y se lavaba un jueves sí y otro no. En suma, en conjunto un verdadero trasto.

Callé, algo confuso. Además del disgusto que me producía tener que hablar así de quien, excepto cuando retiró la anilla, haciéndome caer en la piscina en elegante traje de etiqueta, había sido para mí siempre un buen compañero, tenía la impresión de que no lograba resultado alguno.

Volví a la carga. Dije:

—Dudo que exista un ser más desmañado que Glossop; pide a cualquiera que te lo defina en una sola palabra y te dirá: «Desmañado». Y sigue siéndolo. Es la acostumbrada historia: el niño es el padre del hombre.

Ella pareció no haber comprendido.

—El niño —repetí, no queriendo perder aquella frase— es el padre del hombre.

—¿Qué dices?

—Hablo de Glossop.

—Creí que hablabas del padre de alguien.

—He dicho que el niño es el padre del hombre.

—¿Qué niño?

—Glossop.

—¡Pero si no tiene padre!

—No he dicho que lo tenga. He dicho que él era el padre del niño…, no, del hombre.

—¿Qué hombre?

Vi que la conversación había llegado a un punto en que, si no se tomaban urgentes disposiciones, se embrollarían todos los asuntos.

—En suma, te estoy diciendo que el niño Glossop fue el padre del Glossop hombre. En otras palabras, los odiosos defectos y las culpas que convertían al muchacho Glossop en un ser antipático para sus compañeros, se vuelven a encontrar en Glossop hombre y le hacen (hablo del hombre Glossop) insoportable en Los Zánganos, donde se exige cierto grado de decoro entre los concurrentes. Pregúntale a cualquiera, en Los Zánganos, y te dirá que el día del ingreso de Glossop fue un día negro para el querido club. Encontrarás que uno no puede sufrir su cara, y otro soportaría su cara, pero no sus modales: la opinión general le reputa como necio y

como obstinado y considera que, cuando manifestó su deseo de entrar en el club, debió ser enfrentado a un *nolle prosequi* y suspendido por unanimidad.

Tuve que detenerme de nuevo, en parte para recobrar aliento y en parte para reponerme de la tortura casi física de tener que decir esas horribles cosas del pobre Tuppy.

—Hay individuos —dije, forzándome otra vez a aquella nauseabunda misión— que, aunque tengan el aspecto de dormir vestidos, son soportables por su gentileza y amabilidad. Otros, en cambio, aun siendo gruesos y mal constituidos, inspiran simpatía por su ingenio y vivacidad. Pero el pobre Glossop, siento decirlo, no pertenece a ninguna de estas categorías. No sólo hace pensar en un tronco de árbol, sino que es un auténtico tostón. Sin alma. Sin conversación. En fin, una muchacha que fue lo bastante inocente como para prometerse a él y que ha logrado quitárselo de encima en el último momento, puede considerarse muy afortunada.

Me detuve otra vez y eché una mirada a Angela para ver qué efecto producía la añagaza. Mientras estuve hablando, habíase quedado inmóvil, mirando silenciosamente hacia los matorrales. Pero me parecía imposible que no se sublevase, como había previsto, igual que la madre tigre. Es decir, me extrañaba que todavía no lo hubiese hecho. Me parecía que la centésima parte de lo dicho, si lo hubiese oído la madre del tigre refiriéndose al hijo de su amor, hubiera bastado para hacerla saltar hasta el techo.

Un momento después hubiesen podido derribarme empujándome con un mondadientes.

—Sí —dijo pensativa—, tienes razón.

—¿Eh?

—Es exactamente lo que pienso.

—¿Cómo?

—«Un auténtico tostón» es el verdadero calificativo que le cuadra. Uno de los asnos más completos de Inglaterra.

No hablé. Procuraba reunir mis facultades, que necesitaban de una enérgica reacción.

Resultábame aquello una verdadera sorpresa. Al plantearme el plan bien forjado que estaba realizando, la única posibilidad que no había estudiado era que Angela pudiese asentir a mis manifestaciones. Estaba yo preparado para recibir el estallido de una tempestuosa emoción. Esperaba la sublevación llena de lágrimas, las recriminaciones y todo lo demás, pero no había previsto tan cordial asentimiento. Todo aquello me hacía reflexionar seriamente. Ella continuó desarrollando su tema, hablando en voz alta, entusiasmada, como si el argumento le fuese muy caro. Jeeves podría decirles la palabra que yo andaba buscando para definir su aspecto, mientras desarrollaba el tema del pobrecillo Tuppy. Me parece que es «extática», a menos que

tenga otro significado. De todos modos, juzgándola, en cambio, solamente por la voz, la hubieran podido confundir con un poeta en la corte de un monarca oriental, o bien con un Gussie Fink-Nottle que describiese los últimos descubrimientos sobre las salamandras.

—Es muy agradable, Bertie, poder hablar con alguien que piensa exactamente como yo a propósito de Glossop. Mamá dice que es un buen muchacho, pero es un absurdo. Todos ven que es un ser imposible. Está lleno de presunción y terquedad. Y discute continuamente incluso cuando sabe de sobra que dice sandeces: fuma demasiado, come demasiado y bebe demasiado. Tampoco me gusta el color de sus cabellos. Sin contar con que se le caerán antes de un año o dos porque ya comienzan a ser escasos en lo alto de la cabeza, y antes de que se dé cuenta estará calvo como un huevo. ¡Y eso que no puede permitirse el lujo de ser calvo! Además, encuentro realmente repugnante su costumbre de comer a todas horas. ¿Sabes que le encontré en la despensa, la otra noche, a la una, mientras devoraba un pastel de riñones? ¡Casi se lo había acabado ya! ¿Y recuerdas qué cena tan abundante había engullido? Una cosa repugnante, lo repito. Pero no quiero quedarme aquí toda la noche hablando de un hombre que no merece se diga una sola palabra sobre él y que no tiene ni el sentido común de distinguir un tiburón de un rodaballo. Me voy.

Y, ajustándose alrededor de los finos hombros el chal que cogiera para defenderse de la escarcha nocturna, se escabulló, dejándome solo en la noche silenciosa.

Es decir, solo no, exactamente, porque instantes después se verificaron, frente a mí, una serie de movimientos en los matorrales y de ellos emergió Tuppy.

XV

Le miré: la noche había avanzado y la luz era algo escasa, aunque suficiente para que yo pudiese distinguirle con toda claridad. Y lo que vi me convenció de que para estar tranquilo era mejor interponer un pesado banco rústico entre nosotros. Me levanté, pues, e imitando el estilo del faisán que se lanza, me coloqué al otro lado del objeto anteriormente mencionado.

Mi agilidad produjo efecto. El pareció, en cierta manera, confuso. Se detuvo y, durante el tiempo que emplea una gota de sudor en bajar desde la frente hasta la punta de la nariz, permaneció allí, mirándome en silencio.

—¡Ajá! —dijo.

Fue para mí un verdadero asombro que un individuo dijese: «¡Ajá!». Siempre había creído que era una de esas palabras que se encuentran sólo en los libros, como otras muchas expresiones raras.

Sin embargo, raro o no, curioso o no, había dicho «¡Ajá!» y yo tenía que afrontar la situación ante esta palabra.

Un hombre mucho menos agudo que Bertram Wooster hubiera comprendido también que mi dilecto amigo estaba algo airado. No podría aseverar que sus ojos lanzasen realmente llamas, pero veíase en ellos una clara incandescencia. Tenía los puños apretados, las orejas vibrantes, y los músculos de la barbilla se movían rítmicamente como si estuviese mascando algo. Su cabellos estaban llenos de pajuelas y a un lado de su cabeza colgaba una oruga que habría interesado a Gussie Fink-Nottle. No obstante, presté poca atención a este detalle. Hay momentos indicados para estudiar a las orugas y los hay, en cambio, en que es absolutamente inoportuno estudiarlas.

—¡Ajá! —dijo de nuevo.

Los que conocen bien a Bertram Wooster saben y pueden decirles que siempre permanece tranquilo y sereno en los momentos de peligro.

¿Quién fue el que, apresado por el brazo de la ley en una noche de regatas, no hace muchos años, y llevado a la comisaría de Vine Street, asumió inmediatamente la identidad de Eustace H. Plimsoll, de Los Laburnos, Alleyn Road, West Dulwich, impidiendo así que el gran nombre de los Wooster fuera arrastrado por el fango y evitando una dañina notoriedad? ¿Quién fue el que…?

Mas no es necesario que insista sobre esto. Mis acciones hablan por sí solas. Tres veces cogido y ni una vez condenado. Pregúntenlo en Los Zánganos. Así, ahora, en una situación que amenazaba empeorar por momentos, no perdí la cabeza, conservé mi sangre fría. Sonriendo genial y afectuosamente, y esperando pudiese ser notada la sonrisa, a pesar de las sombras crecientes, dije con alegre cordialidad:

—¡Hola, Tuppy! ¿Estás aquí?

Contestó que estaba precisamente allí.

—¿Desde hace mucho?

—Sí.

—Muy bien. Yo también deseaba verte.

—Bueno, aquí me tienes. Deja de resguardarte detrás de ese banco.

—No, gracias, viejo. Me gusta apoyarme. Me parece que descansa la espina dorsal.

—En dos segundos —contestó Tuppy— te arreglaré yo la espina dorsal.

Fruncí el entrecejo; no era un gesto muy útil con aquella luz, pero respondía a la necesidad del momento.

—¿Habla Hildebrand Glossop?

Contestó que sí, y añadió que si quería estar seguro de ello, bastaba con que diese un paso hacia él. También me llamó con un nombre injurioso.

Fruncí nuevamente el entrecejo.

—Vamos, vamos, Tuppy —dije—, no hagamos que nuestra charla se vuelva ácida… Es ácida la palabra, ¿verdad?

—No me importa —contestó, comenzando a girar en torno al banco.

Comprendí que era preferible decirle en seguida lo que debía. El ya se había acercado bastante y, aunque moviéndome lentamente hubiese mantenido el banco entre nosotros, ¿quién hubiera podido prever hasta cuándo me hubiese sido posible resistir?

Llegué, pues, en seguida al meollo de la cuestión.

—Sé lo que piensas, Tuppy —dije—. Si estabas entre esos matorrales durante mi conversación con Angela, habrás oído cuanto dije de ti.

—Sí.

—Comprendo. Está bien; no discutamos sobre ello. Alguien podría calificarlo de «aplicar el oído» y, quizá, criticarlo, considerándolo una acción antiinglesa; sí, algo antiinglesa, debes admitirlo, Tuppy.

—¡Soy escocés!

—¿De veras? —dije—. Nunca lo hubiese supuesto. ¡Qué raro! Jamás se piensa que haya un escocés que no se llame «Mac» seguido de algo, y no diga *Och aye* de cuando en cuando. Quisiera saber —dije, pensando que una conversación académica sobre un asunto neutral podría relajar la tensión del ambiente—, si me lo puedes decir, algo que siempre me ha llenado de gran curiosidad. ¿Qué ponen exactamente en el haggis? Me lo he preguntado a menudo.

El hecho de que su respuesta fuese un salto por encima del banco, en una tentativa de agredirme, me hizo deducir que su pensamiento no estaba dirigido al haggis.

—A pesar de todo —continué, saltando a mi vez el banco—, si, como dices,

estabas entre los matorrales y has oído cuanto decía de ti…

Comenzó a girar en torno al banco en dirección norte-noreste: seguí su ejemplo, en dirección sur-sureste.

—Sin duda habrás quedado sorprendido por mi modo de hablar.

—En absoluto.

—¿Cómo? ¿No has encontrado nada extraño en el tono de mis observaciones?

—Era precisamente lo que esperaba de un perro cobarde y traidor como tú.

—Pero querido mío —protesté—, ésos no son tus modales acostumbrados. Dime la verdad: ¿estás un poco trastornado?

—Creí que habrías comprendido inmediatamente que lo oído por ti formaba parte de un plan bien estudiado y bien definido.

—Ya te arreglaré yo —dijo Tuppy, volviendo a recobrar el equilibrio, después de una veloz tentativa contra mi cuello. Y la cosa me pareció tan probable que no me entretuve más y me apresuré a explicarle los hechos.

Hablando rápidamente y moviéndome aún con mayor rapidez, describí mi emoción a la llegada del telegrama de tía Dahlia, le dije cómo acudí en el acto al lugar del desastre, reflexionando intensamente durante el viaje en coche, e ideando un plan. Hablé rápida y claramente y quedé, por lo tanto, muy ofendido, cuando declaró, entre dientes, lo cual aún fue peor, que no creía ni una sola palabra de cuanto le estaba diciendo.

—Pero Tuppy —dije—, ¿por qué no me crees? ¿Por qué eres tan escéptico? ¿Ya no tienes confianza en mí, Tuppy?

El se detuvo y recobró el aliento. Tuppy, contrariamente a las malignas afirmaciones de Angela, no está gordo. Durante los meses de invierno suele jugar con frecuencia al fútbol lanzando alegres gritos, y durante el verano, raras veces se le ve sin la raqueta de tenis en la mano.

Pero en este caso la cena había acabado hacía poco y él, convencido después de la escena en la despensa de que la abstinencia de nada servía, se excedió un poco; y después de haberse empleado a fondo en una comida de Anatole, un hombre algo corpulento tiende a perder un poco de su habitual elasticidad. Durante la exposición del plan que yo había forjado para su felicidad, habíase desarrollado cierta velocidad en nuestras vueltas en torno al banco, hasta el punto de que, en los últimos momentos, podíamos sugerir la idea de un enorme galgo y de una liebre mecánica persiguiéndose, para divertir a los espectadores.

Lamentaba que aquel ejercicio le hubiera dejado algo sin aliento. También yo me sentía fatigado y deseaba un pequeño descanso.

—No comprendo por qué no me crees —dije—; somos amigos desde hace años. Sabes perfectamente que, excepto el momento en que me hiciste dar una zambullida en la piscina de Los Zánganos (incidente que desde hace mucho tiempo he olvidado

por completo), siempre te he tratado con el máximo aprecio. ¿Por qué, pues, a no ser por la razón expuesta, hubiera tenido que hablar mal de ti con Angela? Contéstame. Anda con cuidado.

—¿Qué quieres decir con ese «anda con cuidado»?

En realidad, tampoco yo lo sabía. Esa fue la frase que me dirigió el juez cuando estuve en el banquillo de los acusados como Eustace Plimsoll de Los Laburnos; puesto que entonces aquello me causó una impresión profunda, lo había repetido para dar mayor energía a la conversación.

—Está bien; no te detengas ahora sobre ese «anda con cuidado». Contesta a mi pregunta. ¿Por qué te habría tratado de ese modo si no me interesara realmente por ti?

Un espasmo convulsivo le sacudió de pies a cabeza. La oruga que, confiando en el porvenir, había permanecido pegada a su cabeza durante nuestra justa, renunció a su sitio. Saltó lejos y la noche se la tragó.

—¡Ah, tu oruga! —grité, y continué explicándole—: No te has dado cuenta, pero durante todo este tiempo una oruga ha permanecido agarrada a tu cabeza. Ahora la has hecho desalojar.

Rezongó:

—¡Orugas!

—No orugas. Una sola.

—Me gusta tu desfachatez —gritó Tuppy, vibrando como una de las salamandras de Gussie en la época del celo—. ¡Hablar de orugas, cuando sabes perfectamente que eres un vil perro traidor!

Quedaba naturalmente por demostrar que el ser un vil perro traidor impidiese hablar de las orugas. Una comisión examinadora hubiera tenido mucho que discutir a este propósito. Pero lo dejé correr.

—Es la segunda vez que me llamas así —dije con franqueza—, e insisto en la explicación. Te he dicho que al hablar mal de ti con Angela he obrado con las más amables y mejores intenciones a tu respecto. Me dolía el corazón al hablar de ese modo, y sólo el recuerdo de nuestra amistad pudo decidirme a hacerlo. Y ahora dices que no me crees y me aplicas unos calificativos que me darían derecho a citarte ante un tribunal y hacerte multar por daños sustanciales. Será menester que consulte a mi abogado, naturalmente, pero me extrañaría mucho que no pudiese querellarme contra ti. Tuppy, dime qué otra razón podía yo tener. Dime una sola.

—Claro. ¿Acaso crees que no lo sé? Amas a Angela.

—¿Cómo?

—Y has hablado mal de mí para envenenar más mis relaciones con ella y eliminarme.

¡En mi vida había oído tamaña sandez! ¡Si conozco a Angela desde que medía un palmo! Nadie se enamora de una pariente a la que se ha conocido con esa estatura!

Además, ¿no existen normas en el código referentes a los hombres que se casan con sus primas? ¿O es que se trata de sus abuelas?

—¡Tuppy, mi querido, mi viejo asno! —grité—. ¡Eso es reblandecimiento cerebral! Estás absolutamente derretido.

—¿Ah, sí?

—¿Yo, amar a Angela? ¡Ja, ja!

—No creas salirte del enredo con unos «ja, ja». Ella te llamó «querido».

—Lo sé. Y lo desapruebo. Esa costumbre de las muchachas modernas de sembrar «queridos» a su alrededor como grano para los pichones, es una cosa que siempre he deplorado. Me parece una relajación de las costumbres.

—Le has hecho cosquillas en los tobillos.

—Con intención exclusivamente de primo. ¡No significa absolutamente nada! Pero bueno, ¡qué diablos! ¡Sabes muy bien que, en el sentido exacto, no tocaría a Angela ni con un mazo de polo!

—¿Por qué? ¿Acaso no es digna de ti?

—No me comprendes —me apresuré a contestar—. Cuando digo que no tocaría a Angela ni con un mazo de polo, quiero decir que mis sentimientos hacia ella son de cordial estimación, y basta. En otras palabras, puedes estar seguro de que entre la joven y yo no ha habido jamás, ni podrá haber nunca, un sentimiento más cálido y más fuerte que una antigua amistad.

—Sospecho que fuiste tú quien la avisó la otra noche para que bajase a la despensa, de modo que pudiese sorprenderme ante el pastel y mi prestigio padeciese.

—¡Mi querido Tuppy! ¡Un Wooster! —exclamé escandalizado—. ¿Crees tú que un Wooster pueda hacer semejante cosa?

Respiró hondamente.

—Escucha —dijo—, es inútil continuar discutiendo. No puedes negar los hechos. Alguien, en Cannes, me robó su amor. Tú mismo dijiste que siempre estuvo contigo y que no vio a nadie más. Te has jactado de baños en común, de paseos al claro de luna…

—No me he jactado. Me limité a indicarlos.

—Ya puedes entender por qué, cuando logre sacarte de detrás de este banco, te haré trizas. No acierto a comprender —dijo Tuppy malhumorado— por qué ponen estos bancos estúpidos en el jardín. No hacen más que molestar.

Calló y, pegando un brinco, me falló por un pelo.

Una breve pausa y una rápida reflexión. En momentos como ése Bertram Wooster está en su elemento. Recordé el reciente equívoco con Madeline Bassett y en seguida me percaté de que podía resultarme útil.

—Estás completamente equivocado, Tuppy —dije, haciendo un viraje hacia la derecha—. Es verdad; estuve mucho tiempo con Angela, pero mis relaciones con ella

son de la más pura y absoluta camaradería. Te lo puedo probar. Durante mi estancia en Cannes, mi cariño hallábase depositado en otra parte.

—¿Cómo?

—Mi cariño… depositado en otra parte… durante mi estancia en Cannes…

Había dado en el clavo. Se detuvo y sus brazos cayeron a lo largo de su cuerpo.

—¿Es cierto eso?

—Es una cosa oficial.

—¿Quién es ella?

—Mi querido Tuppy, ¿desde cuándo se revela el nombre de una mujer?

—Desde que no se quiere tener la cabeza separada del tronco.

Comprendí que se trataba de un caso especial.

—Madeline Bassett —dije.

—¿Quién?

—Madeline Bassett.

Quedó pasmado.

—¿Dices de veras que estás enamorado de esa calamidad de la Bassett?

—No debieras llamarla calamidad, Tuppy; no es respetuoso.

—Al diablo con el respeto. Quiero los hechos. ¿Aseveras, deliberadamente, que estás enamorado de esa «Dios ampáranos»?

—No sé por qué has de llamarla «Dios ampáranos» —dije—. Es una muchacha bonita y graciosa. Quizá sea un poco rara en sus maneras de pensar, y no todos pueden compartir sus opiniones respecto a las estrellas y a los conejos, ¡pero no es una «Dios ampáranos»!

—En suma, ¿insistes en afirmar que estás enamorado de ella?

—Eso he dicho.

—Me parece una débil excusa, Wooster, muy débil.

Vi que era indispensable el golpe final.

—Oye, he de rogarte que consideres lo que voy a decirte como algo absoluta y estrictamente confidencial, Glossop, pero puedo informarte que me dio calabazas hace unas veinticuatro horas.

—¿Te dio calabazas?

—Decididamente. En este mismo jardín.

—¿Hace veinticuatro horas?

—Ponle veinticinco. De eso resulta claramente que no pude ser yo quien te robó el amor de Angela en Cannes.

Sentí la tentación de añadir que no habría tocado a Angela ni siquiera con un mazo de polo, pero recordé que ya lo había dicho, sin lograr un gran éxito. Entonces desistí.

Mi viril franqueza pareció producir buenos resultados. El relámpago homicida se

atenuó en la mirada de Tuppy. Tenía el aspecto de un sicario sobrecogido por la duda.

—Comprendo —dijo finalmente—. Está bien. Siento haberte molestado.

—No hablemos de ello, viejo —contesté cortésmente.

Por vez primera desde que los matorrales se abrieran para dejar paso a Glossop, Bertram Wooster pudo decir que respiraba libremente. No digo que dejé por completo el amparo del banco, pero me alejé de él, y con un alivio semejante al que debieron de experimentar aquellos tres tipos del Antiguo Testamento cuando se deslizaron fuera del horno ardiente, busqué mi pitillera.

Un repentino gruñido me hizo retirar rápidamente los dedos, como si algo me hubiese mordido. Y quedé muy confuso al observar un retorno del reciente frenesí en mi amigo.

—¿Por qué diablos se te ocurrió decir que siempre andaba manchado de tinta, siendo niño?

—Pero querido Tuppy…

—Yo era excesivamente meticuloso en mi limpieza personal. Habrías podido almorzar encima de mí.

—Lo sé, pero…

—¿Y toda esa historia de que no tengo alma? ¡Estoy lleno de alma! ¿Y de que en Los Zánganos me consideran un intruso?…

—¡Pero querido, ya te lo he explicado! ¡Todo eso formaba parte de mi plan astuto!

—¿Ah, sí? Bien, en el futuro, haz el favor de dejarme fuera de tus planes astutos.

—¡Como quieras, viejo amigo!

Volvió a sumirse en el silencio. Y permaneció allí, erguido, cruzado de brazos, mirando ante sí como un sombrío y mudo personaje de novela que, rechazado por la doncella amada, esté proyectando una excursión por las Montañas Rocosas para hacer un estrago entre los osos.

Su manifiesta tristeza despertó mi piedad y me atreví a pronunciar unas palabras amables.

—No sé si conoces exactamente el significado de *au pied de la lettre*, Tuppy, pero así es como creo que no debes tomar las tonterías que dijo Angela hace un rato.

Pareció interesarse.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó.

Vi que había de explicarme mejor.

—No tomes esas frases demasiado literalmente, mi querido muchacho. Ya sabes cómo son las chicas.

—Lo sé —dijo con otro gruñido que subió en derechura de sus tobillos—. Quisiera no haber conocido jamás a ninguna.

—Quiero decir que seguramente se dio cuenta de que estabas allí, entre los

matorrales, y debió de hablar así para hacerte rabiar. Creo que debemos ser psicólogos y considerar que tiene unos modales impulsivos, propios de las jóvenes, y que sin duda ha aprovechado la ocasión para zaherirte, diciéndote unas cuantas verdades crudas.

—¿Verdades crudas?

—Eso es.

Gruñó de nuevo, dándome la impresión de que yo, convertido en soberano, recibía el saludo de los veintiún cañonazos de la flota. No creo haber encontrado en mi vida a una persona que sepa gruñir mejor que él.

—¿Qué pretendes afirmar con lo de «verdades crudas»? No estoy gordo.

—No, no.

—¿Y qué hay de malo en el color de mis cabellos?

—Están muy bien, Tuppy, viejo amigo. Yo pienso que tus cabellos…

—Y no clarean en absoluto en lo alto de la cabeza… ¿Por qué diablos haces esas muecas?

—No hago muecas; sonrío, sencillamente. Estaba imaginando tu figura vista a través de los ojos de Angela. Grueso de cuerpo y pequeño de cabeza. Realmente curioso.

—¡Ah! ¿Lo encuentras curioso?

—En lo más mínimo.

—Más vale así.

—Está bien.

Me pareció que la conversación comenzaba nuevamente a complicarse, y deseé truncarla.

En aquel preciso instante apareció alguien, entre los árboles, en la tranquilidad de la noche, y reparé en que era Angela. Tenía una expresión de extrema dulzura y llevaba en la mano un plato de emparedados. Después descubrí que eran de jamón.

—Si ves por alguna parte a míster Glossop, Bertie —dijo con los ojos fijos, como en un estado de sonambulismo, en la mole de Tuppy—, quisiera que se los dieras. Temo que tenga hambre, pobrecillo. Son casi las diez y no ha comido nada desde la cena. Los dejaré aquí, sobre este banco.

Se alejó y pensé que lo mejor era hacer otro tanto. Nada me retenía allí.

Nos dirigimos hacia la casa y oímos entre el resonar de nuestros pasos en la noche el rumor de un plato de emparedados de jamón violentamente lanzado al aire, seguido de las ahogadas imprecaciones de un hombre enérgico y furioso.

—¡Qué noche tan llena de silencio y de paz! —dijo Angela.

XVI

El sol brillaba sobre los campos de Brinkley Court y el oído percibía el gorjear de los pájaros en la hiedra, fuera de la ventana, cuando, a la mañana siguiente, me desperté. Pero no había sol en el alma de Bertram Wooster ni gorjeos en su corazón cuando se incorporó en el lecho para saborear el té.

No podía negarme a mí mismo, pasando revista a los acontecimientos de la noche anterior, que la situación Tuppy-Angela había empeorado mucho. A pesar de mi buena voluntad para hallar un rayo de luz, había de reconocer que la disensión entre aquellos dos seres había llegado a alcanzar tales proporciones que sobrepasaba mis fuerzas la misión de reconciliarlos. Soy un agudo observador, y el modo de lanzar Tuppy el plato de emparedados de jamón descubría fácilmente que él no había perdonado.

Considerando, pues, las circunstancias, pensé que más valía dejar a un lado, de momento, ese problema y emplearse en el de Gussie, que presentaba un aspecto más brillante.

Con respecto a Gussie, todo proseguía regularmente. Los delicados escrúpulos de Jeeves en disfrazar el zumo de naranja habíanme acarreado muchas preocupaciones, pero pude salvar los obstáculos, como suelen nacerlo los Wooster.

Me había apoderado de una buena dosis de alcohol, que conservaba en un botellín, dentro del cajón de mi tocador, y me había asegurado de que la jarra para Gussie, debidamente llena, sería depositada en la despensa, hacia la una. Sacarla de la despensa, llevarla a escondidas a mi habitación, y volverla a bajar, regada ya, antes del almuerzo, era una tarea que, aunque requiriese algo de astucia, después de todo no era exageradamente difícil.

Con la emoción, pues, de quien prepara una sorpresa para un niño bueno, acabé el té, y luego me tumbé de nuevo para el suplemento de sueño que sienta tan bien cuando se debe realizar algo importante y es necesario tener el cerebro en su sitio.

Y cuando bajé, un par de horas después, comprendí cuánta razón había tenido al concebir el plan que había de reanimar a Gussie. Le hallé en el césped y en seguida comprendí que nunca hubo individuo más necesitado de un estimulante que él. Toda la naturaleza sonreía, mas Augustus Fink-Nottle no. Daba vueltas arriba y abajo refunfuñando algo sobre la intención de no entretener mucho rato, y sobre tener que pronunciar unas palabras en tan fausta ocasión.

—¡Ah, Gussie! —dije, deteniéndole en su paseo—. Hermosa mañana, ¿verdad?

Aunque no lo hubiese sabido, la violencia con que envió al diablo a la hermosa mañana me hubiese descubierto que no estaba de buen humor.

Me dediqué a la ocupación de que volviera el color a sus mejillas.

—Buenas nuevas para ti, Gussie.

Me miró con súbito interés.

—¿Se ha quemado la escuela de Market Snodsbury?

—No, al menos que yo sepa.

—¿Ha estallado una epidemia de viruela? ¿Está cerrada la escuela por sarampión?

—No, no…

—Entonces, ¿por qué dices que tienes buenas nuevas para mí?

—No lo tomes tan a pecho, Gussie —dije, intentando calmarle—. ¿Por qué agitarte por el sencillo y honroso encargo de repartir premios en la escuela?

—¡Ah! Sencillo y honroso, ¿eh? ¿No sabes que estoy estudiando desde hace días y que aún no he sido capaz de encontrar ninguna frase más después de decirles que no quiero entretenerles mucho rato? Puedes estar seguro de que no les entretendré largo rato. He cronometrado mi discurso: dura cinco segundos. ¿Qué diablos he de decir, Bertie? ¿Qué dices tú, cuando repartes premios?

Reflexioné: una vez, en mi escuela privada, había logrado un premio en religión. Debía, por tanto, estar bastante instruido en la materia, mas la memoria me falló.

Luego algo emergió de la niebla.

—Has de decir que no siempre, en las carreras, el premio es para el más veloz.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Es un buen argumento; y, por lo general, sirve de ayuda.

—Pero quisiera saber por qué el premio no es para el más veloz.

—Eso sí que no lo sé. Pero lo dicen…

—Y ¿qué significa?

—Supongo que lo dicen para consolar a los no premiados.

—¿Y a mí qué me importa? No me preocupan. ¡Me preocupan, en cambio, los premiados! Esos seres insignificantes que subirán al estrado. Suponte que me hagan muecas…

—¡No, hombre!

—¿Cómo puedes saberlo? Probablemente será lo primero que se les ocurrirá. Y aunque no lo hagan… Bertie, ¿puedo confesarte una cosa?

—¿Qué?

—Tengo deseos de seguir tu consejo, y beber.

Sonreí astutamente. No sabía que había expresado lo que yo pensaba.

—¡Oh!, todo marchará bien —dije.

De nuevo comenzó a agitarse.

—¿Cómo lo sabes? Seguro que me embrollo en el discurso.

—¡Qué va!

—O dejo caer algún premio.

—¡Qué va!

—O, en suma, cometo alguna equivocación. Lo noto en los huesos. Estoy seguro,

como de que estoy aquí, de que algo sucederá esta tarde, y que todo el mundo se reirá a costa mía. Me parece que les estoy oyendo. ¡Como hienas, Bertie!

—¿Y qué?

—¿Recuerdas aquella escuela infantil que frecuentábamos antes de ir a Eton?

—Claro; allí fue donde logré mi premio en religión.

—Deja en paz tu premio en religión. No hablo de eso. ¿Te acuerdas del incidente de Bosher?

Desde luego que lo recordaba: fue uno de los acontecimientos de mi juventud.

—El general de división sir Alfred Bosher vino a repartir premios en aquella escuela —continuó Gussie con voz triste y monótona—. Dejó caer un libro. Se dobló para levantarlo y, al hacerlo, los pantalones se le rompieron por detrás.

—¡Las carcajadas que soltamos!

El rostro de Gussie se contrajo.

—¡Claro que reímos, como que éramos unos grandes sinvergüenzas! Alborotamos con regocijo, en vez de permanecer silenciosos y demostrar así nuestra simpatía hacia un bravo oficial en un momento embarazoso. Yo más que los otros. He aquí lo que me sucederá hoy, Bertie. Y será el castigo por haberme reído de aquella manera del general de división sir Alfred Bosher.

—¡No, Gussie, amigo mío! ¡Tus pantalones no se romperán!

—¿Y cómo lo sabes? A hombres mejores se les han roto: el general Bosher estaba condecorado, tenía una magnífica hoja de servicios en la frontera noroccidental de la India; sin embargo, los pantalones se le rompieron. Yo seré objeto de mofa y de ridículo. Lo sé. Y tú, que sabes en qué condiciones me encuentro, vienes hablándome de buenas noticias. ¿Qué noticia mejor para mí, en este momento, que la declaración de la peste bubónica entre los alumnos de Market Snodsbury? ¿O la de que están todos en cama, cubiertos de viruelas?

Había llegado el momento de hablar. Posé gentilmente la mano sobre su hombro; él la apartó, volví a posarla, y él la apartó de nuevo.

Cuando lo intentaba por tercera vez, se alejó, preguntándome, con cierto mal humor, si me había convertido en un osteólogo bromista.

Me pareció muy mal educado, pero quise mostrarme indulgente. Me dije a mí mismo que seguramente vería a un Gussie muy cambiado, después del almuerzo.

—Cuando te hablaba de buenas noticias, mi querido muchacho, me refería a Madeline Bassett.

La expresión febril desapareció de sus ojos y fue sustituida por una mirada de infinita tristeza.

—No puedes tener buenas noticias de ella: lo he echado todo a perder.

—En absoluto. Estoy convencido de que si haces otra tentativa, todo saldrá a pedir de boca.

Y, con delicadeza, le conté la conversación que tuvimos miss Bassett y yo la noche anterior.

—Lo que debes hacer es recitar nuevamente tu papel, hoy. Y lograrás el aprobado. Eres el hombre de sus sueños.

El meneó la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Es inútil.

—¿Qué dices?

—Es inútil intentarlo.

—Pero si te repito que me lo ha dicho claramente…

—Eso no significa nada. Puede que un día me haya amado, pero, a buen seguro, la noche pasada mató al amor.

—¡Claro que no!

—Sí. Ahora me desprecia.

—No, hombre, sabe solamente que eres tímido.

—Y volveré a serlo, si lo intento de nuevo. No hay esperanza, Bertie. Todo ha concluido. El destino me ha creado incapaz de hablar ni con una oca.

—Pero aquí no se trata de hablar con una oca. Eso nada tiene que ver ahora. Se trata solamente…

—Lo sé, lo sé. Pero es inútil: no puedo hacerlo. Todo ha concluido. No quiero repetir el chasco de la otra noche. Hablas con ligereza de intentarlo otra vez. Pero no sabes lo que significa. Nunca te has encontrado en el caso de empezar una entrevista con la intención de pedirle a la muchacha amada que se case contigo, para darte cuenta, de improviso, de que estabas hablando de las agallas externas, semejantes a unas aletas, de las salamandras recién nacidas. Es una escena que no se puede repetir. ¡No! Acepto mi destino. Todo ha concluido. Y ahora, Bertie, mi querido muchacho, vete. Tengo que componer mi discurso y no puedo hacerlo mientras rondes a mi alrededor. Si, no obstante, quieres continuar dando vueltas, cuéntame, por lo menos, un par de historietas. Esos animalitos esperarán ciertamente alguna…

—¿Sabes la de…?

—No, no; no quiero nada que recuerde al salón de fumar de Los Zánganos. Quiero algo gracioso y limpio, algo que luego pueda ayudarles en la vida. No es que me importen un comino sus vidas, a no ser que deseo el degüello de todos…

—Oí una el otro día. No la recuerdo muy bien, pero sé que trataba de un tipo que roncaba, molestando sobremanera a sus vecinos, y acababa así: «Y eran sus adenoides que adenoidaban a los demás».

—¿Y tú crees que yo puedo insertar semejante cosa en un discurso que he de pronunciar delante de un auditorio de muchachos quienes, probablemente, estarán

todos dotados de adenoides? ¡Saltarían sobre el estrado! Déjame, Bertie, vete. Es lo único que te pido. ¡Vete!… Señoras y caballeros —continuó en un tono de amplio soliloquio—, no albergo la intención de entretenerles largo rato en esta fausta ocasión…

Un Wooster muy pensativo fue el que se alejó, dejándole en aquellas condiciones. Me congratulaba íntimamente por haber tenido la brillante idea de tomar todas las precauciones para poder, en el momento oportuno, oprimir un botón y mover a todos los personajes. Hasta aquel momento, ¿comprenden?, había alimentado la esperanza de que, cuando le hubiese revelado la actitud mental de Madeline Bassett, la naturaleza habría hecho lo demás, reanimándole en modo tal que los estimulantes artificiales resultaran inútiles. Porque, al fin y al cabo, un individuo no puede ir vagabundeando por el mundo con unas jarras de zumo de naranja, si no es absolutamente esencial. Pero ahora estaba seguro de que debía realizar mi plan. La total ausencia de pimienta, de jengibre y de ingenio que el hombre había demostrado en nuestro cambio de impresiones, habíame convencido de que eran imprescindibles unas medidas enérgicas. En cuanto le hube dejado, me dirigí sin demora a la despensa, aguardé a que el camarero se hubiese alejado y me adueñé de la fatal jarra. Momentos después me hallaba en mi habitación y lo primero que vi fue a Jeeves, atareado con un par de pantalones. Dirigió a la jarra una mirada que juzgué de desaprobación. Me puse algo serio; no quería aceptar sus observaciones.

—¿Bien, Jeeves?

—¿Señor?

—Tiene el aspecto del hombre que está a punto de hacer una observación.

—¡Oh, no, señor! Solamente he visto que tiene en su poder el zumo de naranja de míster Fink-Nottle y deseaba hacerle notar que, según mi parecer, puede que fuera imprudente añadirle alcohol.

—Eso es una observación, Jeeves, y precisamente…

—No, señor, porque ya he tomado yo las medidas necesarias.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Me decidí a adherirme a sus deseos.

Miré al hombre con desorbitados ojos. Estaba conmovido. ¿Y quién no lo estaría, cuando, después de haberse convencido de que el antiguo espíritu feudal está muerto, repara, en cambio, en que aún subsiste?

—Jeeves —dije—, me siento conmovido.

—Gracias, señor.

—Conmovido y halagado.

—Muchas gracias, señor.

—Pero ¿qué ha podido hacer cambiar tan radicalmente su decisión?

—Encontré por casualidad a míster Fink-Nottle en el jardín, mientras el señor

todavía estaba en la cama, y hemos sostenido una breve conversación.

—¿Y está usted convencido de que necesita un buen reconstituyente?

—Sí, mucho, señor. Su actitud me ha parecido un tanto derrotista, señor.

—Es la misma impresión que tuve yo. «Derrotista» describe bien la actitud. ¿Le dijo usted que su actitud parecía derrotista?

—Sí, señor.

—¿Y eso no acarreó mejoría alguna?

—No, señor.

—Perfectamente, Jeeves. Es menester actuar. ¿Cuánta ginebra ha puesto en la jarra?

—Un vaso abundante, señor.

—¿Lo cree suficiente para un derrotista adulto?

—Creo que sí, señor.

—No lo sé. No quisiera estropear la nave por ahorrar un poco de brea. Acaso conviniera más añadir un buen chorro de líquido.

—No se lo aconsejaría, señor. El caso del loro de lord Brancaster…

—Vuelve a caer en el viejo error, Jeeves, de creer que Gussie es un loro. Reaccione contra esa manía. Yo añadiré las gotas.

—Perfectamente, señor.

—¡Oh, Jeeves! A propósito de míster Fink-Nottle, ¿sabe alguna historieta alegre y limpia que pueda insertar en su discurso? Necesita una o dos.

—Conozco la historia de dos irlandeses, señor.

—¿Pat y Mike?

—Sí, señor.

—¿Que caminaban por Broadway?

—Sí, señor.

—Perfectamente. ¿Y ninguna más?

—No, señor.

—Bueno, todo puede servir. Vaya a contársela.

Salió de la habitación. Yo abrí el botellín y dejé caer en la jarra una generosa dosis del contenido. Lo acababa de hacer cuando, desde el exterior, llegó a mis oídos un ruido de pasos. Apenas tuve tiempo de ocultar la jarra detrás del retrato de tío Tom, sobre la repisa de la chimenea, cuando la puerta se abrió para dejar pasar a Gussie, quien caracoleaba como un caballo de circo.

—¡Viva, Bertie, viva! ¡Y de nuevo viva! ¡Cuán hermoso es el mundo! ¡El más hermoso de todos los que he visto!

Le miré, mudo de estupor. Pero nosotros, los Wooster, somos rápidos como el relámpago en comprender las cosas, y me percaté inmediatamente de lo que debía de haber sucedido.

Como recordarán, les he dicho que, cuando le vi en el césped, iba dando vueltas en círculo.

Si supiera describir aquella escena con la vivacidad adecuada, ustedes verían, ante sus ojos, la imagen de un Fink-Nottle reducido a un nervioso despojo, de flojas rodillas, de color verdoso en torno a la nariz, agarrado febrilmente a las solapas de su propia americana en un ataque de terrible miedo. En suma, un Gussie derrotista, que, en tal ocasión, había manifestado todas las características de una tarta aplastada.

Harto diferente era el Gussie que ahora tenía delante. La confianza en sí mismo le rezumaba por todos los poros. Su rostro estaba sonrojado, una luz alegre brillaba en sus ojos, sus labios estaban entreabiertos en una suave sonrisa y cuando, con gesto cordial, antes de que yo pudiese evitarlo, me descargó un manotazo en la espalda, me pareció haber recibido la coz de una mula.

—Bien, Bertie —continuó muy risueño—, te alegrará saber que tenías razón. Tu teoría ha sido aplicada y ha resultado justa. Me siento como un gallo de combate.

Mi cabeza cesó de dar vueltas. Había comprendido.

—¿Has bebido?

—Sí, como me aconsejaste. Un sabor desagradable… Parece una medicina… Quema la garganta… Produce una sed de mil diablos… Jamás comprenderé por qué la gente bebe por gusto. Sin embargo, no seré yo quien niegue que provoca una agradable sacudida al organismo. Podría morder a un tigre.

—¿Qué has bebido?

—Whisky. Por lo menos, eso había escrito en la etiqueta de la botella y yo no tengo razón alguna para pensar que una mujer como tu tía, una perfecta y pura inglesa, quiera engañar al público. Si pone sobre una botella la etiqueta «Whisky», se tiene la certeza de beber whisky.

—Un whisky con soda, ¿eh? No podías hacer nada mejor.

—¿Soda? —dijo Gussie pensativo—. Ya me parecía a mí que había olvidado algo…

—¿No pusiste soda?

—No se me ocurrió. Entré furtivamente en el comedor y bebí en la botella misma.

—¿Cuánto?

—¡Oh! Unos diez sorbos, aproximadamente. O quizá doce o catorce…, pongamos dieciséis sorbos… Cielos, estoy sediento.

Se acercó al lavabo y bebió ávidamente el agua de la botella.

Eché una mirada, a hurtadillas, a la fotografía de tío Tom. Por vez primera me alegré de que fuera grande: conservaba bien su secreto, por fortuna, puesto que si Gussie hubiese descubierto aquella jarra de zumo de naranja se habría abalanzado sobre ella a gran velocidad.

—Bien, estoy contento de que te sientas fuerte —dije.

Se alejó del lavabo e intentó pegarme otro manotazo en la espalda; sorprendido por mi rápido movimiento, se tambaleó y cayó sentado sobre el lecho.

—¿Fuerte? ¿Acaso no te he dicho que podría morder a un tigre?

—Sí.

—Puedes, incluso, decir a dos tigres. Podría abrir dos boquetes, con los dientes, en una puerta de acero. Debes haberme juzgado muy necio, abajo en el jardín. Ahora comprendo que debías reírte para tus adentros.

—No, no.

—Sí —insistió Gussie—, y no lo critico. No logro comprender por qué le daba tanta importancia a cosa tan sencilla como un reparto de premios en una modesta escuela del campo. ¿Te lo puedes explicar tú, Bertie?

—No.

—Exactamente. Tampoco yo. No hay absolutamente razón alguna para preocuparse. Subo al estrado, digo algunas palabras graciosas, entrego a los pilluelos sus premios y bajo, admirado de todos. Nada de roturas de pantalones. ¿Por qué habrían de romperse? No acierto a explicármelo. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Tampoco yo. Será un éxito. Sé perfectamente lo que hace falta: frases sencillas, viriles, optimistas… No me explico de ninguna manera cómo pude estar tan nervioso esta mañana. Es imposible imaginarse acto más natural que repartir unos libritos a un grupo de niños sucios. Sin embargo, por alguna razón que no me sé explicar, me sentía algo nervioso. Pero ahora estoy bien, Bertie, bien, bien, bien, y te lo digo como a un viejo compañero. ¡No creo haber tenido un compañero más viejo! ¿Desde cuánto tiempo eres mi viejo compañero, Bertie?

—¡Oh, desde hace muchos años!

—¡Fíjate! Sin embargo, debió existir un tiempo en que tú fuiste un amigo nuevo. ¡Eh, el gong del almuerzo! Vamos.

Y, saltando de la cama con la agilidad de una pulga, corrió hacia la puerta.

Le seguí muy pensativo. Lo que sucedía era un poco exagerado. Quería, es cierto, un Fink-Nottle más vigoroso, es decir, todos mis planes tendían a alcanzar este fin. Pero me preguntaba si estaría excesivamente reformado el Fink-Nottle que bajaba ahora deslizándose por la barandilla de la escalera.

Su conducta parecíame la de un hombre capaz de tirar al aire el pan, en la mesa.

Pero, afortunadamente, la tristeza del ambiente ejerció sobre él una acción calmante. Para hacer el loco en una reunión como aquélla habría hecho falta un hombre bastante más enérgico. Yo le había dicho a Madeline Bassett que en Brinkley Court había corazones doloridos y, además, parecía posible que muy pronto hubiera también cabezas enfermas. Supe que Anatole se había metido en cama con una crisis de nervios y que la comida que nos sirvieron la preparó la criada de la cocina. ¡Una

desgraciada ejecutante, en verdad!

Esto, añadido a los demás contratiempos, provocaba un silencio unánime que podría llamarse una quietud solemne, y ni siquiera Gussie parecía dispuesto a turbarla. Efectivamente, salvo un leve inicio de canto, por parte suya, nada turbó la atmósfera, y finalmente nos levantamos, habiéndonos tía Dahlia ordenado expresamente que nos pusiéramos los trajes de fiesta y nos encontráramos en Market Snodsbury a las tres y media.

Eso me daba tiempo para fumarme un cigarrillo bajo la sombreada pérgola, cerca del lago, y me aproveché, volviendo a mi habitación hacia las tres.

Jeeves hallábase allí, ocupado en cepillarme la chistera, y yo me disponía a contarle los últimos acontecimientos a propósito de Gussie, cuando se me anticipó anunciándome que éste, en aquel preciso momento, acababa de hacer una visita a mi habitación.

—Encontré a míster Fink-Nottle sentado aquí, cuando vine a prepararle el traje, señor.

—¿De veras? ¿Gussie estaba aquí?

—Sí, señor. Se ha marchado hace pocos minutos. Irá a la escuela con míster y mistress Travers, en el coche grande.

—¿Le contó usted la historia de los dos irlandeses?

—Sí, señor, y rió de todo corazón.

—Bien. ¿Le dio algún consejo más?

—Me permití sugerirle que dijera a los jóvenes señoritos que la educación es un toma y daca. El difunto lord Brancaster se dedicaba mucho al reparto de premios y siempre usaba esta expresión.

—¿Y qué dijo?

—Se echó a reír, señor.

—Eso le habrá sorprendido, sin duda. Me refiero a la risa continua.

—Sí, señor.

—La habrá encontrado extraña en una persona que era un campeón de derrotismo la última vez que le vio usted.

—Sí, señor.

—Hay una fácil explicación, Jeeves. Desde entonces ha hecho ejercicio y ahora está fuerte como un toro.

—¿De veras, señor?

—Absolutamente. Sus nervios, demasiado tensos, cayeron; entonces entró furtivamente en el comedor y comenzó a ingerir licor como una aspiradora. Debió de llenar el radiador de whisky. No sé si aún ha quedado algo en la botella. ¡Vaya, Jeeves! ¡Es una verdadera suerte que no haya encontrado la jarra de zumo de naranja!

—Una grandísima suerte, señor.

Miré la repisa de la chimenea. La fotografía de tío Tom había caído sobre la pantalla y la jarra estaba allí, al descubierto. ¡Tenía que haberla visto! ¡Dios santo! ¡Estaba vacía!

—Fue un gesto muy prudente por su parte, señor, el hacer que desapareciera el zumo de naranja.

Desorbité los ojos.

—¿No fue usted quien lo hizo, Jeeves?

—No, señor.

—Jeeves, aclaremos esto. ¿No fue usted quien tiró el zumo de naranja?

—No, señor. Cuando entré en la habitación y vi que el recipiente estaba vacío, creí que había sido el señor.

Nos miramos aterrados. Dos mentes y un solo pensamiento.

—Mucho me temo, señor…

—¡Yo también, Jeeves!

—Me parece casi seguro…

—Absolutamente seguro. Considere los hechos en su evidencia. La jarra estaba ahí, sobre la repisa de la chimenea, y atraía la mirada. Gussie se había quejado de sed. Usted le encontró aquí, riendo alegremente. Creo, Jeeves, que no cabe duda alguna y que el contenido de la jarra yace ahora superpuesto a la carga existente en ese ya bastante iluminado interior humano. Una cosa inquietante, Jeeves.

—Extremadamente inquietante, señor.

—Miremos cara a cara la situación, procurando conservar la calma. Usted había introducido en esa jarra… un vaso de alcohol…

—Un vaso lleno, señor.

—Y yo le añadí aproximadamente otro tanto.

—Sí, señor.

—Y dentro de dos minutos, Gussie, con esa cantidad de licor en el cuerpo, repartirá los premios en la escuela primaria de Market Snodsbury ante un público formado por las personas más eminentes y refinadas del pueblo.

—Sí, señor.

—Me imagino, Jeeves, que la ceremonia promete ser muy interesante.

—Sí, señor.

—Según usted, ¿cuál será el resultado?

—Es difícil suponerlo, señor.

—¿Quiere decir que la imaginación no llega a tanto?

—Sí, señor.

Consulté a mi imaginación… Tenía razón, ¡no llegaba a tanto!

XVII

—Bien, Jeeves —dije pensativamente, maniobrando al volante—, hay un lado bueno.

Después de veinte minutos aproximadamente y de haber recogido a aquella digna persona en la puerta de la entrada, me dirigía con él, en mi dos plazas, hacia el pintoresco pueblo de Market Snodsbury. Desde que nos separamos —él para irse a su aposento a coger el sombrero y yo quedándome en mi habitación para completar el traje de etiqueta— no había hecho sino reflexionar.

Ahora le comunicaba el resultado de mis reflexiones.

—Por oscuros que puedan parecer los pronósticos, por amenazadoras que se presenten las nubes en el horizonte, un ojo sereno puede percibir un poco de azul. Desde luego, es una fatalidad que Gussie, dentro de diez minutos, deba aprestarse a repartir premios, en estado de avanzada intoxicación, pero, por otro lado, las cosas pueden salir bien.

—¿Lo cree usted, señor?

—Voy a precisar. Estoy hablando de Gussie en su calidad de enamorado. Todo esto debe haberle entonado para decidirle a formular su petición. Me extrañaría que no se portase como un hombre de las cavernas. ¿Nunca vio usted a James Cagney en el cine?

—Sí, señor.

—Será algo del mismo tipo.

Le oí toser y le miré de soslayo. Tenía el aspecto, que conocía muy bien, de persona enterada.

—Así pues, —¿aún no lo sabe, señor?

—¿El qué?

—¿No sabe que míster Fink-Nottle y miss Bassett han convenido que muy pronto se celebre un matrimonio?

—¿Cómo?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo sucedió?

—Inmediatamente después de que míster Fink-Nottle dejara su habitación, señor.

—¡Oh! ¿Después del zumo de naranja?

—Sí, señor.

—¿Está seguro? ¿Cómo lo sabe?

—Mi informador fue el propio míster Fink-Nottle, señor. Parecía ansioso de confiarse conmigo. Su relato fue algo incoherente, pero me resultó fácil captar su sustancia. Después de haber observado que el mundo es hermoso, se echó a reír y dijo que estaba oficialmente prometido.

—¿Ningún detalle?

—No, señor.

—Nos podemos figurar la escena.

—Sí, señor.

—Quiero decir que la imaginación puede hacerlo.

—Sí, señor.

Y, en realidad, podía imaginarme muy bien lo sucedido. Introduzcan en un hombre, por lo general abstemio, una buena dosis de alcohol, y se convertirá en una fuerza. No perderá tiempo retorciéndose los dedos y balbuceando. Actuará. Era seguro que Gussie había buscado a Madeline Bassett y la había estrechado contra su pecho, como un trabajador del muelle que descarga sacos de carbón. Y también podíase imaginar el efecto de tal proceder sobre una jovencita romántica.

—Bien, bien, bien, Jeeves.

—Sí, señor.

—Es una magnífica noticia.

—Sí, señor.

—Ahora puede usted ver que yo tenía razón.

—Sí, señor.

—La observación del método debe haberle abierto los ojos.

—Sí, señor.

—Los métodos sencillos, directos, no fallan nunca.

—No, señor.

—Mientras que los alambicados sí.

—Sí, señor.

—De acuerdo, Jeeves.

Habíamos llegado a la entrada principal de la escuela primaria de Market Snodsbury. Estacioné el coche, y entré realmente contento. Cierto es que aún quedaba por solucionar el problema Tuppy-Angela y que las quinientas libras de tía Dahlia parecían hallarse más lejos que nunca, pero era un gran consuelo pensar que habían acabado los contratiempos de Gussie.

La escuela de Market Snodsbury había sido construida, según me dijeron, en 1416, y parecía que en el amplio vestíbulo en que había de celebrarse la ceremonia, planeaba algo pesado producido por el lento transcurrir de los años. Era el día más caluroso de todo el verano y, a pesar de que algunas ventanas estuviesen abiertas, la atmósfera permanecía característicamente sofocante.

En aquel salón, los jóvenes de Market Snodsbury habían comido todos los días su almuerzo durante unos quinientos años aproximadamente, y había quedado persistente el perfume. El aire pesado tenía —si es que puedo usar la expresión— un especial olor a Joven Inglaterra, a carne y a zanahorias hervidas.

Tía Dahlia hallábase sentada en la segunda fila entre una porción de autoridades

locales. Al verme, me indicó que me acercara, lo cual me guardé mucho de hacer. Me metí entre los que estaban de pie, aplastados contra un fulano que, a juzgar por el olor, debía de ser comerciante en granos o algo semejante. En tales casos la esencia de la estrategia consiste en quedarse lo más cerca posible de la puerta.

El ojo se alegraba a la vista de una pandilla de muchachos acompañados de sus familiares; los primeros tenían lúcidos rostros y lucían cuellos de Eton; en cuanto a los demás, las mujeres iban ataviadas con trajes de seda negra, y los hombres apretujados en trajes domingueros. Hubo luego unos aplausos —esporádicos, como más tarde los definió Jeeves— y vi a Gussie, guiado por un barbudo ser, adelantarse hasta el centro del estrado.

Confieso que cuando le vi, y pensé que, sólo por gracia de Dios, no era Bertram Wooster quien estaba en su lugar, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tan vivo era, en aquel momento, el recuerdo del día en que tuve que hablar en una escuela de muchachas.

Desde luego, juzgando desapasionadamente, podíase establecer que no había punto de comparación entre un auditorio como aquél y un hato de muchachitas con las trenzas colgando de los hombros. A pesar de todo, el espectáculo era suficientemente impresionante para producirme la sensación de que mi amigo rodaba en un tonel a lo largo de las cataratas del Niágara, y el recuerdo del peligro a que había escapado bastaba para oscurecer y anular todo cuanto hallábase ante mis ojos.

Cuando estuve en grado de distinguir los objetos, vi que Gussie se hallaba sentado, con las manos sobre las rodillas, y los codos en ángulo recto, como un menestral negro de la vieja escuela que estuviese ocupado en preguntarle a mistress Bones por qué una gallina atravesaba en aquel momento la calle. Tenía una sonrisa tan fija y estereotipada que parecíame debía sugerir a todos la idea de que tenía un poco de confitura pegada en los dientes delanteros.

En efecto, vi que tía Dahlia, que habiendo presenciado tantos repartos de premios de caza en sus buenos tiempos, no se quedaba atrás en juzgar los síntomas de las cosas, se sobresaltaba y le miraba largamente, con ansiedad. Y le estaba diciendo algo a tío Tom, sentado a su izquierda, cuando el ser barbudo avanzó sobre el estrado y comenzó su discurso. Por el hecho de que hablaba como si tuviese una patata hirviendo en la boca y que, a pesar de esto, no se oía ninguna tosecilla entre los muchachos, deduje que debía de ser el director.

Con su llegada al estrado, una especie de resignación enfermiza amparóse del auditorio. Por mi parte, me arrimé al tendero y dejé que mi atención vagara. Es sabido, por otra parte, que la relación de todo lo hecho en la escuela durante el curso que acababa de finalizar y la parte del reparto de premios, no eran cosas para atraer la atención de extraños. Les dicen que J. B. Brewster ha logrado un premio Cat, en Cambridge, por su conocimiento de los clásicos, y a ustedes no les interesa en lo más

mínimo si no conocen al individuo. Y lo mismo sucede para G. Bullett, que es premiado con la beca de lady Jane Wix, en la escuela de estudios veterinarios de Birmingham.

Efectivamente, tanto yo como el tendero, quien tenía una expresión de cansancio —acaso hubiera trabajado toda la mañana, pesando sus mercancías—, comenzábamos a amodorrarnos ligeramente, cuando el acto se reanimó y Gussie se presentó en escena por vez primera.

—Esta tarde —dijo el hombre barbudo— nos complacemos realmente dando la bienvenida a nuestro invitado, míster Fitz-Wattle…

Al principio del discurso, Gussie había caído en una profunda somnolencia, con la boca abierta. A la mitad, se habían manifestado leves señales de vida, y en los últimos momentos intentó cruzar las piernas, sin conseguirlo; intentólo de nuevo, y otra vez, inútilmente. Pero ahora, de pronto, manifestóse en él una animación real. Dio un brinco.

—Fink-Nottle —dijo, abriendo los ojos.

—Fitz-Nottle.

—Fink-Nottle.

—Diré, pues, Fink-Nottle.

—Claro, mi querido asno —dijo Gussie amablemente—. Adelante, pues.

Y, cerrando los ojos, comenzó de nuevo el intento de cruzar las piernas. Me di cuenta de que aquel leve desacuerdo había turbado al hombre de la barba. Durante un momento permaneció silencioso, atormentando su sombrero con mano titubeante. Pero los directores están fabricados con material resistente. Pasó el momento de debilidad y él, recobrada la palabra, continuó:

—Nos alegramos mucho de dar la bienvenida al invitado de esta tarde, míster Fink-Nottle, quien ha consentido amablemente en repartir los premios. Esta misión, ustedes lo saben, hubiera debido cumplirla el amado y enérgico miembro de nuestro consejo de directores, el reverendo William Plomer, y todos, estoy seguro, se dolerán conmigo de que una enfermedad le haya impedido hallarse hoy entre nosotros. Pero si puedo servirme de una metáfora familiar a ustedes, diré que «lo que se pierde en el columpio, se gana en el tiovivo».

Se detuvo y sonrió para manifestar que bromeaba. Me hubiera gustado decirle que se tomaba una molestia inútil porque ni siquiera una sonrisa había acogido aquel rasgo de agudeza. El tendero se inclinó hacia mí y dijo: «¿Qué ha dicho?», y eso fue todo.

Siempre resulta doloroso aguardar una carcajada que no llega. El hombre barbudo quedó mal. Creo, sin embargo, que se hubiera recobrado rápidamente, de no haber vuelto a provocar a Gussie.

—En otras palabras: privados del reverendo Plomer, tenemos hoy entre nosotros a

míster Fink-Nottle. Estoy seguro de que no necesita presentación alguna. Es, puedo decirlo, un nombre familiar a todos nosotros.

—¡A usted no! —dijo Gussie.

Y en aquel momento comprendí lo que había querido decir Jeeves al afirmar que se «reía de todo corazón». «De corazón», ésa era la expresión exacta. Fue como una explosión de gas.

—¡No parecía usted conocerlo demasiado bien! —dijo Gussie. Y, recordando el nombre que le fuera atribuido, lo repitió una docena de veces, aumentando progresivamente el tono de su voz—. Wattle, Wattle, Wattle… —Y concluyó—: ¡De acuerdo! ¡Siga adelante!

Pero el hombre barbudo quedó fulminado. Observándole atentamente, me percaté de que se hallaba ante una encrucijada. Comprendía sus pensamientos tan claramente como si me los hubiese murmurado al oído. Estaba dudando entre sentarse y dar el asunto por concluido, en cuyo caso era menester dejar la palabra a Gussie, o considerar el discurso como ya efectuado y proceder, sin más, al reparto de premios.

Era, a buen seguro, una cosa difícil de decidir así, de golpe y porrazo. El otro día estaba leyendo en el periódico algo acerca de esos tipos que están estudiando la manera de dividir el átomo, sin tener la más mínima idea de lo que sucederá, si lo logran. Puede que todo salga bien, pero puede que no todo salga bien. Y quedará mal el desgraciado que después de haber dividido el átomo, vea reducida a cenizas su casa y a sí mismo en pedazos.

Eso fue cuanto le sucedió al hombre barbudo. Sin darse cuenta de lo que ocurría en el interior de Gussie, no obstante, debió de percatarse de que las cosas se ponían mal. Aquella muestra inicial le había ciertamente hecho comprender que Gussie tenía un modo muy suyo de hacer las cosas, y sus interrupciones habían sin duda bastado a su perspicacia para convencerle de que allí, sentada en el estrado, en el momento más importante del curso, se hallaba una persona que si pronunciaba una arenga lo haría de una manera memorable.

Por otro lado, atarle y cubrirle con una manta ¿a qué hubiera conducido? A disolver la reunión con media hora de adelanto.

Era, en resumidas cuentas, un problema que debía resolver, y no sé cómo habría logrado salir del apuro. Personalmente, creo que habría salido bien librado si en aquel momento Gussie no se hubiese adueñado de la situación. Después de haberse estirado y de haber bostezado, avanzó hasta el borde del estrado con aquella sonrisa petrificada.

—Discurso —anunció con afabilidad.

Luego permaneció inmóvil, con los pulgares enfilados en los ojales del chaleco, esperando que el aplauso se calmase. Y eso requirió un buen rato, porque realmente había entrado con muy buen pie. Supongo que no les sucedía a menudo a los

muchachos de Market Snodsbury encontrar un hombre tan enérgico que se atreviese a llamar asno a su director. Y ellos demostraban harto claramente su aprobación. Para la mayoría de los presentes, Gussie pertenecía a una raza superior.

—Muchachos —comenzó Gussie—, o, mejor dicho, señoras, señores, muchachos, no quiero retenerles por largo rato, pero me considero obligado a pronunciar unas palabras augúrales en tan fausta ocasión. Señoras, muchachos y señores, todos hemos escuchado con mucho interés las observaciones de este nuestro amigo que esta mañana se olvidó de afeitarse… No sé su nombre, pero él tampoco sabe el mío, pues el de Fitz-Wattle es absolutamente absurdo. Y eso pone las cosas en su lugar. Todos sentimos mucho que el reverendo Comosellame esté muriéndose de adenoides, pero, después de todo, hoy acá, mañana allá, la carne se torna hierba o algo parecido. Pero no es eso lo que yo quería decir. Quería, en cambio, decir, y lo digo confiadamente, sin temor a contradicciones, digo, en suma, que me siento feliz por hallarme aquí en tan fausta ocasión y que estoy encantado de repartir los premios que consisten en los hermosos libros que aquí ven sobre la mesa. Como dice Shakespeare, hay sermones en los libros, piedras en los torrentes, o viceversa, y henos aquí a todos, en una cáscara de nuez.

Marchaba bien, y yo estaba sorprendido. No podía seguirle por completo, pero comprendíase que era materia bien madurada y me maravillaba que, a pesar del extraordinario esfuerzo que había hecho, un hombre con la lengua trabada, un auténtico tostón como Gussie, hubiese podido ser capaz de tanto.

Eso les demuestra la verdad de lo que también les dirá cualquier miembro del Parlamento; es decir, que, si se quiere obtener un buen orador, es necesario antes suministrarle un buen trago.

—Señores —dijo Gussie—, o mejor, señoras, señores y muchachos, naturalmente… ¡Qué hermoso es el mundo! ¡Un mundo hermoso que ofrece felicidad por doquier! Quiero contarles una historieta. Dos irlandeses, Pat y Mike, andaban por Broadway, y uno le dijo al otro: «¡Caramba, el premio de la carrera no siempre es para el más veloz!». Y el otro contestó: «Fe y esperanza, y la educación consiste en extraer, no en introducir».

Confieso que me pareció la historieta más estúpida que jamás hubiese oído, y me sorprendió que Jeeves la considerara digna de figurar en un discurso. Cuando, empero, hablé con él más tarde, me dijo que Gussie había alterado todo el contenido. ¡Y eso lo explica todo!

Sea como fuere, éste fue el *conté* que explicó Gussie, y si les digo que fue acogido con grandes carcajadas, ustedes comprenderán que habíase vuelto el favorito de la masa.

Era posible que el individuo barbudo sobre el estrado o algún otro de la segunda fila desease que el orador llegara a una conclusión y se volviese a sentar, pero el

auditorio pendía de sus labios. Hubo un fuerte aplauso y una voz gritó: «¡Silencio! ¡Silencio!».

—Sí —dijo Gussie—. ¡Es un mundo muy bonito! El cielo está azul, los pajaritos cantan, el optimismo reina por doquier. ¿Y por qué no, muchachos, señoras y señores? Yo soy feliz, ustedes son felices, todos somos felices, incluso el más mísero irlandés que se pasea por Broadway. En realidad, eran dos…, Pat y Mike. El uno extraía y el otro introducía. Quisiera, muchachos, que os unierais a mí para gritar tres «¡Hurra!» por este magnífico mundo. ¡Adelante!

Cuando las motas de polvo pudieron posarse sobre los muebles y el yeso dejó de caer del techo, él continuó:

—Los que dicen que el mundo no es hermoso, no saben lo que dicen. Mientras venía hacia acá, para repartir los premios, he intentado hacérselo comprender a mi anfitrión, el viejo Tom Travers. ¿Le ven allí, en la segunda fila, al lado de aquella señora corpulenta en traje color avellana?

Indicó el punto preciso en que estaban sentados mis tíos, y los cien y pico marketsnodsburienses que volvían el cuello para mirar en la dirección indicada, pudieron ver a tío Tom sonrojándose graciosamente.

—Le he reñido mucho, pobre besuguillo. El había expresado la opinión de que el mundo estaba en un estado deplorable. Yo le dije: «No diga sandeces, viejo Tom Travers». «No suelo decir sandeces», replicó él. «Bueno, para ser un principiante se desenvuelve usted la mar de bien». Y admitiréis, muchachos, que a esto se le llama hablar.

Parecía que el público estuviese de acuerdo con él. La situación tornábase grave. Aquel que dijera: «¡Silencio! ¡Silencio!», gritó de nuevo: «¡Silencio! ¡Silencio!», y mi tendero batió vigorosamente sobre el pavimento con un macizo bastón.

—Bien, muchachos —continuó Gussie, después de haber sacado los pulgares de los ojales y de haber hecho una horrible mueca equivalente a una sonrisa—, éste es el final del curso y muchos de vosotros, no lo dudo, vais a abandonar la escuela. Y no puedo dejar de daros la razón, porque aquí dentro hay un polvo tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Estáis a punto de entrar en el vasto mundo. Muchos de vosotros pasearéis por Broadway. Y cuanto quiero inculcaros es que, aun teniendo que sufrir mucho de adenoides, habréis de hacer todos los esfuerzos para no ser pesimistas y para no decir tantas tonterías como el viejo Tom Travers, allá, en la segunda fila, aquel con la cara que parece una nuez.

Hizo una pausa para permitir, a aquellos que lo deseasen, refrescarse con una nueva mirada a tío Tom, y yo me sorprendí reflexionando con cierta perplejidad. Mis numerosas observaciones sobre los miembros de Los Zánganos habíanme puesto en contacto con las varias formas que una superdosis de la rojiza Hipocrene puede tomar en los diversos individuos, mas nunca tuve ocasión de comprobar una reacción como

la de Gussie.

Había cierto chisporroteo en él que jamás observé ni siquiera en Barmy Fotheringay-Phipps, en la fiesta de Nochevieja.

Jeeves, con quien discutí más tarde, dijo que tenía algo que ver con las inhibiciones —si he captado bien la palabra— y la anulación, creo, del ego. Comprendí que quería decir que Gussie, después de pasar un lustro de irrepetible reclusión entre las salamandras, había tenido que gastar de una vez, en vez de hacerlo paulatinamente durante los cinco años transcurridos, toda la alegría que fuera cuidadosamente embotellada en aquel período. Esta había llegado a la superficie de un golpe o, si lo prefieren, como una marea.

Puede que fuera así. Jeeves, por lo general, tiene razón.

Sea como fuere, estaba muy contento de haber tenido la precaución de quedarme lejos de la segunda fila. Puede que resultara indigno para un Wooster meterse de ese modo en medio del proletariado, en los puestos de pie, pero, por lo menos, hallábame fuera de la zona peligrosa. Y, además, Gussie se había excitado tanto, que era posible que, en caso de descubrirme, hubiera atacado incluso a un viejo compañero de escuela.

—Lo que no se puede soportar en el mundo —continuó Gussie— es al pesimista. Sed optimistas, muchachos. ¿Sabéis qué diferencia existe entre un pesimista y un optimista? Un optimista es un hombre que… Coged el caso de los dos irlandeses que se paseaban por Broadway. Uno es optimista, el otro pesimista. El uno se llama Pat, el otro Mike… ¡Oh, Bertie, no sabía que estabas también tú!

Demasiado tarde procuré ocultarme detrás del tendero. ¡El tendero había dejado de existir! Alguna cita recordada repentinamente —quizá una promesa a su mujer de volver a casa para la hora del té— le había obligado a zafarse mientras mi atención estaba distraída, dejándome al descubierto.

Entre yo y Gussie, que dirigía enérgicamente la ofensiva hacia mi lado, había un mar de rostros interesados que me miraban.

—Ahora —dijo Gussie, continuando su argumentación— allí tenéis un ejemplo de lo que os estoy diciendo. Muchachos, señores, señoras, miren atentamente a aquel individuo de pie, allí abajo, traje de mañana, corbata de un gris sobrio, clavel en el ojal, no pueden equivocarse. Aquél es Bertie Wooster, el pesimista más necio que existe. Les declaro que desprecio a ese hombre. Y ¿por qué le desprecio? Porque, muchachos, señoras y señores, es un pesimista. Su actitud es derrotista. Cuando le dije que tenía que hablarles, intentó disuadirme de ello. ¿Y saben por qué? Porque dijo que mis pantalones se partirían por la parte trasera.

Los aplausos, en este momento, fueron más estruendosos que nunca. El asunto de los pantalones partidos llegó directamente al corazón de los jóvenes alumnos de la escuela de Market Snodsbury. Dos, frente a mí, tornáronse color púrpura, y un

mozalbete, de cara llena de pecas, me pidió un autógrafo.

—Déjenme contarles una historia sobre Bertie Wooster.

Un Wooster puede soportar muchas cosas, pero no eso de que su propio nombre sea pasto del público. Moviendo poquito a poco los pies, me disponía a ejecutar una táctica de salida, cuando me percaté de que el individuo barbudo decidía poner fin al asunto.

No puedo explicarme por qué no lo hizo antes. Acaso le paralizara la sorpresa. Y, naturalmente, cuando un hombre encuentra el favor del público, no resulta fácil hacerle callar. Sin embargo, la perspectiva de oír otra anécdota de Gussie había roto el encantamiento. Levantándose, más o menos como yo me levantara al principio de la lamentable escena con Tuppy, en el crepúsculo, saltó hasta la mesa, agarró un libro y se acercó al orador.

Tocó a Gussie en el brazo y éste, volviéndose rápidamente y viendo a un hombretón con barbas, dispuesto al parecer a pegarle con un libro, dio un brinco hacia atrás, poniéndose en guardia.

—Quizá, puesto que el tiempo pasa, míster Fink-Nottle, más valdría…

—¡Oh! ¡Ah! —hizo Gussie, comprendiendo la cosa y relajando sus miembros—. Los premios, ¿verdad? Naturalmente. Claro. Muy bien. Sí, sí, más vale empezar. ¿Qué es eso?

—Lectura y dictado, P. K. Purvis —anunció el hombre de las barbas.

—Lectura y dictado, P. K. Purvis —dijo como un eco Gussie, gritando—. ¡Adelante, P. K. Purvis!

Ahora que su discurso había sido interrumpido, me pareció que ya no había necesidad de poner en práctica la estratégica retirada que ideara. No tenía ganas de marcharme, de no verme obligado a hacerlo. Había dicho a Jeeves que el acontecimiento resultaría lleno de interés, y en realidad resultaba interesantísimo. Había cierta fascinación en los métodos de Gussie; uno se sentía captado y reacio a alejarse, a menos que algún motivo personal le obligase a hacerlo. Decidí, pues, quedarme; en aquel momento sonó un poco de música y P. K. Purvis subió al estrado.

El campeón de lectura y dictado tenía aproximadamente un metro de estatura, un rostro colorado y los cabellos color arena. Gussie se los acarició; parecía haberle tomado una inmediata simpatía al muchacho.

—¿Eres P. K. Purvis?

—Sí, señor.

—El mundo es hermoso, P. K. Purvis.

—Sí, señor.

—Lo has notado también tú, ¿eh? Bien. ¿Acaso estás casado?

—No, señor.

—Cásate, P. K. Purvis —dijo Gussie seriamente—, créeme, es lo mejor que se

puede hacer… Bien, aquí tienes tu libro. Por la primera página no me parece muy divertido. Pero, en fin, aquí está.

P. K. Purvis se retiró mientras resonaba un esporádico aplauso, seguido por un angustioso silencio. Era evidente que Gussie había hecho resonar una nueva nota en el ambiente escolar de Market Snodsbury. Los parientes cambiaban miradas entre sí. El hombre barbudo parecía haber apurado hasta las heces el amargo cáliz. En cuanto a tía Dahlia, decía claramente, con su actitud, que sus últimas dudas habíanse desvanecido y que el veredicto había sido pronunciado. La vi hablando quedamente con Madeline Bassett, quien hallábase sentada a su derecha, y vi que ésta asentía tristemente; parecía un hada a punto de derramar una lágrima y añadir, de este modo, una estrella más a la Vía Láctea.

Gussie, después de marcharse P. K. Purvis, había caído en una especie de amodorramiento y permanecía allí, erguido, con las manos metidas en los bolsillos. Reparando, repentinamente, en un gordo muchachito en pantalón corto que se hallaba cerca, se sobresaltó violentamente.

—¡Eh! —exclamó visiblemente confuso—. ¿Quién eres tú?

—Este —dijo el hombre barbudo— es R. V. Smethurst.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Gussie, con desconfianza.

—Tiene usted que entregarle el premio en dibujo, míster Fink-Nottle.

La explicación se le antojó a Gussie razonable. Su rostro se esclareció.

—Muy justo —dijo—. Bueno, aquí lo tienes. ¿Te marchas? —añadió, viendo que el muchacho se alejaba.

—Sí, señor.

—Aguarda, R. V. Smethurst. No tan aprisa. He de hacerte una pregunta.

Pero el hombre barbudo parecía decidido a apresurar el desarrollo de la ceremonia. Hizo desaparecer al muchacho de la escena, como un dueño de hostería que aleja con pesar a un viejo y respetado cliente, y llamó a G. G. Simmons. Un momento después, éste se levantaba, acercándose a la mesa. Y comprenderán ustedes cuál no sería mi emoción cuando oí anunciar que el premio asignado era el de religión. Pensé que era algo mío.

G. G. Simmons era un jovencito antipático; parecía encaramado sobre sus piernas y era todo él dientes y gafas; sin embargo, le miré con cariño. Nosotros, los cultivadores de las Sagradas Escrituras, nos sentimos unidos.

Me duele decirlo, pero a Gussie no le agradó. No había en sus modales, mientras miraba a G. G. Simmons, nada de la cordialidad que se manifestara durante su entrevista con P. K. Purvis, ni, de un modo más débil, con R. V. Smethurst. Permanecía frío y distante.

—Bien, G. G. Simmons.

—Sí, señor.

—¿Qué quieres decir con «Sí, señor»? Es una cosa necia. De modo que te han otorgado el premio en religión, ¿no es así, muchacho?

—Sí, señor.

—Sí —dijo Gussie—, tienes precisamente el aspecto de ser el tipo adecuado. Sin embargo —dijo haciendo una pausa y mirando fijamente al muchacho—, ¿cómo se puede saber si el premio es realmente justo? Voy a interrogarte, G. G. Simmons. ¿Quién fue el «como se llame» que comenzó «aquella cosa»? ¿Sabrías contestarme, G. G. Simmons?

—No, señor.

Gussie se volvió hacia el hombre barbudo.

—Mal —dijo—, muy mal. Este muchacho me parece muy deficiente en Sagradas Escrituras.

El individuo de las barbas se pasó una mano por la frente.

—Le aseguro, míster Fink-Nottle, que hemos procurado, con el máximo cuidado, pronunciar un fallo exacto y que este Simmons ha superado en mucho a sus compañeros.

—Bueno, si usted lo dice… —dijo Gussie con expresión de duda—. Bien, G. G. Simmons, aquí tienes tu premio.

—Gracias, señor.

—Pero he de decirte que no hay nada de qué alabarse por haber ganado un premio en religión. Bertie Wooster…

No creo que jamás recibiera golpe más cruel. Estaba persuadido de que, habiéndole detenido en sus discursos, Gussie había vuelto a esconder las uñas, por decirlo así. Agachar la cabeza y dirigirme hacia la puerta fue para mí cuestión de pocos segundos.

—Bertie Wooster ganó el premio de religión en una escuela en que fuimos compañeros y ya saben ustedes lo que se ha vuelto. Pero, a buen seguro, Bertie hizo trampas. Logró agitar en el aire el trofeo de su conocimiento de las Escrituras, sobre la cabeza de unos individuos que le daban cien vueltas, por los métodos más espantosos y más mezquinos que jamás se hablan visto en una escuela en que estas cosas eran habituales. Si los bolsillos de aquel muchacho no estaban, en el momento en que entró en el aula de exámenes, abarrotados hasta estallar de listas con los nombres de los reyes de Judea…

No oí nada más; en un santiamén estaba al aire libre y oprimía febrilmente con el pie el embrague de mi coche.

El motor resopló. El pedal volvió a su sitio. Yo me alejé a toda velocidad.

Mis nervios aún estaban alterados cuando dejé el coche en el garaje de Brinkley Court, y fue un Bertram muy trastornado el que subió a su habitación para ponerse un traje más cómodo. Luego me eché un momento sobre la cama, y debí de dormir

bastante rato porque el primer recuerdo que puedo evocar es el de Jeeves a mi lado.

Me incorporé sobre el lecho.

—¿El té, Jeeves?

—No, señor. Es casi hora de cenar.

La niebla se despejó.

—Debo de haberme dormido.

—Sí, señor.

—La naturaleza, que reclama sus derechos sobre el cuerpo agotado.

—Sí, señor.

—Eso ya es algo.

—Sí, señor.

—¿Y es casi la hora de cenar? Perfectamente. No tengo ganas de cenar, pero supongo que vale más que me prepare usted el traje.

—No es necesario, señor. No se ve a nadie esta noche. Ha sido servida una cena fría en el comedor.

—¿Por qué?

—Por expreso deseo de mistress Travers, para disminuir el trabajo del servicio que va al baile en casa de sir Percival Stretchley-Budd.

—¡Oh, ya lo recuerdo! Anoche me lo dijo mi prima Angela. ¿Va a ir también usted, Jeeves?

—No, señor. No me agradan esas diversiones, señor.

—Comprendo. Siempre es lo mismo. Un piano, un organillo, un pavimento que parece papel de lija. ¿Irá Anatole? Angela me hizo comprender que no.

—Miss Angela tenía razón. Monsieur Anatole guarda cama.

—Tipos nerviosos esos franceses.

—Sí, señor.

Hubo una pausa.

—Bien, Jeeves, ha sido una tarde muy movida, ¿verdad?

—Sí, señor.

—No recuerdo ninguna tan llena de incidentes. Yo me marché antes del final.

—Sí, señor. Observé su partida.

—No habrá pensado censurármelo.

—No, señor. Míster Fink-Nottle habíase tornado excesivamente personal.

—¿Dijo aún muchas barbaridades después de mi marcha?

—No, señor. La sesión se cerró casi inmediatamente. Las observaciones hechas por míster Fink-Nottle sobre G. G. Simmons provocaron ese brusco final.

—Pero había concluido ya sus observaciones sobre G. G. Simmons.

—Sólo por un momento, señor. Las volvió a empezar inmediatamente después de su partida, señor. Si lo recuerda usted, señor, había expresado una gran duda acerca

de la *bona fides* del señorito Simmons; luego comenzó un violento ataque contra el joven, afirmando que era imposible que hubiese ganado el premio en religión sin un sistemático procedimiento a base de trampas en vasta escala. Llegó a decir que el señorito Simmons debía de ser conocido de la policía.

—Horrible, Jeeves.

—Sí, señor. Sus palabras causaron gran sensación. La reacción de los presentes se puede definir como «mixta». Los jóvenes estudiantes parecían contentos y aplaudían estruendosamente, pero la madre del joven Simmons se levantó y se dirigió a míster Fink-Nottle en términos de fuerte protesta.

—¿Y Gussie tuvo miedo? ¿Retrocedió de su posición?

—No, señor. Dijo que veía claro y dio a entender que había una culpable relación entre la madre del señorito Simmons y el director, acusando a este último de haber hecho trampas (fue su expresión, señor) para resultarle grato.

—¿Lo dice de veras?

—Sí, señor.

—¡Atiza, Jeeves! ¿Y luego?

—Cantaron el himno nacional.

—¡No!

—Sí, señor.

—¡En un momento como ése!

—Sí, señor.

—Bueno. Usted estaba allí y, naturalmente, ha de saber cómo sucedieron las cosas. Pero jamás, jamás en mi vida habría pensado que, en tales circunstancias, Gussie y esa mujer se pondrían a cantar un dúo.

—Usted no me ha comprendido, señor. Fue toda la concurrencia la que se puso a cantar. El director se volvió hacia el organista y le dijo algo en voz baja. Y éste comenzó a tocar el himno nacional. Así finalizó la ceremonia.

—He comprendido. De hecho, ya era hora.

—Sí, señor. La actitud de mistress Simmons habíase vuelto absolutamente amenazadora.

Reflexioné. Cuanto había oído era suficiente para provocar, desde luego, piedad y terror, si no queremos decir alarma y desaliento. Asegurar que me alegraba sería decir una mentira. Por otra parte, todo aquello pertenecía ya al pasado y me parecía lo mejor dejar de preocuparse por ello y pensar, en cambio, en el brillante porvenir.

Quiero decir que Gussie había superado indudablemente cualquier marca de idiotez en el Worcestershire y había perdido definitivamente la esperanza de que le nombraran hijo predilecto de Market Snodsbury, pero no podíase negar que había hecho su petición a Madeline Bassett y que había sido aceptada por ésta.

Expuse mis ideas a Jeeves.

—Un espectáculo horroroso —dije— y que probablemente pasará a la historia. Mas no hemos de olvidar, Jeeves, que aunque Gussie esté considerado por los alrededores como el mayor fenómeno del mundo, en otro sentido ha conseguido lo que se proponía.

—No, señor.

No le comprendí.

—¿Cuando dice «no, señor», quiere decir «sí, señor»?

—No, señor. Quiero decir «no, señor».

—¿No ha conseguido lo que se proponía?

—No, señor.

—Pero está prometido.

—Ya no, señor. Miss Bassett ha roto el compromiso.

—¿De veras?

—Sí, señor.

No sé si se han fijado ustedes en la característica de esta historia. Me refiero al hecho de que, más pronto o más tarde, todos los personajes se han visto precisados a ocultarse el rostro entre las manos. He participado en muchos sucesos embrollados, pero nunca me hallé ante tantas personas que se ocultaran el rostro entre las manos. Recuérdenlo. Lo ha hecho tío Tom, lo ha hecho Gussie, lo ha hecho Tuppy; lo ha hecho, probablemente —aunque yo no tenga datos seguros para afirmarlo—, Anatole, y creo que lo ha hecho miss Bassett. Y estoy seguro de que tía Dahlia lo habría hecho también si no hubiese corrido el riesgo de echar a perder su esmerado peinado.

Pues bien, en aquel momento lo hice también yo. Las manos se levantaron, la cabeza bajó y yo la oprimí con energía, como todos los demás.

Y mientras estaba dándome un masaje en la mollera y pensaba en lo que se podía hacer, oyóse un ruido en la puerta, como si estuviesen descargando un saco de carbón.

—Acaso se trate de míster Fink-Nottle, señor —dijo Jeeves.

Pero, esta vez, su intuición había fallado. No era Gussie, sino Tuppy. Entró respirando asmáticamente. Se veía que estaba muy conmovido.

XVIII

Le miré atentamente. Su aspecto no me agradaba. En realidad, nunca habíame agradado mucho, porque la naturaleza, al plasmar aquel brillante camarada, le dotó de unos maxilares mucho más salientes de lo necesario, y de unos ojos excesivamente penetrantes para un individuo que no es ni fundador de un imperio, ni policía adscrito al tráfico. Pero, en aquel momento, dejando a un lado la ofensa que infligía al sentido de la estética, Glossop, según mi parecer, tenía también un aspecto amenazador que me hizo desear algo menos de tacto por parte de Jeeves.

Quiero decir que es muy discreto escabullirse como una anguila cuando el amo recibe un visitante, pero que hay momentos —y aquél me parecía el más indicado— en los que el verdadero tacto consiste en quedarse para ayudar en caso de necesidad.

Bien, el hecho es que Jeeves ya no se hallaba con nosotros. No le había visto marcharse, pero se había ido y en cuanto alcanzaba mi vista sólo veía a Tuppy, cuya actitud, ya se lo he dicho, me parecía algo intranquilizadora. Me sugería extrañamente a alguien que intentara suscitar la cuestión de mis cosquillas en los tobillos de Angela.

Sin embargo, sus primeras palabras me probaron que me había alarmado injustamente. Eran de naturaleza pacífica y me proporcionaron un gran alivio.

—Bertie —dijo—, tengo que pedirte mil perdones. He venido para eso.

Como ya he dicho, mi alivio fue grande al oír estas palabras que nada tenían que ver con tobillos cosquilleados. No obstante, creo que fue mayor mi sorpresa. Habían pasado muchos meses desde el incidente de Los Zánganos y, hasta aquel momento, Tuppy jamás había manifestado ni remordimiento ni contrición. Al contrario, me hablan informado, en reserva, que frecuentemente, en comidas y reuniones, explicaba la historia riendo estúpidamente a carcajada limpia.

No lograba, por tanto, comprender qué le había inducido ahora a rebajarse. Probablemente habíale empujado a ello la parte mejor de su ser. Pero ¿por qué?

Sin embargo, así era.

—Querido mío —dije con dignidad—. No lo menciones siquiera.

—¿Por qué dices «no lo menciones siquiera»? Yo no lo he mencionado.

—Quería decir: no hables más de ello. No pienses más en ello. Todos, a veces, nos olvidamos y hacemos unas cosas que, en momentos más tranquilos, deploramos haber hecho. Naturalmente, tú, en aquella ocasión, estabas algo bebido.

—Pero ¿qué diablos dices?

No me gustó su tono. Era brusco.

—Rectifícame si estoy equivocado —dije con cierta rigidez—, pero creía que me pedías excusas por tu estúpido modo de proceder aquella noche en Los Zánganos, cuando al empujar hacia atrás la última anilla, me hiciste caer en la piscina en traje de

etiqueta.

—¡Pero, so burro, si no se trata de eso!

—¿Y de qué, pues?

—¡Del asunto de Madeline Bassett!

—¿Qué asunto de Madeline Bassett?

—Bertie —dijo Tuppy—, cuando me dijiste, anoche, que estabas enamorado de Madeline Bassett, te dejé suponer que lo creía. No era cierto. La cosa me parecía increíble. A pesar de todo hice unas investigaciones y los hechos concuerdan con lo que me referiste. He venido a pedirte perdón por haber dudado de ti.

—¿Hiciste unas investigaciones?

—Le pregunté si te hablas declarado a ella y me contestó que sí.

—Tuppy, ¿hiciste eso?

—Lo hice.

—Pero ¿no tienes delicadeza de sentimientos?

—No.

—¡Oh, está bien! Pero sería mejor que la tuvieras.

—¡A paseo la delicadeza! Quería estar seguro de que no habías sido tú el que me ha robado el amor de Angela. Y ahora lo sé.

Desde el momento en que estaba convencido, ya no me cuidaba tanto de su falta de delicadeza.

—He descubierto quién fue.

—¿Cómo?

Se quedó pensativo unos momentos. Sus ojos brillaban con un fuego sombrío, y el maxilar le sobresalía como la parte posterior de la cabeza de Jeeves.

—Bertie —dijo—, ¿te acuerdas de lo que juré hacerle al que me hubiese robado a Angela?

—Por lo que recuerdo, concebiste la idea de hacerle migas.

—…y hacerle tragarse a sí mismo. Perfectamente. El programa sigue siendo válido.

—Pero Tuppy, te aseguro, como testigo ocular, que en Cannes nadie te robó a Angela.

—¡No, pero lo hizo al regreso!

—¿Cómo?

—No continúes diciendo «¿Cómo?». Lo has oído bien.

—¡Pero si no ha habido nadie desde su regreso!

—¿Ah, no? ¿Y el fulano de las salamandras?

—¿Gussie?

—El mismo. La serpiente Fink-Nottle.

Aquello me daba la exacta dimensión de su delirio.

—No es posible, Gussie ama a Madeline Bassett.

—¡Pero no estaréis todos enamorados de esa bendita Bassett! ¡Ya me extraña que uno solo pueda estarlo! Te digo que ama a Angela, y Angela le corresponde.

—¡No! ¡Angela rompió contigo antes de que él viniese aquí!

—Un par de horas después.

—Pero no puede haberse enamorado de él en un par de horas.

—¿Y por qué no? Yo me enamoré de ella en un par de minutos. La adoré en cuanto la vi, a esa petulante tontuela.

—Pero en suma…

—No discutas, Bertie. Los hechos han sido descubiertos. Angela ama a ese cretino de las salamandras.

—Eso es absurdo, chico, completamente absurdo.

—¿Ah, si? —dijo él, batiendo un talón sobre la alfombra (cosa que yo había leído varias veces en las novelas, pero que nunca había visto hacer)—. Entonces, ya me explicarás por qué razón se ha prometido con él.

Una brizna de paja hubiera podido echarme a tierra.

—¿Prometido con él?

—Me lo dijo ella misma.

—Habrá querido tomarte el pelo.

—No me tomaba el pelo en lo más mínimo; inmediatamente después del asunto de Market Snodsbury, le pidió que se casaran y parece que ella consintió sin discusión.

—Debe de haber un error.

—El error ha sido cometido por la serpiente Fink-Nottle, y apuesto a que ya debe de haberse dado cuenta. Desde las 5.30 le estoy buscando.

—¿Que le estás buscando?

—Por doquier. Quiero arrancarle la cabeza.

—Comprendo, comprendo.

—¿Le has visto por casualidad?

—No.

—¿No?

—No.

—Bueno, si le ves, dile adiós de prisa, y piensa en encargar una corona… ¡Oh! Jeeves…

No le había visto llegar, pero se hallaba de nuevo en escena. Mi personal opinión —que creo haber ya expresado— es que no necesita abrir las puertas. Es como uno de esos faquires de la India que, volatilizados en Bombay, recomponen los pedazos de su cuerpo y se presentan dos minutos más tarde en Calcuta. Sólo esta teoría puede explicar el hecho de que un momento esté y al siguiente ya no. Parece fluctuar desde

el punto A hasta el punto B en una forma especial gaseosa.

—¿Ha visto a míster Fink-Nottle, Jeeves?

—No, señor.

—Quiero matarlo.

—Perfectamente, señor.

Tuppy desapareció, cerrando con violencia la puerta tras de sí, y yo asalté a Jeeves.

—Jeeves, ¿sabe que míster Fink-Nottle se ha prometido con mi prima Angela?

—¿De veras, señor?

—Bueno, ¿qué piensa de ello? ¿Capta la psicología? ¿Comprende el significado? Hace unas pocas horas, estaba prometido con Madeline Bassett.

—Los caballeros rechazados por una joven se ven a menudo inducidos a adherirse sin demora a otra señorita, señor. Es lo que se conoce con el nombre de «represalia».

Comenzaba a comprender.

—Entiendo lo que quiere decir. Algo así como una especie de desafío.

—Sí, señor.

—Una especie de «¡De acuerdo…! ¡Haz lo que gustes! Pero si tú no me quieres, hay otras que sí».

—Exacto, señor. Mi primo George…

—Deje en paz a su primo George, Jeeves.

—Perfectamente, señor.

—De todos modos, apuesto a que su primo Jorge no era una temblorosa gelatina de pescado como Gussie. Y lo que más me extraña, Jeeves, es que haya sido el propio Gussie quien haya maquinado esta represalia.

—Debe recordar, señor, que míster Fink-Nottle se encuentra en un estado de excitación cerebral.

—Está algo desquiciado, ¿verdad?

—Eso es, señor.

—Bien, es menester que le diga que su inflamación empeorará si Tuppy logra atraparle… ¿Qué hora es?

—Las ocho en punto, señor.

—En tal caso, Tuppy le está dando caza desde hace lo menos dos horas y media. Hay que salvar a ese desgraciado, Jeeves.

—Sí, señor.

—Una vida humana es una vida humana, ¿no lo cree usted?

—Superlativamente cierto, señor.

—Lo primero es encontrarle. Luego se podrán discutir planes y esquemas. Vaya a sondear por los alrededores, Jeeves.

—No es necesario, señor. Si quiere usted mirar a su espalda, señor, verá comparecer a míster Fink-Nottle, que sale de debajo de la cama, señor.

¡Y, por Júpiter, tenía razón!

Gussie se presentaba en aquel momento, como Jeeves dijera. Estaba cubierto de pelusas y parecía una tortuga que asomase la cabeza en busca de un soplo de aire.

—¡Gussie! —dije.

—¡Jeeves! —dijo Gussie.

—¿Señor? —dijo Jeeves.

—¿La puerta está cerrada con llave, Jeeves?

—No, señor, pero puedo cerrarla inmediatamente.

Gussie se sentó sobre la cama y temí, por un momento, que tuviese la intención de ocultar el rostro entre las manos. Pero se contentó con apartar de su frente una araña muerta.

—¿Has cerrado la puerta, Jeeves?

—Sí, señor.

—Porque no se puede saber si a ese horrible Glossop se le va a ocurrir vol…

La palabra murió en sus labios. No había pronunciado la mitad, cuando el pomo de la puerta comenzó a dar vueltas y a chirriar. El saltó de la cama y, por un momento, permaneció en la actitud de *El ciervo acorralado*, cuadro de Landseer que tía Agatha tiene en el comedor. Luego pegó un brinco hacia el armario y allí desapareció, antes de que nos hubiéramos dado cuenta de nada. Había visto a personas retrasadas para el tren de las 9.15 que no se movían con tanta agilidad.

Eché una mirada a Jeeves. Permitió a su ceja derecha levantarse ligeramente; es cuanto puede revelar emoción en él.

—¿Sí? —grité.

—¡Déjame entrar, que Dios te maldiga! —gritó Tuppy desde fuera—. ¿Quién ha cerrado la puerta?

Consulté nuevamente a Jeeves usando el lenguaje de las cejas. El levanto una. Yo levanté la misma. El levantó la otra. Yo también. Luego ambos levantamos las dos. Al final, no encontrando otra cosa que hacer, abrí la puerta de par en par, y Tuppy entró ruidosamente.

—Bueno, ¿qué quieres? —dije, con la mayor indiferencia posible.

—¿Por qué estaba cerrada con llave la puerta? —preguntó Tuppy.

Ya me había acostumbrado a levantar las cejas; por tanto, volví a hacerlo.

—¿No se puede hacer nada en privado, Glossop? —pregunté fríamente—. Dije a Jeeves que cerrara la puerta porque debía desnudarme.

—¡Un cuento inverosímil! —dijo Tuppy, y acaso agregó un «¡Realmente!», no estoy seguro—. Puedes ahorrarte el intentar convencerme de que temes que la gente organice excursiones especiales para admirar tu ropa interior. Has cerrado la puerta

porque ocultabas aquí a la serpiente Fink-Nottle. Lo he sospechado desde que te dejé, hace un rato, y he decidido volver atrás para investigar. Registraré toda la habitación… Me imagino que está en el armario… ¿Qué guardas en el armario?

—Mis trajes —dije, siempre en un tono indiferente, que, sin embargo, no estaba absolutamente seguro de que pudiese dar buenos resultados—. El habitual guardarropa de un joven inglés de visita en una casa de campo.

—¡Mientes!

Aún no había acabado Tuppy de pronunciar esas palabras, cuando Gussie saltó fuera del armario. He comentado su modo de entrar en el armario, mas la agilidad con que realizó el primer movimiento no fue nada en comparación con la que desarrolló al salir. Hubo una especie de ventolera, una sombra se proyectó en la habitación, y ya no estaba entre nosotros.

Me parece que Tuppy quedó sorprendido. Es decir, estoy seguro de que lo estuvo. No obstante su manifiesta convicción de que el armario encerraba a Fink-Nottle, le había desconcertado el hecho de verle escabullirse. Emitió una especie de gruñido y dio un brinco de metro y medio hacia atrás. Sin embargo, en seguida se recobró y comenzó a galopar por el pasillo, persiguiéndole. Solamente faltaba tía Dahlia corriendo tras ellos y gritando «¡Duro con él!», o cualquier otra exclamación usada en tales ocasiones, para dar la completa sensación de una cacería del zorro.

Caí sobre la silla más cercana. No soy hombre que se desanime fácilmente, pero me parecía que los asuntos comenzaban a tornarse demasiado complejos para Bertram.

—Jeeves —dije—. Todo esto es muy grave.

—Sí, señor.

—La cabeza me da vueltas.

—Sí, señor.

—Vale más que me deje solo, Jeeves. He de dedicar profundas reflexiones a la situación que se ha ido gestando.

—Perfectamente, señor.

La puerta se cerró, encendí un cigarrillo y comencé a reflexionar.

XIX

Supongo que, en mi situación, muchos individuos hubieran reflexionado todo el resto de la noche sin hallar una solución, pero nosotros, los Wooster, tenemos una especial habilidad para llegar en seguida al meollo de las cuestiones, y diez minutos después ya había comprendido lo que era necesario hacer.

Debía tener en seguida una charla con Angela. Había provocado todas aquellas desgracias con su obstinada conducta, diciendo «sí» en vez de decir «no» cuando Gussie, víctima del licor y de la excitación cerebral, le sugirió aquel acuerdo. Había de ser debidamente censurada e inducida a volverle a poner en su sitio. Un cuarto de hora después la hallé bajo la pérgola, tomando el fresco, y me senté a su lado.

—Angela —dije, y mi voz era dura, pues ¿cómo habría podido no serlo?—. Todo esto es una solemne tontería.

Ella pareció salir de un ensueño; me miró con triste expresión interrogante.

—Lo siento, Bertie, pero no te escuchaba. ¿Sobre qué estabas diciendo tonterías?

—Yo no estaba diciendo tonterías.

—¡Oh, lo siento! Creí entender eso.

—¿Crees que saldría a buscarte para decir tonterías?

—Desde luego.

Pensé que más valía virar en redondo y atacar el asunto por un lado totalmente distinto.

—Acabo de ver a Tuppy.

—¡Oh!

—Y a Gussie Fink-Nottle.

—¿Ah, sí?

—Parece que estás prometida con él.

—Eso es.

—He aquí lo que se llama «una solemne tontería». No es posible que ames a un tipo como Gussie.

—¿Por qué no?

—Porque no es posible.

En realidad no era posible. Sólo un tostón como la Bassett podía amar a un tostón como Gussie. Una bellísima persona, naturalmente, en muchos aspectos, educado, amable y capaz de aconsejarle a uno qué es lo que conviene hacer, en espera de que llegue el médico, si tiene a una salamandra enferma, pero decididamente no creado para comprender una marcha de Mendelssohn. De hecho, dudo que, aunque lanzasen piedras al azar por las más pobladas regiones de Inglaterra, pudieran alcanzar a una sola muchacha que, sin anestésico, estuviera dispuesta a convertirse en la esposa de Augustus Fink-Nottle.

Se lo dije a Angela y ella se vio obligada a admitir que llevaba razón.

—Está bien. Puede que no le ame.

—Y entonces —dije enérgicamente—, ¡oh joven irrazonable y obstinada!, ¿por qué te has prometido con él?

—Pensaba que podía resultar divertido.

—¿Divertido?

—Y así fue. Me he divertido como una loca. ¡Tenías que ver la cara de Tuppy cuando se lo dije!

Una repentina luz atravesó mi mente.

—¡Ah, es una represalia!

—¿Qué?

—¿Te has prometido con Gussie para molestar a Tuppy?

—Sí.

—Es lo que estaba diciendo. Se trata de una represalia.

—Supongo que se la puede llamar así.

—Y yo te diré que se puede usar otro nombre. Una cochina jugarreta. Me asombras, Angela.

—No sé por qué.

Levanté un labio por lo menos dos centímetros.

—Es natural que no lo sepas, puesto que eres una mujercita. Vosotras, las mujeres, sois así. Armáis los mayores embrollos sin remordimiento alguno. Fíjate en Jael, la esposa de Heber.

—¿Y cuándo has oído tú hablar de Jael, esposa de Heber?

—Probablemente no sabías que una vez gané un premio de religión en la escuela, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Recuerdo que Augustus habló de ello en su discurso.

—Sí, sí —dije apresuradamente. No tenía ningún deseo de oír hablar del discurso de Gussie—. Pues, como te decía: piensa en Jael, esposa de Heber. Clava unos clavos en la sesera de su huésped y luego se va revoloteando por ahí, como una maestra de baile. Es natural que ellos dijeran: «¡Oh, mujeres, mujeres!».

—¿Quiénes?

—Los que lo dijeron. ¡Bah! ¡Qué sexo! Pero tú no albergarás la intención de continuar, ¿no es así?

—¿Continuar el qué?

—Esa tontería del noviazgo con Gussie.

—Naturalmente.

—Para que Tuppy quede como un idiota.

—¿Crees que queda como un idiota?

—Sí.

—Entonces, todo está bien.

Comenzaba a darme cuenta de que no lograba nada. Recordé haber ganado el premio en religión ocupándome de los hechos que atañían al asno de Balaam. No me acuerdo bien de cuáles eran, pero tengo la impresión general de alguien que clava los pies y niega su cooperación, y me parecía que Angela hacia precisamente lo mismo en aquel momento. Ella y el asno de Balaam eran, por decirlo así, dos almas gemelas. Hay una palabra que comienza por «r», algo como «recaí…», no, no la recuerdo. Pero lo que me parecía seguro era que Angela estaba haciendo un mal papel.

—¡Pobre boba! —dije.

—No soy una pobre boba —dijo, sonrojándose.

—Lo eres. Y lo peor es que lo sabes perfectamente.

—No soy nada de eso.

—Estás perturbando la vida de Tuppy y la de Gussie por un necio despecho.

—¡De todos modos, a ti no te importa!

Cogí al vuelo el argumento.

—¿Ah, no? ¿No me importa ver que corren hacia la ruina las jóvenes existencias de dos compañeros míos de escuela? ¡Además, tú sabes muy bien que estás enamorada perdidamente de Tuppy!

—¡Qué va!

—Conque no, ¿eh? Si tuviera un penique por cada vez que te he visto mirarle con brillo de amor en los ojos…

Ella me miró, pero sin ningún brillo de amor.

—¡Oh, por el amor de Dios, vete, Bertie!

—Eso es lo que voy a hacer —dije, levantándome—. Creo haberte dicho lo que quería.

—Bien.

—Pero permíteme que añada…

—No.

—Bueno —dije fríamente—, en tal caso, peor para ti.

Y suponía que aquello debía impresionarla.

«Tétrico» y «desalentado» son los dos adjetivos que se pueden usar para describir mi estado de ánimo, mientras abandonaba la pérgola. Es inútil negar que había esperado mejores resultados de mi entrevista con Angela.

Me sorprendía por ello. Hay que conocer a una muchacha en el momento en que algo dificulta sus asuntos del corazón para convencerse de que, en el fondo, es un pérfido ser. Había sido compañero de mi prima desde el tiempo en que yo llevaba trajes de marinero y ella no tenía aún los dientes delanteros; sólo ahora, empero, podía entrever las recónditas profundidades de su alma. Siempre habíame parecido una sencilla, gentil, alegre jovencita, incapaz de hacerle daño a una mosca. En

cambio, ahora se mostraba capaz de reír cínicamente —cuando menos, tenía la impresión de haberla oído reír cínicamente—, como la fría y cruel estrella de una complicada película, arrastrando a Tuppy por los cabellos hacia la tumba de la desesperación, con la mayor indiferencia.

Lo he dicho y lo repito: las muchachas son muy extravagantes.

En cuanto a mí, consideré que, dadas las circunstancias, sólo me quedaba una cosa por hacer: ir al comedor y probar algo de aquella cena fría que Jeeves había mencionado. Sentía una urgente necesidad de un piscolabis, después de la reciente entrevista, que me habla dejado muy abatido. No hay duda de que las emociones deprimen a un hombre y le hacen sentir la necesidad de llenar el estómago con un poco de asado y de jamón.

Me dirigí, pues, hacia el comedor, y acababa de trasponer el umbral, cuando vi a tía Dahlia, al lado de la mesa, que se estaba sirviendo un plato de salmón *mayonnaise*.

El espectáculo me arrancó un «¡Oh!» seguido de un «¡Ah!». Estaba un tanto confuso. La última vez que había tenido un *téte-a-téte* con mi pariente, ella, ¿lo recuerdan?, manifestó el deseo de que me ahogase en el estanque del huerto, y no sabía qué ideas abrigaba en aquel momento.

Quedé aliviado al encontrarla de buen humor.

La cordialidad con que me acogió agitando el tenedor era insuperable.

—¡Oh, Bertie, viejo asno! —fue su maternal saludo—. Sabía que era fácil encontrarte por las cercanías de la comida. Prueba este salmón. Es excelente.

—¿Es de Anatole? —pregunté.

—No. Todavía guarda cama. Pero la pinche de cocina ha tenido un golpe de genio. Parece haberse dado cuenta, repentinamente, de que no ha de abastecer a una bandada de aves rapaces del desierto del Sahara y ha preparado algo conveniente a la alimentación de unos seres humanos. Después de todo hay algo bueno en esa muchacha, y deseo que se divierta en el baile.

Me serví un poco de salmón y emprendimos una agradable plática sobre la fiesta de Stretchley-Budd, imaginando, para pasar el tiempo, el efecto que haría Seppings, el mayordomo, bailando la rumba.

Sólo cuando hube dado fin al primer plato y me disponía a atacar el segundo, la conversación recayó sobre Gussie. Me esperaba que tía Dahlia lo mencionase antes, después de la tarde de Market Snodsbury. Cuando lo hizo, comprendí que aún no sabía nada del noviazgo de Angela.

—Oye, Bertie —dijo meditabunda, mientras se servía ensalada de frutas—. Ese Spink-Bottle…

—Nottle.

—Bottle[1] —insistió mi tía con firmeza—; después de la exhibición hecha hoy,

Bottle y solamente Bottle le llamaré en mi interior. No obstante, si le ves, dile que ha hecho muy feliz, mucho, a una anciana. Excepto cuando el pastor, al pisarse distraídamente el cordón de los zapatos, cayó por los peldaños del pulpito, no recuerdo un momento más maravilloso que cuando el buen Bottle comenzó a atacar a Tom desde el estrado. Me ha parecido toda la ceremonia del más perfecto buen gusto.

Me decidí a formular algunas reservas.

—Sin embargo, esas referencias a mi persona…

—Han sido precisamente lo que más me ha gustado. Las he encontrado maravillosas. ¿Es cierto que hiciste trampas cuando ganaste el premio en religión?

—¡Claro que no! La victoria lograda fue el resultado del más animoso y constante esfuerzo.

—¿Y todo lo que dijo a propósito del pesimismo? ¿Eres un pesimista, Bertie?

Estaba a punto de replicar que corría el riesgo de tornarme pesimista de veras al ver cuanto sucedía en aquella casa. Pero me limité a decir que no lo era.

—Muy bien. Nunca seas pesimista. Siempre resulta lo mejor en el mejor de los mundos. Tienes ante ti una larga ruta, sin curvas. Siempre hay oscuridad antes del alba. Ten paciencia y todo saldrá bien. El sol brillará, aunque la jornada sea gris… Prueba esta ensalada de frutas.

Seguí el consejo.

Pero, incluso al sumergir la cucharita en la fruta, mi mente se hallaba en otra parte. Estaba perplejo. Acaso el haber permanecido hasta entonces en contacto con tantos corazones rotos hacía que me pareciera extravagante su alegría. Pero, desde luego, me parecía extravagante.

—Pensaba que estarías algo molesta —dije.

—¿Molesta?

—Por las maniobras posmeridianas de Gussie sobre el estrado. Te confieso que esperaba encontrarte con la frente arrugada y pataleando rabiosamente.

—¡Qué tontería! ¿Por qué había de molestarme? Lo he interpretado como un cumplido; realmente, hay para enorgullecerse de que un licor de nuestra bodega haya podido producir un efecto tan imponente. Nos devuelve la confianza en el whisky posbélico. Además, esta noche nada podría molestarme. Me siento como un niño que palmetea y danza bajo el sol. Porque, aunque haya tardado bastante en aparecer, el astro finalmente ha desgarrado las nubes. Las campanas tañen a fiesta. Anatole ha retirado su dimisión.

—¿De veras? ¡Oh! Te felicito con toda el alma.

—Gracias. Hice una fina labor de zapa con él desde que volví a casa esta tarde y, finalmente, jurando que nunca consentiría, consintió. No se marcha, a Dios gracias, y ahora creo que hay un Dios en el cielo y que todo está en perfecto orden en…

Se detuvo. La puerta se había abierto, dando paso al mayordomo.

—¡Oh, Seppings! —dijo tía Dahlia—. Creí que había salido…

—Todavía no, señora.

—Bueno. Le deseo que se divierta mucho.

—Gracias, señora.

—¿Quería decirme algo?

—Sí, señora. Se trata de monsieur Anatole. ¿Acaso, por encargo suyo, míster Fink-Nottle está haciéndole muecas a través de la claraboya de su habitación?

XX

Imperó un largo silencio, cargado de cosas inexpresadas (me parece que se dice así). Mi tía miraba al mayordomo. El mayordomo miraba a mi tía. Yo les miraba a los dos. Una misteriosa quietud, suave como una cataplasma de linaza, parecía llenar la habitación. En aquel momento estaba mascando un pedacito de manzana de la ensalada, y sonó como si Camera hubiese saltado de la cúspide de la torre Eiffel sobre una caja de pepinos.

Tía Dahlia se apoyó en la mesa y en voz baja y ronca dijo:

—¿Muecas?

—Sí, señora.

—¿A través de la claraboya?

—Sí, señora.

—¿Quiere decir que está sentado en el tejado?

—Sí, señora. Y eso ha perturbado a monsieur Anatole.

Creo que fue la palabra «perturbado» la que trastornó por completo a tía Dahlia. Sabía por experiencia lo que significaba que Anatole estuviese «perturbado». Siempre supe que mi tía era una mujer muy enérgica, pero jamás hubiese sospechado que fuese capaz del brinco magnífico que dio en aquel momento. Concediéndose, apenas, el tiempo para lanzar una sonora exclamación digna de ser pronunciada en un hipódromo, había salido de la habitación y se hallaba al pie de la escalera antes de que yo pudiera tragarme un pedacito de plátano. Sintiendo, igual que cuando recibí aquel famoso telegrama sobre Angela y Tuppy, que mi puesto estaba a su lado, dejé el plato sobre la mesa y me apresuré a seguirla, mientras Seppings galopaba detrás de nosotros.

He dicho que mi puesto estaba a su lado, pero no era muy fácil llegar hasta allí. Nos precedía a marchas forzadas. En el primer tramo de la escalera distaba media docena de pasos, y ya se me escapaba cuando se precipitó por el segundo. En el rellano siguiente, sin embargo, hubo de experimentar cierto cansancio, porque aminoró la marcha, con una especie de rugido; cuando llegamos al final de la escalera, nuestras cabezas estaban a la misma altura. Nuestra entrada en la habitación de Anatole tuvo lugar de la siguiente manera:

1) Tía Dahlia.

2) Bertram.

3) Seppings.

Yo, vencido por media cabeza. Media escalera separaba al segundo del tercero.

Lo primero que vi al entrar fue a Anatole. Este mago de la cocina es un hombrecillo tipo botijo, con un par de desmesurados bigotes que, generalmente, reflejan su estado de ánimo. Cuando todo marcha bien, los extremos se levantan

como los de un sargento mayor. Cuando el alma está triste, se tornan colgantes.

En aquel momento colgaban, dándole una expresión siniestra. Y si aún quedaba alguna duda sobre sus sentimientos, su forma de comportarse la hubiera hecho desaparecer. Estaba al lado de la cama, en pijama rosa, levantando los puños hacia la claraboya. A través del vidrio, Gussie miraba hacia abajo. Tenía los ojos desorbitados, la boca abierta, y se parecía tanto a un pez raro en el acuario que el primer impulso era el de ofrecerle un insecto.

Observando al cocinero que apretaba los puños y amenazaba con ellos al huésped trastornado, confieso que todas mis simpatías fueron para el primero. Le consideraba absuelto, por muchos puños con que pudiera amenazar.

Reconstruyamos los hechos. Estaba allí, en cama, pensando en lo que puedan pensar los cocineros franceses cuando están en cama, y he aquí que descubre aquella horrible cara en la ventana. Lo cual hubiera hecho sobresaltar a la persona más flemática. Estoy seguro de que, si me hallara en cama, no me gustaría en absoluto ver a Gussie asomando la cabeza de aquel modo. Dígase lo que se quiera, el dormitorio es la fortaleza del individuo, y éste tiene el derecho de rebelarse si una grotesca máscara mira adentro.

Mientras reflexionaba así, tía Dahlia, con su probado sentido práctico, llegaba al nudo de la cuestión.

—¿Qué pasa?

Anatole ejecutó una especie de gimnasia sueca, con un ejercicio que partía de la base de la espina dorsal, a través de los omoplatos, y terminaba entre los negros cabellos.

Durante las conversaciones que yo había tenido con aquel hombre maravilloso, siempre encontré que su inglés era corriente, pero algo mixto. Si lo recuerdan, antes de llegar a Brinkley Court, él había estado al servicio de míster Bingo Little y, sin duda, había aprendido mucho de Bingo. Antes, había estado dos años con una familia americana, en Niza, y tomó lecciones del chófer, uno de los Maloney de Brooklyn. Así, entre Bingo y Maloney, su inglés había resultado corriente, pero algo mixto.

Habló más o menos de esta manera:

—¡Atiza! ¡Me preguntan qué pasa! Yo he probado, pero no he podido dormir tan bien, y ahora me despierto y veo a uno que hace muecas a mí a través de esta condenada ventana. ¿Es justo eso? ¿Es conveniente? Si creen que yo esté satisfecho, se engañan. Me vuelvo loco, como una gallina mojada. ¿Y por qué no? Soy alguien, ¿verdad? Esta es una habitación para dormir, no una jaula de monos, ¿no? Y entonces, ¿por qué se sientan, frescos como rosas, sobre mi ventana para hacerme muecas?

—¡Justo! —dije. Según mi modo de ver, tenía razón.

Echó una mirada a Gussie. Luego ejecutó el ejercicio número 2… Se agarró los

bigotes, los sacudió, y comenzó la caza de las moscas.

—Aguarden un poco. Aún no he terminado. Digo que veo a ese tipo en la ventana, que me hace muecas. Pero ¿qué hace? Se queda allí, no cuidándose de nada, inmóvil como un gato que mire a una oca. Me hace muecas y más muecas, y más yo le digo que se vaya al diablo, lejos de aquí, más él no se va al diablo lejos de aquí. Me grita algo en contra mío y yo pido qué quiere y él no explica. ¡Oh, no, esto nunca sucede! El menea la cabeza. ¡Qué condenada estupidez! ¿Es que me divierte? ¿Creen que me gusta? No estoy contento con esta locura. Creo que el pobre está loco. *Je me fiche de ce type infect. C'est idiot de faire comme ça l'oiseau… Allez vous-en, louffier…* Digan a ese ser que se vaya. Está loco como un caballo.

Tenía razón y tía Dahlia lo comprendía como yo. Le pasó una temblorosa mano por la espalda.

—Lo haré, monsieur Anatole, lo haré —dijo. Y yo nunca hubiera creído que aquella voz tan fuerte pudiese reducirse a un murmullo tan cariñoso—. Todo está bien.

Tía Dahlia había cometido un error. El hizo el ejercicio número 3.

—¿Bien? *Nom d'un nom d'un nom!* ¿Qué diablos está bien? ¿Para qué decir esas cosas? ¡Aguarde medio minuto! ¡No van a arreglarse tan pronto las cosas, mi querida señora! Nada de bien. Mire otro poco. Hay muchos platos diferentes de pescado. Yo puedo tomar muchas cosas a la ligera, pero no me resulta agradable cuando alguien hace bromas en contra de mí a mis ventanas. Eso no me gusta. No es una bonita cosa. Yo soy un hombre serio. No quiero bromas a mis ventanas. Me desagradan las bromas a mis ventanas más que a cualquier otro. Nada de «bien». Si tienen que ocurrir estas cosas, yo no me quedo más. Yo me escapo y no me quedo plantado aquí.

Palabras siniestras. No me sorprendió el grito de tía Dahlia, que recordaba el aullido de los perros al ver una zorra muerta de un tiro. De nuevo Anatole habíase puesto a agitar los puños contra Gussie, y ella se unió a él. Seppings, que, en el fondo de la escena, la acompañaba con un respetuoso resoplar, no mostró los puños, pero dirigió a Gussie una severa mirada. Para cualquier atento observador, resultaba claro que Fink-Nottle, al subirse allá arriba, había cometido un error. No hubiera podido ser más impopular en casa de G. G. Simmons.

—¡Márchese, loco bribón! —gritó tía Dahlia con aquella voz sonora que en otros tiempos hacía perder los estribos a los miembros de su club de caza, obligándoles a saltar de las sillas de montar.

La respuesta de Gussie consistió en levantar las cejas. Comprendí el mensaje que intentaba transmitirnos.

—Creo que quiere decirnos —expliqué (¡oh razonable, viejo Bertram, siempre dispuesto a echar aceite sobre las aguas tempestuosas!)— que si lo hiciese se caería abajo, rompiéndose la crisma.

—Bueno, y ¿por qué no? —dijo tía Dahlia.

Comprendía su punto de vista, pero me parecía que podía haber una solución más acertada. Aquella claraboya era la única abertura que tío Tom dejara libre de sus famosas rejas. Supongo que pensaba que si un ladrón tenía el valor de encaramarse hasta allá arriba, merecería lo que luego le sucediera.

—Si abriesen la claraboya podría saltar adentro.

La idea tuvo éxito.

—Seppings, ¿cómo se abre?

—Con un palo, señora.

—¡Entonces coja un palo, coja dos…, coja diez!

Y, poco después, Gussie formaba parte de nuestra compañía. El desgraciado, como esos tipos de las novelas, parecía consciente de su posición. He de confesar también que el proceder y los modales de tía Dahlia no eran de los que más pudieran ayudarle a recobrarse. Ya no quedaba huella ninguna de la amabilidad demostrada conmigo al discutir las actividades de aquel infeliz, mientras comíamos la ensalada de frutas, y no quedé sorprendido de que las palabras se helasen en los labios de Fink-Nottle. No es fácil que tía Dahlia, por lo general amable y cordial, se deje arrastrar por la ira, pero cuando esto sucede no les queda más remedio a los hombres más fuertes que encaramarse a los árboles con la mayor velocidad posible.

—¿Bien? —dijo.

Gussie, como respuesta, sólo dejó oír una especie de sollozo ahogado.

—¿Bien?

El rostro de tía Dahlia tornóse de un color más oscuro. La caza, practicada como deporte habitual, confiere a la tez del paciente un tono algo subido, y los mejores amigos de tía Dahlia hubieran podido afirmar que, incluso en los momentos más normales, el color de su piel tendía al de una fresa aplastada. Pero nunca la había visto de un tinte brillante como ahora. Parecía un tomate que intentara expresar algo.

—¿Bien?

Gussie hizo lo que pudo. Y, en un determinado momento, pareció que algo hubiese de salir de su garganta, pero, al final, no resultó más que una especie de estertor de muerte.

—¡Oh! ¡Llévatelo, Bertie, y ponle un poco de hielo sobre la cabeza! —dijo tía Dahlia, renunciando a ocuparse de él. Y se dedicó a la difícil tarea de apaciguar a Anatole, que ahora estaba haciendo un rápido soliloquio en voz baja.

Tal vez consciente de que a la situación no le hacía justicia Bingo-cum-Malone, se había refugiado ahora en su idioma natal. Palabras como *«marmitón de Domange»*, *«pignouf»*, *«burlu-berlu»* y *«roustisseur»* vagaban por su boca, como murciélagos en el granero. Todo inútil para mí, naturalmente, porque, aunque hubiese sudado sobre el gálico idioma durante mi estancia en Cannes, estoy siempre, más o

menos, en el punto de *«Esker-vous-avez?»*. Lo siento; a lo mejor haré progresos más adelante.

Asistí a Gussie escaleras abajo. Como pensador más profundo que tía Dahlia, ya había adivinado la razón oculta que le empujara a subirse al techo, y donde ella vio a un borracho que se divertía, yo supe ver al cervato perseguido.

—¿Te perseguía Tuppy? —pregunté con simpatía.

Fue sacudido por lo que generalmente se llama un *frisson*.

—Me había casi atrapado cuando pasé por una ventana, asiéndome a un saliente.

—Eso le desorientó, ¿verdad?

—Sí, pero luego descubrí que estaba bloqueado. El techo pendía en todas direcciones. No podía volverme atrás. Tenía que seguir arrastrándome por aquel saliente. Y luego me encontré mirando abajo por la claraboya. ¿Quién era aquel tipo?

—Era Anatole, el chef de tía Dahlia.

—¿Francés?

—Hasta la punta de las uñas.

—Eso explica por qué no lograba hacerme comprender. ¡Qué burros son los franceses! Parecen incapaces de entender las cosas más sencillas. A ti se te habría ocurrido, al ver a un individuo sobre el tragaluz, que el otro deseaba bajar. Pero a él no: no se movía de allí.

—Enseñándote los puños.

—Sí. ¡El muy cretino! De todos modos, aquí me tienes.

—Sí, aquí estás, de momento.

—¿Eh?

—Pienso que Tuppy probablemente estará al acecho en cualquier parte.

Dio un brinco como un cabrito en primavera.

Reflexioné.

—Corre a tu cuarto y levanta una barricada detrás de la puerta. Me parece la política más segura.

—¿Y si está al acecho precisamente allí?

—En tal caso buscarás otro refugio.

Sin embargo, una vez llegados a su habitación, comprobamos que Tuppy estaba infestando otra parte de la casa. Gussie se refugió en su cuarto y le oí dar vueltas a la llave. Convencido de que, por ese lado, ya no me quedaba nada más que hacer, volví al comedor para comer un poco más de aquella ensalada de frutas y reflexionar con calma. Acababa de llenar el plato, cuando la puerta se abrió y compareció tía Dahlia. Se dejó caer en una silla, con expresión de infinito cansancio.

—Dame algo para beber, Bertie.

—¿Qué?

—Lo que quieras, con tal que sea fuerte.

Si se dirigen a Bertram Wooster para esos asuntos, le encontrarán en su elemento. Los perros de San Bernardo, cuando ejercen su tarea con los viajeros de los Alpes, no pueden desplegar mayor energía. Cumplí el encargo que me fue dado, y durante unos momentos no se oyó más que el leve gorgoteo de mi tía, que refrescaba sus mucosas.

—Bebe, tía Dahlia —dije cariñosamente—. Esas cosas molestan enormemente, ¿verdad? Te ha debido de costar mucho trabajo calmar a Anatole —continué, cogiendo una rebanadita de pan, cubierta con pasta de anchoas—. Pero ahora todo estará arreglado, ¿no es cierto?

Me miró intensamente, con una mirada lánguida y la frente arrugada, como si estuviese reflexionando hondamente.

—¡Atila! —dijo al fin—. ¡Ese es el nombre! ¡Atila, el azote de Dios!

—¿Eh?

—Estaba intentando recordar a quién me recuerdas tú. Alguien que iba sembrando ruina y desolación, y destruyendo hogares que, antes de su llegada, estaban llenos de paz y felicidad. ¡Atila! Es extraño —dijo, mirándome fijamente—, pero a primera vista pareces uno de esos corrientes idiotas amables, discutibles quizá, pero inocuos. Por el contrario, eres un azote peor que la muerte. Te aseguro, Bertie, que cuando te contemplo me parece descubrir todos los horrores y pesares de la vida, y recibo un golpe como si hubiese chocado contra un farol.

Dolorido y asombrado, no contesté, porque lo que había clasificado como pasta de anchoas era algo más gelatinoso que ahora se me pegaba a la lengua y me impedía el uso de la palabra, como una mordaza. Y mientras intentaba aclarar mis cuerdas vocales y ejercitarlas nuevamente, ella continuó:

—¿Sabes qué hiciste, cuando enviaste aquí a ese Spinck-Bottle? Por lo que se refiere a su borrachera y a haber transformado el reparto de premios en Market Snodsbury en una escena cómica de película, nada objeto porque me he divertido. Pero que empiece a hacerle muecas a Anatole a través del tragaluz, precisamente después de que yo, con infinito trabajo y tacto, le había convencido para que retirara su dimisión, y le haga enfadar tanto que no quiera quedarse ni siquiera mañana…

—¿Qué?

—Sí, Anatole se irá mañana, y temo que el pobre Tom sufra indigestiones el resto de su vida. Y eso no es todo. Acabo de ver a Angela y me ha informado que se ha prometido con ese Bottle.

—Temporalmente, sí —tuve que admitir.

—Pero ¿qué me enredas con «temporalmente»? Está definitivamente prometida con él y habla, con odiosa frialdad, de casarse en octubre. Así están las cosas. Si el profeta Job entrase ahora en esta habitación, podría cambiar tristes discursos con él hasta la hora de acostarme. Por otra parte, Job no es mi tipo.

—Tenía forúnculos.

—¿Y qué son los forúnculos?

—Unas cosas muy dolorosas, por lo que me han dicho.

—¡Tonterías! Aceptaría todos los forúnculos del mundo, a cambio de mis desgracias. ¿Te das cuenta de mi posición? He perdido al mejor cocinero de Inglaterra. Mi marido, pobrecito mío, probablemente se morirá de dispepsia. Y mi única hija, para la que soñé un maravilloso porvenir, está prometida con un borracho, experto en salamandras. ¡Y tú me hablas de forúnculos!

La corregí en un nimio detalle.

—No he hablado de forúnculos. Sólo dije que Job los tenía. Sí, te doy la razón, tía Dahlia. El panorama no se presenta muy risueño, de momento. Pero anímate. A un Wooster es muy difícil derrotarle más de una vez.

—¿Te preparas a urdir otro proyecto?

—Lo más rápidamente posible.

Suspiró con resignación.

—¡Ya me lo suponía! No faltaba más que eso. No sé cómo los asuntos podrían empeorar, pero tú lo lograrás. Tu genio y tu intuición hallarán el camino. Continúa, Bertie. Sí, continúa. Ahora ya no me importa nada. Es posible, quizá, que acabe encontrando un débil interés en ver los oscuros y profundos abismos en que lograrás precipitar a esta casa. Inténtalo, jovencito querido… ¿Qué estás comiendo?

—Es difícil decirlo. Una especie de pasta sobre el pan, como cola aromatizada con extracto de carne.

—Dame un poco —dijo tía Dahlia con indolencia.

La puse sobre aviso.

—Anda con cuidado al masticar. Se pega más que un hermano… ¡Oh, Jeeves!

El hombre se había materializado sobre la alfombra. Como siempre, sin el menor ruido.

—Una carta para el señor.

—¿Una carta para mí, Jeeves?

—Una carta para el señor.

—¿De parte de quién, Jeeves?

—De miss Bassett, señor.

—¿De quién, Jeeves?

—De miss Bassett, señor.

—¿De miss Bassett, Jeeves?

—De miss Bassett, señor.

En este punto tía Dahlia, que, después de un mordisco, había dejado el pan con la pasta, nos rogó, con cierta impaciencia, que diéramos por terminado aquel diálogo de opereta. Tenía bastantes cosas que soportar, sin necesidad de añadirle nuestro duelo. Siempre dispuesto a contentarla, alejé a Jeeves con un movimiento de cabeza; se

inclinó un momento y desapareció. Muchos espectros deben de ser menos ágiles.

—Pero ¿qué diantre puede escribir esa mujer? —refunfuñé jugueteando con el sobre.

—¿Por qué no lo abres y lees lo que dice?

—Excelente idea —dije poniéndome a la obra.

—Si mis evoluciones te interesan —añadió tía Dahlia dirigiéndose hacia la puerta—, te diré que me voy a mi cuarto a hacer algunos ejercicios respiratorios, en busca del olvido.

—Está bien —dije pensativamente, leyendo la página número uno; luego, al dar vuelta a la hoja, salió de mis labios un grito que hizo encabritar a tía Dahlia como un caballo salvaje.

—¡No hagas eso! —dijo, temblando con todos sus miembros.

—Es que ¡diantre!

—¡Qué peste eres, miserable sujeto! —suspiró ella—. Recuerdo que, en la cuna, cuando me dejaron a solas contigo, casi te tragaste el chupete y te tornaste de un color rojo escarlata. Y yo, tonta de mí, te salvé la vida. Te aseguro, Bertie, que si volvieras a tragártelo y yo estuviese a tu lado, los sucesos se desarrollarían de un modo algo peor para ti.

—Pero ¡diantre! —grité—. ¿Sabes qué sucede? ¡Madeline Bassett dice que está dispuesta a casarse conmigo!

—¡Te está bien merecido! —dijo mi parienta, y salió de la estancia como un personaje de una novela de Edgar Allan Poe.

XXI

No creo que mi aspecto fuese muy distinto del de los personajes de Edgar Allan Poe, porque la noticia recibida me había afectado profundamente. Si Madeline Bassett, convencida de que el corazón de Bertram Wooster era suyo desde hacía mucho tiempo, estaba dispuesta a entregarlo a mi demanda, decidiendo su opción, yo, como hombre sensible y de honor, debía aceptar la situación. El asunto no era de esos que se pueden arreglar con un breve *nolle prosequi*. Según todas las evidencias, la calamidad había caído sobre mí y, lo que es peor, para quedarse.

Sin embargo, por terrible que fuese la situación, no desesperaba de llegar a solucionarla. Un hombre de poca valía, en una circunstancia tan espantosa, hubiera renunciado a luchar. Pero la característica de los Wooster es precisamente la de no ser hombres de poca valía.

Para empezar, volví a leer la carta. No tenía la esperanza de que una segunda lectura me permitiese dar otro significado al contenido pero, por lo menos, era una ocupación, mientras el cerebro trabajaba. Luego, para ayudar al trabajo cerebral, hice otra incursión hacia la ensalada de frutas, y le añadí un pedazo de tarta. Y estaba pasando al queso, cuando la máquina se puso en movimiento. Vi lo que debía hacer.

A la pregunta que torturaba mi mente: «Bertram, ¿puedes encontrar un remedio?», ahora podía contestar con seguridad: «Desde luego».

La gran dificultad, en estos casos, consiste en no perder la cabeza y quedarse tranquilo, procurando encontrar el hilo conductor. Una vez hallado éste, se sabe ya cómo proceder.

Aquí, el hilo conductor era Madeline Bassett. Ella había originado todo el embrollo rechazando a Gussie, y era natural que, antes de hacer algún movimiento para decidir y aclarar la cuestión, debía inducirla a revisar cuidadosamente sus ideas, y a aceptarle nuevamente. Angela, entonces, volvería a ser puesta en circulación, Tuppy se calmaría y todos podríamos comenzar a respirar de nuevo.

Decidí que, en cuanto acabase otra porción de queso, buscaría a miss Bassett y sería muy elocuente.

Y, en ese momento, ella se presentó. Era de prever que apareciera pronto, porque los corazones sufren, pero cuando hay una cena fría en el comedor, podemos estar seguros de que, pronto o tarde, allí acuden todos.

Su mirada, al entrar, estaba fija en el salmón *mayonnaise*, y ella, sin duda, se habría dirigido hacia aquel lado si yo, con la emoción de verla, no hubiese dejado caer una copa del néctar destinado a llevar un poco de sosiego a mi mente. Quedamos confusos; luego ella se volvió hacia mí, con las mejillas sonrojadas y los ojos más desorbitados que nunca.

—¡Oh! —dijo.

He experimentado que ayuda mucho en estas situaciones un poco de aparato escénico. Encuentren la manera de ocupar sus manos, y la batalla estará ganada a medias. Cogí un plato y me dirigí hacia ella.

—¿Un poco de salmón?

—Gracias.

—¿Con un poquitín de ensalada?

—Sí, gracias.

—¿Y para beber? Elija usted el veneno.

—Quisiera un poco de zumo de naranja.

Hizo el gesto de deglutir. No el zumo de naranja, que aún no tenía delante, sino los tiernos recuerdos que aquellas palabras despertaban en ella. Era como recordar los espaguetis al paladar de un italiano privado de ellos. Su rostro tornóse aún más colorado, la angustia se pintó en sus facciones y tuve la intuición de que ya no estaba en la esfera de la política práctica limitar la conversación a temas neutrales, insípidos, como el salmón hervido.

Me parece que ella debió de pensar lo mismo, porque en cuanto abrí la boca con un «Esto…», me contestó simultáneamente con un «Esto…», y la pareja de «Esto…» resonó en el aire.

—Lo siento.

—Perdón.

—Decía usted…

—Decía usted…

—No, siga, por favor…

—¡Oh, de acuerdo!

Me ajusté la corbata, según costumbre, cuando me hallo en compañía de muchachas, y dije:

—Refiriéndome a la suya, fecha de…

Ella se sonrojó de nuevo y, con temblorosa mano, cogió un tenedor.

—¿Recibió usted mi carta?

—Sí, recibí su carta.

—La entregué a Jeeves para que se la diese.

—Me la dio. Así la obtuve.

De nuevo imperó el silencio. Como ella era reacia a hablar, debía ser yo quien lo hiciese. En fin, uno de los dos tenía que decidirse. Era una situación demasiado necia: un hombre y una mujer que comían salmón y queso sin cambiar palabra.

—Sí, la he recibido.

—Comprendo, la ha recibido usted.

—Sí, la he recibido. Acabo de leerla y deseaba preguntarle, en cuanto la viera…, bueno, ¿de qué se trata?

—¿De qué se trata?

—Es lo que quería saber. ¿De qué se trata?

—Pero estaba claro…

—¡Oh, sí! Perfectamente claro. Muy bien expresado. Pero quiero decir… Bueno. Sí…, muy agradecido por tal honor…, pero… ¡qué diablos!

Ella había acabado el plato de salmón y lo dejó sobre la mesa.

—¿Ensalada de frutas?

—No, gracias.

—¿Un poco de pollo?

—No, gracias.

—¿Una tostada con algo pegajoso encima?

—No, gracias.

Cogió un pedacito de queso; yo descubrí un huevo duro en el que no había reparado antes. Luego dije: «Quería decir…», en el preciso instante en que ella decía: «Me parece que…». Y hubo otra colisión.

—Perdón.

—Lo siento.

—Continúe.

—No, continúe usted.

Con la mano que sostenía el huevo hice un ademán para indicar que le cedía el paso. Y ella siguió:

—Me parece comprender lo que quiere usted decir. Está sorprendido.

—Sí.

—Y piensa en…

—Exacto.

—… míster Fink-Nottle.

—Desde luego.

—Le resulta difícil comprender mi conducta.

—Absolutamente.

—No me extraña.

—A mí sí.

—Sin embargo, es muy sencillo.

Cogió otro trozo de queso. Parecían gustarle los trozos de queso.

—Es la mar de sencillo. Se lo aseguro. Quiero hacerle a usted feliz.

—Muy amable por su parte.

—Dedicaré el resto de mi vida a hacerle feliz.

—Un plan admirable.

—Eso, cuando menos, podré hacerlo. Pero… ¿puedo ser completamente sincera con usted, Bertie?

—¡Oh, claro que sí!

—Entonces debo decirle lo siguiente. Le quiero a usted. Me casaré con usted. Haré lo posible para ser una buena esposa. Pero mi cariño por usted jamás podrá ser la devoradora pasión que yo sentía por Augustus.

—Estaba precisamente reflexionando sobre eso. Aquí está el meollo de la cuestión. ¿Por qué no renuncia a la idea de unir su vida a la mía? Renuncie a ello. Usted está enamorada de Gussie…

—Ya no.

—¡Oh, vamos!

—No. Lo que sucedió esta tarde ha matado mi amor. La sombra de la fealdad ha caído sobre una hechura de belleza, y jamás podré volver a sentir por él el cariño de otros tiempos.

Comprendía perfectamente sus sentimientos. Gussie habla puesto su corazón a los pies de ella, ella lo había recogido y luego descubrió que estaba empapado en alcohol. El choque había sido grave, desde luego. A ninguna muchacha le gusta que un hombre tenga que emborracharse para pedirla en matrimonio. Su orgullo queda herido. A pesar de todo, continué:

—Pero ¿no piensa que ha podido cometer usted un error esta tarde, al juzgar el proceder de Gussie? Admitido que las apariencias puedan apoyar una teoría menos favorable, ¿quién es capaz de afirmar que no sufrió, sencillamente, una insolación? Suele suceder, ¿sabe? Sobre todo cuando hace calor.

Ella me miró y noté que estaba aplicando la vieja historia de los iris húmedos.

—Eso es digno de usted, Bertie. Le admiro.

—¡Oh, no!

—Sí, tiene usted un alma espléndida, caballerosa.

—En lo más mínimo.

—Sí. La tiene. Me recuerda a Cyrano.

—¿A quién?

—A Cyrano de Bergerac.

—¿El de la nariz?

—Sí.

No puedo afirmar que quedara muy satisfecho. Me toqué la nariz, a hurtadillas. Era, quizá, un tanto prominente, pero no como la de Cyrano. No me hubiera gustado que cualquier día se le ocurriera compararme con Narizotas Durante.

—El amaba, y sin embargo y defendía la causa de otro.

—¡Oh, ahora entiendo!

—Por eso le quiero, Bertie. Es una cosa bella y grande. Pero su generosidad es inútil. Hay cosas que matan el amor. Jamás olvidaré a Augustus, pero mi amor ha muerto. Seré su mujer.

Era necesario ser amable.

—¡De acuerdo! —dije—. Muchas gracias.

Aquí el diálogo languideció y de nuevo permanecimos juntos comiendo en silencio trozos de queso y huevos duros. Había cierta inseguridad respecto de los movimientos que debían hacerse.

Afortunadamente, llegó Angela, interrumpiendo la conversación. Madeline Bassett le anunció nuestro compromiso, besándola, y le deseó que fuese muy feliz, mucho, con Gussie, y Angela dijo que seguramente lo sería, porque Gussie era un verdadero tesoro, y Madeline besó de nuevo, y fue besada por Angela, y, en suma, se desarrolló una escena tan eminentemente femenina que aproveché la ocasión para eclipsarme.

Y, en todo caso, necesitaba alejarme, porque había llegado el momento en que Bertie debía reflexionar, y reflexionar de veras.

Era el final para mí. Ni siquiera años antes, cuando inadvertidamente me comprometí con aquella terrible prima de Tuppy, Honoria, había experimentado hasta un punto tal la sensación de hallarme sumergido en un pantano hasta la cintura y tener que desaparecer sin dejar huella de mí. Vagué por el jardín, jadeando, con la tortura de un puñal hondamente clavado en mi pecho. Estaba en una especie de trance, imaginando mi vida con la Bassett siempre entre mis pies, cuando topé contra algo que hubiera podido ser un árbol pero que, en realidad, era Jeeves.

—Perdone, señor —dijo—, habría tenido que apartarme.

No contesté.

Le miré en silencio. Verlo había despertado en mí nuevos pensamientos.

Aquí está Jeeves, reflexioné, aunque estaba convencido de que había perdido sus facultades y que ya no era la fuerza que fue, pero ¿no podía haberme equivocado? ¿No podía suceder que, enviándole de exploración, hallase un camino que me condujese a buen puerto sin dejar rastro de animosidad detrás de mí? Me confesé a mí mismo que era muy posible.

Después de todo, su cabeza seguía conservando la antigua prominencia posterior y en sus ojos no se había apagado la luz que los iluminara en otros tiempos.

Naturalmente, recordando lo que había sucedido entre nosotros, a propósito de la chaqueta blanca de botones dorados, no quería pedirle ayuda. Le consultaría, sencillamente. Pero, como me volvieron a la memoria algunas de sus precedentes victorias, como el caso Sipperley, el episodio de tía Agatha y McIntosh, y el asunto tan bien conducido de tío George y la sobrina de la tabernera, me sentí autorizado a ofrecerle, por lo menos, la oportunidad de acudir en ayuda de su joven señor en la hora del peligro.

Pero, ante todo, debía ponerse en claro una cosa.

—Jeeves —dije—. Una palabra.

—¿Señor?

—Estoy metido en un embrollo, Jeeves.

—Lo siento, señor. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Naturalmente, si no ha perdido su energía. Dígame la verdad, Jeeves, ¿su cabeza sigue en forma?

—Sí, señor.

—¿Continúa comiendo pescado?

—Sí, señor.

Hubo una pausa.

—Muy bien. Pero antes de comenzar, hay que poner un punto en claro. En el pasado, cuando lograba sacar a alguien de alguna leve dificultad, demostró frecuentemente una disposición a aprovecharse de mi gratitud para fines privados. Me refiero a aquellos calcetines color púrpura, por ejemplo, a los bombachos, y también a los viejos botines etonianos. Con astucia consumada venía a mí en el momento en que estaba debilitado por el alivio, y me inducía a librarme de ellos. Y ahora le digo que, aunque tenga éxito en esta ocasión, nada semejante habrá de suceder con mi chaqueta blanca.

—Perfectamente, señor.

—En cuanto esté solucionada la cuestión, ¿no vendrá a pedirme que la tire?

—A buen seguro que no, señor.

—De acuerdo. En tal caso hablaré, Jeeves. Estoy prometido.

—Espero que sea usted muy feliz, señor.

—No haga el burro. Estoy prometido con miss Bassett.

—¿De veras, señor? No sabía…

—Yo tampoco. Sin embargo, así es. La intimación oficial estaba en la carta que me trajo.

—Me extraña, señor…

—¿Cómo dice?

—Me extraña, señor, que el contenido de la carta fuera el que usted me dice. No me parecía que miss Bassett estuviera en una feliz disposición de ánimo cuando me la entregó.

—¡Ah, dista mucho de estarlo! No vaya a creer que desea realmente casarse conmigo. ¡Qué va! ¿No ve que se trata de una necia represalia que está convirtiendo a Brinkley Court en un infierno para hombres y animales? ¡Al diablo con todas las represalias, a mi cargo!

—Sí, señor.

—Bueno, ¿qué podemos hacer?

—¿Cree usted que miss Bassett, a pesar de lo sucedido, sigue queriendo a míster Fink-Nottle, señor?

—Muere de amor por él.

—En tal caso, señor, lo mejor será provocar una reconciliación entre ellos.

—¿Cómo? Hele aquí anonadado, enlazando los dedos.

—No, señor. Si enlazo los dedos, sólo es para ayudar a la mente.

—Continúe, pues.

—No es necesario, señor.

—¿Quiere decir que ya lo ha encontrado?

—Sí, señor.

—Me asombra, Jeeves. Hable, pues.

—Creo haberle ya expuesto esta idea anteriormente, señor.

—¿Cuándo?

—Debe usted recordar la noche de nuestra llegada, señor. Usted fue tan amable que me preguntó si tenía algún proyecto para reconciliar a miss Angela con míster Glossop, y yo osé sugerir…

—¡Válgame Dios! ¡No será el cuento de la alarma contra incendios!

—Eso es, señor.

—¿Y aún sigue pensando en ello?

—Sí, señor.

Una prueba del terrible golpe recibido fue que, en vez de rechazar la propuesta con un sencillo «¡Bah!» o algo parecido, me puse a reflexionar para ver si encontraba algún lado bueno.

Cuando Jeeves me había manifestado su intención de hacer sonar la alarma contra incendios, recordarán que yo, con rapidez y energía, la rechacé con un «¡Absurdo!», y recordarán también que consideré esta propuesta como la prueba del quebrantamiento de una mente que, en otro tiempo, fue brillante. Pero ahora me parecía que tenía algunas probabilidades de éxito. Y es que había llegado al punto de intentar cualquier cosa, por absurda que fuera.

—Vuelva a explicármelo, Jeeves —dije, pensativo—. Recuerdo que me pareció un absurdo, pero acaso se me escaparan algunos matices.

—Su crítica, señor, estribaba en que la idea se le antojaba demasiado alambicada. Pero yo no lo creo así, señor. A mi modo de ver, los habitantes de la casa, al oír sonar la alarma contra incendios, se supondrán amenazados por algún grave peligro.

Asentí. Era fácil seguir el hilo del razonamiento.

—Sí. Eso me parece razonable.

—Y entonces míster Glossop se apresurará a salvar a miss Angela, mientras que míster Fink-Nottle procederá de la misma manera con respecto a miss Bassett.

—¿Está eso basado en la psicología?

—Sí, señor. Puede que recuerde usted que éste era un axioma del difunto detective, creado por sir Conan Doyle, Sherlock Holmes: «El instinto de cada uno en

el momento de alarma por incendio es el de salvar el objeto más querido».

—Temo que corramos el gran peligro de que Tuppy se escape con un pastel de riñones. Pero resuma, Jeeves, resuma. ¿Cree que eso lo arreglará todo?

—Las relaciones entre las dos parejas deberían, sin duda, restablecerse en semejante ocasión, señor.

—Puede que tenga razón. Pero si nos ponemos a tocar la campana de alarma durante la noche, asustaremos a todo el servicio. Hay una doncella (Jane, me parece) que ya salta hasta el techo si me la encuentro inesperadamente.

—Es una neurótica, señor. La he observado. Pero actuando rápidamente podremos evitar cualquier incidente. Todo el servicio, salvo monsieur Anatole, está en el baile de Kingham Manor esta noche.

—Es verdad. Eso le demuestra a qué condiciones estoy reducido. Dentro de poco olvidaré incluso mi nombre. Bueno, veamos. «¡Bong!» hace la campana. Gussie corre y agarra a la Bassett. Aguarde. ¿Y ella no podría sencillamente bajar las escaleras?

—Usted no toma en consideración el efecto de una alarma repentina sobre el temperamento femenino, señor.

—Es cierto.

—Supongo que el impulso de miss Bassett será el de tirarse por la ventana.

—¡Oh, eso sería una catástrofe! No quisiera que acabase como un puré sobre el césped. Me parece que el punto flaco de su proyecto, Jeeves, radica en que acabaremos sembrando el jardín de cadáveres mutilados.

—No, señor. Sin duda recordará usted que el temor de míster Travers hacia los ladrones le indujo a poner gruesos barrotes en todas las ventanas.

—¡Oh, claro, es verdad! Me parece que todo está bien —dije, aunque todavía algo dudoso—. Puede que tenga éxito. Pero presiento que algo saldrá mal, si bien no estoy en condiciones de buscarle cinco pies al gato. Adoptaré su plan, Jeeves, aunque, lo repito, con algún titubeo. ¿A qué hora sugeriría que tocara la campana?

—No antes de medianoche, señor.

—Es decir, un poco después.

—Sí, señor.

—De acuerdo. Tocaré la campana a las doce treinta en punto.

—Perfectamente, señor.

XXII

No sé por qué el campo, por la noche, tiene algo que me produce un efecto extraño. En Londres puedo quedarme afuera a todas horas y volver a casa por la mañana, con el lechero, sin experimentar temor ninguno; pero, pónganme en un jardín, en una casa de campo, cuando todos se han retirado y la puerta está cerrada, y se me pone la carne de gallina. El viento nocturno agita las copas de los árboles, las ramitas crujen, los matorrales murmullan y, antes de darme cuenta, mi moral está por los suelos y espero que un espectro familiar surja en pos de mí, gimiendo.

Es algo malditamente desagradable, y se engañan ustedes si creen que arreglará las cosas el hecho de saber que dentro de poco habrán de tocar la campana de alarma contra incendios más sonora de toda Inglaterra, y lanzar un «¡Todos a las bombas!» en aquella tranquila y oscura casa.

Conocía muy bien la campana de alarma de Brinkley Court. Hace un ruido infernal. Tío Tom, además de temer a los ladrones, siempre odió la perspectiva de ser asado durante el sueño. Por consiguiente, cuando compró aquella propiedad, hizo instalar una campana de alarma, para casos de incendio, capaz de producir un ataque al corazón a quien la oyese, y que de ningún modo pudiera confundirse con el gorjear de un pájaro entre la hiedra.

Cuando era niño y pasaba las vacaciones en Brinkley, hubo algunas alarmas por incendio durante la noche, y muchas veces me habían arrancado de mis sueños como si fuesen la trompeta del Juicio Final.

Confieso que esta relación con el pasado y el recuerdo de lo que podía hacer dicha campana, una vez puesta en movimiento, me hizo titubear aquella noche, a las doce treinta, al entrar en el recinto en que estaba colocada. El mero hecho de ver la cuerda contra la pared blanqueada, y la idea del terrible ruido que iba a destruir la paz de la noche, contribuyeron a aumentar las extrañas sensaciones que he referido.

Sin contar con que, después de haber tenido tiempo para meditar, me sentía más derrotista que nunca respecto al proyecto de Jeeves.

Estaba seguro él de que Gussie y Tuppy, frente a un terrible peligro, no tendrían otra idea que la de salvar a miss Bassett y a Angela, respectivamente.

No lograba yo compartir esa alegre confianza.

Sé perfectamente lo que pueden trastornar a un individuo esos momentos en que nos enfrentamos con un terrible destino. Freddie Widgeon, uno de los más caballerosos socios de Los Zánganos me contó que una vez hubo una alarma por incendio en el hotel de la costa en que residía y que, en vez de acudir a salvar a las mujeres, él, después de diez segundos, traspuso el umbral de la salida de seguridad con una única idea: la de atender a la salvación de Freddie Widgeon.

Para salvar al prójimo, se limitó a situarse debajo de las ventanas y acoger en una

sábana a los que se tiraban. ¿Y no podría suceder lo mismo con Fink-Nottle y Glossop?

Estas eran mis cavilaciones, mientras jugueteaba con la cuerda, y quizá habría renunciado a tirar de ella, de no haberme pasado por la mente la visión de miss Bassett, que oiría la campana por vez primera. Siendo una experiencia completamente nueva para ella, era posible que sintiese un susto mortal, y esta idea me alegró tanto que no esperé más; agarré la cuerda, afiancé los pies en tierra y tiré.

Como he dicho, ya sabía de lo que era capaz la campana. La última vez que la oí, me hallaba en mi habitación, al otro extremo de la casa. No obstante, me hizo saltar de la cama, como si algo hubiese explotado debajo de mí. Ahora, al hallarme tan cerca, su sonido me alcanzó con toda su fuerza y su eficacia. Jamás en mi vida había oído nada semejante.

En general me agrada un poco de ruido. Recuerdo que Catsmeat Potter-Pirbright llevó una noche a Los Zánganos un silbato de policía, y lo hizo sonar precisamente detrás de mi silla. Permanecí impasible, cerrando los ojos con una suave sonrisa como si hubiese estado en el palco de un teatro. Y lo mismo sucedió cuando el hijo de tía Agatha, el joven Thos, acercó una cerilla a un paquete de fuegos artificiales para ver qué sucedía.

Pero la campana de Brinkley Court fue demasiado para mí. Tiré de la cuerda media docena de veces; luego, suponiendo que sería suficiente, corrí ante la fachada de la casa para comprobar los sólidos resultados obtenidos.

Brinkley Court realizó todo lo que debía hacer en tan corto espacio de tiempo. Una mirada fue suficiente para darme la certeza. La vista percibía a tío Tom, en batín color púrpura, y a tía Dahlia con su acostumbrada bata amarillo-azul. También vi a Anatole, Tuppy, Gussie, Angela, la Bassett y Jeeves, en el orden que acabo de nombrar. Estaban todos presentes: tranquilos, correctos. Pero me preocupó no ver señal alguna de tentativa de salvamento.

Había esperado ver en un rincón a Tuppy amorosamente inclinado hacia Angela, mientras, en otro, Gussie, con un pañuelo, abanicaba a la Bassett. Por el contrario, ésta formaba parte del grupo constituido por tía Dahlia y tío Tom, y parecía ocupada en hacerle ver a Anatole el lado alegre del asunto, mientras Angela y Gussie estaban, una apoyada en el reloj de sol con aspecto malhumorado, y el otro sentado en tierra frotándose una pierna. Tuppy paseaba arriba y abajo, completamente solo.

Admitirán que era un cuadro desconcertante. Con un gesto imperativo llamé a Jeeves.

—¿Jeeves?

—¿Señor?

Le miré severamente. «¿Señor?». ¿Todavía?

—Es inútil que diga «¿Señor?», Jeeves. Mire en derredor. Su plan ha resultado un

fracaso.

—Desde luego; parece que las cosas no han salido como nosotros deseábamos, señor.

—¿Nosotros?

—Como yo deseaba, señor.

—Eso está mejor. ¿No le dije que resultaría un fracaso?

—Recuerdo que tenía usted esa duda, señor.

—Duda no es la palabra adecuada, Jeeves. Nunca tuve confianza en ese plan, desde el comienzo. Cuando lo mencionó por primera vez, le dije que era absurdo, y llevaba razón. No se lo reprocho, Jeeves. No tiene la culpa si ha agotado la materia de su cerebro. Pero después de esto, y perdóneme, Jeeves, si hiero su susceptibilidad, no le confiaré más que los problemas sencillos y elementales. Vale más ser sinceros, ¿no le parece? ¿No es más amable ser francos y decir las cosas tal como son?

—Desde luego, señor.

—Quiero decir: utilizar el bisturí del cirujano. ¿No es verdad?

—Exacto, señor.

—Considero…

—Si me permite una interrupción, señor, quisiera decirle que, según parece, mistress Travers desea llamar su atención.

En aquel momento un retumbante «¡Hey!» que sólo podía proceder de la pariente de que se hablaba ratificó las palabras de Jeeves.

—Ven aquí un momento, Atila, si no te disgusta —tronó la conocida (y en ciertos momentos amada) voz, y me acerqué.

No me sentía completamente a mis anchas. Me percataba, por vez primera, de que no había preparado un cuento para justificar mi acción de tocar, en aquella hora, la campana de alarma contra incendios, y tenía la experiencia de que otras provocaciones mucho menos graves habían permitido a tía Dahlia desahogarse con absoluta libertad de expresión.

Ningún signo de violencia asomaba ahora en ella. Tenía, al contrario, una helada calma —si así puedo llamarla— y se comprendía que era una mujer que había sufrido.

—Bien, Bertie, querido, aquí estamos.

—Ya —dije cauteloso.

—¿No falta nadie?

—Creo que no.

—Perfectamente. Es más sano para nosotros respirar el aire libre que revolvernos en nuestros lechos. Me había acostado cuando tú empezaste la representación, tocando la campana. Porque fuiste tú, mi querido niño, quien la tocó, ¿verdad?

—Sí. Toqué la campana.

—¿Por alguna razón especial o por un simple caprichito?

—Me pareció que había un incendio.

—¿Y qué te dio esa impresión, querido?

—Me pareció ver unas llamas.

—¿Dónde, querido? Díselo a tía Dahlia.

—En una de las ventanas.

—Comprendo. Así que todos hemos sido asustados y sacudidos de nuestras camas porque tú has tenido visiones.

Aquí tío Tom silbó, produciendo un rumor parecido al del corcho que salta de una botella, y Anatole, cuyos bigotes colgaban hacia abajo más que nunca, dijo algo referente a «unos simios» y luego, si no me equivoco, aludió a un *«rogom-mier»*[2], sea esto lo que fuere.

—Admito haberme engañado. Lo siento.

—No te excuses, encanto. ¿Ves qué contentos estamos todos? ¿Qué hacías aquí fuera?

—Daba un paseo.

—Comprendo. ¿Y albergas la intención de prolongarlo?

—No. Ahora voy a entrar.

—Perfectamente. Porque pensaba entrar también yo y no habría podido dormir sabiendo que estabas fuera y en libertad para desarrollar alguna de tus poderosas fantasías. Puede que dentro de poco te parezca ver un elefantito sentado en el alféizar de la ventana del salón, y empieces a tirarle piedras… Bueno, vamos, Tom. Parece que la diversión ha concluido… Pero, aguarda, el Rey de las Salamandras desea hablar… Diga, míster Fink-Nottle.

Gussie alcanzaba nuestro grupo con expresión intranquila.

—Pero digo yo…

—Diga, Augustus.

—Digo yo: ¿qué hacemos?

—Por mi parte, me vuelvo a la cama.

—Pero la puerta está cerrada.

—¿Qué puerta?

—La principal. Alguien debe haberla cerrado.

—Entonces la abriré.

—¡Pero si no se puede abrir!

—Entonces pasaremos por otra.

—También las otras están cerradas.

—¿Qué? ¿Quién las cerró?

—No lo sé.

Anticipé una hipótesis.

—¿El viento?

La mirada de tía Dahlia se encontró con la mía.

—No me tientes demasiado —suplicó—. En este momento no, amor mío.

Y, efectivamente, mientras hablaba me di cuenta de que el aire estaba tranquilo de un modo absoluto.

Tío Tom dijo que podíamos entrar por una ventana, pero tía Dahlia suspiró.

—¿Y cómo? ¿Podría hacerlo Lloyd George, podría hacerlo Winston, podría Baldwin? No, porque pusiste aquellos barrotes.

—Bien, bien, bien. ¡Que Dios te bendiga, toca el timbre, pues!

—¿El timbre de alarma?

—El de la puerta.

—Y ¿para qué, Thomas? No hay nadie en casa. Todo el servicio está en Kingham.

—Pero ¡diantre! ¡No podemos quedarnos aquí toda la noche!

—¿Que no podernos? Míranos. No hay nada, absolutamente nada que no se pueda hacer en una reunión de campo si hay un Afila que maniobra entre bastidores. Probablemente Seppings se ha llevado la llave de la puerta de servicio. Nos divertiremos entre nosotros hasta que vuelva.

—¿Por qué no cogemos un coche para ir a Kingham y decirle a Seppings que nos dé la llave? —propuso Tuppy.

Perfecto. Aceptado sin discusión. Por vez primera una sonrisa iluminó el cansado rostro de tía Dahlia. Tío Tom emitió un gruñido de aprobación. Anatole dijo algo en provenzal que se me antojó un cumplido. Y me pareció notar que la faz mohína de Angela se aclaraba ligeramente.

—Excelente idea —dijo tía Dahlia—. Vaya en seguida al garaje a coger un coche.

Cuando Tuppy se hubo alejado, todos prodigaron alabanzas sobre su inteligencia y sus recursos, y hubo cierta tendencia a establecer odiosas comparaciones entre él y Bertram. Muy lamentable para mí, naturalmente, pero aquello duró poco tiempo. No habían transcurrido cinco minutos, cuando ya estaba de vuelta entre nosotros.

Parecía desconcertado.

—Nada que hacer.

—¿Por qué?

—El garaje está cerrado.

—Ábralo.

—No tengo la llave.

—Grite y despierte a Waterbury.

—¿A quién?

—Al chófer, burro. Duerme encima del garaje.

—¡Pero si se ha ido al baile de Kingham!

Fue la bomba final. Hasta aquel momento tía Dahlia había sido capaz de

conservar su helada calma. Ahora la bomba estalló. Los años se alejaron de ella volando, y volvió a ser la Dahlia Wooster de antaño, la emotiva muchacha de franco lenguaje que tan a menudo se erguía sobre los estribos para lanzar despectivas observaciones a los conductores de las traíllas.

—¡Al diablo los chóferes bailarines! ¿Para qué diantre irá a bailar un chófer? ¡A mí no me agradó ya ese hombre desde el principio! Algo me decía que era un bailarín. ¡Bueno! Ahora estamos bien arreglados de veras. Nos quedaremos aquí hasta la hora del desayuno. Si esas condenadas personas volvieran antes de las ocho, quedaría sumamente sorprendida. No se puede alejar a Seppings de un baile sino arrastrándole a viva fuerza. Le conozco. El jazz se le subirá a la cabeza y continuará batiendo palmas para pedir bises hasta que se le desuellen las manos. ¡Al infierno los camareros bailarines! ¿Qué es Brinkley Court? ¿Una respetable mansión de campo o una descarada escuela de baile? ¡Lo mismo podríamos tomar parte en un ballet ruso! Bueno. Si hemos de quedarnos aquí, nos quedaremos. Y nos helaremos todos. Salvo —y me lanzó una mirada que distaba mucho de ser amistosa—, salvo nuestro querido, viejo Atila, que, por lo que veo, está completa y ampliamente vestido. Nos resignaremos a morirnos de frío como los niños del bosque, en el cuento, manifestando sólo, cuando estemos moribundos, el deseo de que el viejo amigo Atila se cuide de cubrirnos de hojas. Sin duda querrá también, como signo de respeto, hacer doblar la famosa campana, la campana de alarma… ¿Verdad que lo harás, buen hombre?

Se interrumpió y miró atentamente a Jeeves. Durante la última parte de su discurso había permanecido al lado de ella, en actitud respetuosa, procurando atraer su atención.

—Si pudiera permitirme sugerir algo, señora…

No puedo decir que siempre haya mirado con aprobación a Jeeves durante el tiempo que duran nuestras relaciones. Hay aspectos de su carácter que han provocado, frecuentemente, cierta frialdad entre nosotros. Es uno de esos tipos que, como suele decirse, si les das la mano se toman el brazo. Su trabajo es, de cuando en cuando, algo descuidado y sé que ha aludido a mí como a alguien «mentalmente insignificante». Más de una vez, como he dicho, he tenido que frenar en él cierta tendencia a ser prepotente y a tratar a su joven amo como a un siervo de la gleba.

Estos son graves defectos.

Pero una cosa he de reconocer. Es magnético. Hay algo en él que parece calmar y que hipnotiza. Jamás se ha encontrado, que yo sepa, con un rinoceronte enfurecido, pero si eso sucediera, estoy seguro de que el animal, al encontrar sus ojos, se detendría a mitad de camino, se tumbaría con las patas al aire y comenzaría a ronronear.

De todos modos, en menos de cinco segundos logró calmar a tía Dahlia, el ser que

más se parecía al rinoceronte. No había necesitado más que permanecer allí, respetuosamente, y, aunque no tuviese un cronómetro para comprobar exactamente el tiempo, podría asegurar que bastaron tres segundos y medio para que los modales de ella mejoraran ostensiblemente. Ablandábase a simple vista.

—Jeeves, ¡no irá a decirme que tiene una idea!

—Sí, señora.

—¿Su gran cerebro ha respondido, como de costumbre, en el momento de la necesidad?

—Sí, señora.

—Jeeves —dijo tía Dahlia con temblorosa voz—, siento haber hablado un tanto bruscamente. Estaba fuera de mí. Debía haber comprendido que usted no tenía como único fin el darnos conversación. Díganos su idea, Jeeves. Únase a nuestro grupito de pensadores y díganos cuanto tenga que decirnos. Póngase a sus anchas, Jeeves, y díganos una buena palabra. ¿Puede realmente sacarnos de este embrollo?

—Sí, señora, si uno de los caballeros quisiera montar en bicicleta.

—¿En bicicleta?

—En el huerto, en la barraca del jardinero, hay una bicicleta. Puede que uno de los caballeros esté dispuesto a ir a Kingham Manor y pedirle la llave de la puerta de servicio a míster Seppings.

—¡Espléndido, Jeeves!

—Gracias, señora.

—¡Maravilloso!

—Gracias, señora.

—¡Atila! —gritó tía Dahlia, volviéndose hacia mí y hablándome en un tono tranquilo y autoritario.

Lo esperaba. En el mismísimo instante en que las imprudentes palabras salían de la boca de aquel hombre, había tenido el presentimiento de que la víctima sería yo, y habíame preparado para afrontar el peligro.

Y mientras iba a hacerlo, recogiendo toda mi elocuencia para argüir que no sabía montar en bicicleta ni podía, a buen seguro, aprender en el corto plazo que se necesitaba, aquel desalmado se me anticipó.

—Sí, señora. Míster Wooster es la persona más indicada para esta tarea. Es un ciclista experimentado. A menudo me ha referido sus triunfos en este deporte.

Nada más falso. Jamás había dicho nada semejante. Es sencillamente monstruoso comprobar lo alteradas que pueden ser las palabras de uno. A lo sumo le había mencionado —de manera casual, a título de interesante información, un día en Nueva York, mientras ambos presenciábamos una carrera de bicicletas de seis días— que a la edad de catorce años, durante mis vacaciones en casa de cierto cura que debía enseñarme latín, gané la competición de la escuela local.

¡Es algo muy diferente de jactarse de triunfos en el ciclismo!

El era un hombre de mundo y debía saber que las competiciones de las escuelas nunca son muy importantes. Y, si no me equivoco, incluso le había especificado que en aquella ocasión gané por medio cuerpo de ventaja y que Willie Punting, el favorito, para quien todos suponían que la carrera habría de resultar un juego, se retiró, porque había cogido la bicicleta de su hermano mayor sin pedirle permiso y éste, llegando en el momento de la partida, le dio una zurra y se llevó la máquina, impidiéndole así tomar parte en la carrera. Y en cambio, oyendo a Jeeves, parecía que yo fuese uno de esos fulanos en camiseta cuyas fotos aparecen de cuando en cuando en las revistas con motivo de las carreras desde Hyde Park Corner a Glasgow, ganando por tres segundos de ventaja o algo parecido.

Y, por si no fuera bastante, también a Tuppy se le ocurrió abrir el pico.

—Eso es cierto —dijo—. Bertie siempre fue un gran ciclista. Recuerdo que en Oxford, en las noches de juerga, tenía la costumbre de quitarse toda la ropa y dar rápidas vueltas en bicicleta cantando canciones humorísticas. ¡Y realmente iba rápido!

—Pues también ahora podrá ir rápido —dijo tía Dahlia con animación—. Y también puede cantar canciones, si se le antoja… Y si quieres quitarte la ropa, querido Bertie, puedes hacerlo. Pero, vestido o desnudo, cantando canciones o no, ve aprisa.

Se me ocurrió algo.

—Hace años que no monto en bicicleta.

—Pues ya es hora de que comiences de nuevo.

—Probablemente lo habré olvidado.

—Lo recordarás en seguida, después de una caída o dos. Probar y caerse es la única manera.

—Pero hay muchos kilómetros de aquí a Kingham.

—Entonces, cuanto más pronto te marches, mejor será.

—Pero…

—Bertie, querido.

—¡Pero diantre!…

—Bertie, queridísimo.

—Sí, pero ¡demonios!

—Bertie, vida mía.

Y así fue decidido. Me encaminé en la oscuridad, con Jeeves a mi lado, mientras tía Dahlia me gritaba algo desde atrás, comparándome al hombre que lleva las buenas noticias desde Aix a Ghent. Era la primera vez que oía nombrar a ese tipo.

—Bueno, Jeeves —dije amargamente cuando llegamos a la barraca—, aquí tiene el resultado de su gran esquema. Tuppy, Angela, Gussie y la Bassett no se hablan, y

yo tengo la perspectiva de una carrera de doce kilómetros…

—Catorce, señor.

—… una carrera de catorce kilómetros para ir y otro tanto para volver.

—Lo siento, señor.

—Es inútil que lo sienta ahora. ¿Dónde está ese terremoto?

—En seguida le traigo la bicicleta, señor.

La sacó de la barraca y yo la miré intranquilo.

—¿Dónde está el faro?

—Me temo que no lo haya, señor.

—¿No hay faro?

—No, señor.

—Pero puede pasarme cualquier cosa, sin faro. Imagínese que me tropiezo con algo.

Me interrumpí y le miré fríamente.

—Se sonríe usted, Jeeves. ¿Le divierte la idea?

—Le pido perdón, señor. Estaba pensando en un relato que me contaba mi tío Cyril cuando yo era niño. Una historia absurda, señor, a pesar de que tengo que confesar que siempre la encontré divertida. Según mi tío Cyril, dos hombres, llamados el uno Nicholls y el otro Jackson, partieron para ir de excursión a Brighton en tándem y fueron tan desgraciados que chocaron contra el carro de un cervecero. Y cuando el grupo de socorro acudió al lugar del desastre, se dieron cuenta de que los dos habían sido lanzados el uno contra el otro con tanta fuerza que resultaba imposible separarlos de un modo conveniente. El ojo más experimentado no lograba distinguir cuáles eran los fragmentos de Nicholls y cuáles los de Jackson. Entonces recogieron todo lo que fue posible y dieron a aquellos restos el nombre de Nixon. Recuerdo haber reído mucho cuando niño con esta historia, señor.

Necesité unos momentos para lograr dominar mis sentimientos.

—¿Ah, sí, eh?

—Sí, señor.

—¿La encontraba muy cómica?

—Sí, señor.

—¿Y también su tío Cyril?

—Sí, señor.

—¡Válgame Dios, qué familia! La próxima vez que vea a su tío Cyril, Jeeves, puede decirle de parte mía que tiene un sentido del humor morboso y antipático.

—Murió, señor.

—Gracias al cielo… Bueno, déme esa dichosa bicicleta.

—Perfectamente, señor.

—¿Están hinchados los neumáticos?

—Sí, señor.

—¿El sillín está en su sitio, los frenos en orden?

—Sí, señor.

—De acuerdo, Jeeves.

He de reconocer que había cierta dosis de verdad en la afirmación de Tuppy de que en Oxford era yo conocido por ir en bicicleta, desnudo, alrededor del patio de nuestro colegio. Pero, aunque había expuesto correctamente los hechos, se calló que, en aquellas circunstancias, estaba yo invariablemente en condiciones algo fuera de lo usual, y que un individuo en tal estado es capaz de ciertas proezas ante las cuales el razonamiento se rebelaría en momentos más tranquilos.

Creo que, por el estímulo del líquido, ha habido incluso quien ha cabalgado sobre un caimán.

Ahora, en cambio, mientras me disponía a pedalear por el vasto mundo, fríamente sobrio, me faltaba por completo el antiguo entusiasmo. Mi cerebro trabajaba sin descanso sobre tristes argumentos, y todas las narraciones que me fueron hechas a propósito de graves incidentes ciclísticos acudían a mi memoria capitaneadas por la alegre anécdota de tío Cyril sobre Nicholls y Jackson.

Procediendo a tientas en la oscuridad, procuraba inútilmente comprender la mentalidad de hombres como el tío de Jeeves. No lograba en modo alguno entender qué podía encontrar de divertido en un accidente que, aparentemente, llevaba a la destrucción completa de una criatura humana o, mejor dicho, de dos medias criaturas humanas. Para mí la cosa era una tragedia de las más tristes que me han sido narradas, y no dudo de que habría continuado pensando en ella por largo tiempo, si no me hubiese distraído la necesidad de hacer un violento zigzag para soslayar a un cerdo que estaba en la carretera.

En un principio pareció que iba a suceder algo semejante al asunto Nicholls-Jackson, pero luego mi viraje, combinado con otro hábil viraje del cerdo, salvó la situación, de modo que continué el camino sano y salvo, pero con el corazón bailoteándome en el pecho.

El efecto que me produjo el peligro de que me había librado fue una violenta sacudida a los nervios. El hecho de que los cerditos se pasearan durante la noche me reveló rápidamente los peligros de mi cometido. Comencé a pensar en todo lo que le podía suceder a un hombre que corriese en la oscuridad sobre una bicicleta sin faro. En especial recordé que un amigo aseveraba que, en algunas localidades campestres, las cabras estaban acostumbradas a invadir la carretera, formando una larga cadena que se convertía en la trampa más certera que quepa imaginar.

También me había hablado de un conocido suyo que se encontró con su máquina envuelto por una de esas cadenas y fue arrastrado once kilómetros —como un esquiador en Suiza— de tal modo que desde entonces ya no fue el mismo. Y también

me contaron que otro topó contra un elefante huido de un circo.

En suma, excepto la posibilidad de ser mordido por un tiburón, examinándolo todo, me parecía que no había ningún peligro, por terrible que fuese, que no pudiese amenazar a un individuo que había dejado que sus queridos parientes se impusieran a la razón, lanzándole a lo desconocido en una bicicleta. Y no me avergüenza confesar que mi aprensión aumentó de modo harto notable, después de estas reflexiones.

Sin embargo, respecto a las cabras y a los elefantes, el asunto marchó estupendamente bien.

Les extrañará que lo diga, pero no encontré ni a las unas ni a los otros. Pero eso es lo único bueno que puedo decir, porque, en cuanto a lo demás, las cosas no podían salir peor.

Además de la angustia de estar ojo avizor a causa de los elefantes, respingué violentamente al oír ladrar unos perros, y experimenté una fuerte y desagradable impresión una vez que, al apearme para mirar un poste indicador, vi encaramada sobre él a una lechuza que se asemejaba de modo extraordinario a mi tía Agatha. Y mi mente quedo tan trastornada que, de momento, pensé que se trataba realmente de tía Agatha, y sólo cuando la razón y la reflexión me recordaron que era contrario a sus costumbres encaramarse sobre los postes indicadores y sentarse allí, puede recobrarme y vencer mis aprensiones.

En fin, todas estas perturbaciones intelectuales unidas a los sufrimientos físicos en la parte redonda del cuerpo, en las pantorrillas y en los tobillos, hicieron que el Bertram Wooster que llegó a Kingham Manor fuese muy distinto del alegre y desenvuelto *boulevardier* de Bond Street y de Piccadilly.

Incluso una persona ignorante de los hechos hubiera visto en seguida que Kingham Manor estaba aquella noche en plena efervescencia. Las ventanas brillaban iluminadas, el aire estaba lleno de música, y mientras me aproximaba podía percibir el arrastrar de pies de mayordomos, camareros, chóferes, camareras, doncellas, lacayos y, sin duda, cocineros, que marcaban enérgicamente el compás. Creo poder resumir diciendo que la diversión era la reina de la noche.

La orgía se celebraba en una sala del piso bajo que tenía unas puertaventanas, hacia las cuales me dirigí. Una orquesta estaba tocando algo muy vivaz y creo que en otras circunstancias no habría dejado de marcar el compás con mis pies, pero debía hacer algo mucho más importante que patalear en el suelo por mi cuenta.

Necesitaba la llave de la puerta, y la quería en seguida.

Examinando a la muchedumbre me pareció difícil, de momento, descubrir a Seppings; finalmente, se presentó a mi vista, mientras estaba ejercitando sus habilidades en el centro de la sala. Un par de veces grité: «¡Eh, Seppings!», pero él estaba demasiado absorto en su ocupación para hacerme caso, y sólo cuando los torbellinos de la danza le llevaron por mis cercanías, pude, con un golpe en las

costillas, atraer su atención.

La inesperada caricia le hizo dar un pisotón a su compañera, y él se volvió hacia mí con acentuada severidad. No obstante, cuando reconoció a Bertram, su frialdad se esfumó, dando paso a la extrañeza.

—¡Míster Wooster!

No estaba en condiciones de perder tiempo en charlas.

—¡Menos míster Wooster y más llave! —dije severamente—. Déme la llave de la puerta de servicio, Seppings.

Pareció no comprender el sentido de mis palabras.

—¿La llave de la puerta de servicio, señor?

—Exacto. La llave de la puerta de servicio de Brinkley Court.

—¡Pero si está en Brinkley Court, señor!

—No diga idioteces, buen hombre —dije—. No he hecho catorce kilómetros en bicicleta para escuchar chistes. Debe de tenerla en el bolsillo del pantalón.

—No, señor. Se la dejé a míster Jeeves.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Antes de marcharme. Míster Jeeves dijo que deseaba dar un paseo por el jardín antes de ir a descansar. Tenía que dejarla luego sobre el alféizar de la ventana de la cocina.

Le miré enmudecido. Su pupila estaba límpida, su mano segura. No tenía el aspecto de haber empinado el codo.

—¿Quiere decir que durante todo este tiempo la llave ha estado en poder de Jeeves?

—Sí, señor.

No podía pronunciar palabra. La emoción me había privado de la voz. Estaba pasmado y fuera de mí, pero a mi modo de ver había una cosa de la que no podía dudar. Por alguna razón que no lograba explicarme, pero que pondría en claro en cuanto superara los catorce kilómetros de carretera desierta sobre aquella condenada bicicleta, Jeeves me había jugado una mala pasada. El, que podía salvar en un momento la situación, había permitido que tía Dahlia y los demás temblaran de frío, en *déshabillé*, al aire libre, y, lo que aún era peor, habla presenciado con toda calma el espectáculo de su joven señor que partía para una inútil excursión de veintiocho kilómetros en bicicleta.

No acertaba a comprender que precisamente él hiciera una cosa semejante. Si hubiera sido su tío Cyril sí. Con su estrafalario sentido del humor, tío Cyril habría sido capaz de una acción semejante. ¡Pero Jeeves…!

Volví a montar en la bicicleta y emprendí el viaje de regreso, ahogando un grito de agonía que me subió a los labios al ponerse en contacto con el rudo cuero la parte martirizada de mi persona.

XXIII

Recuerdo que en una ocasión Jeeves dijo (ya no sé por qué razón, puede que por decir algo, como hace a veces) que no hay furia infernal que se pueda parangonar a una mujer burlada. Hasta aquella noche siempre había compartido su opinión. Yo nunca me había burlado de una mujer, pero Pongo Twistleton una vez escarneció a su tía negándose del modo más absoluto a ir a recibir a su hijo Gerald en Paddington para almorzar con él y despedirle cuando partiera hacia la escuela en Waterloo. Y el asunto nunca quedó zanjado. Fueron escritas cartas increíblemente ofensivas. Fueron cursados incluso dos violentos telegramas y enviada una tarjeta postal atroz con una vista del Little Chilbury War Memorial.

Como he dicho, hasta aquella noche nunca había puesto en duda la verdad de tal afirmación. También yo era de la opinión de que, ante la gravedad de las consecuencias que pudiera acarrear mofarse de una mujer, todo lo demás ya no tenía importancia. Pero aquella noche cambié de parecer. Si quieren saber lo que el infierno puede producir realmente en calidad de furias, busquen al individuo obligado a dar un largo e inútil paseo en bicicleta, sin faro.

Fíjense en la palabra «inútil». Era la auténtica espina en el corazón. Si se hubiese tratado de salvar a un niño que tiene la difteria, o de ir a la taberna a buscar refuerzos cuando la bodega estuviese vacía, nadie habría saltado sobre el sillín con mayor velocidad que yo. Absolutamente un joven Lochinvar. Pero ser enviado de paseo sólo para contentar el morboso deseo de diversión de mi propio ayuda de cámara era demasiado grave, y hervía yo de pies a cabeza.

Así, aunque la providencia que protege a las personas buenas vigilase para que yo hiciera el viaje de regreso ileso —salvo en las regiones posteriores— y no encontrara ni cabras, ni elefantes, ni siquiera lechuzas semejantes a tía Agatha, fue un enfurruñado y bilioso Bertram el que descendió finalmente ante la puerta de entrada de Brinkley Court. Y cuando vi a una oscura figura surgir del porche y venir a mi encuentro, me dispuse a dejar que estallase todo el rencor acumulado dentro de mí durante el camino.

—Jeeves —dije.

—Soy yo, Bertie.

La voz que hablaba tenía un tono que definí como cariñoso, y aunque no la reconocí en seguida como la de miss Bassett, sin embargo comprendí inmediatamente que no procedía del hombre que deseaba encontrar. Porque la figura que hallábase ante mí llevaba un sencillo traje de lana y había usado mi nombre en la frase que me dirigió. Y Jeeves, cualesquiera que fuesen sus defectos morales, no se paseaba vestido de mujer ni me llamaba «Bertie».

Madeline Bassett era la única persona, naturalmente, a la que no hubiese deseado

encontrar después de una larga noche sobre el sillín, pero me expresé con un amable:

—¡Hola!

Hubo una pausa que empleé en dar masaje a las pantorrillas (las mías, por supuesto).

—¿Ha entrado, pues? —dije, aludiendo al cambio de ropa.

—¡Oh, sí! Aproximadamente un cuarto de hora después de su marcha, Jeeves, buscando por todas partes, halló la llave de la puerta de servicio sobre el antepecho de la ventana de la cocina.

—¡Ah!

—¿Qué?

—Nada.

—Me pareció que había dicho algo.

—No, nada.

Y continué sin decir nada. Porque, como de costumbre, cuando aquella muchacha y yo nos encontrábamos juntos, la conversación decaía. La brisa nocturna murmuraba, pero la Bassett no. Un pajarito gorjeó, pero ningún otro gorjeo salió de la garganta de Bertram. Era realmente extraño hasta qué punto su presencia bastaba para poner en fuga todas las palabras que pudieran salir de mis labios; y, por lo demás, verme a mí le producía a ella el mismo efecto. Comenzaba a imaginar que nuestra vida conyugal se parecería a veinte años pasados entre los cartujos.

—¿Ha visto a Jeeves por algún sitio? —pregunté finalmente, haciendo un esfuerzo.

—Sí, está en el comedor.

—¿En el comedor?

—Sí, está sirviendo a todos. Comen jamón y huevos, y beben champán… ¿Qué ha dicho?

No había dicho nada. Me había limitado a resoplar. Había algo que me hería como una flecha envenenada en el hecho de que aquella gente tomase tranquilamente una cena fría mientras ignoraban si yo era arrastrado en la campiña por algún rebaño de cabras o si me estaba masticando algún elefante. Era uno de esos hechos que se cuentan como sucedidos antes de la Revolución francesa… Los soberbios nobles en sus castillos bebiendo y regocijándose, mientras los desgraciados, afuera, sufrían horribles privaciones.

La voz de la Bassett interrumpió estas amargas reflexiones.

—Bertie.

—Hola.

Silencio.

—Hola —dije de nuevo.

Ninguna respuesta. Parecía una de esas conversaciones telefónicas en las cuales, a

un extremo del hilo, ustedes continúan diciendo «¡Diga!, ¡diga!», sin saber que el que está al otro lado ha decidido irse a tomar el té.

Súbitamente, ella volvió a la superficie.

—Bertie —dijo—, he de decirle algo.

—¿Qué?

—He de decirle algo.

—Lo sé. He dicho «¿qué?».

—¡Oh! Creí que no había oído lo que he dicho.

—Sí, he oído perfectamente lo que ha dicho, pero no lo que quiere decirme.

—¡Oh, comprendo!

—De acuerdo.

Eso, por lo menos, había sido puesto en claro. Pero, en vez de continuar, se concedió más tiempo. Permaneció erguida ante mí, enlazando los dedos y restregando la tierra con un pie. Cuando finalmente habló, fue para pronunciar una frase impresionante.

—Bertie, ¿lee usted a Tennyson?

—Si puedo evitarlo, no.

—¡Me recuerda usted tanto a los caballeros de la Tabla Redonda en los *Idilios del Rey*!

Naturalmente, había oído hablar de ello… Lancelot, Galahad y compañía, pero no hallaba la semejanza. Me parecía que debía de estar pensando en un tipo totalmente distinto de personas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tiene un gran corazón, una bella alma. Es usted tan generoso, altruista, caballeroso… Siempre estuve segura de que era usted uno de los pocos hombres caballerosos que se encuentran.

Resulta muy difícil acertar algo que decir, cuando alguien le lisonjea a uno de esa manera. Murmuré un «¿Ah, sí?», o algo semejante y me froté las regiones posteriores con cierto disimulo. Hubo otro silencio interrumpido sólo por un gemido, cuando froté un poco más fuerte.

—Bertie.

—¡Hola!

La oí tragar saliva.

—Bertie, ¿será caballeroso ahora?

—Claro. Encantado. ¿Qué quiere decir?

—Estoy a punto de ponerle a prueba, hasta el límite, como pocos hombres fueron puestos a prueba. Estoy…

Todo aquello no me agradaba.

—Bueno… —dije vacilando—, siempre encantado de complacerla. Pero, ¿sabe?,

he hecho una espantosa carrera en bicicleta y estoy algo cansado y dolorido, especialmente en…, en fin…, algo cansado y dolorido. Si necesita que suba a buscarle algo…

—No, no; no me comprende.

—No, realmente.

—¡Oh, es tan difícil…! ¿Cómo puedo decírselo?… ¿No puede adivinarlo?

—No, ¡diantre!, no puedo.

—¡Bertie, déjeme usted!

—¡Pero si yo no la retengo!

—¡Devuélvame mi libertad!

Y, repentinamente, comprendí. Supongo que fue el cansancio lo que me hizo tan lento en comprender.

—¿Qué?

Me tambaleé, y el pedal izquierdo se levantó y me arañó la piel. Pero tan grande era el éxtasis de mi alma que no lancé siquiera un grito.

—¿Devolverle su libertad?

—Sí.

No quería que quedasen dudas.

—¿Quiere decir que tiene la intención de renunciar? ¿Que, después de todo lo que ha sucedido, quiere volver a empezar con Gussie?

—Solamente si usted es tan noble y generoso como para consentir en ello.

—¡Oh, lo soy!

—Le he dado mi promesa.

—¡A paseo la promesa!

—Entonces, verdaderamente…

—Absolutamente.

—¡Oh, Bertie!

Parecía cimbrearse como un arbolillo. Me parece que los arbolillos son los que se cimbrean.

—Un verdadero, un perfecto caballero —la oí murmurar. Y no habiendo nada más que decir, me despedí con el pretexto de que quería cambiarme las ropas sucias de barro.

—Vuelva al lado de Gussie —dije—. Y comuníquele que todo continúa bien.

Me contestó con una especie de sollozo. Luego, lanzándose hacia adelante, me besó en la frente. Muy desagradable, naturalmente, pero, como habría dicho Anatole, se pueden aceptar muchas cosas dulces con un poco de amargo. Un momento después ella trotaba hacia el comedor, mientras yo, dejando la bicicleta en un matorral, me dirigía hacia la escalera.

No me extenderé sobre mi alegría, que ya pueden ustedes imaginar. Piensen en

los individuos que, teniendo la soga al cuello y al verdugo delante a punto de cumplir con su deber, ven a alguien llegar galopando sobre un humeante caballo, agitando la hoja del indulto. ¡El indulto absoluto! No sé si puedo darles una clara idea de mis sentimientos al decirles que, mientras atravesaba el vestíbulo, experimentaba tal benevolencia hacia toda la creación, que pensaba con indulgencia incluso en Jeeves.

Estaba a punto de subir las escaleras, cuando un repentino «¡Hola!» me hizo volver la cabeza. Era Tuppy, que tenía el aspecto de haber estado en la bodega en busca de refuerzos, porque llevaba un par de botellas debajo del brazo.

—¡Hola, Bertie! ¿Has vuelto? —dijo, y rió alegremente—. Me haces pensar en el naufragio del *Hesperus*. ¿Has chocado contra un barco, o algo semejante?

En otros momentos me hubiera costado un esfuerzo soportar su *badinage,* pero ahora mi alegría era tan grande que no me cuidé de ello y le di la buena noticia.

—Tuppy, viejo amigo, la Bassett se casa con Fink-Nottle.

—Una gran suerte para ambos, ¿no?

—Pero ¿no lo comprendes? ¿No ves lo que eso significa? Quiere decir que Angela está libre de nuevo y que a ti no te queda sino jugar bien tus cartas.

Se echó a reír de todo corazón. Vi que estaba alegre. En realidad, ya había observado algo de buenas a primeras, pero supuse que lo ocasionaba una excitación alcohólica.

—¡Dios santo, llegas tarde, Bertie! Y es natural, si te vas de paseo en bicicleta a pasar la noche. Angela y yo nos hemos reconciliado desde hace varias horas.

—¿Qué?

—Claro. Ha sido una nube pasajera. Lo que se necesita en estos casos es un poco de sereno razonamiento por ambas partes. Hemos hablado: ella retiró lo de la papada doble; yo concedí lo del tiburón. Todo ello muy sencillo. Cuestión de dos minutos.

—Pero…

—Lo siento, Bertie, pero no puedo quedarme aquí charlando contigo toda la noche. En el comedor hay un magnífico entretenimiento y me esperan con los refuerzos.

Y probó la verdad de esta aseveración un repentino grito provinente de la mencionada habitación. Reconocí —¿y cómo no reconocerla?— la voz de tía Dahlia.

—¡Glossop!

—¡Voy!

—¡Apresúrese con esas botellas!

—¡Voy en seguida!

—¡Bueno! ¡Venga, pues! ¡Aprisa!

—Al trote, por no decir al galope. Tu tía —dijo Tuppy— está un tanto fuera de sí. No sé las cosas con exactitud, pero parece que Anatole había presentado la dimisión y que ahora, en cambio, ha consentido en quedarse, y también que tu tío le ha dado un

cheque para el periódico. No conozco los detalles, pero sé que está muy alegre. Nos veremos luego. Ahora tengo prisa.

Si se afirma que Bertram estaba sencillamente pasmado, se dirá la verdad. No entendía nada. Había dejado Brinkley Court siendo una casa sombría, en la que en todas partes se podían hallar corazones atormentados, y al volver habíase trocado en un paraíso terrenal. Me sentía desconcertado.

Tomé el baño en un permanente estado de estupefacción. El pato de juguete aún seguía sobre la jabonera, pero estaba demasiado preocupado para hacerle caso. Volví a mi cuarto, todavía muy confuso, y allí encontré a Jeeves. Y la prueba de la perturbación de mis facultades la constituye el hecho de que las primeras palabras mías no fueron de amargo reproche, sino de interrogación.

—¡Oiga, Jeeves!

—Buenas noches, señor. Me han informado de su regreso. Deseo que haya hecho usted una agradable excursión.

En otros momentos, semejante frase habría despertado un demonio en Bertram Wooster. Ahora, en cambio, apenas me percaté de ella; estaba demasiado ocupado en descubrir el fondo del misterio.

—Oiga, Jeeves, ¿qué pasa?

—¿Señor?

—¿Qué significa todo esto?

—¿Se refiere usted, señor…?

—Naturalmente; me refiero a lo que usted sabe perfectamente. ¿Qué ha sucedido desde que me marché? Brinkley Court está saturado de felices resultados.

—Sí, señor. Me alegro de que mis esfuerzos hayan sido recompensados.

—¿Qué quiere decir con «sus esfuerzos»? ¿No querrá dar a entender que ese estúpido proyecto de hacerme tocar la campana de alarma tiene algo que ver con todo esto?

—Sí, señor.

—No haga el tonto, Jeeves. Fue un fracaso.

—No del todo, señor. Temo, señor, no haber sido completamente sincero con mi sugerencia de tocar la campana de alarma. En realidad, no había pensado que ella sola pudiese dar los resultados apetecidos. Pretendía que fuese sólo un preliminar a lo que podría llamarse el verdadero asunto de la noche.

—¿Está delirando, Jeeves?

—No, señor. Era esencial que las señoras y los señores estuviesen todos fuera de la casa y que, una vez fuera, pudiese estar seguro de que se quedaban el tiempo necesario.

—¿Qué quiere usted decir?

—Mi plan estaba basado en la psicología, señor.

—¿Cómo?

—Es harto sabido, señor, que no hay nada que una más satisfactoriamente a dos individuos que han tenido la desgracia de pelearse, que un fuerte y mutuo sentimiento de hostilidad hacia otra persona. En mi familia, para dar un ejemplo casero, era un axioma, generalmente aceptado, que bastaba invitar a mi tía Annie para arreglar todas las desavenencias entre los diversos miembros de la familia. Los que se habían alejado se reconciliaban inmediatamente, unidos en la animosidad despertada por tía Annie. Recordando esto, pensé que usted, señor, habría de ser la persona responsable de la permanencia de las señoras y de los señores al aire libre, en la noche, y que todos habrían de experimentar tal antipatía por usted que, en este común sentimiento, acabarían, pronto o tarde, por acercarse los unos a los otros.

Quería hablar, pero él continuó:

—Así sucedió. Ahora todo está arreglado. Usted lo ha visto, señor. Después de su marcha en bicicleta, las diversas partes pleiteantes coincidieron tan bien en revolverse contra usted que el hielo, si se me permite usar la expresión, se fundió, y poco tiempo después míster Glossop se fue a pasear bajo los árboles con miss Angela, narrándole anécdotas referentes a usted y a su vida en la universidad, señor, a cambio de las que la señorita le contó acerca de su vida cuando niño, señor. Y esto, mientras míster Fink-Nottle, inclinado sobre el reloj de sol, entretenía a miss Bassett con narraciones sobre la vida del señor en la escuela. Al mismo tiempo, mistress Travers contaba a monsieur Anatole…

Volví a recuperar el uso de la palabra.

—¡Oh! —dije—. Comprendo. Y ahora supongo que, gracias a su maldita psicología, tía Dahlia estará de tal manera irritada conmigo que habrán de pasar años antes de que yo pueda aparecer por aquí… Años, Jeeves, en los cuales, un día tras otro, Anatole guisará aquellas comidas…

—No, señor. Para prevenir semejante contingencia le sugerí irse a Kingham Manor. Cuando informé a las señoras y a los señores que había encontrado la llave y ellos comprendieron que usted había hecho el largo viaje inútilmente, su animosidad desapareció de repente, sustituida por una alegría irresistible. Se rieron mucho.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Temo que haya de someterse a cierta dosis de alegres y bonachones comentarios, pero nada más. Todo, si me permite expresarme así, ha sido olvidado, señor.

—¡Oh!

—Sí, señor.

Reflexioné un poco.

—Desde luego, parece que ha conseguido usted arreglar las cosas.

—Sí, señor.

—Tuppy y Angela están prometidos de nuevo. Y lo mismo sucede con Gussie y la Bassett. Tío Tom ha soltado el dinero para el *Milady's Boudoir*. Y Anatole se queda.

—Sí, señor.

—Supongo que puede decirse: bien está lo que bien acaba.

—Perfectamente, señor.

Reflexioné de nuevo.

—A pesar de todo, sus métodos me parecen un tanto rudos, Jeeves.

—No se puede hacer la tortilla sin romper los huevos, señor.

Di un respingo.

—¿Tortilla? ¿Cree usted poderme traer una?

—Seguramente, señor.

—¿Junto con media botella de algo?

—Sin duda, señor.

—Hágalo pues, Jeeves, y a toda velocidad.

Salté sobre la cama y me apoyé en las almohadas. Tengo que confesar que mi generosa indignación había experimentado un gran descenso. Sufría en todo el cuerpo, especialmente hacia la mitad, pero para mitigar el sufrimiento estaba el hecho de que había dejado de ser el prometido de la Bassett. Y siempre estamos dispuestos a sufrir por una buena causa. Sí, observando las cosas desde todos los puntos de vista, veía que Jeeves había acertado y, cuando volvió con las provisiones, le acogí con una sonrisa de aprobación.

No contestó a mi sonrisa. Me pareció algo serio y yo le pregunté amablemente:

—¿Hay algo que le disguste a usted, Jeeves?

—Sí, señor. Debí decírselo antes, pero los incidentes de la velada me lo habían hecho olvidar. Siento haber sido negligente, señor.

—¿De veras? —dije, comiendo alegremente.

—Con respecto a su chaqueta, señor.

Un loco temor hizo presa en mí, provocando que me atragantara con un bocado de tortilla.

—Siento tenerle que decir, señor, que esta tarde, mientras la planchaba, estaba tan distraído que dejé encima la plancha caliente. Temo que le será imposible usarla de nuevo, señor.

La habitación se llenó de uno de esos famosos silencios impregnados de cosas inexpresadas.

Por un momento, lo confieso, la generosa indignación volvió a flote, manifestándose en una contracción de los músculos y un leve resoplar a través de la nariz, pero, como dicen en la Costa Azul, *à quoi sert-il?* No se podía ganar nada, ahora, con las generosas indignaciones.

Nosotros, los Wooster, sabemos soportar los golpes. Acepté el hecho consumado con un seco movimiento de la cabeza, y enfilé en el tenedor otro pedazo de tortilla.

—De acuerdo, Jeeves.

—Perfectamente, señor.



PELHAM GRENVILLE WODEHOUSE fue un escritor humorístico inglés que nació en Guilford, Surrey, el 15 de octubre de 1881 y que falleció en Southampton, Nueva York, el 14 de febrero de 1975. El tercero de cuatro hermanos, pasó su infancia en Hong Kong, a donde fue destinado su padre como magistrado. Ya de regreso en Inglaterra, estudió en la Universidad de Dulwich y trabajó como banquero en Londres en el Banco de Hong Kong y de Shanghai. En 1903 comenzó a colaborar con el periódico *London Globe* como columnista, lo que le confirió la suficiente fama como para granjearse otros puestos con diversas publicaciones europeas y estadounidenses, pero no alcanzó verdadera notoriedad hasta que apareció su novela **El inimitable Jeeves**, en 1924. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, fue detenido por soldados alemanes mientras residía en Francia, y fue prisionero un corto tiempo en Berlín, hasta que fue liberado en 1941; durante su captura se emitieron varios relatos suyos por la radio alemana, lo que llevó a acusaciones contra su persona de colaborar con el nazismo. Con el fin de la guerra, se trasladó a Estados Unidos, donde residió el resto de su vida y donde alcanzó gran popularidad no sólo por sus novelas sino también por sus comedias musicales. Fue nombrado Caballero del Imperio Británico cuando ya contaba con 93 años de edad.

BIBLIOGRAFÍA:

- Jeeves y el espíritu feudal (1954)
- Júbilo matinal (1946)

- Luna llena (1942)
- Tío Fred en primavera (1939)
- El código de los Woosters (1939)
- Luna de verano (1938)
- Ola de crímenes en el castillo de los Blandings (1937)
- Jovencitos con botines (1936)
- La suerte de los Bodkin (1935)
- Gracias, Jeeves (1934)
- De acuerdo, Jeeves (1934)
- Mal tiempo (1933)
- Guapo, rico y distinguido (1932)
- Dejádselo a Psmith (1923)
- El inimitable Jeeves (1923)
- Piccadilly Jim (1918)
- Amor y gallinas (1906)

Notas

[1] *Bottle*, «botella» en inglés. *(N. de la T.)* <<

[2] De *rogomme,* vocablo popular que se refiere a cualquier clase de bebida alcohólica. *(N. de la T.)* <<